



Lady Seren

Nosotros bajo las estrellas

Una novela de Serendipia Stark

NOSOTROS BAJO LAS ESTRELLAS

SERIE «Calle de Madrid» II

La serie «Calle de Madrid» está compuesta por **4 novelas autoconclusivas**, ambientadas en el Madrid de principios del siglo XX.

Si adoraste series como Downton Abbey o La Promesa, si disfrutas el romance histórico y los universos costumbristas históricos al estilo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2024

Código ASIN: B0CXY46DNK

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[Empieza a leer...](#)

“Allí, a través de alguna batalla
donde los hombres caen rápidamente,
con sus caballos...
caminando sobre sangre, cabalgan ellas...”

(Poema Nórdico)

Carlos

MADRID, Enero de 1918

En el número ocho de la calle del Barquillo, frente a la Plaza del Rey en Madrid, el sol no sale como en el resto de los hogares. El nuestro brilla más y es más cálido.

Eso decía mi tío desde que tengo memoria. Años más tarde, yo contaba con veinticuatro y él seguía asegurando lo mismo, aunque sospecho que refiriéndose más al apellido familiar que al edificio donde vivíamos. Yo, por mi parte, con el tiempo dejé de ser aquel chiquillo ingenuo que se bebía el mundo alrededor con sus grandes ojos y que creía a pies juntillas lo que juraban los mayores. Llegué a dudar que nuestro sol fuera especial y empecé a admitir que lo veía del mismo color que el del resto del mundo.

Cuando mis padres murieron y me quedé solo y desamparado con tan solo siete años, mi tío Antonio y mi tía Inés, a quienes el Creador decidió no bendecir con descendencia, me acogieron en su casa sin dudarlo. Yo era el primogénito de Miguel Otamendi, llevaba el nombre de mi abuelo y estaba destinado a ser el mayor de una amplia estirpe de hermanos que jamás nacieron. De repente, me vi huérfano, indefenso, pequeño y débil, abrumado por los seis pisos de aquel edificio que debía convertirse en mi casa, y las muestras de cariño de un matrimonio que, aunque conocido y asiduo del almuerzo todos los domingos y fiestas de guardar, no eran mis padres ni lo serían en la vida.

No obstante, mi tía Inés bien supo ganarse mi afecto y mi tío Antonio mi respeto. Mi padre y él fueron socios bien avenidos en todos los negocios que pusieron en marcha y ahora me tocaba a mí representar los intereses del cincuenta por ciento que heredaba. Eso sí, mientras fui un crío, mi tío tomó por mí todas las decisiones importantes. Incluso la elección de la mujer con la que en su momento debía casarme.

Una historia amarga que prefería arrinconar en las profundidades de mi mente, aunque de un modo casi diabólico los recuerdos me visitaran a diario, dispuestos a torturarme en algún momento de la jornada.

Eran alrededor de las tres de la tarde cuando abandoné las oficinas de la Compañía del Metropolitano Alfonso XIII y, a pesar de la hora, el sol apenas si lucía mustio por entre una espesa capa de nubes de invierno. Madrid es así bajo el frío, coqueta y arrogante a la vez, cosida de encanto y gente que camina presurosa por las calles. Decidí no tomar el tranvía y pasear bajo la niebla, atravesar quizá el mercado callejero y comprarle a mi tía unas uvas negras que tanto le gustaban. Mis deberes de aquel día para con la Compañía estaban finiquitados, las obras del metro iban viento en popa, tenía disponible todo el tiempo del mundo y una honda pena ahogándome en el pecho que jamás se marchaba. Las desgracias son losas sobre la espalda, no importa que seas joven ni que la gente te anime a rehacer tu vida. En realidad, no importa lo que

los demás opinen, los demás no suelen solventar tus tragedias.

Me subí el cuello del abrigo para cortarle el camino al dedo helado empeñado en colarse y martirizarme. Gracias a Dios, podía costearme ropa de buena calidad, no como otros desgraciados que andaban medio descalzos por las aceras, pidiendo limosna y durmiendo bajo los bancos del parque. Pese a su considerable fortuna, mi tío era reacio a las obras de caridad bajo el lema «no fomentaré la creación de vagos»; pero junto con mi tía logré montar varios comedores de beneficencia que aseguraban un cazo de guiso caliente a aquellos estómagos atormentados, en especial el del día de Navidad en la parroquia de Nuestra Señora de las Victorias que, convertido ya en tradición Otamendi, mi tío no tuvo más remedio que consentir. A veces me preguntaba si era mi condición de huérfano lo que me hacía especialmente sensible con los semejantes que de todo carecían. Madrid era pobre en muchos aspectos y teníamos barriadas enteras pasando hambre y necesidad. Mientras nuestra Compañía familiar invertía millones de pesetas para modernizar la ciudad, creando una red de trenes subterráneos para los que pudieran pagarlos, el resto seguiría caminando bajo la lluvia con sus botas de suela desgastada. Como siempre.

El mercado bullía felicidad, era así cada día. Los cánticos de los vendedores, el regateo de las cocineras de las grandes casas asegurando los menús de sus señores, las madres con los críos colgados de las faldas y el repiqueteo alegre de las pesetas cambiando de mano. El comercio vivo suma, actúa como agua sobre la tierra sembrada. Me detuve frente a un puesto donde el olor dulzón de la fruta y la verdura era especialmente intenso. Mientras seleccionaba los racimos más frondosos cambiando impresiones con la frutera, sentí una sombra reptar pegada a mi espalda. Me removí inquieto y la molesta sensación desapareció en un pestañeo, pero en cuanto pagué, recogí el cartucho de papel bien apretado y me despedí de la señora, volví a percibirla. La perezosa placidez con la que saliera de las oficinas, me había abandonado por completo, sustituida por un extraño escalofrío y la certeza de que algo ocurriría. Algo grave. Algo importante. Aunque todavía no supiera el qué.

Me zambullí en el mar de personas de diversa condición que llenaba la plaza. Prefería mil veces aquel ambiente castizo que los salones de baile o los cuartos de fumar. Los clubes de caballeros donde las conversaciones grandilocuentes sonaban a mentira y a traición y los apretones de manos eran más falsos que una moneda de dos pesetas. No recordaba haber vivido la penuria de mi padre y sus batallas para conseguir la concesión del metropolitano, las puñaladas por la espalda que recibió, los intentos de los que se llamaban amigos por arrebatarle los derechos, pero, cuando se ponía melancólico, mi tío Antonio no hablaba de otra cosa, de modo que conocía hasta el menor de los detalles de aquellas truculentas historias. Y lo que a él le producía orgullo, pues suponía el triunfo de los Otamendi, a mí me repugnaba. No por lo que concernía a nuestra familia, desde luego, sino al mal que nos orbitaba alrededor. La envidia invisible, disfrazada pero presente.

Un tenue roce volvió a encender mis alertas. El bulto menudo moviéndose veloz, palpando las esquinas de mi abrigo con extrema habilidad. Para su desgracia, yo me conocía las tácticas de los carteristas más consumados, ellos mismos me las habían relatado en las jornadas de comedor benéfico, dramatizándome los trucos como si de un teatro se tratara. Alargué la mano y cacé su brazo con los dedos cerrados alrededor, apretados como un garfio. Me sorprendió la extrema delgadez de aquel miembro, apenas el hueso pelado.

—¿Dónde crees que vas, diablillo?

El bulto se sacudió, forcejeando para liberarse. No se lo permití.

—¿Tratando de robarme? ¿Sabes que puedes acabar entre rejas?

Oí un gruñido gutural propio de un animal salvaje. Y dos ojos verdes como la hierba me miraron desde detrás de una maraña de pelo rojo.

—Veo que no te importa, igual piensas que en una celda al menos comerás y dormirás caliente. ¿Sabes lo que les pasa en la cárcel a los chicos como tú?

Volvió a retorcerse mientras yo trataba de discernir, con mucha curiosidad, si mi presa pertenecía al género masculino o no.

—¡Déjeme ir!

Ahí estaba, una voz mucho más aguda de lo que cabría esperar. Era joven, sí, pero no un chicuelo como pensé en un principio, sino una jovencita con más roña y miseria encima de lo que la piel humana es capaz de soportar. Cuando pude contemplar su cara, se me detuvo el corazón.

Así y todo, o precisamente por eso, me resistí a soltarla.

—¡Que me deje, le digo! —aulló bajito.

—¡Alto! ¡Quieta! ¿Cómo te llamas, muchacha? —Tiré de ella para alejarla del gentío. Necesitaba aislarla junto a la fachada de algún edificio para poder comprobar que mi enfermiza primera impresión era cierta. Sin embargo, la muy ladina no dejaba de retorcerse como una gata de campo.

—¡Déjeme ir! No le he robado nada, ¡no le he robado nada!

—Porque no te he dejado. ¿Qué tal si ahora mismo aviso a la policía y te entrego?

No sé por qué esperaba un destello de pánico en aquellas negras pupilas. Lo que vi, sin embargo, fue arrogancia y desafío, algo inusual en un ladronzuelo callejero. En otras circunstancias, de tratarse de un vulgar pilluelo, lo habría dejado libre con una buena colleja que le sirviera de escarmiento, pero en ella había algo que me impedía soltarla. Algo que empezaba en su revuelta cabellera roja y moría en el suave surco de sus labios. No la dejaría escapar, habría renunciado a muchas cosas antes que a perderla.

—¡Estate quieta de una vez, muchacha! Óyeme, ¿tienes hambre?

Creí que estallarían en carcajadas. ¡Cielo santo! Estaba tan flaca que la pregunta sobraba. Sostener aferrado su bracito era como sujetar un atizador de chimenea.

—¿Quieres comer? ¿Quieres un techo?

Entonces sí me miró, perpleja, y dejó de removerse un segundo.

—¿Un techo para cuánto?

—Para todo lo que consientas comportarte.

—¿Es usted cura?

Pestañeé desconcertado.

—No, claro que no.

—Entonces ni lo sueñe.

Volvió a sacudirse como una lagartija. La presión de mis dedos alrededor de su extremidad se incrementó. Aún a riesgo de marcarle la piel, seguía dispuesto a no dejarla escapar.

—¿Rechazas una casa donde puedes vivir a salvo del peligro y el frío de las calles? ¿Donde comerías tres veces todos los días?

—¿Tres veces?

—Incluso cuatro.

La mención de la comida a alguien seguramente muy hambriento, varió el gesto retador de su bonito rostro; pero fue un pestañeo, enseguida recuperó la actitud colérica y sus párpados se entornaron casi con odio.

—¿Tan tonta me cree? Sé para lo que los señores como usted llevan chicas a sus casas.

—Para que limpies y atiendas a mi tía —repliqué con firmeza—. Eres una cochina mal pensada.

—Vivo en la calle, señor.

Asentí en silencio. Tenía razón. Aprovecharme de ella y de su situación de necesidad extrema era algo que no se me había pasado por la cabeza, ni entonces ni nunca, pero, por desgracia, no todo el mundo en Madrid pensaba ni se comportaba igual que yo.

—De acuerdo. Esta es mi oferta: puedes acompañarme si quieres y marcharte cuando gustes. Si ves que no te tratamos adecuadamente, puedes irte, la puerta estará siempre abierta, nadie va a retenerte.

Y, aventurándome a que se esfumase corriendo, lentamente liberé su brazo. Nos quedamos frente a frente, observándonos como dos gallos de pelea a punto de arrancarse las plumas. Sin embargo, la energía de la muchacha se había calmado. Sería el frío, el dolor de huesos o el estómago ya perforado por la falta de alimento, pero algo me decía que lo estaba considerando. Tanto a mi propuesta como a mí mismo.

—¿Y podré irme cuando quiera?

—En el momento en que tú decidas.

—¿Y no me denunciará a la policía?

—Si no lo he hecho ahora, ¿qué sentido tendría hacerlo luego? Dime a dónde hay que ir, querrás recoger tus cosas.

Me miró desde abajo casi divertida, con aquellos ojos verdes inocentes y sorprendidos.

—¿Cosas? Yo no tengo más cosas que las que caben aquí.

Reparé en una especie de bolsa ajada que llevaba colgada en bandolera y que protegía con las manos y los brazos como si le fuera la vida en ello.

—¿Vamos pues?

Dijo que sí con un gesto seco de la cabeza. Yo sonreí sin pensar.

—¿Me da uvas de esas?

—Mejor aún, voy a comprarte una buena hogaza de pan y un trozo de queso y, mientras caminamos hasta casa, puedes contarme lo que quieras.

—No quiero contar nada.

—Dime al menos cómo te llamas. Mi nombre es Carlos.

Me miró con desconfianza. No iba a ser fácil conseguir que se relajara, aquellos jóvenes ojos debían de haber visto muchos horrores, cosas que yo no podía ni siquiera imaginar.

—No va a embaucarme con palabras dulces, señorito Carlos.

Se me escapó una risita. Empecé la marcha y ella se mantuvo a mi lado, caminando rígida, erguida como una reina. Con movimientos poco delicados, pero rotundos. Inexplicablemente segura de sí misma y del suelo que pisaba.

—Irene —soltó al cabo de un buen rato—. Me llamo Irene.

Irene

Tuve una amiga que me contaba cosas. Se murió de una pulmonía en mitad de un invierno, pero antes de palmarla, me había contado cosas. Me dijo que a una prima suya que también vivía en la calle, un señorito fino la había recogido y, con el pretexto de darle un buen vivir, la convirtió en su concubina. Mi amiga y yo discutimos muchas noches si aquello era bueno o malo, permitir que un rico se te colara entre las piernas a cambio de sábanas limpias y pan caliente a diario no era un mal intercambio. Eso decidimos, aunque meses más tarde las dos seguíamos siendo vírgenes. Seguramente no éramos tan bonitas como su prima, o la poca carne sobre nuestros huesos disuadía a los poderosos de tomarnos bajo su ala protectora. Seguimos planeando y apostando cuál de las dos conseguiría antes un futuro donde la honra no la perdiéramos a puñetazos contra una pared rasposa; siempre cabía ese riesgo.

Eso fue antes de que se muriera. Cuando se murió no volví a tener amigas ni nadie a quien contarle mis penas. Tampoco a un potentado como el de la prima, que se hiciera cargo de mí. Mi flor seguía intacta.

Hasta que apareció él.

Tenía el rostro de un ángel. Menuda carambola ser tan afortunada, me dije. Si quería convertirme en su amante a cambio de techo y cobijo, aceptaría encantada, ni siquiera daba crédito a tanta suerte. Era joven, bien parecido y fornido, con andares de monarca y sonrisa celestial. Los ojos de gato, azul transparente. Y listo, vaya si lo era. Yo presumía de tener mano veloz saqueando bolsillos, jamás en toda mi carrera de ladrona me habían pillado; carteras, relojes, hasta llaves que luego vendía como metal al peso. Me lo llevaba todo sin que el interesado se percatase. El ángel, sin embargo, tuvo un sexto sentido que debió avisarle de mis intenciones, porque me atrapó antes incluso de alargar los dedos.

Quizá no era más que un guiño del destino escrito para que nos mirásemos a la cara. Quizá estuviéramos predestinados. Puede que las estrellas lo hubiesen escrito ya en el cielo.

Mi amiga la que se murió decía que yo era una romántica, y que siendo romántica no se iba a ninguna parte si eras como nosotras: pobre, desgraciada, harta de piojos y sabañones y con más hambre que el perro de un ciego. Tenía razón, era oírle y saber que la tenía, pero cuando por la noche nos acurrucábamos para dormir, bien juntas con tal de darnos calor, mi mente volaba lejos, allí donde los príncipes azules rescatan a sus damas de la miseria y se casan con ellas perdidamente enamorados. Eran cuentos, sí, pero eran mis cuentos, me curaban el alma y, en las sombras heladas de la noche, me ayudaban a sobrevivir.

Caminamos un buen trecho en silencio. El ángel cumplió su palabra, se detuvo en un puesto donde el olor del pan recién sacado del horno estuvo a punto de marearme y pagó por una hogaza

con la que, en condiciones normales, habríamos comido más de seis cristianos. Luego, en otro puesto, compró para mí un pedazo de queso que me quedé mirando con devoción, ya que nunca en mi vida lo había probado. Hundí los dientes hasta con miedo de que desapareciera, embelesada con el pestilente aroma, y disfruté de cada bocado como una condenada a muerte. El señorito Carlos respetó mi silencio y, aunque había propuesto que camino de casa le contase mis cosas, ni me pidió cháchara ni me contó tampoco nada.

Cruzamos por el borde la plaza de la Cibeles y torcimos por una calle amplia a la derecha, a dos pasos de la Gran Vía, una zona vedada para las chinchas callejeras como yo. Qué limpio estaba todo, no olía a orines y circulaba poca gente por la calle. Los que pasaban inclinaban la cabeza y se tocaban el ala del sombrero como si conocieran a mi ángel y les impusiera respeto. Me invadió un absurdo sentimiento de orgullo pese a que en mí ni reparaban.

Nos detuvimos frente a un edificio con portal de piedra y lujosas maderas, y fachada también de piedra de color más claro. Seis pisos uno sobre el otro y más de veinte ventanas grandes. Miré hacia arriba y aquella cosa enorme se me vino encima.

—Hemos llegado —anunció con otra de aquellas sonrisas capaces de deshacer témpanos. Esquivé su mirada para no ponerme aún más nerviosa. Del techo colgaba un farol, grande como la luna, y mi estómago ronroneaba más apaciguado de lo que recordaba haberlo tenido nunca. Mi humor había mejorado milagrosamente.

—¿*To* esto es suyo?

—Vivo aquí pero no soy el dueño.

—Ah, ya. De su familia de usted.

—Vamos, entra.

—Detrás de usted, señorito.

—Sigues sin fiarte.

—Pues claro.

—Como quieras.

No pareció que le quitaran el sueño mis razones. Echó a andar y yo me pegué a sus talones muerta de miedo por si cambiaba de parecer, hipnotizada por el cimbreo de sus anchos hombros, tan distinto al resto de hombres que conocía. Atravesamos una especie de patio ancho con adoquines húmedos en el suelo y de ahí, por una puerta alta de cristal y maderas olorosas, al interior de una mansión confortable y cálida como el pecho de una madre. Me quedé clavada en la entrada, incapaz de avanzar un solo paso más.

Una chica vestida de uniforme llegó corriendo a recogerle el abrigo y el sombrero. Al principio no me vio. Pero en cuanto susurró su meloso «bienvenido, señor Carlos», sus ojos entrometidos buscaron los míos. Y se desencajaron.

Juro que fue como si viera un maldito fantasma, abrió la boca y la dejó así, como la gente que no habla y babea todo el tiempo porque no saben cómo cerrarla.

—Dile al ama Engracia que venga a verme a la biblioteca —le ordenó el ángel.

Amable pero con el tono de alguien acostumbrado a que lo obedezcan. Oírlo me provocó un inquietante estremecimiento.

La chica agachó la cabeza, dijo que sí con una reverencia torpe y, antes de desaparecer, volvió a mirarme de reojo, con el terror pintado en la cara. Estuve a punto de gruñirle como un perro salvaje y espantarla, pero el ángel habló de nuevo.

—Sígueme.

No le discutí. Me limité a sentirme bien, sin calambres en la tripa por primera vez en siglos y sin la carne de gallina que provoca el frío. Me llevó por un pasillo lleno de cuadros hasta una

habitación con estanterías de madera desde el suelo hasta el techo y cientos de libros encuadernados en piel. Se me dibujó una sonrisa bobalicona en los labios. Después de un pedazo de pan, un libro era lo mejor que habrían podido darme en la vida.

—El ama Engracia se encarga del servicio en la casa. Irás con ella a la cocina y procurarás obedecerla. Te asignarán un cuarto. Podrás lavarte y vestirme en condiciones, ella te proveerá de lo necesario: un vestido, ropa interior, sábanas. Si falta algo, lo pides. Y si no estás a gusto, puedes marcharte. ¿Me has entendido?

No respondí porque lo estaba escuchando con la misma atención con que escucharía un sermón del mismísimo Jesús, nuestro señor. Tenía una voz grave y masculina, muy seductora, y una boca perfecta como una fruta jugosa que daban ganas de morder.

—¿Me has entendido? —repitió un poco más alto.

—Sí, sí..., señorito.

—No soy el señorito. Soy el señor Carlos.

—Pensé que había hablado de su tía...

—Y mi tía existe. Y también mi tío, el señor Antonio, pero yo no soy señorito, no soy soltero. Soy el señor Carlos.

La noticia fue como recibir una tromba de agua helada por la espalda desnuda. Mis pupilas viajaron sin querer a sus grandes manos sin anillos y deseé poder preguntarle por qué escondía la prueba de su matrimonio. Si estaba casado, todo sería más complicado entre nosotros, por ejemplo, enamorarnos. No pasaría de ser su ramera, suponiendo que con mi total inexperiencia lograra contentarlo en el lecho...

¿Pero con qué demonios estaba fantaseando?

Me mordí la lengua. En sentido literal, no figurado. Mi cabeza ya volaba muy lejos inventando ilusiones que no serían verdad ni aunque el cielo se desplomara sobre Madrid. Iba a ser cierto que era una romántica absurda que, nada más ver un hombre atractivo perdía la razón. Y el señor don Carlos lo era. Mucho. El más guapo que había visto ni en sueños.

Una mujer robusta, de pelo ensortijado lleno de canas, apareció de repente tras una breve llamada a la puerta y su saludo me sacó del sopor en el que había caído.

—¿Me ha llamado, señor Carlos?

—Sí, Engracia. Esta es Irene. A partir de ahora, siempre que ella así lo desee, vivirá con nosotros en la casa. Cuide de que tenga habitación, ropa y comida y vaya instruyéndola en las tareas más básicas. Estoy seguro de que es espabilada y aprenderá enseguida.

Mientras mi ángel dictaba sus instrucciones, la tal Engracia no se dignó a apartar de él los ojos. Pero cuando lo hizo, su reacción fue la misma que la de la criada. ¡Qué digo la misma! Fue peor, mucho peor, más exagerada. Tras mirarme con desprecio, Engracia se puso blanca como la leche, me repasó con ojos opacos y se persignó tres veces.

—¡Bendito sea el poder de Dios!

—Tranquila, Engracia. Vaya y haga lo que le he dicho.

La mujer avanzó un solo paso en mi dirección y se detuvo con un hondo jadeo. Su pecho voluminoso subía y bajaba en estertores y las manos debían sudarle porque se las pasaba sin parar por la falda del vestido. Finalmente, estiró un brazo en mi dirección sin llegar a rozarme.

—Habrás que bañarla primero, ¡válgame el Señor!

En aquella familia debían de ser todos muy limpios si mi aspecto los trastornaba tanto. ¿Qué esperaban de una mendiga? ¿Acaso no salían a la calle? ¿No se habían cruzado jamás con ninguna? Yo no era de las peores, no me orinaba encima y cuando pasaba cerca de una fuente, aunque fuera invierno, intentaba lavarme. La ropa que me habían regalado las monjitas dos años

antes aún se mantenía, con remiendos pero sin harapos. De verdad, ellos podían no creerlo, pero mi estado podía empeorar, y mucho. A saber cómo iba la prima de mi amiga cuando llegó su benefactor a rescatarla.

—Haga lo que vea. La dejo en sus manos.

—Señor... ¿está seguro?

—Vaya, Engracia, ande; vaya.

El señor Carlos dijo esto último sin mirarnos a ninguna de las dos, casi de espaldas, escogiendo un volumen de las estanterías y pasando distraídamente las páginas. Yo sí lo entendí, quería que saliéramos de allí cuanto antes, quedarse solo. Pero el ama Engracia parecía empeñada en quitarle de la cabeza la loca idea de acogerme. Me estudiaba de reojo como el que mira un monstruo dentro de una jaula. Y eso que ignoraba que traté de robarle. No se fiaba de mí como yo no me fiaba de ellos, y hacía bien. Pero mi ángel no volvió a despegar los labios y al final la mujer tuvo que darse por vencida. Me miró casi con asco y sacudió la cabeza en dirección a la puerta.

—Anda, tira. Veamos qué hay debajo de esas costras.

¿Qué iba a haber? Una chica de diecinueve años sola en el mundo, con mucho vivido.

Carlos

El chisporroteo de las llamas en la chimenea del saloncito, en vez de reconfortarme, me recordó a Irene y revolcó mi corazón como una ola furiosa. Me recordó a sus noches bajo el techo de las estrellas, a su desesperación y a su frío. Al miedo de una niña desprotegida, a sus fantasmas, que serían grandes y que yo no sabría espantar. Recé en silencio por no haberme equivocado al confiar en su aceptación, tan pronta y sin condiciones, deseando, no obstante, que se adaptara cuanto antes al ritmo de nuestro hogar hasta considerarlo suyo. El cielo me había enviado a aquella muchacha por alguna razón oculta que no tardaría en descubrir y que nada tenía que ver con las obras de caridad de mi tía Inés.

Mi tío leía el diario junto a la chimenea, armando mucho ruido cada vez que pasaba una página. En la butaca de enfrente mi tía bordaba con lentitud, sumida en una especie de duermevela propio de la sobremesa. Los dos alzaron las cabezas cuando entré.

—¿Carlos! ¿Todo bien en la Compañía?

—Todo sobre raíles, tío. El asunto del cargamento de hierro pendiente, solucionado.

Mi tío soltó el aire retenido en los pulmones con un sonoro resoplido.

—Alabado sea Dios. Llevaba tres noches en vela por culpa de ese maldito barco retrasado.

Mi tía lo miró con las cejas arqueadas por la sorpresa y una chispa traviesa en los ojos.

—¿En vela tú, Antonio? ¿Quién será entonces el que no me deja dormir con sus ronquidos?

Yo reí y mi tío espantó el supuesto enfado con un vaivén de la mano. Siempre andaban a la gresca, discutiendo puntos de vista tan distantes como el norte del sur de España. Pero no podían vivir el uno sin la otra. Eran un matrimonio sólido y bien avenido, como el que probablemente formaron en su día mis padres. Como el que pude haber formado yo si la voluntad de Dios no hubiese ido por otros derroteros.

—Puedes descansar tranquilo de ahora en adelante, tío —le aseguré tomando asiento cerca del fuego—, tenemos reservas de hierro para más de un año.

—No tardarán en surgir otros problemas —gruñó con una sacudida de su periódico.

—Querido, trata de ser un poco más positivo.

—Las cosas son así, Inés, no puedes relajarte, enseguida se enredan.

—El mundo de la ingeniería y las obras públicas es complicado —intervine sin querer quebrar del todo el hilo de sus negros pensamientos.

Mi tío levantó de un golpe la cara.

—¿Públicas...?

—Carlos no se refiere a la procedencia del capital, Antonio.

—En efecto, tía, iba más bien por la complejidad de nuestros proyectos y por los usuarios

que serán...

—¿Y qué sabes tú de procedencia de capitales, esposa? —me interrumpió Antonio Otamendi muy intrigado.

Su mujer sonrió con dulzura, apartó la labor y se puso en pie con un suspiro.

—Los hombres os pensáis que somos lerdas, que nos tenemos oídos ni ojos y que el cerebro no nos da más que para preparar cenas. Si me disculpáis, os dejo. Hablando de cenas, debo disponer lo necesario para la de este sábado.

Mi tío encontró enseguida otro motivo para enfurruñarse. Se llamaba Enrique Ocharán. O más bien Luis, su primo.

—Insisto en que no tengo el menor interés, ni este sábado ni ninguno, en compartir mantel con un Ocharán. Cretinos engreídos...

—¿Aún no le has perdonado a Luis que comprase el palacio de la Duquesa de Sevillano?

—Querrás decir que me lo robase delante de mis narices. Que se adelantara porque conocía mi oferta y la subiera, maldito tramposo. Y todo para echar abajo el edificio.

—¿No es lo que pensabas hacer tú, querido? —espetó mi tía desde la puerta.

—Inés, los Otamendi somos y seremos los responsables de que Madrid se haga moderno. Es nuestra obligación vivir en el centro, en una edificación fastuosa. Ese Ocharán bien habría hecho quedándose en su calle del Cisne. Nadie lo llamó a mudarse. Total, para lo poco que paran por Madrid.

—No ofendas a nuestro convidado en nombre de su primo, recuerda que siempre fuisteis amigos —advirtió ella con sutil delicadeza.

Mi tío bufó de nuevo. Parte del capital para las obras del metro de Madrid llevaba el apellido Ocharán, por más que le pesara.

—Amigos, amigos...

—Y el mismo sábado, vienen a almorzar los Orozábal.

Ese tiro lo había disparado Inés directo a mi persona. Me tocó dejar de mirar el fuego y mirarla a ella con un pellizco desagradable en el estómago.

—Vaya.

—Son de la familia, Carlos, entiéndelo.

—Me pregunto qué necesidad tenemos de seguir viéndolos. Traen consigo una oleada de malos recuerdos cada vez que vienen —protesté.

—Son los padres de tu esposa. Tienen todo el derecho —irrumpió mi tío. Mi tía me observaba con compasión desde la salida.

—Ya no estoy tan seguro.

—Tienen esa manía de hablar de Julia sin parar... —convino mi tía.

—¿De qué quieres que hablen, Inés? Era su hija.

—Lo que pasó, pasó, tío, y nadie lo siente más que yo —aseguré apasionado.

Mis palabras no surtieron el efecto deseado. No en un hombre de negocios como Antonio Otamendi, acostumbrado a discutir hasta el final y a salirse con la suya.

—Puedes creer que ellos sufrieron más y que siguen haciéndolo. Tú apenas tuviste tiempo de darte cuenta.

—No discutáis—rogó ella—. Trataremos de ser discretos y estar a la altura; serán bienvenidos cada vez que decidan visitar esta casa.

Me rendí. No servía de nada discutir una y otra vez la procedencia de aquellas invitaciones al té, a cenar, a almorzar los domingos, en las que mis destrozados suegros dedicaban sus energías a honrar la memoria de nuestra adorada Julia, rompiéndonos a todos el

alma.

—Tía Inés, he traído una nueva chica para la cocina —anuncié deprisa, antes de que saliera.

Se paró en seco y me miró intrigada.

—¿Tú? ¿Has... qué?

—Traído una chica para la cocina —repetí con la mejor y más amplia de mis sonrisas.

—Creí que de esas cosas se ocupaba el ama Engracia.

—Considéralo una obra de caridad, la encontré en la calle, tía, es muy joven y me dio tanta pena...

—Alabado sea Dios, otra recogida —rezongó mi tío sin apartar la vista del diario.

—No pasa nada, Carlos, aquí hay comida y lecho para toda alma buena que se lo gane con decencia.

—Terminarán confundiéndonos con la beneficencia de la parroquia —volvió a protestar su marido.

—Solo quiero que... no te asustes... que no se asusten. Es simplemente... una chica de la calle. No es nadie.

Mi tío no me hizo el menor caso. Mi tía sí. Ladeó la cabeza como queriendo traducir un enigma que se le escapaba. Yo no tenía nada claro si quería o no dar más datos. Con un poco de suerte podían pasar semanas antes de que alguno de ellos se cruzara por los pasillos con Irene. Sobre todo mi tío, que jamás pisaba la zona de servicio.

En cuanto a mi tía, no era precisamente alguien muy comprometida con las tareas del hogar: criados respondones, mozas holgazanas, y el resto de variopintos problemas domésticos. Para eso estaba, desde hacía años y con una eficiencia que rayaba el histerismo, su fiel ama de llaves.

—¿Puedo saber a qué te refieres?

—Lo entenderá cuando la vea, tía. Se llama Irene y es tan solo eso, una chica cualquiera que encontré en la calle.

Irene

La cocina de la mansión era todo lo grande y bien pertrechada que cabía esperar. Cuadrada, con muchas ventanas por donde entraba luz a raudales, con un buen surtido de estantes y alacenas y un comedor de criados anejo, más bonito y mejor amueblado que todas las tascas que yo conocía. Por allí andaba la muchacha que vi nada más llegar y que, al divisarme de lejos, apretó el paso para quitarse de en medio. Esa y yo no íbamos a ser muy amigas, supuse. Delante de los fogones, una mujer baja y rechoncha removía el interior de las cazuelas. Por encima de su cabeza, una columna de oloroso vapor se fundía con el techo, inundándolo todo de aroma a cocido. Pese al atracón de pan y queso, mi estómago gruñó anticipándose al placer de un plato caliente.

Al oírnos entrar, la mujer se volvió con el cucharón en la mano. Sus ojos fueron directos y desencajados a mi persona. Abrió la boca, soltó un gemido y dejó caer el cucharón al suelo. No se lo tomé en cuenta, ya no me asombraba lo desmesurado de sus reacciones. La gente rica de ciudad suele ser rara.

Y, por lo visto, a sus criados las rarezas se les pegaban.

—Tomasa, aquí la niña Irene. La ha traído el señor Carlos, para que la adcentemos y aprenda las labores.

La mujer no había conseguido despegar la mirada de mi cara.

—Pero ¿de dónde sales tú, criatura?

La rabia me atragantó las palabras pegadas al cielo de la boca. El ama Engracia se enfadó muchísimo y me arreó un empujón por la espalda.

—¿Qué pasa que no contestas? ¿Es que no tienes lengua?

—De la calle, señora. De la puerta del Sol —me apresuré a aclarar.

La cocinera meneó la cabeza con desconcierto.

—Si a lo que me refiero es...

Engracia dio una zancada adelante y se nos cruzó por medio.

—No te refieres a nada, Tomasa, calladita y andando, son órdenes del señor Carlos.

Oí un profundo suspiro, hondo como un pozo sin fin. Venía del pecho de la cocinera que llevaría rato pensando en que las órdenes del señor no se discuten, se obedecen y punto. Si yo no le gustaba era su problema; mientras mi ángel Carlos quisiera, allí me quedaría. Si les desagradaba, siempre podían desviar los ojos hacia otra parte o ponerse a comer que, por lo visto, viandas sobraban.

—¿Va a bañarse la chiquilla? —dijo por fin.

—Pues claro. Habrá que dejarla en remojo para que se despegue la mugre.

—Voy a prepararlo todo.

Recogió el cucharón casi sin mirar lo que hacía, lo dejó junto a la pila, con bullas se secó las manos en el delantal y salió por la puerta del fondo como si la persiguiera el demonio. El ama Engracia andaba entretenida contándome las pecas de la nariz.

—No te vayas a pensar que tendrás cuarto para ti sola, compartirás con Pilar. Y da gracias.

No sabía quién era Pilar, como tampoco se me había pasado por la cabeza tener cuarto propio. Ni cuarto siquiera. Con un trozo de esterilla junto al fuego me conformaba, de modo que contar con un colchón era el más osado de mis sueños convertido en realidad.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, señora.

—Yo no soy señora de nadie.

—¿Pues cómo quiere que la llame? —me exasperé.

—Soy el ama Engracia. Para todo el mundo, tú incluida.

—Entonces sí, ama Engracia.

La gobernanta se quedó muda, mirándome con insolente fijeza. Era como si buscara entre los poros de mi piel la respuesta a sus preguntas. Solo que yo no podía ayudarla porque no sabía cuáles eran.

Así nos quedamos hasta que Tomasa volvió a aparecer anunciando que el baño estaba listo. ¿Un baño? ¿Un baño caliente? Eso no lo había catado mi cuerpo en los años que tenía cumplidos. Me faltó el canto de una perra gorda para ponerme a bailar.

—Entra ahí. Tienes jabón y ropa limpia en el taburete. Anda y no te demores.

Balbuceé unas palabras de agradecimiento y corrí henchida de felicidad mientras las dos mujeres murmuraban entre ellas. Ni sabía qué decían ni me importaba.

Más me hubiera valido atender.

Estuve cuanto menos treinta minutos en la mismísima gloria, sumergida en la tina de agua caliente, entre vapores y carne enrojecida. Debí de darles pena porque no vino nadie, ni siquiera el ama Engracia, a sacarme a tirones, no me chillaron para que aligerase. Disfruté como un niño chico paseando las yemas de los dedos por mis muslos, asombrada al descubrir el verdadero tono de mi piel limpia y lo bonitos que tenía los pies. Cuando estaba a punto de despedirme de aquel placer inesperado, la cocinera Tomasa entró en el cuarto, deshecha en sonrisas.

—¿Te ha venido bien el baño?

—No se hace usted una idea.

—¿Cuánto hacía que no te dabas uno?

—Diecinueve años, señora. Los mismos que tengo.

La mujer arqueó las cejas y luego dijo que sí con la cabeza. Era lista, pilló enseguida lo que quería decirle, que en toda mi vida había visto una tina ni de lejos. Me gustaba Tomasa, había algo bondadoso en su manera de mirarte, todo lo contrario que el ama Engracia, que siempre parecía enfadada por algún motivo.

—Pobre criatura. Aquí vas a estar muy bien, ya verás, los señores son buena gente.

—El señorito... El señor don Carlos es un ángel.

—Sí.

No dijo más. Solo volvió a repasarme con curiosidad y aquella chispa de misterio en las pupilas que todos compartían y yo no sabía interpretar.

—¿Tienes hambre?

Recordé el sabroso queso deshaciéndose en el paladar y la miga caliente del pan. De eso parecía hacer mil años. Claro que tenía hambre, tenía hambre del año que me pidieran.

—Sí, señora.

—Anda y no me llames señora.

—Qué manías, nadie quiere que le llame señora...

—Porque señora en esta casa solo hay una, la señora Inés.

—¿Y la señora esposa de don Carlos?

Diría que su semblante se ensombreció. Giró sobre los talones dispuesta a irse.

—Ve secándote y ven junto al fuego. Te prepararé un caldo.

—¿Cómo quiere que la llame? El ama Engracia quiere que le diga así, pero usted no es ama.

Volvió a mirarme. Por encima del hombro, pero sonriendo.

—Yo solo soy la cocinera así que, conque me llames Tomasa, me basta y me sobra.

—De acuerdo, doña Tomasa. —Me removí en la bañera esperando quedarme sola para salir del todo.

—Sin el «doña», que tampoco hace falta.

—Eso no me va a salir, desde ya se lo digo.

—Pues como quieras, te irás acostumbrando. Te espero en la cocina.

Fue secarme poquito a poco, disfrutando el momento, calzarme el vestido de lana verde claro y convertirme en otra persona. Más digna y con más ganas de vivir. No es que me sintiera rica ni importante, seguía siendo Irene sin apellidos, la chica criada en la calle que desconocía sus orígenes, pero de repente, no sabía explicar cómo, todo en mí había cambiado. Solo me dolía como una púa clavada en el corazón, el hecho de que mi ángel no fuese un hombre libre. Pedía demasiado, era consciente de ello, bastante grande era mi suerte con que me hubiese acogido. Pero aquella manera suya de mirarme a la cara, como si le importara, como si quisiera confesarme algo, abrirme el alma... Aquella sensación como un escalofrío, tan clara desde la primera vez que se encontraron nuestros ojos, iba a tardar en esfumarse.

Y ya sabéis que soy una desgraciada romanticona.

Salí a la cocina y me encontré solo a Tomasa, gracias al cielo. Todo el mundo parecía ocupado a aquella hora. Me pregunté si una casa tan grande no tendría mucho más servicio y cuál sería la reacción de los que faltaban al verme. Ya estaba limpia, las greñas iba a peinármelas en cuanto se secaran, mi vestido era precioso. Ya no tenían motivos para horrorizarse.

—Hay cocido, caldo y carne —me informó Tomasa colocándomelo por delante—. Nosotras ya hace rato que comimos. Anda y aligera, que hay muchas patatas que pelar.

—Sí, señora.

Tomasa suspiró resignada a que el «señora» no se me cayera de la boca en mucho tiempo.

—Y ven aquí cerca del fuego. Mientras comes, que se te seque esa mata de pelo.

—Tengo mucho y muy rebelde.

—Y muy rojo.

—Qué bonito es mi vestido, señora Tomasa, no puedo dejar de tocarlo.

—Tiene el mismo color de tus ojos, criatura. ¿Te has dado cuenta de lo preciosa que eres? ¿Tienes familia? —agregó sin darme tiempo a contestar.

No importaba, tampoco es que pudiera, tenía la boca llena con el guiso más delicioso de la tierra.

—No que yo sepa, doña Tomasa. Debí de nacer en la calle y en la calle me abandonaron. Me han criado unos y otros, ya sabe, los mendigos a veces se cubren entre ellos las espaldas.

—¿Y otras veces? —preguntó con cautela.

—Te roban hasta las enaguas mientras duermes.

—Es una vida dura.

—No se hace usted una idea —repetí centrándome en el cocido.

—Estoy convencida de que no me hago idea de muchas cosas. Bueno —se levantó con esfuerzo y fue hacia los pucheros—, ahora estás aquí, a ver cómo sale todo.

—¿Hay más gente, doña Tomasa?

—¿Más gente?

—Además del ama Engracia, la niña Pilar, usted y yo... ¿Hay más gente sirviendo en la casa?

—Cinco más. Andan repartidas por las habitaciones prendiendo los braseros y preparando las camas. Antoñita y Onofre han bajado al mercado en busca de unas viandas de última hora.

Seguí mascando y tragando aquel manjar. Ocho humanos. Eso eran mucha gente y yo no me caracterizaba precisamente por ser sociable. En la Puerta del Sol me llamaban el erizo, por huraña y callada, por mirar atravesado, decían. Yo misma no me reconocía allí, charlando con Tomasa. Pero es que aquella mujer me reconfortaba, me hacía sentir como en familia cuando ni siquiera sabía lo que era eso.

—Anda y deja que te cepillo.

Se colocó detrás de mí con un peine brillante, tomó uno a uno mis largos mechones y los fue desenredando con amoroso cuidado. Yo me las apañé para terminar el caldo y la carne del cocido con todo el pan que me cupo entre los dientes.

—¿Usted no tiene hijos, doña Tomasa?

—Llevo aquí toda la vida, criatura, como tú en tu calle. Dedicada a los Otamendi, a que no les falte de nada.

Una vida entera consagrada a una familia que no era la suya. Sacrificándolo todo a cambio de un sueldo que seguramente sería miserable. Ese tipo de cosas que solo se hacen por amor verdadero. Qué buena era Tomasa.

Después de pelar todas las patatas del mundo sin rechistar y ver sin entender cómo Sara, Lucía y Anita, las otras criadas de la casa, se topaban conmigo en la sala común y se descomponían, Tomasa me mandó a la cama a descansar para arrancar temprano al día siguiente como pinche en la cocina. Iba a ayudarla y la perspectiva me hacía muy feliz. Tomasa me gustaba más que nadie en aquella mansión, con excepción de mi ángel. Pero mi ángel tenía esposa y más me valía irme olvidando de él, rapidito.

Pilar se encerró en el retrete y yo aproveché para hurgar en la bolsa vieja que guardaba bajo mi cama. Mi ropa mugrienta la habían quemado pero allí guardaba mis escasos tesoros: una piedra que me regaló Manolito el bizco, jurando que era un amuleto de buena suerte; el rosario de mi amiga Petra, la que murió de pulmonía, y el diario de Joshua, el viejo judío que me protegió cuanto pudo, lo más parecido a un abuelo que tuve jamás. Cuando murió, nadie me discutió la pertenencia de la ajada libreta negra llena de letras. Puede que porque la mayoría de la gente de la calle no sabía leer y lo que allí dijera, les importaba menos que nada.

En el diario y en nuestras interminables noches de otoño junto a la hoguera, Joshua me habló de la existencia de un fabuloso tesoro enterrado en las entrañas de Madrid. La ciudad guardaba bajo sus cimientos, un cofre lleno de joyas y piedras preciosas escondido hacía siglos por los

piratas venidos de la costa, y el que lo encontrase no tendría que trabajar más hasta el día de su muerte.

Bien. Pues yo sería esa persona afortunada. A Dios ponía por testigo: yo iba a encontrarlo.

Carlos

Una parte de mi cerebro que parecía ir por su cuenta, contabilizaba los días que Irene llevaba viviendo en la casa Otamendi, compartiendo techo conmigo, enfurruñado por el hecho de no habérsela topado ni por casualidad. Una circunstancia nada fuera de lo común, el servicio tenía su lugar y su zona, y los dueños de la casa la suya. Unos su horario, otros otro distinto. El norte y el sur de una mansión de buena familia madrileña, no estaban destinados a encontrarse.

Pero ¿quién le explicaba aquello a mi mente desquiciada? Desquiciada por no verla, por no saber de ella, por no verla sonreír, que era como que se despejara el cielo tras la peor tormenta.

Buscando algo de privacidad, silencio y sentirme aislado del resto del mundo aunque solo fuera por unas horas, me encerré en la sala de música. Pero al pasar el pestillo de la puerta y girar obre mis talones, sorprendí a una linda pelirroja, con un plumero en las manos, repasando obnubilada las estanterías repletas de libros.

Conteniendo mi júbilo, carraspeé, y debí de asustarla, porque dio un respingo que me robó una sonrisa. El plumero, hasta entonces inmóvil, empezó a moverse histérico por encima de los lomos de cuero.

—¡Señor...! ¡Señor don Carlos! ¿Cómo le va?

Dominé la carcajada y fingí seriedad.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. ¿Tú no deberías estar ayudando a Tomasa en la cocina?

—Sí, señor don Carlos.

—¿Entonces? ¿Ese plumero es tuyo?

—No, señor don Carlos, se lo birlé a la Sarita para poder venir a ver los libros.

Me rendí a su inocencia, a su incapacidad para mentir, a su descarada sinceridad. Aquella chica era sencillamente adorable. Caminé despacio hasta situarme a su lado.

—¿Te gustan los libros? Porque esto no es nada, en la biblioteca tenemos muchísimos más.

—Sí me gustan, señor. Nunca imaginé que podría haber tantos en un solo cuarto.

—¿Sabes leer?

Se irguió, digna y hasta agraviada. Tanto que me arrepentí de mi pregunta. Lo que en principio me había parecido curiosidad natural, de repente me sonaba a grosería.

—¡Pues claro! ¡Ya me enseñaron en la calle!

—Lo siento, no quería ofenderte, es que no sabía que en la calle hubiera gente tan preparada.

—En la calle hay de todo, señor don Carlos.

Me dio la espalda enfurruñada y se concentró en retirar un polvo inexistente. Me recreé en sus curvas, en la melena roja y rizada cayendo en bucles gruesos sobre su espalda, en el lazo que la sujetaba, medio deshecho. Mis dedos temblorosos quisieron volar hasta aquella cinta de raso y

apretarla, pero me contuve. Por ocupar mis manos ansiosas, tomé un volumen de la estantería cercana y busqué entre las páginas.

—¿Y qué prefieres? ¿Novelas de aventuras? ¿Poesía? ¿Cartas de amor?

—No sé, señor, cualquier cosa que se lea —replicó sin mirarme.

—*Ever thine, ever mine, ever ours.*

Entonces sí que me miró. Los ojos enormes brillando con curiosidad.

—¿En qué idioma habla? Suena muy dulce.

—En inglés. Significa «siempre tuyo, siempre mía, siempre nuestros».

Se ruborizaron sus suaves mejillas y yo sentí la indecorosa tentación de depositar en ellas un tierno beso. Un regalo sin importancia que la hiciera un poco mía para siempre.

—En español suena aún mejor.

—Es el final de una carta que Beethoven escribió a su amada. Beethoven fue un genio de la música que, pese a estar sordo...

—Sé quién era Beethoven, señor don Carlos.

Arqué una ceja.

—¿También te lo enseñaron en la calle?

—La persona de la que nunca me separaba sabía hasta tocar el piano. Y en las noches más frías del invierno, cuando algunos curas nos permitían dormir en la iglesia, nos daban comida y vino caliente, si además le dejaban tocar el órgano... entonces era el hombre más feliz de la tierra, esos eran sus momentos. Me refiero a los grandes, a los que luego se recuerdan.

E innegablemente aquel fue el nuestro.

Porque su mirada y la mía quedaron enganchadas de forma irremediable, presas de una fascinación prodigiosa. Un instante inesperado que pudo ser incómodo, pero fue mágico.

Primero sentí el aguijonazo de los celos. «La persona de la que no se separaba en la calle». Sería un hombre, su amante, con toda probabilidad. Después, lo que me inundó fue un sentimiento desconocido, insólito, demasiado potente, que me sacudió el alma. Me sentí poderoso, invencible, exultante. Quise reír y gritar a un tiempo. Se aceleró el latido de mi corazón, la sangre bulló demasiado caliente bombeando por mis venas, subiendo de temperatura como frente a una hoguera. Mi estómago se convulsionó de puro gozo.

Parpadeé confuso. Todo lo generaba ella. ¡Ella! Algo que estaba seguro de no haber experimentado nunca antes. Jamás.

—Irene... —susurré arrobado.

—Diga, señor Carlos —me respondió en el mismo tono.

Nos interrumpió el ruido de la puerta tratando de abrirse. Con delicadeza primero, a empujones obstinados después. Me liberé del hechizo de la muchacha roja y sus deliciosos ojos de menta y corrí a liberar el pestillo. Al otro lado encontré a mi tía, contrariada, observándome inquisitiva.

—¿Has cerrado la puerta?

—Quería estar solo.

En mitad de esa frase tan poco afortunada, mi tía reparó en la presencia de Irene que, de espaldas, volvía a agitar el plumero sin ton ni son sobre los muebles.

—Pero no veo que lo estés.

—Porque Irene ya estaba dentro y no me di cuenta —traté de sonar relajado cuando la verdad era que el corazón quería salirseme del pecho.

La muchacha se las arregló para esconder el rostro, sujetar el plumero bajo el brazo y descubrir sobre una mesita la excusa ideal que contentara a la dueña de la casa.

—Yo venía a... Me han mandado retirar el servicio del café, señora. Si ya no lo necesitan...

Se apresuró a cargar una bandeja demasiado grande y pesada para ella. Me habría encantado quitársela de las manos para que no tuviera que esforzarse. Sin embargo, lo que hice fue cerrar fuerte los puños para mantenerme inmóvil.

—¿Eso no debería hacerlo Sara? —insistió mi tía, afilada, pero sin prestarle demasiada atención.

Me interpuse entre ambas para evitar que le viese el rostro.

—Está ocupada, señora. Si me disculpan...

—¿Una copita de Oporto, tía?

Roja como una cereza, Irene sorteó los obstáculos que la separaban de la puerta y se escabulló cargada hasta las cejas. Mi tía la persiguió hasta que la puerta de la sala volvió a cerrarse. Luego, con un gesto torcido en la boca, me miró a mí.

No soltó prenda. Estaba convencido de que no había reparado en su cara, la timidez de Irene y su tendencia a agachar la cabeza y mirar al suelo, unida al nerviosismo que le produjo la llegada de mi tía, se combinaron a la perfección para que sus rasgos pasaran inadvertidos.

Pero quizá me equivocaba, quizá ese fue justo el momento en que mi tía decidió que colocar a Irene en un puesto donde pudiera tenerla mucho más vigilada, no sería en absoluto una mala idea.

Carlos

Tras el encuentro en la sala de música, los siguientes días transcurrieron interminables sin que yo asomara por la zona de servicio a saber de Irene. No por falta de ganas, bien lo sabe Dios, que me cosquilleaban en las tripas como un reguero de hormigas en pleno verano. Es que no habría estado bien visto. Ni por mi parte ni por la suya. Mi interés no dejaría a la chica en buen lugar y suscitaría toda clase de chismes entre el servicio, lo sabía de sobra.

De modo que me contuve, tratando de desarrollar mi rutina habitual, sin lograr olvidarme de que compartíamos techo, de que varias plantas más abajo en el mismo edificio, Irene descansaba cada noche sin sospechar mis anhelos: acariciarla, quién sabe si besarla, puede que me conformara solo con volver a verla, mitigar el ansia que se apoderaba de mí a cada hora acumulada. Verla aseada y feliz, verla distinta, sana y salva, comprobar que ya no era la muchachita salvaje que rescaté de sí misma en la Puerta del Sol. O sí, pero un poquito menos triste. Sin embargo, mi lugar estaba arriba; el suyo, muchos peldaños más abajo y mientras el ama Engracia la dedicase a ayudante de cocina, si no volvía a robar un plumero, pocas oportunidades tendríamos de encontrarnos.

Estaba solo en la inmensidad de la biblioteca. Mis tíos se habían quedado paseando en la calle después de misa y yo había preferido retirarme a revisar unas cuentas de la Compañía. Los pálidos rayos del sol de medio día se colaban entre los visillos arrancando destellos negros a la caoba. Engracia pasó a servirme el té, enjuta y severa como de costumbre.

—¿Qué tal la muchacha? ¿Se adapta?

—Ahí vamos, señor —informó sin simpatía.

—Tenga paciencia con ella. Piense que es quizá la primera vez en su vida que duerme bajo techo.

—No está dando lo que se dice problemas.

—¿No es arrogante y respondona?

Engracia me dirigió una mirada de franca incompreensión. Luego se inclinó sobre el servicio y empezó a servir mi taza.

—Hablar no habla mucho.

—Fíjese, me había hecho una idea equivocada.

—Con Tomasa hace buenas migas, pero Pilarín asegura que ni las buenas noches le da. Es seca y poco amable, señor, pero en la cocina tampoco es que precisemos de delicadezas.

—¿Ha pensado en destinarla al cuerpo de casa? Ya sabe, disponer habitaciones, atender a mi tía, servir la mesa...

Engracia abrió unos ojos redondos y desorbitados tal que si yo hubiese blasfemado a pleno pulmón.

—¡Señor! Es lerda y poco fina, jamás estará a la altura de esta casa. Bien que hacemos manteniéndola escondida en la cocina, donde no estorbe ni dé... que hablar.

Entendí perfectamente a lo que se refería y lo que intentaba decirme. Que me gustara oírlo ya era otra historia. Empezaba a odiar aquel muro invisible que me separaba de ella, formado por prejuicios de clase y paparruchas varias. También por recuerdos, dolor y temores. Por los fantasmas de los Otamendi. Irene los aglutinaba todos.

Terminé volviendo a mis papeles sin proporcionar más datos, notando que mi nudo en la boca del estómago se apretaba retorcido.

—¿Necesita algo más, señor?

—Nada, ama, muchas gracias. Puede ir disponiendo el almuerzo, mis tíos están al llegar.

—Como diga el señor.

—Y, Engracia...

—¿Diga el señor?

—Trátela bien. Nunca ha tenido otra cosa que no fuera soledad y miedo.

Un pestañeo de perplejidad y enseguida se despidió refunfuñando. Conocía a aquella mujer prácticamente desde que nació y no era mala gente. Mantenerse enfadada a perpetuidad era parte de su encanto, si bien tenía un fondo noble que le impedía andar tejiendo maldades, no como otros con los que me veía obligado a convivir, pese a sus pomposos apellidos, sus honorables casas y sus buenas maneras. Había cumplido los suficientes años como para saber que los caudales en el banco y las fastuosas mansiones no garantizaban la honestidad. Tampoco a la inversa.

Noté que paseaba los ojos por las columnas de números sin ver nada. Necesitaba una excusa, una estrategia para acercarme a Irene. Un aliado. Y disfrazar mis razones secretas... o lanzarme al extremo contrario y airearlas todas.

Volvieron mis tíos de su paseo por los jardines del Buen Retiro. Doña Inés, radiante, con un delicioso rubor adornando sus mejillas, y don Antonio quejándose de los sudores y sofocos impropios para fechas tan tempranas. El día no era brillante ni soleado, pero al igual que el ama Engracia, Antonio Otamendi vivía para quejarse.

—Voy a pasar esta tarde por las oficinas de la Compañía, sobrino, ¿vienes conmigo?

Traté de disimular mi asombro.

—¿En domingo?

—Déjalo que se distraiga. Tenerlo encerrado en casa es como querer domar un toro bravo —alegó mi tía revisando el brillo de la cubertería de plata.

—¿No ha tenido bastante con la misa y el paseo de esta mañana?

—Aburrido.

—No blasfemes, Antonio, Los santos salmos jamás aburren.

—Aburrido —insistió machacón.

Contuve la risa. Si a mi tío le hubieran despojado de sus vestimentas caras, de haberle encajado un arado en las manos y un sombrero de paja, por encima de su corpachón intimidante y su innegable atractivo físico, habría pasado por campesino. Sus gestos eran rudos, sus frases afiladas, su mirada silvestre. Al final del día, todos éramos soldados idénticos con diferente armadura.

—¿Pues no dice que está cansado?

—Si cierro los ojos, aunque sea un rato, esta noche la pasaré en vela. Prefiero ir a la Compañía y adelantar. Mañana lunes hay mucha tarea.

—De acuerdo, tío, le acompañaré y aprovecho para devolver los libros de cuentas que me traje para revisar.

—Todo en orden, espero.

—Puede dormir tranquilo. Esta noche o cuando corresponda.

—Más ronquidos —rezongó mi tía girando la cara.

Así culminamos el almuerzo, don Antonio se retiró al gabinete a fumarse sus puros y a degustar Oporto, mi tía al suyo a reposar el paseo y yo deambulé absurdamente por los pasillos un buen rato hasta decidir qué paso dar a continuación. Golpeé suave con los nudillos la puerta de los aposentos de doña Inés.

—¿Duerme, tía? ¿Se puede pasar?

—Entra, sobrino entra.

La encontré junto a la ventana, con su labor en las manos, frente a una chimenea en la que flotaban unas llamas de juguete, incapaces de calentar el gran cuarto.

—Hace frío aquí.

—Esa inútil de Sarita, no sé en qué piensa esa chiquilla atolondrada, no sabe encender fuego. Seré una romántica desfasada pero aún prefiero las chimeneas a los braseros y esa niña es incapaz de hacer que esto crepita con un mínimo de dignidad.

Me acerqué a la cesta metálica que contenía los troncos, seleccioné los mejores y los añadí a la hoguera, recolocándolos todos. Mi tía me alargó el fuelle para que soplara.

—Podrías ordenar que te atendiera otra persona, no sé, más dedicada. Le diré a Onofre que suba más leña —indiqué sonriendo—. ¿Has hablado ya con la chica nueva?

—¿La que recogiste en la calle? ¿A santo de qué iba yo a darle charla?

—No sé, pensé que quizá estaría bien que se sintiera acogida. Que al margen del encontronazo casual del otro día, tú personalmente le dispensaras una breve bienvenida. Significaría mucho para alguien como ella, que nunca ha tenido nada.

La expresión de la cara de mi tía fue, por un instante, indescifrable.

—Mi querido sobrino, muchos de los que aquí sirven vienen de la pobreza y la nada. Los ricos no sirven a otros ricos. Y jamás me he rebajado a decirle a nadie lo feliz que me hace su presencia y pagarle un salario a finales de semana. No veo por qué esta chica habría de ser distinta. Si causa problemas o resulta ser un dechado de virtudes, ya me informará el ama Engracia.

Decidí jugármelo todo a una carta.

—Debería usted verla, tía.

—La vi el otro día, encerrada contigo en la sala de música.

No me pasó inadvertido su tono irónico.

—Le ruego que no se confunda, tía, cuando cerré la puerta para estar solo y poder concentrarme, ni siquiera sabía que ella estuviese allí. En cualquier caso, solo la vio de espaldas.

El gesto sereno y hasta indiferente de doña Inés de Otamendi, se tornó interesado.

—¿Te importaría explicarte mejor?

—Dios nos la ha cruzado en el camino por alguna razón desconocida. Cuando la vea lo entenderá.

Suspiró y se estiró un par de arrugas invisibles de la falda.

—Eres muy hábil jugando con la curiosidad de la gente, Carlos.

—Créame, no intento embaucarla. Es alguien... Es alguien muy especial, me temo.

—De acuerdo entonces, has sembrado lo suficiente como para animarme a bajar. A Engracia le dará un soponcio si me ve aparecer.

—Iré con usted, no baje sola, haga el favor.

Doña Inés apretó los labios hasta convertirla en una fina línea de sospecha.

—Tú vas a cambiarte de ropa y acompañarás a tu tío a las oficinas de la Compañía, tal y como habéis acordado. Permite que yo me ocupe de los asuntos domésticos. Sobre todo, de los que carecen de importancia y admiten demora.

No vi ningún agujero por el que poder escapar. Hundí el mentón en el pecho y acepté mi derrota. Me despedí de mi tía con un beso en la mejilla y, no sin antes preguntarle si necesitaba algo, salí de su gabinete al pasillo helado. La desapacible temperatura me ayudó a elaborar un plan para salirme con la mía. Bajaría a las cocinas y buscaría a Irene. Solo para interesarme por su bienestar. Y si me sorprendían, les diría que buscaba a Onofre para que subiera más leña a las habitaciones de doña Inés.

Ese pensamiento un tanto infantil, lo admito, así como mis absurdas expectativas de éxito, me hicieron sentir de inmediato, más contento. Tanto que bajé de dos en dos los escalones de los tres pisos. La verdad, no esperaba tener tanta suerte.

Aminoré el paso conforme me aproximaba. No se escuchaba el habitual murmullo de voces cruzadas que charlan al mismo tiempo, solo una. Cristalina y preciosa, la voz de las hadas desgranando una cancioncilla popular que vagamente me sonaba de escucharla en las verbenas. Alegre y despreocupada. Era Irene. Irene a solas en mitad de la cocina, acomodada en un taburete bajo de madera, pelando patatas a velocidad endemoniada. Asomé apenas la cabeza y no pude evitar una sonrisa de complacencia. Ni siquiera parecía el mismo animalito salvaje que rescaté en la calle, su espesa melena roja lucía suelta, recogidos los mechones delanteros detrás de unas orejas deliciosas. El vestido mil veces lavado que le habían asignado permitía disfrutar la esbeltez de un cuello largo y blanco como el de un cisne. Habría dado media vida por poder posar mis dedos sobre aquella piel pálida y hermosa. Por acariciarla siquiera unos segundos. Me armé de valor, escondí los brazos a la espalda, carraspeé con suavidad y me adentré en la cocina fingiendo normalidad.

—Muy buenas tardes, señorita.

Sobresaltada, se puso en pie con tal aturullamiento, que las patatas que tenía en el regazo salieron todas despedidas como metralla desde un cañón.

—¡Señor don Carlos! El ama Engracia no se encuentra. ¿Qué se le ofrece?

—Nada, tranquila, mujer, sigue con lo que estabas haciendo. Mira, han rodado todas por el suelo.

Nos agachamos al mismo tiempo y, demasiado cerca el uno del otro, recogimos las patatas y las devolvimos al lebrillo. Sin despegar los labios pero sintiendo, sin duda, la insoportable tensión y la calidez que escapaba del cuerpo del otro. No me costó embriagarme con el aroma de su piel, a flores blancas y miel. No se trataba de ningún perfume de dama de clase alta, era el olor natural de una muchacha que empezaba a rondar por mi mente más allá de lo razonable.

—Estás muy cambiada... y muy guapa. De no verte aquí, en esta casa, no te habría conocido —la piropeé en cuanto nos incorporamos. Vi sus mejillas ponerse del color de la grana madura.

—No se lo conté el otro día, donde los libros, pero me han dejado que me bañe. Y que me lave el pelo. Y mire qué vestido tan precioso me han regalado.

Su tono iba creciendo en entusiasmo conforme su sonrisa se ensanchaba.

—Precioso, sí —repetí mirándola embelesado.

—Y todo se lo debo a usted. Con lo mal que me porté...

—Eso no tiene ninguna importancia, de algún modo había que sobrevivir, ¿no te parece? Lo importante es que las cosas hayan mejorado y que estés contenta. ¿Lo estás? ¿Te trata bien Tomasa?

—¡Oh, sí, señor don Carlos! Dice que soy muy capaz. Nadie había dicho algo así de mí antes.

Me permití mirarla con todo el descaro que un caballero debería reprimir. Absolutamente abstraído en el color lechoso de su piel al descubierto, el rojo ardiente de sus cabellos y el increíble verde de unos ojos siempre sorprendidos. Así me habría quedado de por vida.

Así nos descubrió Tomasa que volvía de la despensa.

—¡Señor Carlos! —se escandalizó— ¿Qué hace aquí abajo?

Tuve que aclararme de nuevo la garganta con una tosecilla impertinente.

—Buscaba a Onofre. Quiero que suba más leña al cuarto de mi tía. El aposento está congelado, pobre mujer.

—Lo mandaré buscar pero que ahora mismo. Imperdonable, señor, imperdonable.

—De hecho, doña Inés no parece muy contenta con los talentos de Sarita.

Tomasa alzó de un tirón la cabeza y me miró horrorizada.

—Quizá debería usted hablarlo con el ama Engracia. Ella es quien se ocupa de esas cosas.

—¿Las regañuzas?

—Y las sustituciones —agrego con tono enigmático.

Cambié inquieto el peso de un pie a otro.

—Bueno, me marcho a las oficinas de la Compañía con don Antonio. No olvide lo que le he dicho, por favor. Quiero esa chimenea quemando leña a toda máquina.

Tomasa intentó una torpe reverencia a la que sus viejas rodillas pusieron todos los impedimentos posibles.

—Sí, señor, claro que sí, señor.

—Y gracias por cuidar tan bien de Irene —apunté con una sonrisa justo antes de desaparecer tras la puerta.

Irene

A veces pasan cosas, cosas increíbles que son como milagros. Y no me refiero solo al hecho de que don Carlos pasara justo aquel día por el mercado y yo lo eligiese como víctima por su imponente aspecto. Traje caro, joven, distraído, cartera repleta. Eso, desde luego, fue el mayor de los prodigios divinos. Tampoco a mi intento de hurto, que estuvo rematadamente mal. Fue lo que vino después, su derroche de generosidad, su preocupación por mi bienestar, que parecía sincera, el retirarme de las calles sin conocerme y garantizarme trabajo y techo.

No me cupo duda de que era un ángel bendito.

Pero aquella mañana iban a cambiar muchas cosas: el ama Engracia apareció con una muchacha pequeña; de estatura, no de edad. Según explicó, contaba diecinueve años, igual que yo, y era pálida, con un pelo mate oscuro mal cortado, incapaz de mantenerse recogido. Nos la presentó como su sobrina. Venía a la casa para quedarse y aunque casi todos la vieron como un estorbo, a mí me faltó poco para saltar de alegría cuando el ama informó de que su nombre era Petra. Como mi única amiga, se llamaba igual. La amiga que me robó la pulmonía y de la que ya os he hablado.

—Pero todos la llamamos Milagros —aclaró el ama Engracia dejándome sorprendida.

Nadie se atrevió a preguntar el porqué del cambio. Para mí, quisieran o no, sería Petra todo el tiempo. Porque Petra me recordaba el calor de la amistad y el afecto en las noches de invierno. La confianza, la lealtad, las cosas buenas. Las únicas, junto con Joshua, que hasta entonces la vida me había regalado.

—Por desgracia, mi desafortunada sobrina nació privada por completo del sentido del oído. Aunque como yo siempre le digo, no hay mal que por bien no venga, podrá desempeñar todas aquellas funciones propias de la casa donde la discreción sea indispensable.

Estuve a punto de replicar que la sordera no la convertía en lerda ni tampoco en ciega y que la muchacha, aunque tímida y apocada, podía ser más que capaz de aprender las tareas como las estaba aprendiendo yo, que en mi vida había tocado una copa de cristal fino; pero el ama Engracia me habría obsequiado una buena colleja y me habría mandado a dormir sin cenar, de modo que me mordí la lengua y miré al suelo. Petra me observaba con un celo desagradable en sus ojillos negros, mezcla de desconfianza y enojo. No me importaba no gustarle, íbamos a ser amigas, de eso estaba segura. Al principio las cosas suelen torcerse porque los pobres no somos gente afortunada que acierte a la primera, pero enseguida se enderezan. Que me lo dijeren a mí, de los adoquines de la calle Mayor al mullido colchón de mi alcoba en la casa Otamendi.

Murmuré una bienvenida igual que los demás, una frase atropellada que Petra no entendió, y me concentré en el fregadero a terminar de lavar las ollas, procurando hacer el menor ruido posible. Hasta ese momento, exceptuado el día que robé el plumero para disimular y me topé con el señor don Carlos y también con la señora, maldita fuera mi mala suerte, no se me había permitido abandonar la zona de servicio ni yo me había atrevido a pensar siquiera otra escapada. Así que me moría de ganas que me encomendaran oficialmente la limpieza de las chimeneas, aunque fuera la de los salones y a primera hora del día, para poder ampliar horizontes y ver cómo vivían de verdad los pudientes. Y tal vez saber de la misteriosa esposa de don Carlos de la que nadie hablaba nunca, pese a ser también señora de la casa.

La monótona voz del ama Engracia me sacó de mis ensoñaciones.

—Mi sobrina está cansada, lleva viajando muchas horas desde el pueblo, que queda lejos. Cuando te montas en una de esas carretas infernales se te descoyunta hasta el último hueso. ¿Quedan lentejas de esas que cocinaste para el almuerzo de ayer, Tomasa? Le vendría bien un plato colmado, a ver si le resurgen los colores.

—Claro que sí, faltaría más. Acomódense en el comedor, que ahora se lo llevamos.

Tomasa traqueteó un rato con la vajilla y yo me apresuré a recalentar el guiso para que todo estuviera dispuesto. Luego serví dos cucharones llenos, corté un trozo de hogaza tierna, colmé una jarra de agua y lo dejé todo en la mesa de la sala común antes de regresar sola a la cocina a seguir fregando. No sabría decir si, al margen de Petra y su tía, quedó alguien en el comedor del servicio, porque el silencio era absoluto hasta que a mi espalda se levantó un murmullo de excitación y todos los que estaban cómodamente allí sentados, se levantaron con premura entre un frufrú de algodón basto.

—Señora...

—Doña Inés...

—Por favor, sigan con sus tareas —respondió una suave voz de mujer.

Me quedé donde estaba, con mis cacharros y quietecita, porque me pareció poco fino alargar la cabeza para fisgonear, aunque mi instinto hizo sus apuestas. Enseguida, el ama Engracia y una señora esbelta y elegante que se parecía bastante a la que no quise mirar en la sala de música pero deduje sería doña Inés, vinieron en mi busca. Solté el cazo, me sequé las manos como pude y ensayé una especie de reverencia con la que casi rocé el suelo.

—Eres Irene, ¿verdad?

Su tono era sosegado y amable hasta que di por finalizada mi genuflexión y me erguí frente a ella, preguntándome si debía sonreír. Entonces su expresión se crispó, dejó ir un gemido amortiguado por la mano que cubrió sus labios, y me observó, diría que espeluznada.

—¿De dónde sales tú, criatura?

Era una pregunta muy parecida a la que don Carlos me había hecho en el mercado y, después de él, Tomasa al llegar. Y a las caras de sobresalto del ama Engracia, de la cocinera y los demás criados de la casa. Allí todo el mundo menos Petra me miraba raro y ya me estaban entrando ganas de saber la razón.

—De la calle, señora. Pero le juro por mi vida que haré que se sientan orgullosos de mi trabajo. Estoy tan agradecida...

Puse mucho fervor en mi discurso, pero la señora no parecía demasiado interesada. Sin dejar de mirarme, hizo un gesto con la mano para que callase. Allí, delante de doña Inés, no era el mejor momento para enfurruñarse. Bajé sumisa los ojos y anudé los dedos de mis manos a la altura del regazo.

—¿Ya conoces la casa? —quiso saber después de un rato. Me acordé del encontronazo en la

sala de música. La pregunta me sorprendió tanto que me habría caído de culo de no resultar irrespetuoso. Así que no levanté un palmo los ojos.

—No, señora. Quiero decir, apenas.

—Engracia, ¿le importa si me la llevo un rato?

Por lo visto la propuesta pilló al ama de llaves con la guardia baja, porque necesitó de varios minutos para reaccionar y, cuando lo hizo, la voz le temblaba, puede que de indignación. ¿Quién era yo para que la señora se molestase en bajar a la cocina, preguntar por mí, saludarme en persona y requerirme? Hasta yo quería que el sueño me tragara.

—Es usted libre, señora, faltaría más —silabeó el ama masticando las palabras.

Sin mediar más explicaciones, doña Inés abandonó la cocina, cruzó el comedor de los criados donde todos permanecían tiesos de pie tras sus sillas y salió al pasillo. Yo, que al principio seguí paralizada de terror, a una señal angustiosa del ama Engracia corrí tras ella de puntillas sobre mis zapatos.

—Tarde o temprano tenía que pasar. Yo lo sabía. Os lo dije.

Fueron las últimas palabras enredadas con un suspiro en la voz de Tomasa que oí al marcharme.

Irene

Los corredores medio a oscuras me parecieron más anchos y suntuosos de lo que mi imaginación había elaborado después de mi brevísima escapada. La casa era relativamente ostentosa por fuera, eso tuve ocasión de comprobarlo cuando salía a la calle y acompañaba a Tomasa al mercado. Mi natural ignorancia me llevaba a mirar otros edificios y de nacimiento soy preguntona. Entendí que aquellas lujosas moles de piedra en las calles principales no eran otra cosa que palacios, y que familias enteras vivían dentro. Comparada con ellas, sí, la mansión de los Otamendi podía calificarse de modesta, pero por dentro era otro cantar. Las buenas maderas desprendían un delicado aroma, las alfombras eran mullidas como nubes blandas y el mobiliario principesco. Había lámparas con cuentas de cristal tallado por todas partes y el tamaño de las chimeneas de piedra era considerable.

No le vi mucho sentido al paseo. La señora apretaba el paso en los salones y lo ralentizaba en los pasillos. Solo se detuvo más de la cuenta en un salón, no sé si de los principales, delante de la chimenea. Pero como no me atreví a levantar los ojos, no fuese a juzgarme mal, apenas vi otra cosa que los dibujos de las alfombras en las que se me hundían los pies y las gruesas patas de los butacones. Había espacio de sobra, los cuartos y salones no parecían tener fin.

—¿Estás contenta? ¿Te tratamos bien?

¿Cómo responder a esa pregunta a alguien como ella tratándose de alguien como yo? Un pequeño piojo resucitado gracias a la caridad. Traté de contentarla sin parecer desesperada. Pero lo estaba. Por caerle bien, por pasar desapercibida. Cualquier cosa con tal de no defraudarla y que no me arrojara de vuelta a la calle.

—No podría pedir más, señora.

—¿Te gustaría atenderme... personalmente?

Me pasó como al ama, que tardé un buen puñado de minutos en reponerme y recuperar el resuello. Lo justo para contestar y ordenarle a mis piernas que dejaran de temblar.

—Se refiere a... ¿servirla como doncella, señora?

—La verdad es que no sé si se les sigue llamando así, entran tiempos modernos.

La respiración se me atascó en el pecho como una bola espesa y sólida.

—¿Está segura?

—Bueno, te lo estoy preguntando. No me hagas dudar de tus capacidades.

—No, señora yo... Sería un grandísimo honor, doña Inés. Yo... en la vida habría imaginado que alguien como usted...

La dueña de la casa paró en seco y se giró mirarme. En sus labios flotaba una dulce sonrisa que, en contra de lo que me dictaba mi instinto ejercitado en la calle, me tranquilizó bastante.

—Tenía razón mi sobrino, eres especial.

De nuevo, ese algo en su tono amable me llevó a relajarme. Quien sabe si me equivocaba.

—No creo que haya nada extraordinario en mi persona, doña Inés, de veras que no lo hay. Soy lo más corriente que puede encontrar por los alrededores. He tenido mala suerte en la vida, pero también soy diligente, trabajadora y honesta y trataré de estar a la altura de la confianza que están depositando en mí —me apresuré a añadir.

Doña Inés sacudió dos veces la cabeza.

—Tienes ágil el cerebro y también la lengua. ¿Quién lo habría dicho?

No supe qué responder a aquello. Ni siquiera tenía claro si tomarlo o no como un cumplido.

—Espero que tengas en cuenta mi ofrecimiento y que me hagas saber cuanto antes si decides aceptarlo. Puedes comunicárselo al ama Engracia y ella se encargará de todo, incluida tu formación. ¿Sabrás volver sola a las cocinas?

—Claro que sí, señora. Quiero decir, que sabré regresar. En cuanto al puesto de doncella personal...

Me interrumpió con la elegancia infinita con que lo hacía todo.

—No es preciso que me lo digas ahora, chiquilla. Tómate unos días y, solo cuando estés segura de que no será una presión desagradable, hablaremos.

Me incliné en una reverencia que, curiosamente, me salió mejor que la primera. Casi como un paso de baile ensayado. Anduve unos metros sin darle la espalda y al llegar a las puertas dobles, giré y me abalancé a la enormidad del pasillo con el corazón saliéndoseme del pecho.

¿Por qué todos parecían tener tanto interés en portarse bien, en acomodarme, en darme obligaciones y respeto? ¿Lo merecía? ¿Trataban así a todo el mundo? Apenas dos semanas antes era una vulgar ladrona que recorría las calles metiendo mano en las bolsas ajenas para sobrevivir. ¿Quién les aseguraba que no iba a robarles en sus propias narices? No pensaba hacerlo, desde luego, Dios me librase, pero eso solo yo lo sabía, ellos lo ignoraban todo acerca de mí. Igual tampoco sabían a lo que me dedicaba para sobrevivir y, de ser así, significaría que el señor don Carlos callaba para protegerme. En cualquier caso, ¿a qué tanta amabilidad? Allí nadie me trataba como se supone que se trata a una recogida.

Y aquella especie de temor en sus caras cuando enfrentaban mis ojos...

Toda mi confusión y mi aturdimiento cesó al pasar por delante de una biblioteca pequeña que no recordaba haber visitado con la señora. Don Carlos leía un libro cómodamente arrellanado en el sofá. No le alertaron mis pasos amortiguados por el grosor de las alfombras, ni siquiera se percató de mi presencia, y pude quedarme allí observando, deleitándome con su perfil perfecto. No era solo que fuese guapo. El señor don Carlos empezaba a hacerme sentir cosas muy intensas a las que yo no sabía poner nombre. Jamás me había enamorado más que en mis fantasías y en los cuentos de hadas que yo misma me contaba para dormir, cuando el frío de la noche me mantenía en vela. Ahora estaba experimentando la necesidad, el deseo, la ansiedad por verlo y oír su voz, el pulso que se aceleraba si me miraba.

Aquello no podía terminar bien. Me rompería el corazón en mil pedazos. Porque ni en mis más locas fantasías, un hombre así sería para mí.

Regresé a la planta baja arrastrando los pies, dichosa por haberlo visto, abatida por el nudo de pensamientos turbios que me ocupaba la cabeza. Así de nerviosa no podía irme a la cama, necesitaba ver a alguien bueno, desahogarme.

De manera que llamé despacito a la puerta del cuarto de Tomasa. Enseguida me dijo que pasara y, antes de cerrar la puerta a mi espalda, ya se había sentado de un salto.

—Señora Tomasa... ¿estaba dormida?

—No, demonio de chica, claro que no hasta que volvieras y me contases. ¿Qué pasó con la señora? ¿A dónde te llevó?

Me senté en el borde de una silla junto a su cama, retorciéndome las manos de angustia.

—Ha sido extraño, ¿verdad?

—Mucho. Pero cuenta, ¿qué quería?

—Enseñarme la casa. Y ofrecerme un puesto como doncella suya.

La señora Tomasa botó sobre el colchón y todos los muelles crujieron.

—¡Recáspita! ¿Como doncella, dices?

Asentí incapaz de hablar. Yo tampoco encontraba razones que explicasen tanto miramiento.

—¿Ella es así... siempre?

—¿Así cómo?

—Bondadosa. Con gente como yo, que no lo merece.

—¿Quién dice que no te lo merezcas?

Ladeé el cuello y mis ojos hablaron por mí.

—Pues tienes una pobre opinión de ti misma.

—La que me ha enseñado la vida, señora Tomasa, nunca he valido para nada.

—Lo que no significa que no puedas aprender y prosperar. ¡Válgame la Virgen! ¡Si pronto harás los cocidos mejor que yo!

—Esa fe suya la matará algún día —reí.

Ella no tardó en secundarme y el ambiente, con todos mis miedos, se relajó un tanto.

—No te negaré que me parece precipitado. Pasar de los fogones a la zona noble de la casa es un regalo inesperado. Pero ni te lo plantees, aprovéchalo. Acepta y capea como puedas el temporal que se avecina.

La miré sin comprender.

—Me huelo que el ama Engracia tenía enfilado ese puesto para su sobrina Milagros. Que en cuanto la señora empezó a quejarse del mal hacer de Sarita se la trajera del pueblo, me da que pensar.

—Vaya.

—No le hará gracia que te hayas adelantado.

—Yo no he hecho nada. Ha sido la señora, yo...

—De sobra sabemos cómo ha surgido la cosa. Otro asunto muy distinto es como ella lo vea. Es muy rígida y muy cuadrículada, y se pone como un tigre si sus planes se tuercen. En cuanto a esa Milagros...

—Petra. Pobrecita, bastante desgracia tiene.

—Mmm.

Nos quedamos calladas, cada cual rumiando sus pensamientos. Yo, luchando contra el deseo innegable de saber más cosas, envuelto con el cálido recuerdo de mi ángel allí en la biblioteca, tan deseable y tan solo. Por encima de todas mis preguntas sin respuesta destacaba una. Una sobre todas las demás y quizá era hora de hacerla. Me armé de valor con una bocanada de aire que llegó hasta la raíz de mis pulmones.

—Señora Tomasa... ¿qué hay de la otra señora? ¿Está enferma?

—¿Qué otra señora?

—La esposa de don Carlos. ¿Está... recluida en alguna parte? ¿Se encuentra en la casa? ¿Por qué nadie habla nunca de ella?

Tomasa dejó escapar un sentido y largo suspiro.

—¿Por qué no se deja ver? Es como si no existiera —presioné, viéndola poco dispuesta a

continuar.

—Es que no existe, niña. Está muerta.

Solté una exclamación, mezcla de sorpresa y miedo. Cualquier cosa me esperaba menos aquello.

—¿Muerta?

—Muerta. Y no es un tema que me guste tratar de noche.

—Pero ¿qué pasó?

—Alguna enfermedad grave, creo. No me corresponde a mí hablar de esas cosas. Ni a ti meterte a chismorrear en los asuntos de los patrones.

—Lo siento. Entonces... por eso el señor don Carlos está siempre solo, es... viudo.

—En efecto. Todos intentan esquivar el recuerdo de la señora Julia, pero está, anda por todas partes. Flota en esta casa como un mal aire viciado.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. De nuevo percibí ese mensaje extraño que no podía descifrar, en los ojos de Tomasa cuando me miraba.

—Anda y ve a acostarte. Le habrás dicho que sí a la señora.

—No le he dicho nada. Me aconsejó que me lo pensara con calma.

—Paparruchas. ¿Cuándo ibas a verte en otra parecida, niña? ¿Qué habrías de pensar?

—Eso mismo digo yo. Que descanse, señora Tomasa.

Esa noche dormí mal.

Escuché ruidos desconocidos que me erizaron el vello. Chirridos y quejidos procedentes de las paredes de mi cuarto. En la cama de al lado, Pilarín roncaba con un zumbido suave, mientras yo era incapaz de pegar un ojo imaginando mil horrores venidos de no sé dónde, que se calmaban con la imagen del señor Carlos mirándome con sus bonitos ojos de hielo sonrientes.

Irene

Por las mañanas, Tomasa y yo éramos las primeras en levantarnos para meternos en la cocina. Los desayunos de los patronos debían estar listos cuando las criadas vinieran a recogerlos, y la cocinera y yo aprovechábamos las luces del amanecer para contarnos nuestras cosas y practicar recetas mientras en el horno se cocía el pan. Tomasa iba, poco a poco, convirtiéndose en lo más parecido a una madre que yo, dentro de mi total ignorancia, podía fantasear. Ese día, sin embargo, yo mantuve una mudez inusual en mí, que debió intrigarla. Se pegó a mi costado mientras hervía la leche y cuchicheó.

—Alabada sea tu mala cara de hoy, niña.

—Si es que no he dormido nada, señora Tomasa.

—Pensando en el ofrecimiento de la señora, imagino

«De todo un poco teníamos en la viña del señor», recité para mis adentros.

—¿Te lo has pensado? —insistió con brío.

—No sé qué decirle. Entiendo lo indigno que es por mi parte desconfiar de los patronos, pero... ¿usted me ha visto? Muy desesperada tiene que estar doña Inés para pensar en mí como su doncella...

—Puede que no le queden más alternativas.

Arqueeé las cejas en un claro «eso sí que no me lo creo».

—Bueno, con la sola excepción de Pilarín, todas las chicas del servicio han pasado ya por ese puesto con tremebundos fracasos.

—¿Y por qué Pilarín no?

—¿Duermes con ella y me lo preguntas? ¡Muchacha! Se tira unos pedos capaces de poner rubio platino al más pintado. No le permitiríamos ni arrimarse de lejos a las habitaciones de la señora. Esos olores terminan pegándose de las paredes.

Solté una risita ligera sin ninguna mala intención.

—Ah, eso. Ni me había dado cuenta, será que estoy acostumbrada.

Tomasa me repasó con un velo de respeto en su expresión que de verdad me hizo sentir importante.

—Ya, no me lo digas, la vida en la calle. Qué pasado más duro el tuyo, muchacha.

—Dormir varios juntos implicaba dormir calientes y lo de los ruidos era lo de menos —le expliqué con alegría.

No me pareció que estuviera muy de acuerdo, ni que coincidiéramos en el orden de importancia de las cosas.

—Bien, lo que te decía, no nos desviemos. Todo el servicio ha probado suerte en el puesto de doncella. Desastre tras desastre. En favor de todas estas diré que la señora no es fácil de contentar.

—A mí me pareció muy amable, cortés y hospitalaria. Y tan elegante y sofisticada...

—Lo cortés no quita lo valiente —replicó enigmática Tomasa—, pero tú dile que sí. Como te descuides, esa criatura insulsa te birlará la oportunidad delante de las narices.

—¿Te refieres a Petra?

—Me refiero a Milagros, la sobrina del ama Engracia. No la llares como te dé la gana a ti, que luego vienen las confusiones.

—Dijo que también se llamaba Petra. Parece que le tiene usted mucha manía.

Tomasa gruñó entre dientes y retiró la olla con la leche hirviendo. Me ordenó que preparase las tazas con la porcelana fina en las bandejas y durante un rato solo trabajamos, sin despegar los labios.

—Yo no le tengo manía y tampoco me gusta criticar, ya me conoces. Pero esa..., esa no es trigo limpio, no me preguntes por qué, es un pálpito.

Sacudí la cabeza para no comprometerme. Si se refería a que en el tiempo que llevábamos juntas, mano con mano en los fogones, no la había oído despellejar a nadie, conformes. Pero de eso a conocerla... No la conocía tanto como para afirmar nada acerca de su carácter. Mi primera regla, la primera que aprendes en la calle, es a no fiarte ni de tu sombra, y el afecto que sin duda sentía por Tomasa, no iba tampoco a cegarme ni permitiría que me relajase del todo.

—A mí me parece una pobre chica con todo el derecho del mundo a querer ganarse un sustento.

—No te digo que no.

—Tomasa, ¿están listos los cafés y el chocolate de la señora?

Era el ama Engracia, entrando por la puerta como un huracán que se estira la falda. Detrás de ella, toda la ristra de criadas adecentándose las cofias, atándose los delantales, y Petra, con cara de sueño, más perdida que el barco del arroz.

—En menos de un minuto.

—Que sea un segundo. Hoy los señores van con prisa.

Me dio un vuelco el corazón. Se iban los señores.

La casa Otamendi tenía un hermoso patio trasero lleno de plantas verdes y aromáticas con unos ventanucos que conectaban con el paso de carruajes. Por allí, si te apostabas a la hora correcta, podías ver salir a los señores camino de la calle, aunque a mí el único que me importaba era don Carlos. Desde que descubriera la atalaya por pura casualidad, le tenía pillada la hora y siempre me las apañaba para salir a vaciar los cubos de fregar o las palanganas. O a por un ramito de hierbabuena. O a por romero para la carne del almuerzo. Todo pretexto me valía con tal de disfrutar de su imagen aquellos escasos segundos. Era mi regalo del día.

—Tendré que salir a por tomillo para el asado —inventé sobre la marcha.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde. Ahora la prioridad son los desayunos, ¡espabila! Milagritos, hija, péinate que le vas a subir la bandeja a la señora.

Tomasa cruzó conmigo una mirada significativa. Mientras, el inesperado anuncio consiguió que la pobre Petra perdiera el color de las mejillas.

—Pero tía...

—¡Ni rechistes! ¿Para qué has venido a la casa sino para aprender?

—Pero tía...

—¡Que no me discutas, Milagros!

—Es que... ¡Tía!

El ama dio media vuelta, furiosa.

—¡No, si la culpa la tengo yo! Por sacarte del pueblo y querer hacer de ti una mujer de provecho. ¡Va a tener razón tu madre, no sirves para nada!

Petra se dejó caer como un fardo en la silla, hipando en silencio. De la escena saqué dos conclusiones: una, que Petra era una chiquilla tímida aún por despabilar y otra, que su oído funcionaba, tal y como sospechaba Tomasa, mucho mejor que bien. Seguramente, la intención del ama haciéndola pasar por sorda era dar pena o conmover el corazón de los señores para que la empleasen. En muchos aspectos, la señora Engracia, pese a haberme recibido con amabilidad y estar claro su papel en la casa, seguía siendo para mí una gran incógnita.

—¿La subo yo, ama? —se ofreció Sarita con un hilillo de voz.

—Ni se te ocurra. Bastante tuvimos ya el otro día con las chimeneas. Mira que no saber mantener vivo un buen fuego... Qué juventud más inútil.

Petra seguía llorando. Y esquivando la afilada mirada de su tía.

—Podría subir Irene... —dejó caer Tomasa con cautela. El ama Engracia la miró como se mira a una cucaracha en mitad de un mantel de hilo blanco y ni le contestó.

—¿Las tostadas están en su punto? Lucía, Sara, acudid al comedor y servid, que están por llegar los señores y... Anita, súbele tú la bandeja a la señora y baja rapidito. Procura no verterle de nuevo la lechera en las sábanas. —Suspiró ruidosa—. Con un poco de suerte, la señora no se fijará en quién eres. —Se colocó frente a su sobrina, que seguía ahogada en lágrimas, con las manos apoyadas en las redondas caderas—. Y tú, deja de lloriquear y espabila. Te he traído a esta casa para que prosperes y teniéndote ahí moqueando nada bueno va a pasar.

Preparé con mimo la bandeja de doña Inés, incorporando un jarroncito minúsculo con una florecita del patio que, hasta entonces, llevaba perdida en el pelo. La había cogido del arriate de buena mañana y despedía una fragancia capaz de ahuyentar los malos humores. Cuando iba a poner el servicio en manos de Anita, el ama Engracia pareció pensárselo mejor y se colocó en medio.

—Deja, yo le subiré el desayuno a la señora, tengamos el día en paz. No me fío de ninguna de vosotras, aprendices, panda de haraganas.

Conforme salía por la puerta, Tomasa se puso a despotricar.

—¡Vaya, vaya, vaya cómo se ha levantado hoy el ama!

—Se ha levantado bien, es culpa mía, la he disgustado —aclaró Petra entre sollozos.

Tomasa la miró con estupefacción.

—Anda, sécate esas lágrimas y prepara el desayuno del servicio, que no se diga que no sirves absolutamente para nada.

Me acerqué a ella queriendo consolarla sin saber muy bien cómo; posé con suavidad las manos en sus hombros, pero dio un respingo y me miró con sorpresa.

—Tranquila. Anda, vamos a tomarnos el café.

No me respondió nada, pero se levantó con torpeza de la silla, fue hasta la alacena y seleccionó las tazas de loza blanca en las que desayunábamos cada día. Tomasa me hizo una seña significativa con las cejas antes de ponerse a cortar rebanadas de pan como una posesa.

Mis ojos se habían quedado prendidos del hueco de la puerta por donde el ama Engracia se había marchado. Todo el mundo parecía darle una importancia fuera de lo común al hecho de

servir a la señora. Y seguramente lo tendría. Pero a mí me habría llenado el alma poder salir a ese comedor, aunque solo fuese a doblar las servilletas. Cualquier cosa con tal de volver a verlo a él. Espiar su salida cada mañana a través del patio, esperando quizá un milagro, que por mano de Jesús me presintiera, se girara y nuestros ojos se encontrasen del modo en que se habían encontrado aquel primer día en el mercado. Y luego en la sala de música hablando de Beethoven. Era muy consciente de mi posición, de la suya, de lo imposible de aquel deseo. Pero saberlo no le restaba fuerza. Ni al anhelo, ni a lo que sentía, aquella llamita que poco a poco iba prendiendo en mi pecho y de la que lo desconocía absolutamente todo.

Salvo que quemaba. Deliciosamente me abrasaba.

—¡Irene! ¿Qué haces ahí pasmada? ¿Pero qué os pasa hoy a todas, caramba? —era Tomasa, a grito pelado. El ama Engracia habría estado orgullosa de ella y de su capacidad de mando— ¡Niña, espabila!

Irene

Íbamos por la mitad del desayuno cuando el ama Engracia se nos unió en la mesa. Traía el rictus más apretado que nunca, los ojos le echaban chispas y su postura era rígida como el palo de una escoba. Nos barrió a todos con una desagradable mirada y yo aproveché que tenía que servirle café y pan para escabullirme. No sé por qué tuve la impresión de que parte de aquellas perlas silenciosas me las dedicaba a mí.

Esperó a que todos acabaran, a que Petra y yo nos fuéramos los servicios y limpiáramos la mesa, y que todos se fueran, cada cual a sus quehaceres, para arrinconarme en la cocina junto al fregadero, donde me esperaban tres pescados enormes que destripar para la cena.

—¿Qué es esa barbaridad con la que me sale la señora de que vas a convertirte en doncella?

Pestañeé asustada.

—Si todavía no he aceptado...

El ama Engracia soltó una carcajada digna de los mismísimos infiernos.

—¡Esta sí que es buena! ¿Que todavía no has aceptado? ¡Perdone usted, *milady*! ¡Tómese su tiempo! ¿Pero quién te has creído que eres, andrajosa recogida?

—Ama, tampoco hay que faltar... —intervino Tomasa con las manos mojadas.

La guardesa de la casa estaba fuera de sí.

—Decir la verdad no es faltar a nadie. Hasta hace apenas tres semanas, esta criatura vivía en la calle, no quiero imaginarme cómo. Se le recogió, se le ha dado un techo respetable, comida y con el tiempo... hasta tendrá un salario ¡por Dios bendito! ¡Ni en sus mejores sueños! La señora pierde la cabeza, le ofrece ser su doncella ¿y aún dice que se lo tiene que pensar?

—¿Por eso está tan enfadada, ama? ¿Porque doña Inés ha pensado en Irene antes que en su sobrina?

Las mandíbulas del ama Engracia se encajaron con fiereza. Una dispuesta a quebrar a la otra.

—¡La señora aún no conoce a mi Milagros! Seguro que cuando la conozca la preferirá, no me cabe duda.

—Y si no la prefiere, ya se las compondrá usted para que lo haga.

El ama miró a la cocinera con la boca abierta, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—Está usted siendo muy insolente, Tomasa, le advierto que aunque tengamos una buena relación de amistad, no le permito...

—Vamos, ama, llevo en esta casa más años que usted, conozco a los señores desde antes

y he vivido tragedias que usted ni se figura.

El ama se estiró cuanto pudo, manoseando el manojito de llaves que colgaba de su cintura. La prueba de su poder.

—Puede. Pero yo soy el ama de llaves y usted simplemente la cocinera. Yo tomo decisiones que los señores escuchan y usted se limita a preparar sus guisos.

—Sin los que, le recuerdo, no podrían pasar.

Me di cuenta de que parecían dos gatas salvajes a punto de sacarse los ojos y que el motivo de la discusión era yo. No quería causar problemas, ni que se arrepintieran de haberme recogido, solo quería ser invisible.

Para todos menos para don Carlos.

Me metí por medio, aun a riesgo de recibir un pescozón.

—Por favor, se lo suplico, no discutan.

El ama Engracia me dedicó una mirada llena de resentimiento.

—Esta arrogancia tuya te costará muy cara, niña, te lo advierto.

—Si aún no le he respondido a la señora no es por arrogancia es...

—¡No me cuentes tus motivos! ¡Faltaría! Y ahórrate la contestación, ella da por hecho que has aceptado. ¡Es un sindió! No me explico cómo ha podido pasar... —Volvió a mirarme con dureza. Sus ojos repasaron uno a uno los rasgos de mi cara, mi pelo rojo, mis pecas. Yo quería que volviese a mirarme con la indiferencia del principio, antes de llegar su sobrina, cuando era casi amable. Pero algo me decía que aquellos tiempos no volverían—. Sí, qué tonta. Claro que me lo explico. Ni que estuviésemos ciegos.

Giró airada sobre sus talones y salió al galope, dejándome sumida en la total miseria. No entendía sus frases veladas, sus párpados entrecerrados como si al mirarme viese otra cosa, algo abominable y peligroso. Sentí que el corazón se me encogía y se hacía chiquito hasta desaparecer.

Las manos calientes de Tomasa se apoyaron en mi brazo y apretaron un poco.

—Olvídate del ama y concéntrate en el pescado. Hay mucho que limpiar y esta noche los señores tienen invitados.

Como me fue posible, me tragué las lágrimas. Hundí las manos entre las escamas y me percaté de que, entre unas cosas y otras, se me había pasado la hora de salida del señor don Carlos y no lo había visto. El día se iba a hacer penoso y largo.

Nunca imaginé cómo terminaría.

Carlos

Hay familias condenadas a no entenderse. Eso ocurría, de alguna forma, entre los Otamendi y los Ocharán. Apellidos amigos y enemigos por mor de un solar, varios negocios y los caprichos de mi tío Antonio. Gracias al préstamo de cuatro millones de pesetas procedente del banco de Vizcaya, el proyecto de modernización más importante de Madrid, el metro subterráneo, había salido adelante. Pero que el número uno de la Gran Vía, tras caer la duquesa de Sevillano en desgracia y perderlo, hubiese ido a parar a manos de otro Ocharán, Luis, hacía que a mi tío se le abriera la bilis con solo escuchar el apellido. Esa noche, Enrique Ocharán, vasco como los Otamendi y propietario del meritado banco, nos acompañaba con su florida esposa en la cena.

Había que prepararse para cualquier catástrofe inesperada, me dije mientras me vestía.

Pese a todo, estaba de muy buen humor. Los contratiempos en el proyecto no me afectaban como antes, las dificultades que la Gran Guerra imponía a nuestras importaciones de material las resolvía con soltura y las cosas marchaban. De una manera bastante inocente, mis mañanas se habían vuelto especiales. La culpa la tenía una bonita pelirroja que solía aparecer en la esquina del patio que lindaba con el paso de cocheras, cuando mi tío y yo abandonábamos la casa para ir a las oficinas de la Compañía, obsequiándome con el impagable regalo de su perfume. Puede que ella no lo notase, pero su presencia pesaba y me atravesaba como una flecha. A ciegas podía adivinar el lugar exacto donde se encontraba y, el solo hecho de imaginarla sonriendo serena bajo el sol, me llenaba de felicidad para toda la jornada. A la par que mis deseos crecían y el anhelo se disparaba, mi yo racional me advertía de los obstáculos. No es que fuera difícil, era imposible. Lo sabía, pero ¿quién se lo explicaba a mi corazón y a mi alma ilusionada? Se negaban a aceptarlo. Esperaba un milagro, sí, eso era. El segundo. Porque el primero ya se había producido, aunque todos en aquella casa guardásemos al respecto el más oscuro silencio.

Aquel día no fue fácil. España no fabricaba la maquinaria que necesitábamos para nuestros trenes, Europa sangraba sus heridas de guerra, y el hecho de que nuestro país se mantuviese en terreno neutral no nos privaba de las nefastas consecuencias a nivel económico, social y político. La mayoría de las fábricas habían cerrado por falta de materia prima y las que sobrevivían mantenían a sus obreros a media jornada. Todo se había encarecido hasta lo demencial y los sueldos eran ridículos. Mucha gente pasaba hambre y necesidad y solo nuestra inquebrantable fe en un futuro progresista y mejor nos disuadía de no abandonar las obras.

Los Ocharán llegaron puntuales y tras los saludos y cumplidos de rigor, pasamos juntos al comedor. Mi plan era escabullirme cuanto antes a revisar unos planos recién llegados a la oficina. Me sentía al margen de los asuntos de las damas y los eternos dilemas entre Otamendis y Ocharanes no me interesaban. Pero eso vendría después de cenar, no antes, así que me armé de valor para soportar otro asalto de mi tío si decidía volver a la carga con el tedioso asunto del solar de la duquesa de Sevillano y la mansión que don Luis Ocharán Mazas se había mandado construir.

En la primera media hora, el ambiente fue cálido y distendido y las conversaciones discurrieron alrededor del gran proyecto del metro. La puesta en marcha de la primera línea de trenes subterráneos en Madrid, uniendo Sol y Cuatro Caminos, que nos elevaría a categoría de gran capital europea a pesar de los pesares y del catastrófico telón de fondo de un gobierno que parecía un fantoche cambiante. Consideré que era un buen momento para exponer mis planes a medio y largo plazo, apenas un boceto de ilusión.

—Le decía a mi tío, don Enrique, que el suministro eléctrico de la red de Madrid no es fiable, no como para alimentar el metro cuando crezca.

—¡Paparruchas!

—Motivo por el cual, deberíamos construir una central eléctrica propia que nos garantice un flujo continuado —proseguí como si jamás me hubiera interrumpido.

Mi tío soltó una estruendosa carcajada que conmovió a ambas damas e hizo que doña Inés lo reprendiera sin palabras.

—Sí, claro, suma más gastos, que aún no tenemos suficientes.

—Yo en tu lugar escucharía al muchacho, Antonio, lo que dice me parece muy sensato —apuntó don Enrique con fervor.

—Los bancos siempre miráis con agrado los proyectos que precisan de grandes capitales.

—Se hará necesario —insistí—, es cuestión de tiempo. Y no estaría de más irlo previendo.

Mi tío masticó un trozo de pechuga de pavo asado como si intentara asesinarlo.

—Por el amor de Dios, Carlos, estamos endeudados hasta las cejas, no emperemos las perspectivas.

—¿De qué serviría disponer de un ferrocarril subterráneo que no puede moverse?

La respuesta a mis desvelos fue un agrio gruñido. Enrique Ocharán se rio con ganas.

—Me temo que tu tío prefiere esconder la cabeza en el agujero como las avestruces. Problema que no veo...

—Problema que no existe —completé yo con una chispa de mofa, a sabiendas de que aquello enfadaría aún más a mi tío.

—Cruzaremos ese puente cuando llegue el momento, no antes. El banco de Vizcaya es partícipe en el proyecto del metro en una generosa proporción, pero si los créditos aumentasen demasiado... podríamos vernos expropiados de nuestra propia obra, como la pobre duquesa de Sevillano con el solar de la Gran vía.

¡Acabáramos!

Sobre el tapete, el espinoso tema de siempre. Don Enrique y yo carraspeamos a un tiempo, y mi tía cruzó conmigo una mirada de angustia.

—Una tremenda desgracia —susurró la esposa de don Enrique.

—Por suerte ya solventada —se apresuró a agregar mi tía.

Con mucha habilidad y suma cortesía, don Enrique dio un giro inesperado a la charla que ya desbarraba directa al precipicio.

—Si se me permite preguntar, ¿qué planes personales de futuro tiene el joven Carlos?

—¿A qué se refiere?

—A si piensas volver a casarte.

—Por el amor del cielo, querido, no seas indiscreto —se escandalizó su señora.

—Preguntas lógicas a un chico en la plena flor de la vida, creo que entraría dentro de lo esperable...

—Aún estamos de luto —intervino mi tía en mi nombre.

Mostré mi relativa conformidad con una sacudida de cabeza.

—Entiendo. Pero los lutos, por fortuna, pasan.

—Querido, te lo ruego —volvió a suplicar su mujer con el rostro descompuesto.

Mi tío se tragó el trozo de brócoli con bechamel que mantenía entre los dientes y estimó oportuno ilustrarnos con su opinión.

—De momento y hasta que el proyecto culmine y la línea de metro se inaugure, mi sobrino está muy ocupado. No tiene tiempo de cortejos.

—¿Estás de acuerdo? —quiso saber don Enrique mirándome directamente a los ojos.

Mi tío Antonio no me concedió tiempo ni oportunidad de réplica.

—Veo que ardes en deseos de presentarle a tu preciosa sobrina Mariana.

Ahí lo teníamos. El quid de la cuestión del escabroso interés de don Enrique Ocharán por mi soltería.

—No me negarás que sería una unión de lo más conveniente.

—No lo niego, pero todo a su debido tiempo. Ya sabes, cuando lleguemos al puente... ¡Ah, albricias! ¡El postre!

Quizá yo no estaba preparado para verla aparecer. Quizá no era capaz de imaginarla más que en la cocina, lo suficientemente lejos, a salvo de mis turbulentos deseos. O en el patio por la mañana temprano, entre tomillo, hierbabuena y ramilletes de flores heladas. No la quería allí en aquel comedor, cargada con una enorme bandeja, ruborizada, con las pupilas clavadas en las alfombras. No en el mundo real, no fuera de mis dorados sueños. Soportar aquella visión era bajarla del pedestal de diosa donde la había entronizado para no alcanzarla, hasta la tierra húmeda del suelo corriente que pisan los mortales. Irene pertenecía a otro universo, uno que nada tenía que ver con tartas, jaleas y postres.

Por fortuna, creo que con la sola excepción de tía Inés y yo mismo, nadie reparó en la muchacha que seguía a Lucía, la otra criada, con callada sumisión.

—No digo que no esté mal que lo digamos precisamente nosotros, pero... —arrancó la esposa de don Enrique con un trino de felicidad.

—Nuestra sobrina es una mocita discreta y laboriosa. Con una educación exquisita —la interrumpió su marido. Ella asintió dispuesta a continuar.

—Y es muy bonita. ¿La conoce usted, don Carlos?

Yo andaba distraído detrás de unas faldas de algodón celeste y unos mechones rebeldes, rojos como la sangre. A duras penas descendí al mundo de los sentidos.

—Sí, es posible que hayamos coincidido... en alguna ocasión.

—Sería gratificante ver a nuestras familias unidas por algo más que negocios.

—Desde luego, desde luego. ¿A ver esa tarta?

En ese preciso instante sucedió. Tanto mi tío como don Enrique y su esposa repararon en Irene y el tiempo se detuvo. En el comedor solo se oyeron, por unos segundos, el tic tac de los relojes. Ni respirábamos.

—¿Qué les está pareciendo la cena? Hemos puesto en marcha algunas nuevas recetas después de la navidad. Dios nos ha bendecido con una cocinera abierta a la innovación. —El

tono cotidiano de mi tía contribuyó a romper el espejismo y lo tiñó todo de una salvadora normalidad. Los invitados a la cena se vieron obligados a responder por civismo, aún antes de recuperarse del susto.

—Delicioso —alabó don Enrique en un balbuceo.

—Todo delicioso —corroboró su esposa—. Usan hierbas aromáticas, ¿verdad?

Mientras la conversación iba poco a poco envalentonándose y mi tío me perforaba con unos ojos como dos saetas de fuego, yo busqué los de Irene, que brillaban atemorizados. Había conseguido sostener la bandeja mientras Lucía servía, sin tropezar. No había despegado los labios, pero cualquiera diría que llevaba sirviendo comedores media vida. Traté de enviarle un mensaje tranquilizador con la mirada y el ruego de un poco de paciencia. Nada de aquello estaba resultando justo. Por muy salvaje que la chica fuese, no podían pasarle inadvertidas las desproporcionadas reacciones de todo el mundo al verla, se estaría preguntando los motivos. Y yo no obraba bien al ocultárselos. Le debía algo, una explicación, un invento que no la alejase demasiado.

«Egoísta —me dije—, te comportas como un malnacido egoísta».

—Gracias, Lucía, Irene, pueden retirarse. —Doña Inés puso punto y final a la presencia de las muchachas en el comedor, cortando de cuajo cualquier habladuría.

Llegarían luego, cuando los invitados se hubiesen marchado y regresara la temida intimidad familiar.

Carlos

Estaría mintiendo si dijese que las aguas volvieron del todo a su cauce. Tanto don Enrique como mi tío estaban impresionados y no lo ocultaban, con su conversación errática y un poco absurda. La esposa del banquero se había zambullido en un inquietante silencio del que los esfuerzos de mi tía no lograron sacarla y, en lugar de café, pidió una tila. Acabada la comida, los caballeros se retiraron a la biblioteca grande a fumar y las damas al saloncito a degustar un oporto. Yo solicité excusarme y, aunque la mirada de mi tío no fue precisamente de complacencia, referí unos documentos de la Compañía que urgían de revisión y eso bastó para que me autorizara. Avisé al ama Engracia para que le pasara recado a Irene y me senté a esperarla en el banco de piedra del patio.

—¿Está seguro de lo que me pide, don Carlos?

—Vaya y no discuta, ama Engracia, vaya. No dispongo de mucho tiempo.

Torció el gesto, apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea, pero dejó de entrometerse y desapareció. La última orden la dicté con firmeza para dejarle claro que, pese a lo extraordinario de mi encomienda y de querer entrevistarme a solas, no solo con un miembro del servicio sino con una jovencita soltera, no iba a permitirle un discurso de los suyos acerca de las prohibiciones sociales y la moralidad cristiana.

Los diez minutos que Irene tardó en llegar, me parecieron eternos.

—¿Ha llamado..., señor? ¿Don Carlos?

—Sí, pasa, estoy aquí, al fondo, detrás de los jazmines.

—No se le ve...

—De eso se trata. Disponemos solo del tiempo que mis tíos necesiten para descubrirnos.

Se me colocó delante y los rayos de plata de la luna llena le iluminaron la cara. ¡Qué hermosa era! ¡Qué frágil y a la par qué fuerte! ¡Qué extraordinaria mujer! Debí de quedarme mirándola como un bobo, porque en sus labios se dibujó una sonrisa burlona.

—Ya sé que en su mundo esto está mal visto.

—¿A qué te refieres? —balbuceé sin apartar mi atención de ella, notando cómo el ritmo del corazón se me aceleraba, igual que antes, en el comedor.

—A vernos aquí, usted y yo, sin nadie más que vigile. En su mundo es un pecado. En el mío no; en la calle no hay reglas.

Suspiré recuperando parte del control perdido.

—Qué utópico, una vida sin reglas.

—Perdone usted, no sé lo que significa esa..., esa palabra.

—Utópico. Algo con lo que soñamos, pero que está fuera de nuestro alcance.

—No debe de tener muchas cosas que quiera y no pueda conseguir.

Lo expresó con franqueza, sin maldad, con una chispa de admiración que latía al son de sus largas pestañas aleteando. Me pregunté si sabría leer en mis ojos cuánto la deseaba.

—El dinero no lo es todo en esta vida, Irene.

—Lo es para lo que no lo tenemos. Bendito sea el poder del Salvador, señorito Carlos, aquí hace un frío de los infiernos.

Su especie de humor rompió la peligrosa atmósfera de intimidad que habíamos terminado creando. Me hizo gracia la comparación tan traída por los pelos.

—¿No se supone que en los infiernos arden las calderas hirvientes?

—Eso cuentan, cualquiera sabe, nadie ha vuelto para contarlo. ¿Usted cree en el infierno?

—Bueno, nos graban a cincel desde pequeños que es eso lo que debemos creer, lo damos por válido y cuando crecemos, quizá seamos demasiado perezosos como para volver a plantearnos nada más. Eso creo.

—¿Y no le parece una forma muy tonta de vivir?

La observé con curiosidad contenida.

—Es posible. Sabes muchas cosas, Irene, y te planteas muchas otras que no son corrientes tratándose de mujeres, si me permites decirlo.

Ella desvió sus ojos claros en dirección a la luna. Allí, de pie, bañada por aquella luz, me pareció más que nunca la aparición de un ángel.

—Seguramente no de la clase de chicas que usted conoce. A mí me crió un hombre sabio, tuve esa suerte. Se llamaba Joshua, era viejo e ilustrado, pasábamos noches enteras bajo las estrellas hablando y haciéndonos preguntas.

—¿Era él quien tocaba el órgano en las iglesias?

—Y quien me habló de Beethoven. —Se despegó de su bello recuerdo y volvió a mirarme con una chispa de desafío— ¿Va a decirme por qué me ha llamado?

Estaba tan aliviado al comprobar que el hombre que añoraba no se trataba de ningún amor de su pasado, que hasta ese instante no vi que no había elaborado una excusa plausible. Tampoco pensé jamás que ella me interrogaría. La vi menos sumisa, más parecida a la fierecilla que conocí en la Puerta del Sol. Supongo que, de algún modo, Irene era una mezcla de todas aquellas cosas que aparentemente no casaban.

—Quería verte.

—¿Y preguntarme de nuevo si me tratan bien, si estoy contenta, si el ama Engracia se porta? La respuesta sigue siendo sí.

—¿Por qué no te sientas?

Noté que se ponía nerviosa. Muy nerviosa. Y eso contribuyó a tranquilizarme a mí.

—¿Ahí, a su lado? ¿Y que salgan sus tíos y nos vean tan cerca...?

—Les diremos que en nuestro universo no hay reglas, ¿qué te parece?

—Que no quiero por nada del mundo que me echen a la calle.

—No te echarán, tienes mi palabra.

Se encogió de hombros en un ademán gracioso.

—Prefiero no tentar a la suerte. Aquí de pie estoy bien.

Palmeé el banco de piedra en la zona más cercana.

—Que te sientes te digo, será solo un ratito. Al fin y al cabo, estás aquí porque somos amigos.

Irene se arrebujó en la vieja toquilla de lana que cubría sus hombros y que yo recordaba haberle visto durante años al ama Engracia. Pero dejó de oponerse y se acomodó a mi lado. De

inmediato, me alcanzó el calor que desprendía su cuerpo, el suave olor a jazmines desde su pelo y la tentación de rozar su blanca piel con la yema de los dedos me quebró en un calambre.

—No diga mentiras, señor don Carlos. No somos amigos ni nada que se le parezca. Soy su criada y usted el patrón. Antes que eso... ¡Válgame Dios! Yo una ladrona callejera y usted mi víctima.

—No vuelvas a repetir semejante historia donde nadie pueda escucharte —le advertí en un siseo.

—¿Pretende protegerme? —preguntó casi molesta.

—Pretendo que te labres un porvenir, a ser posible, sana y salva en una casa decente. Si mis tíos llegaran a enterarse del modo en que nos conocimos...

—No se preocupe, mantendré la boca cerrada, más me vale. ¿Qué tal le va el trabajo? Sale temprano y pasa en las oficinas muchas horas.

Sonreí satisfecho de que controlase con tanto afán mi rutina diaria.

—Es cierto. No tengo más vida que la Compañía del Metropolitano Alfonso XIII.

—¿Es verdad que el propio rey ha puesto dinero para que se construya el metro de Madrid?

—En efecto, un millón de pesetas.

Se le abrieron dos ojos como dos soles brillantes.

—¿Y que los trenes irán bajo tierra?

—Por unos túneles enormes, como gusanos gigantes a toda velocidad.

—Me... ¿me lo enseñará cuando esté terminado?

—¿Te gustaría?

—Mucho

—Irene, yo...

Tenía que contárselo, alertarla, impedir que lo descubriese de otro modo e hiciera conjeturas equivocadas de las que yo no saldría bien parado. Pero la intensidad de aquellos ojos como dos pedazos de inmensa pradera mirándome era devastadora y no fui capaz. Me quedé paralizado, deseando solo tomarla entre mis brazos, embriagarme con su delicado perfume y besarla. Besarla hasta que se acabara el mundo. El suyo y el mío, y el de cualquier otro que supusiera un impedimento a lo que sentía.

—Dígame, señor —me apremió, mirando angustiada en dirección a la salida. El silencio, para suerte mía, era absoluto.

—No me llames señor.

Estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿Y cómo habría de llamarlo?

—¿Qué tal Carlos? Al menos cuando estemos solos.

Frunció el ceño y me miró con severidad.

—Me ha llamado para algo, pero ahora no quiere decirme lo que es.

—No, es solo que... estoy muy contento de que estés aquí con nosotros.

Maldita intuición la suya, adivinando mis tormentos interiores sin necesidad de confesarlos. Hizo como que se contentaba con la pobre explicación.

—¿Sabe que su tía me ha reclamado como doncella?

—¡Eso es una magnífica noticia!

—Sí, si le digo que sí.

—No entendería que desperdiciaras una oportunidad como esa. No lo hagas.

—Me muero de miedo... Ya sabe, cometer errores, enfadarla, decepcionarla y que me eche otra vez a la calle.

—Y dale con la calle, mujer, qué obsesión. Eso no pasará.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo. Eres hábil, espabilada y muy capaz.

—Eso dice Tomasa, pero no he sido doncella ni en mis peores pesadillas.

—Sin embargo, has servido la mesa sin ningún percance.

—Era fácil, me limitaba a seguir a Lucía igual que un perro. Pero en las habitaciones de doña Inés estaré sola. Y pasará algo horrible, lo sé, le tiraré encima el té hirviendo o romperé su jarrita de cristal favorita, o...

Coloqué un dedo sobre sus labios mullidos para que no siguiera nublando el futuro con malos augurios. El tacto de su piel de seda me hizo estremecer.

—¡Señor Carlos!

Era el ama Engracia. Retiré la caricia con brusquedad e Irene se puso en pie de un salto, temblando como una hoja.

—Señor Carlos, sería mejor que la niña Irene entrase pronto. La señora va a acostarse y no tardará en reclamarla.

—¿A mí? ¿Esta noche? —se horrorizó ella.

El ama Engracia sacudió secamente el cuello.

—¿Qué se le va a hacer? Tan irresistibles son tus encantos que tienes encandilada a media casa Otamendi.

Lo rumió entre dientes, pero bastó para que yo la escuchara. No sé si era o no su intención, pero era la pura verdad. Irene nos había embrujado. A mí, a mi tía y, a pesar de la primera impresión, no tardaría en tener a mi tío Antonio también embriagado. Me puse en pie e incliné levemente la cabeza.

—Me retiro entonces, buenas noches y que descansen.

Me fui a la cama a ver amanecer, incapaz de conciliar el sueño, de apartarla de mi mente un solo segundo. Y desde aquella noche, cada mañana al cruzar el paso de carruajes, dejé de hacerme el distraído y me permitía la licencia de mirar hacia el patio y despedirme de Irene con los ojos y una sonrisa que ella me devolvía radiante.

Era el principio de nuestra dolorosa historia de amor.

Irene

La actitud del ama En g racia para conmigo había girado ciento ochenta grados desde que su sobrina Petra entrara por la puerta. No es que antes fuera amorosa y maternal como la de Tomasa, que parecía haberme tomado bajo su ala como a un polluelo hambriento, pero me siempre me hizo pensar en una mujer severa con un corazón noble latiendo en el fondo, conmovida ante la desesperada situación de necesidad de los pobres. Sin embargo, en cuanto su sobrina acaparó su atención, yo pasé a ser un sarpullido molesto que estorbaba sus planes.

Ya no me miraba igual, con su pizca de compasión, ni siquiera con indiferencia, lo cual habría estado muy bien porque me permitiría vivir en paz. Me observaba desde lejos con los ojos entornados y una especie de resentimiento que casi se podía palpar. Empecé a temer que me cogiera tirria y convenciera a la señora Inés para despedirme. Brotaron pesadillas en las que me veía otra vez a la intemperie, pasando frío, sin el apoyo y la compañía de Joshua, sin su consejo, expuesta a las maldades de la gente hambrienta. Apenas me despegaba del fregadero y de la mesa de labor en la cocina, cortando verdura o limpiando pescado con la cabeza gacha para no llamar la atención. Si alguien me hubiese concedido un deseo en aquellos días, por encima de lo mucho que deseaba amar a mi ángel, habría pedido ser invisible para el ama Engracia.

Por eso, el inesperado capricho de doña Inés de que me convirtiera en su doncella personal lo echó todo a rodar. De tensa, el ama pasó a estar furiosa conmigo y con Petra al mismo tiempo, como si la culpase de no haber brillado lo suficiente como para resultar elegida. La chiquilla se pasaba hora tras hora llorando, mientras su tía iba y venía de la zona de servicio sin mirarla siquiera.

Nada en el enrarecido ambiente me hacía presagiar lo que pasaría a continuación, tras la llegada de los señores de Ocharán.

—Apura, Irene, que esta noche sirves la mesa.

Me quedé de una pieza. Helada, petrificada, atascada retorciendo el trapo que tenía entre las manos, y tuvo que ser Tomasa la que respondiera por mí.

—¿Está segura de eso, ama Engracia? ¿La niña...?

—¿Por qué no? La señora está enfadada con Sarita, a Ana le ha dado un vahído y solo queda Lucía. Una doncella no puede servir sola la mesa.

—Es que esta noche los señores tienen convidados.

—Pues mismamente por eso.

—También queda Antoñita.

Antoñita tenía la suerte de pasar desapercibida para todo el mundo. Era un ratoncito de cocina que se pasaba el día con el mocho de la fregona en la mano y cojeaba de un modo bastante evidente. El ama Engracia la miró por encima del hombro con desprecio.

—Por encima de mi cadáver mientras yo sea gobernanta en esta casa, servirá una cena una fregona que no camina derecha.

—Ama Engracia —intervine en un balbuceo temeroso—, yo soy... yo solo soy pinche de cocina.

Sonrió con frialdad.

—No que yo sepa, andas en vías de ser ni más ni menos que doncella personal de la señora de la casa, así que el trabajo de esta noche te vendrá bien como entrenamiento. ¡Vamos! ¿A qué esperas? Ponte un delantal limpio y una cofia. Mis órdenes, señora Tomasa, por lo general, no se discuten. Voy a tener que cortar y pronto, esos aires revolucionarios suyos que tanto me incomodan.

La señora Tomasa se encogió de hombros y dejó caer el machete sobre las chuletas que estaba cortando.

—Usted verá, no está en mi ánimo discutir, bien lo sabe Dios, pero arreando con las consecuencias. Espabila, Irene, haz lo que te han mandado.

Salí al comedor entre tembleques, cargada con la bandeja del postre, siguiendo los talones de Lucia y rezándole a todos los Santos para no tropezar ni cometer ningún estropicio delante de don Carlos y los invitados de sus tíos. Todo podía soportarlo, la humillación, el ridículo, el hambre y el frío, pero avergonzarlo a él, eso no podía consentirlo. Así que me empeñé en salir con bien de aquella prueba en la que el ama Engracia me había metido a la fuerza, y no sé si con tan buena intención como ella pretendía que creyéramos.

Mi papel era relativamente sencillo: sujetar la bandeja e inclinarme hacia el comensal, Tomasa me explicó que se les llamaba así, para que él mismo se sirviera. Con no volcarle encima el contenido, tendría bastante. Pero no llegué a entender por qué yo tenía que recorrer la mesa cargada con la tarta mientras Lucía esperaba tiesa pegada a la pared, cuando ya antes los platos sucios se habían retirado y sustituido por los de postre.

Misterios de una casa de bien en el centro de Madrid.

Luego, cuando regresé sana y salva a la cocina, feliz de haber superado la prueba y se lo contaba a la señora Tomasa entre sollozos de pura felicidad, el ama Engracia vino a decirme que saliera al patio porque el señor Carlos pedía verme. Al principio pensé que se burlaba de mí; enseguida, cuando vi lo poco contenta que estaba, empecé a creerlo y el latido de mi corazón se lanzó a un galope desenfrenado que estuvo a punto de matarme. Enfrenté el encuentro fingiendo fortaleza, seguridad, distancia y todas esas cosas que se fingen cuando una no quiere que el enemigo, en mi caso, el hombre de mis sueños, se percate de lo que sientes, pero mis piernas eran gelatina, las palabras me brotaban solas sin control y ese momento en que él posó su dedo sobre mis labios para callarme...

De haber estado en la calle, de haber pertenecido ambos al mundo sin normas del que provengo, sin duda me habría abalanzado a sus brazos para morderle con furia la boca y entregarme por entero. Sin condiciones.

En cambio, tuve que comportarme como la señorita que desde luego no era, y mantener la

compostura hasta que el siseo del ama Engracia reclamándome rompió en pedazos toda la magia de un amor que arrancaba bajo la luna.

Irene

De vuelta a la cocina, me refugié en mi lugar, a seguir las instrucciones de Tomasa y preparar lo que sería la bandeja del desayuno de la señora Inés. Iba a subírsela al día siguiente, porque al final aquella noche, en cuanto los invitados se fueron, ella se acostó sin ayuda de nadie, acosada por una jaqueca. Dejé listo hasta el florerito de cristal donde por la mañana colocaría una flor entre hierbas aromáticas. Estaba convencida de que oler romero fresco era una inmejorable manera de empezar el día. Y traté de olvidar lo que había pasado con el señorito Carlos, porque era lo que me convenía. Que estuviera viudo era aún peor que que estuviera casado. Porque viudo implicaba en cierta forma disponible, y yo no podía permitirme el lujo de soñar con un imposible que me haría trizas el corazón, en cuanto él volviera a enamorarse de una dama de su alcurnia.

Nunca jamás vería en mí otra cosa que un espécimen curioso, digno de estudio, como solía llamarme Joshua; una pobretona medio salvaje recogida de la calle que se lo debía todo y que con gusto perdería la honra si él se lo insinuaba.

Pero nada más. Tras la diversión y el goce, vendrían el destrozo y la pena.

¿Y qué importaba? Me pregunté. Yo era mujer de presentes, no de pasados, mucho menos de futuros, tan inciertos que jamás los había tenido. Cuando vives de la caridad, del robo y la picaresca, cuando te ves sola en la calle obligada a vadear la violencia, el delito y el engaño, te das cuenta de que, quizá, para ti no haya un mañana. Te acostumbras a saludar a la vida con la salida de cada sol y, al cerrar los ojos, rezas para volver a abrirlos. A no pocos asesinaban durante el sueño solo para robarles las botas. Así que ¿por qué no?

Yo era carnal y sensitiva, no iba a negarme lo que sentía por el señorito, y si al señorito yo le gustaba... que fuera lo que Dios quisiera.

—Niña, ¿sigues aquí, entre los vivos? ¿O acaso el sereno del patio te ha resfriado las entendederas?

Era el ama Engracia, mirándome desde su altura, con mal talante y bastantes prisas.

—Dígame usted, ama.

—Prepárale a la señora una tisana para dormir y se la subes a su dormitorio.

—¿A estas horas? Dijo que quería descansar...

—¡Pues habrá cambiado de opinión! ¡Será verdad que también me discutes las órdenes de la señora! ¿Sería mucho pedir que te limitaras a cumplir con lo que se te ordena, calladita y sin

rechistar? ¡Jesús, qué maldición de muchacha!

Ante la palabra «maldición», a la señora Tomasa le faltó tiempo para persignarse tres veces seguidas.

—Le pido disculpas, ama, voy enseguida.

Con toda la diligencia de la que era capaz puse a hervir agua, preparé la porcelana con la tisana para los nervios, la servilleta de hilo y la bandeja pequeña de plata. Corta y manejable. Me las arreglaría bastante bien subiendo la escalera con ella.

—Allá voy —anuncié conteniendo el aliento.

—Tercer piso, pasillo de la izquierda, cuarta puerta a la derecha.

—Enseguida, ama Engracia.

Abandoné a pasitos cortos la zona de servicio dejando al ama murmurando a mis espaldas. Sé que no la hacía en absoluto feliz que yo me encargase de la tarea y que habría preferido mil veces ser ella o su sobrina Petra las que atendieran a la señora. A mí ni me iba ni me venía. No iba a desairar los deseos de doña Inés, faltaría, pero si me dejaban tranquila en la cocina con mis peladuras de patata, mis tripas de pescado fresco y los asados que ya iba manejando, viviría mejor.

Al llegar al segundo piso me detuve con un jadeo, comprobé el buen estado del servicio sobre la bandeja y tomé aire para encarar el último tramo. Pero al llegar al descansillo, me confundí de instrucciones y en lugar de tirar para el pasillo de la izquierda tiré para la derecha. Conté las puertas a la izquierda, nuevo error, de la primera a la cuarta. Carraspeé, toqué con los nudillos, aguardé unos segundos y me dispuse a entrar.

Menos mal que no se me ocurrió abrir la boca, solo Dios sabe qué hubiera pasado. Entré en el saloncito donde chisporroteaba una alegre chimenea, caminé en lo que supuse sería dirección al dormitorio para toparme con una puerta doble de cristalería, cerrada, tras la cual se veía una enorme bañera de metal y dentro, entre jabones, desnudito como el Señor lo trajo al mundo, a don Carlos.

Se me cortó el resuello. Los brazos empezaron a temblar y la porcelana fina a clinclear sobre el plato. El corazón me latía tan rápido que temí que saltara fuera del pecho. Y allí estaba yo, completamente paralizada, incapaz ni de pestañear siquiera. Con mucho esfuerzo me distancié de las cristalerías andando de espaldas, sin atreverme a ningún movimiento brusco que delatara mi presencia. Pero ¿dónde me había ido a meter? ¿En el dormitorio del señorito Carlos? Más me valía salir de allí zumbando porque, si el ama Engracia o doña Inés me sorprendían en un lugar tan prohibido, tendría contadas las horas en aquella santa casa.

Tragué saliva y le pedí por favor a mi corazón que se calmara. Para permitirme una última mirada antes de desaparecer.

El agua jabonosa le llegaba a la altura del pecho, tenía la cabeza reclinada contra el borde de la tina y los ojos cerrados. Pude disfrutar de su perfil perfecto, de su preciosa nariz y de aquellos labios mullidos fabricados por los mismos ángeles. Era el hombre más guapo que había visto en mi vida y os aseguro que viviendo en las calles, comiendo a costa de espiar y acosar a la gente, se ven muchas caras. El confundirme de cuarto me había traído un inesperado regalo que me llenó de felicidad el alma. Pero era pecado. Así que cerré los ojos para grabar a fuego aquella imagen suya, como dormido, medio sonriendo, y llevármela dentro. Sería el bálsamo para mis noches y mis momentos malos.

Sin embargo, cuando los abrí, don Carlos me estaba mirando.

No sé ni cómo, había descubierto mi presencia, allí, vergonzosamente agazapada, espiando su momento más íntimo. Sonrió despacio sin apartar de mí sus ojos, y con las manos apoyadas

en el borde de la tina, se puso en pie, desnudo como su bendita madre lo parió.

La bandeja se cayó al suelo, la taza se hizo pedazos y el líquido de la tisana manchó la preciosa alfombra. Volví a mirarlo aterrorizada e hipnotizada al tiempo. Era verdaderamente un dios, aquel cuerpo no podía haber sido esculpido más que por la Mano Creadora. Él no parecía preocupado porque alguien nos descubriera, todo lo que hizo fue llevarse el dedo índice a los labios y rogarme silencio. Yo temblaba como un papel de seda. Don Carlos avanzó en mi dirección, abrió las dobles puertas de cristal y sin pronunciar una palabra, enlazó mi cintura y tiró de mí hasta quedar los dos en el centro de aquel saloncito, con las puertas de nuevo cerradas.

—Estamos a salvo —susurró muy cerca de mi cuello.

Mi piel respondió en el acto como sólo lo había hecho ante el frío del invierno en las calles. Se erizó y me sacudió en un violento temblor de excitación. Mis ojos enganchados por obra del diablo de aquel pecho perfecto, de aquellos fornidos brazos, de los marcados abdominales y de... Me negué a ir más allá. Ya había visto suficiente mientras don Carlos se aproximaba. Lo bastante como para no poder dormir en años.

Su mano se escabulló bajo mi melena y acarició mi nuca. Sentí que las piernas no me sostenían. De entre los labios me voló un gemido del que enseguida me arrepentí. Era toda una frase, un «soy tuya por entero», todo un acto de rendición en un inocente sonido.

A los hombres no se les puede dar tanto tan fácil, decía la Maricuela, una de la calle que durante algunos meses había sido puta. Pero se me escapó y está claro que el señor Carlos lo entendió bien, porque se inclinó sobre mí y capturó mi boca con la suya, transportándome en un beso interminable y profundo, directa al otro mundo. Mi cuerpo echó a arder, mi pulso se aceleró hasta la demencia, bajo la ropa barata mis pezones se pusieron duros y un delicioso y desconocido calambre me recorrió el vientre.

Pestañeeé. La bandeja seguía en mis manos, intacta. El señor Carlos no me abrazaba ni me besaba. Las puertas seguían cerradas y él continuaba en la bañera con los ojos cerrados, ajeno a mi vigilancia. No obstante, yo jadeaba como una condenada a muerte.

Todo había sido una ensoñación mía, el producto de una imaginación digna de un excomulgado. Sin duda era una pecadora con una mente sucia y una entrepierna por estrenar.

Tenía que salir de allí con urgencia. Buscar las habitaciones de doña Inés, entregarle la tisana, preguntarle con mucha educación si necesitaba algo más antes de retirarme, así me lo había indicado Tomasa, y esconderme en mi cama bajo muchas mantas hasta que se me pasara la calentura. Pero antes de irme, me detuve a mirarlo una última vez.

¿Por qué sonreía así, semidormido? ¿Con quién estaría soñando el señor Carlos?

Qué bueno sería saberlo.

Irene

Después de buscar de nuevo el cuarto de doña Inés y llevarle la tisana medio templada ya, volví a la cocina. Ocupando el rincón y una silla vieja, Petra seguía llorando y al cabo de un rato, su tía se retiró a dormir sin darle las buenas noches. Me pregunté si se quedaría allí en vela, dado que ella y el ama compartían cuarto. Tomasa se fue a acostar también, las luces se mitigaron y todo quedó en silencio. Me daba una pena horrorosa, de modo que calenté agua, preparé dos infusiones de las de la señora y le ofrecí una y un poco de compañía.

—Mujer, no te lo tomes tan a la tremenda. Tu tía tiene carácter, ya debes de conocerla.

Observé que me entendía a la perfección sin necesidad de leerme los labios. No obstante y por si acaso, se lo puse fácil, colocada de frente, articulando despacio.

—No, no la conozco. Es hermana de mi madre y yo siempre he vivido en el pueblo.

—Sabes que tiene buenas intenciones, será severa, pero es por tu bien.

—Sé que me trajo porque la señora de la casa andaba buscando doncella. Y que esperaba que me hiciera con ese puesto. Pero yo no puedo... no puedo...

La vi tan desesperada que se me abrió en canal el pecho. Seguí un impulso vehemente, le agarré las manos y se las apreté con cariño.

—¿El qué no puedes? Puedes todo, Petra, igual que yo. ¿Quién iba a decirme a mí hace nada que serviría la mesa en una casa de postín? Y mira esta noche, lo he hecho sin derramar ni una gota de jalea.

La chica sacudió con fuerza la cabeza.

—No, no lo entiendes. No puedo competir con... con eso tuyo.

La presión de mis manos sobre las suyas se aflojó por la sorpresa.

—¿Con lo mío? ¿Y qué es lo mío?

—Ellos... todos, ven en ti algo especial que yo no tengo.

—Mira, que si tanto deseas el puesto de doncella puedo decirle a la señora Inés...

—Ella nunca me aceptaría, no después de haberte visto.

Cada vez entendía menos. La liberé, me retrepé contra mi silla, di un sorbo a la tisana y esperé a que explicara algo más, porque empezaba a pensar que yo era la única corta de entendederas de la casa.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué habría de saber?

Ahora fueron sus dedos los que capturaron los míos. Se puso en pie y tiró de mí hacia la puerta.

—Ven conmigo.

Salimos al pasillo completamente a oscuras. Estaba claro que mientras yo me deslomaba pelando patatas y limpiando pescado en la tina, Petra había hecho los deberes, supongo que en compañía del ama, y parecía conocerse la casa palmo a palmo, mucho mejor que yo, desde luego. Aspiré el aire perfumado y sentí cómo las plantas de los pies se me hundían en lo mullido de las alfombras. Nunca antes había tenido oportunidad de recorrer la casa sin alguien vigilándome las espaldas. Alguien que me intimidase, me refiero. Petra no era ese tipo de persona, así que me relajé y disfruté mirando lo poco que la penumbra nos permitía ver. El señor Antonio no pararía de quejarse, pero aquello era un palacio. ¡Qué de muebles de madera! Grandes y brillantes ¡Qué de lujo! ¡Qué de cuadros de todos los tamaños!

En un recodo del camino, una zona especialmente estrecha de un pasillo, Petra se detuvo. Miré alrededor. Reconocí de inmediato el lugar donde también la señora Inés, cuando me enseñaba la casa, había caminado más lento.

—¿Por qué te paras?

—Porque hemos llegado. Mira.

—¿Qué porras quieres que mire?

—A la mujer del cuadro, boba. Mírala.

Iba a protestar por tanto cuento, pero no pude. Levanté los ojos para posarlos en un retrato de tamaño medio cuya imagen resucitaba a la luz de la palmatoria que Petra levantó para mí. Era una mujer joven, hermosa, vestida de blanco. Con el pelo rojo trenzado en un complicado recogido. Miré despacio sus facciones. La forma de los ojos, el color, su nariz, los labios en forma de corazón, el tono cremoso de su piel. Y fue como mirarme en un espejo, mi mano voló sin pedir permiso a temblar sobre mi rostro. Aquella mujer era exactamente igual que yo. Idéntica. Sentí mucho miedo, creo que empecé a tiritar con violencia. Y se me cerraron los pulmones, no conseguía respirar.

—Esa... ¿Quién... quién es esa?

—Era. Doña Julia, la difunta esposa del señor Carlos.

Durante bastante tiempo no tuve otra ocupación que recuperar el resuello.

—Hay otro cuadro suyo en el comedor. Uno mucho más grande —añadió Petra quebrando el silencio—. Dice la tía Engracia que para los padres de la difunta señora Julia, para cuando vienen de visita a cenar, que lo vean.

—Era... muy joven.

—Y muy bonita. La tía dice que parecía una princesa.

—¿De qué se murió?

—Nadie lo sabe. Es un misterio. —Me miró con un gesto sibilino—. A lo mejor la mató el señor Carlos.

Aquella atrocidad consiguió sacarme de mi sopor. Giré la cara hacia Petra queriendo despeñarla escaleras abajo.

—¿Pero qué barbaridad estás diciendo?

—Es que, por lo visto, él no quería casarse, fue un matrimonio de esos de conveniencia que acuerdan los ricos entre ellos. A lo mejor la mató para liberarse... y ahora está arrepentido.

Le dediqué una mirada de enfado. Petra me sonreía apenas, con una expresión inocente que parecía muy culpable.

—Ya sabes, los cristianos tenemos conciencia. Seguro que los remordimientos no lo dejan vivir y tiene pesadillas por las noches. Por eso, al verte a ti...

—Al verme a mí, ¿qué?

—No sé, a lo mejor haciendo la buena obra de recogerte pensaría que le pide perdón a su difunta. —Desvió la mirada hacia el retrato—. Mira lo igualitas que sois. Es lo que le pasa a todo el mundo en esta casa, te miran, ven a una fregona, pero enseguida les parece ver el fantasma de doña Julia. Y contra eso yo no puedo pelear.

La observé muy intrigada. Petra hablaba fluido, segura de sí misma, nada que ver con la muchacha timorata que se escondía en los rincones de la cocina. Y envenenada por los chismorreos del ama Engracia, eso también. Apostaba que no estaba hablando por boca propia, sino por la de su tía. Petra no llevaba lo suficiente en aquella casa como para sacar tantas conclusiones. Apreté los labios y sentí una punzada profunda en el pecho, a la altura del corazón.

—Más vale que volvamos abajo, vaya a ser que nos descubran —dije dándole la espalda.

Costó despegarla del cuadro. Fue como si una fuerza demoníaca la mantuviera pegada a aquel corredor tenebroso, mirando el retrato de una muerta fantasmagóricamente revivida en mí. Solo de pensarlo me daban escalofríos. Estaba aturdida, quería salir corriendo, alejarme y poco me importaba si Petra me seguía o se quedaba allí a pasar la noche. El ruido de su carrera a mi espalda, me convenció de que al final venía.

—No has dicho nada, Irene...

—¿Qué habría de decir? —repliqué seca.

—Una no descubre todos los días que siendo una «don nadie» es igualita a la señora de una casa. Difunta, por más señas.

—Son cosas que pasan, la gente a veces se da aire a otra gente.

—¿Y no te parece mucha casualidad?

Frené de golpe, me giré y la miré con fiereza.

—A mí no tiene que parecerme nada, tú misma lo has dicho, soy una fregona, una «doña nadie». Y doña Julia una gran dama.

Atravesé la zona de la cocina y el comedor de servicio como una exhalación y, sin despedirme de Petra, me escondí en mi cuarto. Los ronquidos de Pilarín hacían temblar las paredes y, sin embargo, me consolaron. Me quité en silencio la ropa, me embutí en mi viejo camisón y me oculté bajo las mantas.

Por fin pude llorar a gusto hasta vaciarme.

Ahora entendía muchas cosas. No solo la reacción del servicio y de la familia al verme. Hasta la de sus invitados. Entendía las razones de que don Carlos fuese tan amable siendo yo quien era. Que me hubiese recogido de la calle y puesto a salvo en una casa decente con comida en abundancia. No me sonreía porque yo le gustara, no me protegía por caridad. Era porque le recordaba a ella. El interés del señor Carlos en mí no era más que el producto de mi imaginación, no existía, era humo. Yo era el juguete que le recordaba a su esposa muerta. Un entretenimiento muy triste.

De repente y sin pararme a pensar que mis aspiraciones con don Carlos eran pura locura, que aún sin su mujer de por medio él tampoco habría pensado en mí de la forma que yo anhelaba, sentí que el alma se me rompía en pedazos. Que la decepción y el desengaño me golpeaban como un puño apretado. Que la pequeña ilusión de verlo cada mañana, de recibir su sonrisa, se desdibujaba en el aire. Y supe que tenía que marcharme; alejarme de aquella casa y de él lo más posible. Para no sufrir, para no acabar demente de amor. Porque, por mucho que me engañase, eso era lo que poco a poco iba sintiendo por él, pasión, ternura, deseo, urgencia y necesidad. Todo a su mera presencia. Y yo era fuerte, pero aquellos sentimientos desconocidos me debilitaban.

Eso sí. Después de probar lo que era dormir caliente con la barriga llena, Irene sin

apellidos no volvería a las calles tal cual. Iba a elaborar un plan y a desarrollarlo con paciencia. Algo que me permitiera vivir con sencillez pero decencia, mucho tiempo.

Si algo sobraba en aquella casa, era fortuna y plata.

Carlos

Las horas volaron en la Compañía del Metropolitano Alfonso XIII, o eso al menos me pareció aquel día, seguramente porque flotaba de dicha y ningún inconveniente de los muchos que surgieron me pareció lo bastante serio como para amargarme. A las cinco en punto volvimos a casa. Mi tío loco por tomar café y bizcochos y yo, por si la divina providencia me permitía volver a verla a ella.

Nos reunimos con mi tía Inés en el saloncito y Lucía sirvió la merienda. Puede que no ocultase con astucia mi decepción al comprobar que Irene no aparecía. Le di un par de vueltas al diario que ya había ojeado de prisa por la mañana y finalmente me decidí por la novela que acababa de empezar y en la que de ninguna manera conseguía centrarme.

—Los Otamendi deberíamos vivir de forma más representativa —soltó mi tío en cuanto Lucía nos dejó a solas.

Mi tía lo miró de reojo desde su labor de bordado.

—Sé que te refieres a la casa, Antonio, una vez más. ¿Qué tiene esta de malo?

—Es... modesta.

—Estamos en pleno centro, es cómoda y espaciosa.

—Deberíamos estar en el número uno de la Gran Vía si ese mentecato de Ocharán no se me hubiese adelantado.

Cuando mi tío se obcecaba con algo, era tarea de titanes hacer que lo olvidara. Aquella espina del solar perdido clavada en medio de su corazón, el resentimiento hacia los Ocharán y el eterno rosario de maldiciones. Como cada dos o tres días. Me prometí no intervenir salvo que corriera la sangre. Mi tía estaba tan acostumbrada a torear sus protestas y se lo tomaba todo con tanta calma, que contemplar sus estrategias era todo un espectáculo. Fingí estar muy interesado por mi lectura, para mantenerme al margen.

—Querido, no le des más vueltas.

—¡Por supuesto que tengo que darle vueltas! Tenía el dinero listo, las posibilidades, pero no el solar. Es tan frustrante...

A pesar de su evidente congestión, su esposa no mostró signos de inquietud. Se limitó a servirle un segundo café.

—Que sepas que Enrique Ocharán piensa lo mismo que yo, que el comportamiento de su primo fue indecoroso.

—Quizá lo fuera, pero es mejor olvidarlo, querido, son cosas que pasan y no puedes vivir envenenado con un negocio que se fue a pique.

—¿Sabes por qué seguimos viviendo en el número ocho de la calle del Barquillo, sobrino? ¿Lo sabes?

Esta vez la pregunta de mi tío iba dirigida a mi persona. Aparté los ojos de las páginas de la novela y lo miré interrogante.

—Vivimos aquí porque tu tía es una romántica. Le gusta mirar de frente la casa de las siete chimeneas y fantasear con que en las noches de tormenta...

—No fantaseo, Antonio —repuso ella serena, sin dejar su labor de bordado.

—Fantasea con que ve las luces titilar tras las ventanas de la planta alta y que es el fantasma de doña Helena rogándole que vaya a misa por su alma.

—Marido descreído...

—La Gran Vía es mucho mejor emplazamiento que esta callecita, dónde va a parar. —Con un bramido de elefante cansado, mi tío sacudió el periódico y volvió a zambullirse en su lectura.

No pude reprimir una sonrisa.

—Es más ruidoso, tío, téngalo en cuenta.

—Aquí somos muy felices, siempre lo hemos sido. Me encanta esta casa, su patio, sus balcones... La plaza delante, la parroquia cerca, luz a raudales. ¿Más café, querido esposo?

De repente, y sabe Dios por qué, el humor de mi tío Antonio giró a mejor. Hasta esbozó una sonrisa.

—Si no fuese por esa voz balsámica tuya... ¡Ay, Inés, no te haces una idea de lo valiosa que eres para mí!

—Para todos —dije yo—. Es, sin duda, el pilar imprescindible de esta familia.

La tía Inés soltó una risita coqueta.

—Aduladores.

Vi que mi tío apuraba el contenido de su taza de un solo trago y se ponía en pie con inusitado vigor.

—Si me disculpáis, voy a echarme un rato hasta la hora de la cena. Cada vez llevo peor estos madrugones y los disgustos que la dichosa construcción del metro me están dando.

Lo dispensamos con agrado y se marchó dejándonos en la más absoluta intimidad, y a mí más que intrigado porque no hubiese mencionado el incidente de Irene la noche anterior. Mi intuición me hacía olfatear la intervención conciliadora de mi tía y fuera como fuese, se lo agradecía.

—¿Quieres más café?

—No, gracias, tía, voy servido.

—Tengo noticias que darte, sobrino. Mi buena obra del mes está hecha. —La miré sin entender—. Y no me refiero únicamente a aceptar que esa muchacha se quede en esta casa y a mi servicio, también adiviné que nadie se había molestado en hacerle saber ciertas cosas importantes y la paseé por todos los cuartos. Hice lo posible porque viera los cuadros de Julia —añadió con cautela.

Di un respingo. De primeras, no supe calificar la acción de mi tía, si como piadosa o como diabólica.

—¿Y los vio?

—Me temo que la pobre estaba tan asustada que solo alcanzó a contar los nudos de las alfombras.

—¿Crees que debería saberlo?

—Por descontado, hijo, lo sabrá tarde o temprano. Mientras esos retratos cuelguen de nuestras paredes, es cuestión de tiempo.

Me permití meditar unos instantes.

—¿Piensas que debería retirarlos? Al acabar el luto, me refiero.

Mi tía abrió los ojos con desmesura.

—¿Por una criada?

—No, tía, por una criada, no. Por mí, por la esperanza de una nueva vida que debería empezar a considerar.

—No sabría decirte, los padres de Julia siguen siendo amigos de la familia, se sentirían comprensiblemente ofendidos.

—Y lo lamentaría si así fuese, pero es hora de vivir por mí, no por los padres de Julia.

—Sé que no fuiste de buen grado a ese matrimonio...

—Tío Antonio lo negoció como quien compra una tonelada de acero.

—Habría salido bien, era una joven maravillosa.

—Desafortunadamente no tendremos ocasión de comprobarlo —rumié ceñudo.

Los dos nos sumimos en un profundo silencio que duró muchos minutos. Mi tía metiendo y sacando su aguja y sus hilos de colores, yo simulando estar embebido en el capítulo de mi novela.

—¿No le comentó nada el tío después de verla?

Mi tía dejó caer el bastidor en su regazo y las manos sobre él. Me miró con sus ojos dulces, almendrados y cálidos.

—Desde luego que sí.

—¿Y qué le dijo para que no haya insinuado siquiera el tema?

—Tu tío es fácil de distraer si tiene en mente otro asunto más atractivo. Como por ejemplo, la compra imposible de la mansión del número uno de la Gran Vía.

—Entiendo.

Con un leve suspiro, la labor de mi tía fue a parar a su cesta y ella abandonó la butaca estirándose las faldas.

—Creo que yo también me retiraré a descansar hasta la hora de la cena, querido sobrino. Sé cauteloso, no tomes decisiones a la ligera. Darle una explicación a esa muchacha sería misericordioso, pero también te rebajaría, incluso a sus ojos. Eso es algo que debes evitar. Ella en su sitio y tú en el tuyo, Carlos Otamendi. Quizá sea mejor dejarlo todo correr. Supongo que no es la primera vez que algo así ocurre; es lo que le dije a tu tío.

—El parecido es estremecedor.

Mi tía Inés me miró desde su posición, con las manos entrelazadas por delante y afecto verdadero en sus ojos.

—Espero que no te dé por pensar que el buen Dios ha querido regalarte una segunda oportunidad con Julia, porque esa desgraciada chiquilla no es Julia.

—Habla usted como si yo amara a Julia. Y eso no llegó a pasar, ni siquiera la conocía.

—Entonces la cosa puede ser mucho más preocupante aún, porque no deja de ser una muchacha joven y bonita. Ya sabes, hijo. Pies de plomo.

Me dejó en soledad, cavilando. Puede que no fuese su intención, pero las sutiles insinuaciones de tía Inés habían calado hondo, lograron que por primera vez yo me preguntase si lo que Irene me inspiraba podía tener nombre y, de ser el caso, cómo se llamaría. Desde luego, de una cosa estaba seguro, quizá la única entre tanta confusión emocional, y era que nada tenía que ver con Julia. Irene, por sí sola, me removía por dentro. El hecho de imaginarla trajinando en la cocina, nuestra cocina, me erizaba el vello de la nuca como un pequeño milagro cotidiano al que no debía acercarme.

Las prohibiciones sociales funcionaban en ambos sentidos.

Me pasé la noche en vela, dándole vueltas a un pensamiento que, para mi terror, se convertía en certeza, más firme a cada paso. Anhelaba ver a Irene. Anhelaba aún más tocarla. La idea de rozar sus labios dulces aunque solo fuera un segundo, me obsesionaba. Había conseguido robarle su aroma las escasas veces que la tuve cerca y ahora, cuando respiraba, su olor me llegaba al cerebro en un estallido de deseo. Era algo desconocido para mí, yo por Julia no llegué a sentir nada, no pasé de verla como una desconocida que se convertiría en mi esposa por imposición, nuestros ojos no se hablaron jamás. Con otras mujeres había sido mero desahogo físico. Esto... esto era nuevo y desconcertante. La mezcla entre el instinto carnal y el afán de protección, velar por su bienestar, querer que fuese feliz, la horrible e insoportable idea de no volver a verla por la razón que fuese...

Me levanté de la cama mucho más temprano de lo habitual y me acicalé con especial esmero. Intentaría cruzar el paso de caballerizas antes de que saliera mi tío, a ver si ella, como cada mañana, me esperaba en el rincón del patio y podíamos cruzar una palabra. Algo. Oír su voz, ver sus ojos brillar, llevarme su imagen delicada pegada a la retina para superar el resto del día.

Nos sentamos en el comedor para desayunar, sin más expectativa que acabar pronto, pero cual no sería mi sorpresa al ver que, tras Lucía con la cafetera de porcelana, aparecía ella con un surtido de pasteles recién horneados para dejarlos en la mesa. Mi tío leía el periódico y solo le dedicó un gruñido entre dientes, mirándola de reojo sin querer detenerse. Yo me quedé embelesado buscando la reciprocidad de sus pupilas, que se enredasen con las mías para poder sonreírle, que supiera que pensaba en ella a todas horas. Pero Irene no separó los ojos de la bandeja y de las alfombras a continuación. Lo achiqué a la intimidante presencia de mi tío en el comedor. Era lógico, no podía exponerse a que el dueño de la casa la sorprendiera coqueteando con su sobrino. Pero en el patio sí, al salir nos miraríamos y yo le prometería el cielo y las estrellas con solo una sonrisa. Esperaba que pudiera traducirla.

Acabé precipitadamente mi desayuno, me disculpé ante mi tío y le dije que iba saliendo, que lo esperaría en la puerta. Así dispondría de más tiempo mientras él subía a su dormitorio y terminaba de arreglarse. Esperé junto a las arcadas que comunicaban con el patio trasero, excitado como un chico en su cumpleaños, con el corazón desbocado y un extraño pero delicioso cosquilleo en la boca del estómago. Esperé en vano un buen rato sin disimular mi tremenda decepción. Para cuando recordé que Irene no era libre de ir y venir a donde gustase en aquella casa y me devanaba los sesos buscando una excusa con la que avisarla, su preciosa silueta se recortó en el vano de la puerta, entre las ramas de arbusto oloroso. Fue como una aparición celestial que me secó la boca y me hizo explotar de dicha.

Ella, sin embargo, al contrario de lo que hacía cada mañana, no me buscó con la mirada. Cortó un poco de romero fresco, evitó a sabiendas mi posición y, desde luego, no me regaló una sonrisa. Nada.

¿Qué diablos pasaba? ¿Alguien sospechaba algo y la habían reprendido? ¿El ama Engracia, quizá? ¿Alguien pensaba que la fregona pretendía seducir al señorito y le habían leído la cartilla o amenazado con echarla a la calle? ¿Hasta dónde estaba dispuesta a pelear ella? ¿Qué sentía Irene? ¿Qué sentía por mí?

Aferré con fuerza el ala de mi sombrero, impotente al verla marchar sin dedicarme ni una

ojeada.

Quizá fuese hora de tomar decisiones, ser directo y enfrentarme a las trabas. Podía luchar por lo que deseaba. Podía y quería enfrentarme a lo que fuera con tal de tenerla.

Irene

A la mañana siguiente era tal mi agitación, que me dio lo mismo enfrentarme a voces a la señora Tomasa. Sí, la que mejor se había portado conmigo y no tenía culpa de nada. Ya sabéis lo que dicen de la confianza.

—Pero ¿usted la ha visto, señora Tomasa? ¿La ha visto?

—Sí, hija, claro que la he visto —reconoció con pesar—. Y no solo en el cuadro.

No pude reprimir las lágrimas. Caían a borbotones por mis mejillas y mojaban mi pobre vestido prestado.

—¡Es igual que yo! ¡Igual que yo! ¡Somos idénticas! ¿Por qué se han estado riendo de mí? ¿Por qué nadie me dijo nada?

—Pero ¿qué andas rumiando, muchacha deslenguada?

Me sobresalté y, como pude, me tragué las lágrimas.

—El cuadro de doña Julia... Ella y yo... Ama Engracia...

El ama acababa de entrar por la puerta, más tiesa y más imponente que de costumbre. Al oír mi frase, se santiguó con exageración.

—¿Pero cómo te atreves a mencionar siquiera a la difunta señora?

—Es que yo no sabía... Ama Engracia, vi los cuadros, somos como hermanas gemelas.

—¿Idéntica tú a la señora Julia? Ni te atrevas a compararte, por amor del cielo. Ella era una gran dama y tu una huérfana de la calle.

—Me refiero al pelo, a su cara, al cuerpo...

—¿Y eso a ti qué te ha de importar? Mira que te recogieron de lo más sucio de la Puerta del Sol, aún no entiendo el porqué y, en un abrir y cerrar de ojos vuelves al mismo sitio. No tienes a la suerte, que aquí nadie tiene obligaciones contigo. ¡Habrás visto la desfachatez! ¿Pero qué te has creído, muchachita insensata?

Se me cortaron tanto la respiración como el chorro de reproches. Mi pecho subía y bajaba con violencia, aguantando el llanto para no explotar delante del ama que me repasaba sin caridad ninguna. Tomasa se acercó y puso la mano sobre mi hombro con delicadeza.

—Anda, Irene, ya está bien de cháchara; llégate al almacén y me traes un saquito de azúcar y otro de harina, que vamos a preparar bizcochos para la merienda.

—Pero...

—Que vayas te digo.

Agaché la cabeza y salí obediente, pero me quedé junto a la puerta a ver qué hablaban.

—No hace falta ensañarse, ama Engracia.

—¿Ensañarme? Debo de ser una de las pocas personas en esta casa con los pies en la tierra. Es una recogida, una pobretona analfabeta que no irá a ningún sitio bueno si los señores la ponen de patitas en la calle. Esa no tiene más destino que levantarse las enaguas. Aquí tiene ocupación honrada, comida y techo y, con el tiempo, algunas pesetas podrá ir ahorrando. ¡La de gente que mataría por ocupar su lugar! ¿Es mucho pedir que sea un poco agradecida?

—Hágase cargo, ama, lo que ha visto la ha asustado...

—Y lo entiendo. Aunque no se lo crea, yo no tengo nada en contra de la chiquilla, ustedes pensarán lo que gusten, pero no le deseo mal alguno, es solo que... ¿Pueden dejar todos de comportarse como si fuera el mismísimo espíritu de la señora Julia bajado de los cielos? Créame, señora Tomasa, no le hacemos ningún bien con la comparación.

Tomasa dejó ir un sentido suspiro.

—No me negará que es chocante verla ahí, vivita y coleando, tan parecidas...

—La niña Irene es una huérfana de la calle con una magnífica oportunidad gracias a la bondadosa generosidad de los señores, que bien haría en no desperdiciar. Nada más. Nada que ver con una refinada dama de alta sociedad como fue la pobre difunta.

—Sea clemente con ella, se lo ruego.

—¡Lo soy! Mucho más de lo que todos piensan. Que me tienen por un ogro.

Dieron por acabada la charla y temí que el ama saliera y se topara conmigo allí fisgando, de modo que salí corriendo camino de la despensa a recoger lo que me habían encargado. Si me apuraba, aún tenía tiempo de ver salir al señor Carlos.

Pero no, rectifiqué. No lo haría porque lo que él veía en mí era lo mismo que veían los demás: a la difunta resucitada. Independientemente de lo que yo sintiera o empezara a sentir, al margen de lo imposible que resultaran los amores entre una criada y el señor de una casa pudiente, sus sonrisas y amabilidades no las dirigía a mi persona sino al recuerdo de otra mujer a la que amó. Yo podía ser pobre, más que pobre, pero dignidad tenía. No serviría de lienzo viejo para que nadie pintara encima otro cuadro. Eso decía Joshua de continuo.

Por eso cuando salí al patio lo ignoré. Sabía que estaba allí, esperando que le dijera algo, que mostrase el interés de otras veces. Una leve sonrisa, un caer de pestañas, un burdo coqueteo, porque yo seducir en plan fino, no sabía... Pero no hice nada, no le regalé nada, porque no se lo merecía. Si echaba de menos a su mujer muerta, que la visitara en el cementerio. Yo estaba llena de vida y de ganas por ver el sol.

Tomasa no era digna de que yo le guardase rencores. Aunque supiera desde el principio lo de la señora Julia y yo y no me hubiera advertido. Porque sin serlo, me trataba como si fuera de su familia. Día a día fue sumando cariño y en nada, era la nueva Joshua en mi vida, ese hombre sabio y seguramente rico en otra época, que conocí viviendo en la calle, solo y sin familia, y que tanto me enseñó. Cuando Joshua murió de unas fiebres, supe lo que era la soledad más despiadada. Y ahora, de pronto, Tomasa aparecía en mi vida y aunque no tuviera el refinamiento y los conocimientos interminables del «abuelo», sus ojos me miraban dulces y afectuosos igual que los de él antes de cerrarse para siempre.

Tomasa me preparó para ser una verdadera doncella, para contentar a doña Inés más allá de parecerme a su nuera desaparecida. Me aleccionó sobre la preparación del cuarto antes del

sueño, aprendí a ayudarla a desvestirse, a calentarle el camisón si hacía frío, a cepillarle el pelo, a rociar la ropa de cama con agua de lavanda. Y todo eso lo hacía en discreto silencio, sintiéndome a cada rato más satisfecha de mí misma por mis crecientes habilidades. Al mismo tiempo, mis ojos entrenados para el robo rebuscaban pequeños objetos de valor que pudiera ir recogiendo para formar mi botín. El que me haría sobrevivir cuando me marchase de aquella casa sin mirar atrás.

—¿Necesita algo más la señora? —Solté el cepillo de plata sobre el tocador e hice una ligera reverencia.

—Nada más, Irene, gracias, puedes retirarte.

—Que descanse la señora.

Otra reverencia. Recogí la camisola del día para darle un remojo y plancharla después con agua de azahar. Lo había hecho una vez y a la señora le había encantado. Salí al pasillo deseando por un instante cruzarme con el señor Carlos, cuyos ojos no me encontraba desde hacía ya tres días, en mi enfado y en mi dura obstinación de las mañanas. Algo me decía que él seguía intentándolo, buscándome en el patio cuando cruzaba el paso de caballerizas y que mi desdén no lo desanimaba. Claro. Al señorito se le negaba un capricho, cosa a la que no estaba acostumbrado y, con tal de salirse con la suya, estaría dispuesto a persistir hasta el infinito.

Enseguida conseguí dormir la idea de mi cabeza, que no el anhelo de mi corazón. Para mi desgracia, aún suspiraba por él, su recuerdo me martilleaba y la necesidad de acariciarlo, sí, ya no eran ganas, era necesidad, en lugar de mitigarse, crecía. En la escalera, en lugar de bajar a la zona de servicio, dos plantas más abajo, me desvié hacia el piso de arriba. La casa de los Otamendi tenía un total de cinco plantas y una azotea. En la planta baja, además del gran recibidor, estaban las zonas no nobles: cocina, despensa, comedor del servicio, almacén, entrada al patio y nuestros dormitorios. En el primer piso, la biblioteca, el gran salón, el comedor, los despachos y el saloncito. Uno más arriba, los dormitorios de los señores con sus correspondientes gabinetes. Y aún quedaban dos plantas más, plagadas de salones que jamás se usaban y de dormitorios para invitados, aunque por comentarios de las criadas, sabía que en la tercera tenía el señor Antonio su despacho y sus salas privadas de estudio y reuniones, otro tanto para el joven señor en la cuarta. A la azotea no subía nadie porque les fatigaba tanto peldaño.

Miré a un lado y otro, me aseguré de que todo estaba en calma y me escurrí hacia uno de los muebles de caoba del salón más cercano. Tiré de un cajón. Estaba lleno de manteles de hilo fino con bordados. Abrí el siguiente y descubrí una cubertería de plata que habíamos limpiado la semana anterior. Ya dijo el ama Engracia que eran herencias familiares, que apenas se usaban, como otras siete que estaban por limpiar, pero que todo en aquella casa debía estar siempre como los chorros del oro. A esa cubertería tardaría el ama en arrimarse, hasta que no le diera por abrillantarla de nuevo. No podía arriesgarme a mutilar otra de las que estaban por limpiar, porque me cazarían enseguida. Cogí dos cucharillas pequeñas de las que ocupaban el fondo del cajón y las hundi en el bolsillo de mi delantal. Cerré a toda prisa, limpié la huella de mis dedos con el pico de la falda y bajé a la cocina a todo correr, con las manos y la camisola de la señora pegadas al regazo.

—¡Ya era hora! —masculló Lucía al verme entrar— ¿Dónde estabas?

—¿Dónde iba a estar? Atendiendo a la señora.

—Ve poniendo los platos en la mesa, Irene, que vamos a cenar —me indicó Tomasa desde la pila de la vajilla.

—Un segundo, que pongo en remojo la camisa de doña Inés, señora Tomasa. Quiero ponerla a secar antes de irme a la cama para planchársela a primera hora.

—¡Será que la señora no tiene más camisa que esa! —se burló Pilarín abriendo las alacenas.

A mí me resbalaban sus chufas, solo quería quedarme sola y poder esconder las cucharillas bajo el colchón de mi cama, envueltas en un trapo. Luego, fingiendo una tranquilidad que no sentía, preparé el lebrillo con agua y ceniza y sumergí la camisa de hilo de doña Inés para blanquearla. Me sequé las manos y volví a la mesa con los demás, a cenar. Aunque el pellizco del estómago por lo que acababa de hacer, no me dejara respirar con calma.

Irene

A partir de ahí los días volaron. Se escurrían como pescados vivos, porque mis ansias por acumular un tesoro lo más cuantioso posible que me permitiera vivir con dignidad, sin volver al robo y la delincuencia, me birlaba las horas delante de mis narices. Por las mañanas, seguía resistiéndome a mirar a don Carlos cuando salía. Alguna vez se me escapó una miradita de reajo, pero por fortuna creo que él no se percató de nada. Yo no era tonta, aunque lo pareciera. Si alguna de las chicas estaba ocupada o se encontraba mal, aunque fuera contra el protocolo básico, como decía el ama, estando solo la familia sin convidados, podía ayudar a servir la mesa y entonces lo veía. Podía sentir la fuerza de su intención traspasándome con los ojos. Y yo me marchaba muy tiesa y orgullosa de haber resistido una vez más la tentación, aunque luego me durmiera llorando como una Magdalena. Cuanto antes dejara aquella casa, mucho mejor para todos.

Después de las cucharas llegó un tenedor, luego un platillo, una lupa de nácar y finalmente me atreví a distraer un camafeo de la señora que encontré arrumbado en un viejo joyero. En lugar de llevármelo, lo cambié de sitio por ver si lo echaba de menos y pasada una semana, lo volví a cambiar. Como no parecía acordarse de él, fue a parar al nido de mis tesoros en el camastro. Pero cual no sería mi sorpresa, al encontrar allí solo el trapo arrugado. Como una mofa. Ni rastro de las cucharas, el tenedor o el platillo. Se me heló la sangre en las venas. Ya me habían pescado. Ahora sí que me vería en la calle, a merced del hambre y el frío, sin posibles y sin futuro, porque con antecedentes de ladrona ninguna casa decente, por humilde que fuera, volvería a tomarme a su servicio.

El caso es que entré en la cocina con más miedo que vergüenza, la cabeza gacha y los pies de plomo, temiendo el chaparrón. Pero allí todo el mundo parecía del mismo humor que siempre, nadie se fijó en mí siquiera y Tomasa y el ama me dieron las órdenes de costumbre. Sin malas caras ni reproches. A pesar de todo, yo me la pasé conteniendo la respiración, tragando sin poder una sopa que a mi garganta le parecía piedra, esperando que la bronca explotara de un momento a otro.

No pasó nada. Solo me preguntaron qué me pasaba, que si había pillado frío, que se me habían ido los colores.

Enseguida subí a atender a la señora, con las piernas temblonas y cara de culpable. Pero ella estuvo sonriente y amable, como siempre. Por lo tanto, tampoco doña Inés me había descubierto. Cada vez con más intriga, la dejé acostada y me escurrí al salón de arriba. Abrí los cajones que días antes había atracado, solo para descubrir que sobre el terciopelo verde descansaban el tenedor y las odiosas cucharillas, tal que si yo jamás de los jamases las hubiera

robado.

Era una ladrona con mala suerte, eso estaba claro.

Regresé a la planta baja con la pinta de un perrillo apaleado. Estaba claro que alguien en aquella casa estaba al tanto de mi delito y que, o bien no quería delatarme, podía ser Tomasa, o guardaba el rapapolvo para mejor y más despiadada ocasión. Ese caso apuntaba más al ama Engracia. Igual hasta me llevaban presa. Me sudaban las manos y me temblaban las piernas. La voz no me salía del cuerpo. No tenía descaro ni artes callejeras con las que soportar aquello. Me daría un soponcio antes de tres días si no averiguaba ya por donde pitaba la flauta.

De espaldas y todo, noté que Tomasa me tenía clavados los ojos. El corazón me dio otro brinco.

—Niña...

Hala, ya estábamos. El principio del fin. Hice como si nada, seguí fregando la vajilla y musité un «dígame» con un hilillo de voz.

—El señor Carlos ha bajado antes. Cuando estabas atendiendo a la señora.

Ahí se atrancó. Yo solté los platos y me giré muy despacio mientras me secaba las manos mojadas en el trapo.

—¿El señor don Carlos? ¿Aquí a la cocina?

Tomasa tenía un papel en la mano. Una nota doblada dos veces en papel bueno.

—Me ha dado esto para ti —susurró entregándomelo con rapidez, mirando alrededor por si venía alguien.

Abrí dos ojos como los culos de dos perolas. Atrapé el papel con ansia y lo devoré con la mirada, pero sin abrirlo.

—¿Para mí?

—Sabrás leer, ¿no?

—Sí, señora.

—Pues ¡ea! Ya me dirás a cuento de qué viene esto.

Me lo metí en el fondo del bolsillo. Allí donde nadie pudiera quitármelo.

—Yo no sé nada de nada, señora Tomasa.

—No es normal ni apropiado que un señorito... un joven señor viudo y en edad de merecer... En fin, estas cosas mal empiezan y peor acaban, Irene, no se te ocurra...

—Le digo que yo no he hecho nada, señora Tomasa, estese tranquila.

—¿Cómo voy a estar tranquila si el heredero de la familia anda mandando notitas a la servidumbre? Esto no está bien, Irene, no señor.

—Será alguna amabilidad suya a cuenta de los cuidados a doña Inés, que la tengo muy contenta, no le eche más...

—¿Desde cuándo esas amabilidades proceden? Si tienes contenta a la señora, no estás más que cumpliendo con tu obligación. No, Irene, él en su sitio y tú en el tuyo, que bastante has medrado entrando en esta casa.

Medrado. Esa palabra no estaba segura de lo que significaba, pero me quede calladita y sin preguntar nada, no fuese a empeorar la cosa.

—Y procura que el ama no se huela nada de este asunto o eres doncella muerta, ya lo sabes. Andando con esos platos y a dormir.

Obedecí como un corderillo manso y en cuanto Tomasa me dejó a solas, me sequé las manos con premura y leí la nota. La caligrafía era esbelta, elegante y estaba escrita con pluma. Me citaba en la azotea aquella misma noche, con la mayor discreción.

Carlos

Los hombres jóvenes tenemos poca paciencia y la mía no tardó en colmarse. No podía permitir que siguieran pasando los días sin poner fin a la indiferencia de Irene. Era vergonzoso el modo en que mis pupilas rastreaban el patio cada mañana buscándola, y en tan solo una ocasión logré que sus ojos tropezaran con los míos una milésima de segundo, antes de que ella mirase para otro lado. No dormía, apenas tenía apetito y todo el mundo se percató de mi desconcentración y mi extraño nerviosismo. ¿La amaba o la deseaba? ¿Era un vano capricho o el amor de mi vida? No tenía tanta experiencia en cuestiones del corazón como para diferenciar ambos sentimientos, pero la quería a mi lado. Sana y salva, respetada, pero a mi lado.

Era egoísta, lo sé. Y absurdamente soñador, porque enamorarme de una chica del servicio no era algo que estuviera a mi alcance.

A media mañana, aprovechando unas tediosas gestiones en la calle, me escapé hasta la casa. Era un buen momento, mi tía estaría paseando la Gran Vía con sus conocidas, tomando café como de costumbre. El ama Engracia y las criadas, repartidas por la vivienda, centradas en la limpieza. Bajé a las cocinas con la esperanza de encontrar a Irene y poder robarle unos minutos de intimidad, para hablar. Aún no sabía ni de qué. ¿Pensaba reclamarle por no corresponderme? ¿Iba a exigirle miradas de amor desde el patio cada mañana solo para sentirme mejor el resto del día? ¿Pretendía recordarle que estaba en deuda conmigo por sacarla de las calles y que me debía devoción y entrega?

¡Dios! No era más que un hombre absurdo y muy confuso.

No tenía ni idea de lo que planeaba, estaba tan perdido, ahogado por las emociones que se alborotaban con solo pensar en ella. Pero no la encontré, las cocinas estaban desiertas. Y también las estancias de alrededor.

Sin llamar a nadie, recorrí el espacio. Husmeando su olor en el aire, impregnándome de su presencia invisible que lo llenaba todo. Traspasé la zona del comedor común y de ahí al pasillo que conducía a los dormitorios. Me estaba arriesgando mucho, si me sorprendían tendría que explicarme y las ganas de toparme con Irene me embotaban el cerebro y me bloqueaban las buenas ideas. Abrí una puerta tras otra sin llegar a entrar. No obstante, cuando llegué a su cuarto lo supe, su aroma a flores tiernas flotaba en el aire, la vieja toquilla de lana verde colgaba de una

percha en la pared y su cama no tenía cojín, porque Irene apenas tenía pertenencias.

Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué la nota que había escrito para ella. Apenas unas frases garabateadas a toda prisa en las que le recordaba el lazo de nuestra amistad y que yo seguía queriendo verla cada mañana antes de irme. No sabía dónde dejársela, nadie más que ella podía verla, había esperado poder entregársela en mano; tampoco era urgente, tanto daba si empleaba un día o dos en descubrirla, pero nadie que no fuese Irene podía leer aquello. De modo que levanté un poco el colchón por la parte central, dispuesto a esconder el papel allí mismo y que se topara con mi misiva al hacer la cama.

Entonces descubrí otra cosa. Un inesperado nido de objetos propiedad de la casa Otamendi.

Cucharillas de plata, un tenedor, un platillo de alpaca para pan, una lupa con mango de nácar y un viejo camafeo que no recordaba haber visto jamás colgando del cuello de nadie. Todo envuelto en un trapo ajado que también olía a Irene. Recuerdo haberme sentido más triste que irritado. Que la cabra tirase al monte no era algo que me sorprendiera, Irene llevaba toda su vida sobreviviendo a base de pequeños robos; el monto de lo hurtado era irrisorio teniendo en cuenta la fortuna que guardaba aquella casa, pero el significado del tesoro escondido solo podía ser uno: la mujer cuya imagen me quitaba el sueño preparaba su marcha; en cualquier momento iba a perderla y no podría soportarlo. Recogí los objetos, los repartí por mis bolsillos dispuesto a devolverlos, y con la nota que pensaba dejarle formé una bola apretada. Salí de su cuarto a toda velocidad y al intentar cruzar la cocina, me di de bruces con Tomasa. Se me quedó mirando con dos ojos redondos y muy abiertos mientras soltaba la redcilla con un montón de nabos dentro, sobre la recia madera de la mesa.

—¡Señorito Carlos! ¿Le pasa algo? ¿Tiene hambre?

Se me escapó una sonrisa. Era lo mismo que solía preguntarme cuando de crío bajaba a por un poco de compañía y chocolate.

—No, Tomasa, no tengo hambre.

—¿Entonces?

—Todo está bien —aseguré tratando de ganar tiempo.

—¿Me buscaba? ¿O acaso al ama Engracia...? ¿Ha pasado algo?

Apreté los labios sin concretar nada.

—¿O a quién busca?

Parecía que Tomasa ya lo supiera todo. Suspiré hondo.

—Estaba por aquí cerca haciendo unas diligencias y de repente... me apeteció un café de los tuyos.

La vieja cocinera arqueó una ceja y me miró con desconfianza.

—Suba al saloncito. Se lo preparo y le digo a Lucía que se lo suba, descuide.

Separé la silla de la mesa y tomé asiento fingiendo despreocupación.

—Nada de saloncitos ni de bandejas de plata. Prefiero tomármelo aquí contigo, como cuando era pequeño.

Tomasa sacudió la cabeza, quitó de en medio los nabos y buscó la cafetera. Todo en un silencio sordo e inquietante que hacía reverberar los sonidos de los cacharros al chocar unos con otros.

—La niña Irene está en el mercado, con Pilarín y la Milagros. Las he mandado yo misma.

Sonreí sin hacer ningún comentario.

—Señorito Carlos...

—Ya sé que está contenta aquí entre nosotros, me lo ha dicho. Y en gran parte te lo debemos a ti, Tomasa, tienes un corazón que no te cabe en el pecho. Sabía que la dejaba en buenas manos

poniéndola a tu cuidado.

—Señorito Carlos...

—Es una buena chica, Tomasa, se merece algo más que la fría calle.

La cocinera se tomó unos minutos hasta poner el café al fuego. Luego giró sobre sus talones y me miró con severidad.

—No se lo discuto, no se lo discutiré nunca. Esa niña tiene un mirar que se te mete dentro y te cala hasta lo hondo, a mí ya se me ha metido, es como si la conociera de toda la vida —asentí complacido— y no tiene nada que ver con sus semejanzas con la difunta doña Julia. Nada que ver. Pero...

No quise interrumpirla, al contrario, la animé a continuar.

—Procure usted no sentir lo mismo.

—Tomasa...

—Señorito Carlos, lo conozco desde chicuelo. Tenía usted apenas siete años cuando vino a vivir a esta casa y desde entonces he velado por usted como si fuera de la familia. Por eso me veo en la libertad de advertirle...

Desvié incómodo la mirada. Es verdad que Tomasa había sido para mí como una abuela. De pequeño me mimaba y me consentía, y entre los dos habíamos dejado crecer un desmedido afecto que nunca pesó demasiado.

—No ande metiendo ascuas en los fuegos fatuos, pueden quemarse los dos.

—Tomasa, no pretendo aprovecharme de ella, te lo juro.

—¿Va a decirme que está enamorándose?

—¿Y si así fuera?

—Le recordaría que usted es un Otamendi y ella, probablemente, ni siquiera gasta apellido. Por el amor de Dios, ¿qué pensarían sus tíos si se enteran?

—¿Tienen que pensar algo? Ya decidieron mi destino una vez, Tomasa, en función de los intereses de la familia, de la empresa, de quién sabe qué. Ahora, si he de tener una segunda oportunidad, será con quien mi corazón elija.

Tomasa miró inquieta la puerta de entrada, temiendo que alguien llegara y nos sorprendiera en el curso de una conversación tan delicada. Colocó una taza en un platillo, sirvió mi café y se contentó con los restos, que vertió dentro de su jarrilla de lata. Me puso el mío por delante y, al beber, siguió mirándome por encima de su jarra.

—He sido un desgraciado toda mi vida —murmuré.

—No blasfeme, señorito, ya quisieran muchos.

—Nunca amé a Julia.

—Tampoco tuvo oportunidad, la pobre se nos murió de aquella manera espantosa...

—El caso es que acepté el matrimonio sin discutir, tal y como me lo impusieron. Pero te juro por la memoria de mis padres que algo así no volverá a pasar.

—Eso que a usted le ronda en la cabeza no tiene futuro ninguno, métaselo en la sesera. Ninguna mujer merece que se convierta en un paria dentro de su propia familia. Nadie va a aceptarlo. Piense en ello como en un capricho pasajero, es la novedad, lo entiendo, y endiabladamente bonita. Pronto terminará el luto y usted conocerá jovencitas que...

—Mi luto ya acabó hace tiempo, Tomasa. Necesito que me apoyes con esto, te lo pido por favor.

—¿Ha perdido el juicio? ¿Cómo me pide eso?

—En nombre del cariño que me tienes, del afecto que nos une desde mi infancia.

—No sea chantajista, señorito Carlos, no se aproveche de lo que siento por usted, no es justo.

Va a meterme en problemas —se inclinó para recoger mi taza vacía y aprovechó para susurrarme al oído— y a la pobre Irene también. Va a convertirla en una desgraciada con el corazón roto.

—Tomasa, ¿crees que ella... siente algo por mí?

La cocinera me dirigió una mirada significativa por encima del hombro, camino de la pila de lavar los platos. Un gesto que significaba «¿Cómo no?» y que reconfortó mi alma hasta límites insospechados.

—¿Querrás decirle que la espero esta noche en la azotea?

Tomasa no respondió. Al contrario, cruzó los brazos sobre el voluminoso pecho, como si se cerrara a escucharme. No me amilané. Le pedí papel y pluma, aunque solo fue capaz de alargarme un lápiz, y escribí una segunda nota, a sabiendas de que esta sí llegaría a destino. La doblé dos veces y se la alargué a la mujer más bondadosa que había conocido nunca, junto con mi tía. Se tomó su tiempo antes de estirar el brazo, cogerla con un suspiro ruidoso y ocultarla en su delantal.

—Te debo la vida —dije con una sonrisa radiante.

—Pienso aconsejarle que no acuda, quiero que usted lo tenga en cuenta.

—Me da igual, basta que sepa que quiero verla.

—Lo dicho, va usted a meternos a todos en un problema terrible.

—Que decida Irene.

Sin darle tiempo a seguir desmotivándome, le besé el pelo, musité un apresurado «gracias» y salí deprisa de la cocina, con la alegría palpitándome fuerte en el pecho.

¡Has venido!

Carlos

Restituí los objetos robados en menos de diez minutos. Luego preferí volver a las oficinas del Metropolitano antes de que mi tío me echase en falta, cumplí con mis obligaciones el resto del día y volvimos juntos en tranvía, charlando sobre la evolución de las obras y los nombres de las futuras paradas de la línea. Si mi tío me notó inusualmente contento, se abstuvo de comentarios, él era muy parco para esas cosas, poco dado a identificar emociones o a ponerle nombre a los estados de ánimo. Era vasco hasta la médula de los huesos, un buen hombre, noble y fiable pero duro como el diamante. Mi tío Antonio jamás habría entendido que alguien como Irene hubiese encendido en mí la llama de un amor que crecía desmesurado hasta escapárseme de las manos. No atendí a la mayoría de sus explicaciones, solo podía pensar que en unas horas me encontraría a solas con ella y que cualquier cosa podía pasar.

Al menos eso es lo que soñaba mi alma alborotada. Mi alma ¿enamorada?

Aguardé en la azotea la llegada de Irene, viendo ponerse el sol, retorciéndome las manos, deseando ser fumador para amagar la histeria, más nervioso de lo que recordaba haber estado nunca. La vida jamás me había dado la oportunidad de ilusionarme con una mujer y experimentar el cosquilleo insoportable del deseo en el vientre. La ensoñación de su rostro con solo entornar los ojos. El poder de recrear sus aromas dejando ir una sonrisa. Hasta que me prometieron con Julia, solo había tratado con las mujeres con las que es lícito verte a solas sin arruinar su reputación, porque no la tienen, creo que se me entiende.

Era la primera vez que vivía algo tan maravilloso y devastador al tiempo.

Elegí la azotea porque no subía nadie. Era el terreno abandonado en el sexto piso de la casa, con las mejores vistas a la Plaza del Rey, al palacete de las siete chimeneas y a la controvertida Gran Vía. Allí arriba te creías el dueño del mundo, me alegré de haberla escogido para nuestra primera cita y recé bajito para que ella no me rechazara. Cuando el crujido de la puerta me movió a volverme, hasta el alma estuvo a punto de saltarme por la boca.

«*¡Has venido!*»

Debí quedármela mirando con cara de idiota porque ella, que también parecía intranquila, levantó los ojos del suelo y me enfrentó enseguida con una pizca más de valentía que al

principio.

—Gracias por acudir —logré balbucear con mucho esfuerzo.

—¿Para qué me quiere, don Carlos?

No quería escuchar aquel tono tan hostil. Tampoco la quería servil. Ni asustada. Ni a la defensiva. ¿Cómo explicarle que la nuestra era una cita de amantes? Estaba seguro de que Irene sentía lo mismo que yo, no podíamos negarlo.

—No me llames de usted, no te he llamado como señor de la casa.

Me miró sin entender, todavía pegada a la puerta, sin atreverse a avanzar.

—Ah, ¿no? ¿Cómo, pues?

—Vamos, pasa. Mira qué vistas.

No se movió un palmo. Señalé un viejo banco de piedra rodeado de macetones y plantas.

—¿Sería mucho pedir que te sentaras? Aquí, en este banco, conmigo.

—Don Carlos, los señores ya se han ido a descansar. A doña Inés hace rato que la he acostado, su señor tío debe de estar leyendo en su gabinete, el servicio estará acabando sus tareas y...

—Precisamente. Es el mejor momento para disponer de un poco de intimidad.

—No diga eso, no está bien ni que lo piense siquiera —replicó con escándalo.

—¿Ya te aleccionó Tomasa?

—Nadie tiene que decirme nada; soy yo, yo la que no quiero tener intimidades de ninguna clase con usted.

No obstante, rehuía mi mirada. Y su debilidad a mí me dio alas. Volví a insistir en que se sentara.

—Solo un rato, por favor, Irene, hablemos. Como aquel día en la Puerta del Sol. Como dos amigos.

Sus ojos me observaron temblorosos, igual que dos palomas asustadas.

—Y dale. Señor don Carlos, no somos amigos, no podemos serlo y no lo seremos en la vida. Yo trabajo en su casa y usted y sus tíos de usted son los patronos. Aquella tarde en la Puerta del Sol yo intentaba quitarle la cartera para comer muchos días. Ahí se acaba la historia.

Me aproximé a ella, le tomé una mano y el contacto con su palma, algo rasposa por los trabajos del hogar, me erizó el vello.

—Las historias acaban donde nosotros queramos que acaben. —Besé con ligereza sus nudillos, tiré de ella y la obligué a acomodarse sobre la piedra—. Vamos, siéntate un rato y disfruta del aire fresco de Madrid. Tantas horas metida en esa cocina.

—No es tan malo, no crea, estoy mejor que nunca, aire fresco he tenido de sobra desde que nací. Y también salgo, con Tomasa, con las otras criadas. Hasta me dejan ir al mercado.

—¿Te gusta lo que haces?

—Nunca pensé que fuera capaz. Pero mire. —Esbozó una tímida sonrisa.

—La vida a veces nos guarda sorpresas. Y cuando llegan apenas si podemos creerlas.

Quizá fue la intensidad con la que mis ojos la devoraron lo que hizo que ella se retirara.

—¿Como que usted y yo nos hayamos encontrado?

Asentí lentamente.

—Por ejemplo, eso.

—¿Como que yo me parezca a su señora de usted? ¿La que está muerta? ¿Cómo una gota de agua a otra gota?

—Irene...

Ella se envaró y, sin abandonar el banco, fue capaz de poner todo un océano entre los dos.

—Sea sincero, diga la verdad al menos, ¿no me ha hecho subir para hablar como si fuésemos amigos? Ande, diga lo que piensa, confiese el motivo por el que decidió traerme a esta casa.

—Te estás equivocando, Irene...

—Muy difícil es equivocarse, don Carlos, teniendo esos retratos por todas partes. Mire, yo no soy lerdia del todo, ya sabe que en la calle tuve un maestro, ese hombre sabio que cuidó de mí como si fuera alguien de su familia. Él me enseñó a robar lo justo para comer, gracias a él entendí que no era una vulgar criminal sino una superviviente; a su lado no tuve necesidad de hacer lo... lo que hicieron otras chicas. Nunca, ¿lo entiende? ¡Nunca!

—Irene, no me ofendas, no te traje a esta casa para eso.

—Joshua me lo explicó, y no fue el único, que los señoritos a veces tenían gustos muy raros, que se encendían con las muchachas de la calle. Que vulgaridad y salvajismo los divertían más que los modales remilgados de sus señoritas de clase alta. Que las llevaban a sus mansiones para tenerlas a mano mientras servían. Servían para lo que se terciara. No crea, todo eso lo sé y puedo entenderlo. Ustedes pagan, nosotras vivimos a salvo y prestamos un servicio.

La observé horrorizado. Espantado porque pudiese tener aquella abominable idea acerca de mis intenciones.

—Jamás en todo este tiempo he pensado en usarte de ese modo miserable. Solo quise protegerte, retirarte de la calle, de los peligros, darte un futuro si es que lo quieres.

Los enormes ojos verdes de Irene me abarcaron entero.

—¿No me ha entendido, don Carlos? Que si era eso lo que buscaba, yo lo habría aceptado. —Desvió la mirada—. Sé que suena indecoroso, que pensará que soy una fresca y una cualquiera, pero es usted bien parecido, huele a gloria, estar entre sus brazos debe de ser todo un regalo.

Su desparpajo me dejó mudo. Irene hablaba mirando al horizonte, sin enfrentarme. Sus palabras eran osadas pero no su actitud. Así y todo, ella llevaba las riendas de aquella cita descarrilada y absurda que no iba, ni mucho menos, por donde yo pretendía. Me pregunté qué sentiría yo fundiéndome entre los brazos de ella. Rozar su mano con los labios ya me había provocado una dolorosa erección que, por suerte, no descubrió.

—¿Entonces? Si todo te parece bien, ¿por qué diablos estás tan enfadada?

—Lo aceptaría si me deseara. A mí, a Irene sin apellidos, la chica de la calle. Pero no es por mí por lo que... —Tomó una abrupta bocanada de aire—. En fin, usted ya me entiende.

—No, desde luego que no te entiendo —exigí con un poco de más firmeza.

—Yo como persona no significo nada. Le gusto porque le recuerdo a su mujer. Y yo no quiero servir de paño de lágrimas de ningún viudo. Si la echa de menos, vaya a visitarla al camposanto.

Sus acusaciones me golpearon como un puño en la mandíbula. Mis ojos se humedecieron sin poderlo evitar. Y no era por el recuerdo de Julia, desde luego que no, era por impotencia. ¿Cómo demostrarle que estaba equivocada si cualquiera en su lugar, hasta yo, habría pensado lo mismo?

Irene

Enseguida me di cuenta de que mis frases habían sido duras en exceso, de que lo había herido y me arrepentí en lo más hondo. De verdad, no tenía intención de ser cruel y lo estaba siendo, era mi torpe manera de defenderme ante lo que sentía. Por encima de los reniegos de Tomasa, leyendo aquella notita con letras dedicadas solo a mí, pidiéndome una cita, mi corazón saltó de gozo. ¡Un encuentro a solas! A salvo de interrupciones, de ojos curiosos, unos minutos para los dos, arriba, en la azotea, en la cima del mundo, más cerca del cielo desde donde Joshua y los padres que sin duda un día tuve me darían sus bendiciones en nombre de aquel desesperado e irrealizable amor.

No era ninguna estúpida, no debía hacerme ilusiones, no pasaría de ser la concubina del señorito de la casa y si me dejaba preñada tendría un problema: acabaríamos en la calle, el niño y yo, o tendría que ocultar la barriga como fuera y entregar al bebé después de nacido. Por la calle corrían miles de historias de muchachas desafortunadas, y se contaban en las noches frías alrededor de las hogueras. Mi cabeza había barajado todas las posibilidades cada noche al acostarme, pero cuando de nuevo amanecía, solo pensaba en salir al patio para mirarlo de lejos y despedirlo.

Lo que sentía era demasiado fuerte, demasiado impetuoso, era como un caballo grande al que no puedes poner la rienda.

En su momento subí de dos en dos los escalones que me separaban de la azotea, pero tardé un buen rato en empujar la puerta. Me temblaban las manos sabiendo que él esperaba al otro lado. Y cuando por fin me atreví, me quedé atascada en la entrada, espiándolo desde lejos, lo guapo que estaba, su pose algo chulesca apoyado en la balaustrada de piedra, pero la mirada en sus ojos era tierna.

—Vamos, pasa, mira qué vistas.

No fui capaz de mover un pie en su dirección. Y eso que quería correr a sus brazos, llenarle de besos la cara, entregarme entera, regalarle con gusto eso que ningún hombre antes había conseguido, pese a lo dura que es la calle.

—Irene, has venido, así que entra.

No. Tuvo que cogerme de la mano y tirar de mí. Y ese roce y el beso de caballero que vino después, me catapultó al cielo unos segundos.

Todos los riesgos me habrían parecido pocos con tal de quererlo y sentirme querida. Pero si yo no le inspiraba nada, nada más que el recuerdo de otra mujer ausente, entonces... Me sentí tan

furiosa que las palabras acudieron solas a mi boca con la sola intención de apuñalarlo. Donde más le doliera. Pero por culpa de mi veneno mi ángel estaba llorando, y yo en toda mi vida solo había visto llorar a Joshua.

«*Se llora con el alma*» solía decirme.

—¿Es eso lo que te molesta? ¿Parecerte a Julia? ¿Algo que ni tú ni yo podemos evitar?

—Lo siento, señor don Carlos, de verdad que lo siento. No sé cómo he podido soltar esas cosas horribles. Era su mujer, usted la amaba y yo no soy nadie... no soy nadie...

«Más bien me duele. Me duele aquí, muy dentro y muy fuerte, donde no puedo curarme».

—¿Por eso pensabas abandonarnos? ¿Y reunías cosas que luego pudieras vender?

Entonces era él quien me había descubierto. Lo sospechaba. Don Carlos en mi cuarto, trasteando en mi cama, bajo mi colchón. Se había topado con la plata y se la había llevado para que nadie me culpara de su desaparición.

¿Me protegía de mí misma y de mis estúpidos planes? ¡Señor del cielo! Qué vergüenza me dio.

Incapaz de responder o de mirarlo a la cara, me limité a apretar los labios y a esquivar sus ojos, al tiempo que luchaba contra el nudo que me apretaba en la garganta.

—Irene, no tienes por qué irte. Yo... yo no quiero que te vayas.

En medio de mi consternación no me di cuenta de cuándo se acercó. Y de cuánto. Tanto que su calor me traspasó. Tanto que nuestras narices se rozaron en la punta. Podía sentir su aliento escapando por entre los labios. Y deseé que el mundo y el tiempo se pararan allí para los dos. Nos quedamos quietos, inmóviles, como si el solo hecho de respirar pudiera llevárselo todo, hacer desaparecer la magia de aquel momento. Hasta que su boca buscó la mía y la suave caricia piel con piel me hizo perder el juicio.

Mi primer beso de amor. El primero de mi existencia.

Fue breve. O al menos eso me pareció, porque quería más, me quedé con ganas de seguir sintiendo el dulce roce de sus labios, que no se interrumpiera aquel contacto increíble. Pero nos separamos apenas unos centímetros y nos miramos con intensidad.

—Irene.

No añadió nada, solo mi nombre, pero la forma en que lo pronunció me dijo tantas cosas que sentí una punzada directa en el corazón. Sus dedos largos volaron hasta mi pelo, apartaron con ternura un mechón suelto y acariciaron mi rostro. Los labios me hormiguearon ahí donde los suyos habían jugueteado.

—Pero me parezco a...

—Me importas. Y no tiene nada que ver con ella, te lo juro por lo más sagrado. Me sorprendió al principio, no lo niego, ese parecido tan sorprendente... Pero no conocía a Julia, ¿lo entiendes? No sabía nada de ella, ni de sus esperanzas, ni de sus sueños. Jamás la oí cantar o suspirar. Fue una desconocida que se convirtió en mi esposa y luego se marchó. No tuvimos tiempo de echar raíces.

Sus manos se trenzaron con las mías, el calor de su cuerpo me confortó. De repente me sentí distinta, valiosa y feliz. Volvió a posar un segundo sus labios sobre mis nudillos.

—¿Qué le pasó?

—Julia estaba enferma del corazón desde niña. Era frágil y delicada, aunque su familia lo mantuviera bien oculto. Las emociones de la boda quizá fueran demasiado para su salud, durante el convite empezó a sentirse mal. La noche de bodas la pasé junto a su cama, escoltado por el médico, sus padres, mis tíos... viéndola agonizar. Murió al día siguiente.

Muy a mi pesar, me recorrió un escalofrío. No quería sentir nada por la mujer que logró lo

que a mí se me prohibía. Irene sin apellidos nunca se desposaría con el señor Carlos Otamendi. No quería sentir ni siquiera lástima, pero las lágrimas acudieron en tropel a mis ojos y la pena me atragantó la voz.

—No llores, te lo pido por favor —me suplicó con suavidad, olvidando sus propios ojos húmedos de hacía un rato.

—Lloro por usted, por su soledad, por su sufrimiento, porque nadie merece pasar por algo así siendo tan joven. Pensarlo me pone triste.

—Lo mismo me pasa a mí si te imagino de niña, en la calle, luchando contra el hambre, el frío y la necesidad; expuesta a todos esos peligros, a la gente miserable sin escrúpulos.

—Joshua siempre estuvo ahí, protegiéndome como un abuelo bueno. Pero hambre y frío sí que pasamos, no le voy a engañar, es la ley de la vida del vagabundo.

Sus manos volvieron a tocarme. En las mejillas, el arco de las cejas, el contorno de los labios. Sus pupilas recorrían mis facciones, embelesadas. Jadeábamos un poco, deseando entregarnos el uno al otro sin reparos, con desesperación, pero aguantándonos las ganas. Lo compensamos con un abrazo que nos ató durante muchos minutos. Apoyé la cabeza en su hombro sintiendo cada milímetro del brazo que me rodeaba.

—¿Has visto todas esas estrellas? —Su dedo apuntó al cielo—. Salen cada noche solo para verte.

—Qué cosas tiene...

—Dicen que nunca han visto nada tan hermoso como tu piel de nácar y tu pelo de fuego. Tú no te has enterado porque cuando hablan, no las entiendes.

El rubor me quemó las mejillas. Por un instante tuve la seguridad de que, envuelta en sus brazos, me desmayaría.

—Yo no debería estar aquí —insistí queriendo cambiar de tema. Estar allí sentados, mirando el cielo de noche como dos enamorados, me dolía y me incomodaba.

—¿Porque sigues enfadada?

Negué con la cabeza.

—Porque soy una moza de cocina que ni siquiera debería haber leído su nota. ¿Qué dirían sus tíos si se enteraran...?

—No van a enterarse. Y confiesa, sigues enfadada.

Ya lo había admitido, no tenía sentido negarlo.

—Eso también.

—Deja que te alivie ese enfado —se puso en pie con la mano extendida, como si me invitara a bailar—: baila conmigo.

—¿Qué tonterías dice, si no hay música...

—Nos la inventamos. —Volvió a hacer un gesto impaciente con la mano. Me mordí los labios sin saber qué hacer—. Hay mucha música aquí, en nuestra cabeza.

¡Qué demonios! Estaba deseando notar sus fuertes brazos rodeando mi cintura, su aliento fresco deslizarse por el lateral de mi cuello haciéndome cosquillas. Me hice la remolona, pero acabé pegada a su cuerpo. Carlos me empujó con suavidad, un pasito a la derecha, dos a la izquierda. Desde arriba, la luna llena brillaba para nosotros como un espejo de plata.

—¿Has bailado alguna vez antes?

—Ya sabe que no, no sé para qué pregunta.

—¿Ni en la verbena de San Isidro?

Sacudí la cabeza para negar. Mis pensamientos iban por otros derroteros que nada tenían que ver con San Isidro Labrador.

«Bésame otra vez. Otra vez. Y otra más. Hazlo pronto, porque me voy a derretir».

Sin embargo, en lugar de eso, que estaba prohibido, dije:

—Qué miedo, señor don Carlos, mire que si sube alguien y nos pillan...

—Irene, aquí no sube nadie.

—Por eso lo ha elegido usted, para escondernos.

Sonó a reproche, porque era justo lo que era. Y me arrepentí enseguida, no debería haberme dejado llevar de aquel modo. ¿Quién era yo para reclamar? Apenas me había regalado un beso y ya me creía con derechos... ¡Pues claro que nos escondíamos! Nos esconderíamos todo el tiempo; suponiendo que de allí saliera algo, Carlos era el señor y yo la recogida del servicio.

—Irene, no pienso rendirme.

Levantó una mano y me rozó la cara. Luego fue como si se abochornase, porque la apartó con rapidez. Pero cuando creí que no me veía, mis dedos resiguieron el camino que sobre mi piel habían dibujado los suyos. Nuestras caras tan juntas, los ojos entrecerrados, los cuerpos meciéndose al compás de una melodía que no escuchábamos más que nosotros. Su mano apoyada en mi cintura, la otra acabó trenzando mis dedos; y a mí se me escapó un suspiro justo antes de que su boca conquistase por segunda vez la mía.

Aquel beso fue distinto. Lento y largo. Y lo disfruté como un regalo de Navidad; como lo que era, algo inesperado y sublime que no creía merecer. Una caricia que consiguió hacerme arder por dentro, que me provocó sensaciones que seguramente estaban prohibidas por Dios y por su Iglesia.

Pero me daba igual, nada importaba más que estar allí, ceñida a él, soñando con un futuro juntos que lo más probable es que no viera jamás. Carlos me había dicho que no se rendiría y eso significaba ser consciente de todas las dificultades que tendríamos que enfrentar y aun así..., querer.

Carlos

Después de aquel primer beso, tan inocente como tierno, Irene se convirtió en la razón de mi existir. Ella era lo primero en lo que pensaba aun antes de abrir los ojos por la mañana, y me entregaba al sueño de la noche con su imagen en mi pupila. Por ella y por el sonido de su risa, caminaba cada mañana y me enfrentaba a los problemas de la Compañía y los sinsabores de una guerra grande y cruel que comprometía a Europa.

A aquella primera noche en la azotea siguieron muchas más. Era nuestro lugar secreto, el paraíso de las citas clandestinas cuando el resto de la casa dormía. Superado el hielo del primer contacto, nuestros besos se habían hecho más osados. Literalmente, cuando la tenía delante no podía quitarle las manos de encima. Bajo la luz de la luna y aun sin ella, nos dijimos muchas cosas, nos besamos mil veces y nos hicimos promesas que, ¡válgame Dios!, pensábamos cumplir. El resto del día, arrollados por aquel torbellino de dicha, esquivar las atravesadas miradas de advertencia de Tomasa era un juego de niños. Durante las horas de oficina, me recreaba en el recuerdo de los besos que nos dábamos, en las caricias de nuestros dedos siempre temblorosos. El calor que los sentimientos por Irene infundía a mi alma era tan nuevo y desconocido como insoportable. De repente, la vida y las obras lo tenían difícil para enfadarme; mi exagerado optimismo, mi tontorróna felicidad, mis ganas de verla y acariciarla a todas horas, me hicieron sospechar que por primera vez en mi vida, me estaba enamorando.

Cada vez que podía, mi mente me aislaba de la realidad para transportarme al hogar que nunca tuve, junto a la esposa que no conocí. Solo que aquella risa y aquel rostro hermoso que dibujaba tenían nombre. Eran Irene. Mi Irene. Y era maravilloso. Luego asumía lo complicado de nuestra situación, me preguntaba si mis tíos tendrían sospechas, o hasta cuándo nuestra historia viviría en el último piso de la casa Otamendi y el pesar me embargaba.

«Todo acabará bien», me decía. Me lo dije muchas veces. Todo el tiempo, en realidad, con cada respiración me lo repetía. Y llegué a creerlo.

Esa noche subí algo más tarde porque mi tío me retuvo en la biblioteca repasando los planos de las nuevas estaciones. Por encima de las dificultades bélicas, la construcción del tren subterráneo de Madrid marchaba viento en popa. Sería una obra colosal que colocaría a nuestra ciudad entre las de cabecera a nivel mundial.

Al abrir la puerta y cerrarla sin hacer ruido, me encontré a Irene justo en la esquina izquierda, apoyada en la balaustrada de piedra, mirando al cielo ya casi oscurecido. Me deslicé por detrás y la abracé con delicadeza. Ella dobló el cuello, dejó caer la cabeza contra mi hombro y exhaló un

suave suspiro.

—¿En qué piensas?

—En que ya mismo hará bueno para los que tienen que dormir en la calle.

No pude evitar estremecerme.

—Sé que lo he repetido hasta el aburrimiento, pero cómo lamento que hayas tenido que pasar por eso, habría hecho cualquier cosa por evitarlo.

Ella rio bajito.

—No digas tonterías, Carlos, tú no me conocías siquiera.

—Debí tener más abiertos los ojos cada vez que cruzaba la Puerta del Sol.

—No siempre andábamos por allí. Es un buen sitio para trincar carteras, mucha aglomeración, gente que se aprieta... es fácil hacer como que tropiezas y llevarte algo. Pero llegando el buen tiempo, a Joshua le gustaba dormir en El Retiro.

—¿Cómo lo conociste?

—¿A Joshua? —Se encogió de hombros—. No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Yo tendría alrededor de tres años. Nadie recuerda las cosas que le pasan a esa edad.

—¿Y antes de eso?

—Nada.

—¿Nada?

—Solo lo que me contaron. Que mis padres murieron de la gripe. Eran gente de la calle. Supongo que el grupo se hizo cargo de mí, de otra manera no habría sobrevivido. Luego apareció Joshua y nadie le impidió que se convirtiera en mi protector.

—¿Era un buen hombre?

—El mejor. ¿Sabes que fue médico antes de acabar de mendigo?

Llegado aquel punto de la conversación, ya nos habíamos sentado en el suelo, sobre la manta, con las espaldas apoyadas contra la pared, como hacíamos siempre, y las manos trenzadas en una caricia eterna.

—¿Médico? ¿En serio?

—Por lo visto, hubo una desgracia en su familia, un gran incendio. Murieron todos, su mujer y sus dos hijos. Y él no pudo perdonarse no haber estado allí para salvarlos. Perdió la razón, el dinero, los amigos... y acabó entre nosotros.

—¡Vaya! —exclamé impresionado.

—Cuando te conocí hacía apenas seis meses que había muerto de unas fiebres. Era viejo y estaba gastado. Él ya sabía que no las superaría. Aceptó la muerte que venía, en paz. Ojalá yo sea capaz de sentir lo mismo cuando me llegue la hora.

Froté con brío aquellas manos dulces llenas de sabañones y durezas. Las mismas que al principio ella escondía llena de vergüenza. Las que, al rozarlas por primera vez, me dijeron que aquella muchacha no solo era hermosa por fuera.

Irene sin apellidos me estaba haciendo sentir cosas especiales a una velocidad suicida que yo no era capaz de manejar.

—Anda, no digas eso ni en broma, aún nos falta mucho.

—Nunca se sabe, don Carlos, las cosas malas llegan cuando uno menos se lo espera y para morir solo hace falta estar vivo.

Seguía llamándome don Carlos y señor Carlos, o todo junto, aunque luego me tuteara. Y a mí me hacía gracia y me enternecía aquel pequeño follón en su cabeza, en su lengua. Lo que creíamos tener sin tenerlo, confuso por la cruda realidad de nuestras clases sociales tan dispares.

—También las buenas. ¿Qué tal si nos tumbamos, miramos las estrellas y nos olvidamos del mundo?

—Como cada noche. Dime los nombres de las que alumbran hoy.

Hicimos costumbre de acomodarnos sobre la manta y los almohadones que yo había subido y que, al marcharnos, escondíamos detrás de los maceteros, por si a alguien le daba por subir a algo más que a regar las plantas. Juntos escudriñábamos las alturas sin nubes, llenas de puntos brillantes. Yo buscaba las constelaciones y las dibujaba con un dedo en el aire, contándole a Irene historias de la antigua mitología. Jamás tuve mejor oyente. Ella decía que le recordaba a Joshua narrando leyendas en las noches de luna llena.

—Era cuando dejaba salir sus mejores historias.

Me la quedé mirando sin poder apartar los ojos de su piel de alabastro salpicada de pecas doradas. Era como el firmamento tachonado de estrellas, en miniatura.

—Pero ¡qué bonita eres!

Se puso como una cereza madura.

—¡Deje y no diga esas cosas!

—¿Todavía a estas alturas te pones colorada?

—Todavía y lo que queda. No estoy acostumbrada a oír cosas tan galantes.

—Más vale que te acostumbres, tú naciste para que te las dijeran.

Dejó escapar una risita deliciosa y luego nos quedamos callados un buen rato, explorando las alturas.

—Háblame de tus padres, si es que recuerdas algo.

Me costó dejar el camino que había iniciado, el de sus labios, el de su pelo, para aterrizar en un asunto tan lejano y doloroso como el momento en que la vida me dejó huérfano.

—Fue un accidente de tren durante un viaje a San Sebastián. Murieron juntos, en el hospital dicen que cogidos de la mano. Yo me quedé aquí, al cuidado de mis tíos, los que siempre me atendían si mis padres se ausentaban.

—Debió de ser terrible.

—Lo fue, porque con siete años recuerdo cada segundo de esa espantosa semana, y porque a mí la vida no me ha regalado un pasado brumoso que no puedo recordar, como ha hecho contigo. Cierro los ojos y veo la cara de mi madre, rubia, hermosa, tan claro como te veo a ti si los abro.

—¿Tu padre se parecía al señor don Antonio?

—Algo. Solo que el doble de alto. Con un gran sentido del humor. Reía tan fuerte y con tantas ganas que mi madre tenía que llamarle la atención. Fueron buenos tiempos.

—Tus tíos te adoran.

—Lo sé. Y yo a ellos. Pero unos padres son unos padres.

—Yo me conformé con Joshua. Es bueno ser pobre, ¿ves? nos conformamos con poco.

La abracé ahogando un suspiro de melancolía. Por lo que pudo ser, pero no fue. Por lo que se esfumó en el aire en cuestión de minutos. Por una vida que habría sido tan diferente de no haber descarrilado aquella maldita máquina camino de San Sebastián.

Carlos

Lo mejor de compartir el tiempo con Irene era la naturalidad de nuestros silencios, la falta de tensión, la no necesidad de llenarlos con palabras vacías. Cuando llegaban, los aceptábamos con afecto, Irene jamás se tensaba, ni se ponía nerviosa, ni me observaba sonriendo a medias como las jovencitas casaderas, esperando con ansia que yo dijera algo que quebrase el silencio. Ella estaba acostumbrada a las pausas largas y las vivía como si de grandes acontecimientos se tratase. Miraba al cielo, se fundía con las estrellas o, mejor aún, se enterraba en mis ojos mirándome de frente sin ningún pudor, arrastrándome a hacer lo mismo. Permitíamos que nuestras pupilas hablasen y descubrí lo mucho que pueden contar los ojos. Entonces sí, ella sonreía con timidez y sus pecas resplandecían en una piel de leche que yo moría por besar a todas horas.

Poco a poco, noche a noche, habíamos desenredado el ovillo de nuestros recuerdos de niñez. Eran escasos y puede que no muy dichosos, pero compartiéndolos los habíamos convertido en verdad. Yo sentía de repente que mis raíces eran más fuertes, que mi consciencia de ser quien era se había afianzado, gracias a lo que sentía por ella.

—Esta noche hace fresco, señor Carlos.

Me apresuré a despojarme de la levita y a echársela por los hombros. Ella se acurrucó a mi costado.

—Te he dicho cientos de veces que no me llames señor Carlos, por el amor de Dios. Ni don Carlos. Y mucho menos, señor don Carlos —le regañé riendo y abrazándola fuerte.

—Lo siento. Creo que no me acostumbraré en la vida.

—¿Ni siquiera cuando seas mi esposa?

Mi sugerencia la tomó por sorpresa. Le llevó un buen rato reaccionar y, cuando lo hizo, tartamudeaba.

—¿Qué...? ¿Pero qué dice...? Ande y no bromeé con esas cosas.

Tomé aire y me preparé para soltar el discurso más importante de mi vida entera. No recordaba haberme sentido tan mareado y nervioso.

—Me he enamorado. Sí. Por primera vez en mi vida y tú tienes la culpa. Cuando apareciste casi me había resignado a los días tranquilos, sin sobresaltos, a un mundo calmado, previsible. Aburrido, puede, pero ordenado. Sin embargo, llegaste tú a ponerlo todo del revés.

—Señor don Carlos... —me suplicó.

—No me interrumpas, te lo pido por favor. Esto no está siendo fácil. Me has dejado perplejo con tu inocente sinceridad, esos ojos tuyos, siempre sorprendidos o emocionados, tu modo peculiar de saltarte las reglas, tu espontaneidad al mirar la vida. Irene, contigo cerca todo brilla más. ¿Quién en su sano juicio no iba a enamorarse?

No puedo describir la forma en que me miró, el infinito amor que me transmitieron sus ojos verdes. La forma deliciosa en que se mordió el labio inferior.

—¿Puedo... puedo decir algo?

—Lo estoy deseando.

—Yo te amo, señor Carlos. Sé que no es propio de una dama confesar algo así, pero bueno... yo nunca he sido una dama.

Corté sus justificaciones con un dedo sobre sus labios. Una boca sedosa y esponjada que Irene me permitía besar cada vez con más naturalidad. Eso hice. Rozar su piel rosada con la punta de la lengua y maravillarme con la reacción de su cuerpo.

—Tu único error ha sido adelantarte. Porque esa frase soy yo quien debió decirla primero. Te amo, Irene, quiero que sepas que te amo desde el primer momento en que te vi. Me asusta el modo, la intensidad, lo que siento por ti es demasiado fuerte. Ya no puedo pararlo. —Tomé su mano, la giré y con la yema del dedo, en su palma dibujé un corazón—. Esto es lo que quería darte. Pero ya no puedo, mi amor, me lo robaste sin permiso.

Volví a besarla. Una y otra vez. Superando la sensación de vértigo que me dominaba. Noté que temblaba. Mucho más de lo que cabía esperar.

—¿Estás bien?

—Tengo una sensación extraña, algo que me aprieta aquí, en el pecho. Es como si esta noche fuera a pasar algo.

—¿Algo como qué?

—Algo importante. ¿Será que sube alguien y nos descubre?

Volví a conquistar sus dulces labios húmedos con una caricia de mi boca y una sonrisa de suficiencia.

—Lo tienen difícil. He cerrado el pestillo desde dentro.

Pero, de nuevo, Irene y su bendita intuición ganaron. Esa noche pasó algo, vaya si pasó.

Algo que nos marcó para siempre.

Carlos

El ajetreo en la Compañía aquella mañana fue inusual, quizá por ser lunes. Mi tío había discutido con un par de proveedores, empeñado en llevar la batuta de las compras de hierro. A veces olvidaba que el resto del mundo estaba en guerra y que la desgracia salpicaba a nuestro país sin remedio. En el cubículo vecino, yo removía papeles sin leer ni prestar la menor atención. Lo ocurrido la noche anterior aún me provocaba un intenso hormigueo en la piel y no me permitía concentrarme.

Irene y yo habíamos hecho por primera vez el amor.

Rememoré nuestros comienzos, cuando llegaba a la azotea y se quedaba rígida en la puerta, sin atreverse a entrar siquiera. Ahora empujaba decidida, cerraba para ocultar nuestros besos enloquecidos de miradas indiscretas y se lanzaba a mis brazos como una niña a la visión de un ángel. Yo me llenaba con sus aromas, con el cosquilleo de su pelo rojo contra mi cara, con la breve hendidura de su talle entre mis manos abiertas. Y la alzaba hacia las estrellas y giraba con ella al son de una música que solo nosotros oíamos; a continuación desplegábamos sobre el suelo la manta escondida tras los macetones y nos tumbábamos en ella mirando al cielo de Madrid. La primavera nos estaba regalando unas noches pacíficas, hermosas, colmadas de estrellas. Nos tomábamos de las manos, nos rozábamos los labios, manteníamos en alto el dique de la pasión y nos conformábamos con contarnos cosas dulces al oído.

Recordar nuestras primeras conversaciones, el modo en que fuimos construyendo un túnel del uno al otro, me enternecía el corazón y me hacía suspirar.

—...Y por eso soy Irene sin apellidos, porque nadie sabe de dónde salí, ni quién se ocupó de mí los primeros años. Cuando Joshua me tomó bajo su protección, debía andar por los tres o cuatro abriles, tengo entendido.

—Yo haré que seas Irene Otamendi, nada de chicuela sin apellido —le había prometido con fervor la noche anterior.

Ella había clavado en mí unas pupilas inquietas llenitas de amor.

—Ande y no digas locuras, señor Carlos, que eso que tú te figuras no va a ser posible jamás de los jamases.

—¿Quién lo dice? —me rebelé.

—La vida, no sé, la gente, los de su clase.

—Ninguno me ha de dar de comer. Soy dueño de mi propia fortuna y, con ello, de mi propio destino. Y del tuyo, si me aceptas.

Enmudeció. Se quedó pensando con la mirada perdida en el horizonte, regalándome la

oportunidad de admirar su bello perfil.

—Mira, así no había visto nunca la cosa...

—Como seguramente te contaría Joshua, el dinero muchas veces, y por desgracia, marca el camino y los destinos de los hombres.

—Nosotros no hablábamos de lo que no teníamos —me interrumpió con una carcajada.

—El que tiene fortuna es dueño de sus pasos y va a donde desea. A mí me la dejaron mis padres y me he encargado de que no mengüe.

Irene se distanció unos centímetros y giró para mirarme de costado. Su expresión se tornó ceñuda, grave, un poco más dura.

—¿Es por eso que te casaste con *lady* Julia? ¿Porque eras dueño de tu destino?

Acusé el dolor con un quejido casi físico.

—No la llares así, solo son *lady* las damas inglesas.

—Lo siento, no debí mencionarla siquiera.

Cacé al vuelo su mentón que huía y lo traje de vuelta con una caricia de mis dedos.

—Irene, eso lo acepté por amor. Por amor y por devoción a la familia, a los tíos que me criaron. El amor te pone muchas trampas.

—El amor te hace débil, eso decía Joshua. Pero yo no puedo remediar quererte.

—Ni yo tampoco, mi dulce niña.

—Te voy a querer toda la vida. Aunque tú dejes de hacerlo.

—¿Quién te ha dicho que eso puede pasar? Ni lo pienses, antes me muero, te lo juro por lo más sagrado.

—Puede que cuando llegue el momento de contarle a los señores que... que..., ya sabes, que... tú y que yo...

De nuevo corté sus protestas con un suave beso. Era el modo más efectivo y placentero de domar a la fierecilla cuando se rebelaba. Yo estaba tan seguro en el fondo de mi corazón y mi alma de lo que haría llegado el momento...

—No dirán nada. Y si lo dicen, permitiremos que lo digan. No hay nada malo en dejar que se expresen.

—Sí, claro, ¿y si te retiran la palabra? ¿Si te excomulgan o algo peor?

Me dio por reírme. Irene tenía una curiosa manera de mezclarlo todo en su cabeza y soltar las ideas enredadas, como un buen potaje.

—En ambos casos, ellos se lo pierden. Tenerte en la familia es un inmenso regalo.

Volvió a acurrucarse a mi lado con un resoplido.

—No valgo tanto. Y tengo tanto miedo de que un día cualquiera abras los ojos y te des cuenta de lo poca cosa que soy.

La apreté con ganas contra mi cuerpo. De haber podido, habría fundido su piel con la mía.

—Eres mi vida, Irene, mi sol, mi luna y mis estrellas.

—Qué bonito suena.

—Suena bonito porque es verdad.

—¿Nos dejarán vivirlo?

—¡Y dale con los demás! Irene, olvídate ya de la gente, solo somos tú y yo.

—Mi supervivencia ha estado siempre condicionada por eso que tú llamas gente.

—Pues ya se terminó, ahora estás conmigo, nada terrible va a volver a pasar.

La sentí dudar. La sentí desear que lo que le prometía fuese cierto. La abracé tan fuerte como pude para contagiarle aquella seguridad mía, capaz de mover montañas. Y el calor perfumado de su delicado cuerpo me poseyó.

—Irene...

—Carlos...

Todo empezó sin pedir permiso. Nos besamos. Más tarde nos devoramos. Fue la fiebre del deseo la que nos consumió con sus llamas. Cuando quisimos darnos cuenta ya no podíamos parar, nos arrancábamos la ropa a tirones, entre jadeos, con los ojos cerrados. Tenía que pasar, una de aquellas noches tenía que pasar, yo lo sabía. Y ella, por encima de su inocencia virgen, también lo veía venir. Se desataron los ángeles y los demonios que llevábamos semanas reteniendo a tirón de rienda, porque nos amábamos demasiado. Y un amor así, cuando llega, arrasa con todo como un maremoto imparable.

Conteniéndome para no hacerle daño, me coloqué encima, entre sus tersas y blancas piernas. Bajo mi peso, el rostro arrebolado de Irene, sus labios húmedos y entreabiertos parecían llamarme.

—¿Estás... segura? —pregunté con mucho esfuerzo. La erección y el deseo eran de tal calibre que me dolían.

Ella asintió sin pronunciar palabra.

—¿Completamente segura?

—Me alegro de no ser una dama.

—¿Por qué dices eso?

—Porque una dama jamás te lo habría permitido. Ni te pediría esto: hazme tuya, Carlos, ángel mío.

Y simplemente sucedió. Del modo más dulce. Lento, insoportablemente lento. Profundo, sagrado y muy nuestro. Irene conoció el despertar de la carne entre mis brazos y yo me llevé la flor de la niñez que aún pervivía en su corazón.

—Eres mi mujer, mi amor, mi vida. Y este es nuestro sello.

—Con sangre. Como los juramentos grandes.

Le besé la sien, enloquecido de ternura.

—Con sangre.

No le confesé que nada ni nadie me había hecho temblar como ella en aquella noche de mediados de marzo. Pero me prometí que se lo diría. En cuanto pudiera, se lo diría.

—¿Carlos! ¿Carlos! Pero ¿en qué piensas, muchacho?

La voz agitada de mi tío me trajo de vuelta al mundo de los vivos. Mi recuerdo perfecto se esfumó en el aire como una pompa de jabón, mientras él se colaba como una tromba en mi despacho y se dejaba caer en una silla. Del bolsillo sacó un pañuelo blanco almidonado y se secó el sudor de la frente a golpecitos.

—¿Diga, tío, diga! Me distraje un momento.

—¿Un momento? Estabas literalmente en trance. ¿Te has enterado ya?

Decidí prestarle algo de atención. A juzgar por su aspecto y su sofoco, la cosa debía de ser gorda.

—¿De qué habría de enterarme?

—En Tirso de Molina, en la excavación de las obras para la estación..., pero ¿es que no has oído a la gente?

—Tío, usted quiere matarme de un berrinche, le digo que no, que no sé nada. Si no me lo

piensa contar...

Mi tío saltó de la silla como un resorte y se puso a dar vueltas por toda la oficina.

—¡Huesos! ¡Huesos humanos, Carlos! ¡Cientos, miles de huesos humanos sepultados bajo tierra! Todos han salido a flote.

Carlos

—¿Huesos, dice?

—Esqueletos, restos humanos, sobrino. Un enterramiento. Y una catástrofe, una auténtica catástrofe.

El golpeteo de unos nudillos contra mi puerta medio cerrada nos hizo girar las cabezas. Era el secretario particular de mi tío, seguido de un rubicundo vicepresidente de la Compañía del Metropolitano de Alfonso XIII.

—¿Se puede?

Mi tío hizo un gesto agotado con la mano y los dos entraron a toda velocidad, cerrando la puerta con pestillo a sus espaldas. Sin entender del todo lo que pasaba, los vi ocupar las sillas disponibles y formar un círculo clavadito a un aquelarre.

—¿Qué tiene qué contarme? Nada terrible, espero. —los avasalló mi tío. El secretario no se decidía a hablar—. ¿Se sabe algo más?

Los recién llegados cabecearon al unísono.

—Se sabe, don Antonio. Y no son buenas noticias.

—¡Despache, Fernández! ¡Despache o me dará un ataque al corazón!

—Monjes, señor. Son los restos fúnebres de los ocupantes del antiguo convento de la Merced, Dios los tenga en su santa gloria.

—Pero ¿es que no los enterraron?

—Claro que los enterraron, señor. Precisamente, las tierras que hemos removido con la excavación debieron de ser, en su día, el camposanto de la congregación.

—¿Y bien? ¿Cómo demonios vamos a resolverlo?

—Hemos pensado...

Ahí se encallaron sus razones. El vicepresidente de la Compañía, Pedro Machimbarrena, padrino de mi tía Inés, algo más calmado y menos nervioso, tomó la palabra.

—Dejarlos donde mismo están, don Antonio. Los cuerpos de los cristianos, mejor no moverlos.

Me escandalicé al oírlo. Porque dejó salir cada frase como si le hiciera un favor a la humanidad.

—No puede estar hablando en serio.

—Todo esto es tan desalentador... —me atropelló mi tío en un gimoteo.

—Las obras ya acumulan demasiado retraso, pueden imaginarlo, con la gran guerra todo son incumplimientos, obstáculos y subidas de precio. Sacar adelante este proyecto nos está

costando la misma vida.

—Soy consciente de ello, don Pedro, acudo a esta oficina cada mañana. Y a esos dilemas que menciona, soy yo el primero que se enfrenta —lo encaré.

Él no se amilanó y me miró directamente a la cara, en una suerte de reto.

—Entonces convendrá conmigo en que no podemos permitirnos más demoras.

—Ante la adversidad, los bancos abrirán las fauces como fieras hambrientas —fue la aportación de mi tío.

Lo miré sin dar crédito.

—¡Los retrasos carecen de importancia! ¡Hay que trasladar esos huesos! ¡Trasladarlos y darles cristiana sepultura! —me obsequé— ¡Tío! ¡Diga que lo entiende!

Mi tío apretó las mandíbulas y permaneció mudo.

—Esta discusión me parece tan absurda que me dan mareos —insistí.

—Incluso a mí me parece absurda —oí la débil voz de mi tío.

—Seguramente no tiene un cálculo de lo que supondría en costes ese traslado del que habla, don Carlos.

—Cueste lo que cueste. Lo contrario sería irrespetuoso y anticristiano, una abominación.

—Esos restos puede que tengan cientos de años, podríamos trasladar unos pocos y el grueso... en fin, las capas de cemento, cuando secan unas sobre otras, lo ocultan todo.

—Es la solución más barata, emparedarlos, rezar unas exequias por su recuerdo... Y dejarlos donde están —intervino con timidez el secretario.

Parece que todas las justificaciones iban dirigidas a mi persona.

—Sobrino..., ellos no van a venir a quejarse a estas alturas.

Los miré de hito en hito. Primero a Machimbarrena, el artífice de todo, el tipo que nunca había terminado de caerme bien. Luego al tembloroso secretario y, por último, al pusilánime de mi tío, un hombre de negocios al que solo veía vacilar si se trataba de perder dinero.

—Lo siento, no puedo autorizarlo.

—¿Va a hacer perder miles de pesetas a la Compañía?! Como titular de las acciones de su padre...

—Mi padre habría decidido lo mismo, se lo aseguro.

Don Pedro hizo tal que si yo no hubiese hablado.

—¡No puede saberlo!

—Pero sí adivinarlo.

—Como representante de su señor padre tiene usted el deber de velar por los intereses de la empresa, no lo olvide.

—Tenemos una partida para imprevistos. Coja de ahí los fondos.

Con un rugido apenas contenido, Machimbarrena giró con violencia hacia mi tío.

—¿Don Antonio?!

—No sé, Pedro, permítame que lo medite. No es una decisión para tomar a la ligera.

—¡Serán muchos miles de pesetas! ¡Téngalo en mente en todo momento! ¡Este incidente puede ser nuestra total ruina!

—¿Pueden dejarnos un minuto a solas? Se lo ruego.

La voz de mi tío apenas se percibía. Lo conozco, su abatimiento no tenía límites. En las obras del ferrocarril subterráneo en Madrid no paraban de surgir inconvenientes y, si afectaban al bolsillo, le herían sobremanera. Nuestros interlocutores salieron con precipitación, don Pedro a regañadientes, el secretario, aliviado. Yo me mantuve en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rictus severo. Antonio Otamendi me miró con los ojos enrojecidos. Por una vez, dio

la impresión de que yo era el adulto experimentado y él un jovencito imberbe queriendo aprender rápido.

—Tienes razón, hijo mío, no sé en qué estaba pensando. Si tu tía se enterase de que permito tamaño sacrilegio no volvería a dirigirme la palabra. Por lo que más quieras, sé discreto con este asunto lastimoso.

Lo que yo más quería era Irene. Así que guardé en un rincón de la mente el favor que mi tío me debía, y prometí callar.

Carlos

Acordamos que él, como presidente de la Compañía, impartiría las correspondientes órdenes a Machimbarrena y demás interesados. Y yo estuve de acuerdo conmigo mismo en que no me fiaba un pelo del padrino de mi tía y que era mi deber de hombre piadoso supervisar la extracción de los restos de los monjes y estar presente en su entrega, para asegurarme de que nada quedaba y se tapaba con azulejos coloridos.

La futura estación de Tirso de Molina era, de momento, un tenebroso socavón negro y profundo lleno de escombros y piedras amontonadas al que se descendía por un sinfín de escaleras de mano. De todos los socios de la Compañía, quizá por mi edad y forma física, era el único que me animaba a visitar la zona de obras de cuando en cuando y habría jurado que, aunque los capataces y trabajadores se alegraban de verme, no se podía decir lo mismo de los subordinados directos de los socios. De hecho, mi presencia aquella mañana, dispuesto a aguantar el día completo, fue un disgusto para don Pedro, que ya se había personado allí a primera hora, como si tuviera algo vital que controlar.

Puede que yo acabara de chafarle los retorcidos planes.

—Parece que se lo ha tomado usted muy en serio —gruñó atusándose el largo bigote.

Sonreí socarrón simulando una calma que no sentía.

—Podría decir otro tanto, don Pedro. ¿Se puede saber a qué ha venido?

—¡Qué pregunta! A trasladar a los encargados las ordenes de su señor tío. Y a controlar que todo se gestione como Dios manda.

Moví arriba y abajo la cabeza sin quitarle el ojo de encima.

—Me alegro, me alegro mucho. Cuanto antes comencemos con el traslado de los restos, mejor para todos y antes reanudaremos la excavación. ¿A qué orden religiosa han avisado?

Pedro Machimbarrena abrió los ojos con desmesura.

—Los fallecidos eran monjes —le aclaré—, lo adecuado sería que su propia orden religiosa u otra cercana asumieran la tarea de darles sepultura.

—El convento de la Merced ya no existe.

—Lo sé. Por eso he pensado en los jesuitas y también en los dominicos. Son muchos féretros, estaría bien que se repartieran la tarea. Encárguese de contactar con ellos y pedir al padre general que venga cuanto antes, don Pedro. Esto ya debería estar hecho.

Vi que se quedaba parado y rígido como un palo de escoba. Me preparé para descender a las profundidades del suelo de Madrid.

—¿A qué espera? ¡Vaya, vaya! Luego me informa. Entretanto, yo bajaré al lugar del hallazgo para atender las labores de exhumación.

Escuché perfectamente su bufido aunque trató de disimularlo y no pude reprimir una risita malvada cuando lo vi girar y marcharse a cumplir con mi orden, porque no le quedaba otra opción. Cuando el gran proyecto del ferrocarril subterráneo de la capital se puso sobre la mesa, mi tío lo asumió en nombre de la empresa familiar fundada con mi padre y de la que yo, desde muy niño, era socio paritario quisiera o no. Nuestra participación en el negocio era demasiado importante como para que Machimbarrena, que ocupaba el puesto que ocupaba gracias a su parentesco con mi tía, se nos rebelara.

Saludé al jefe de capataces, que ya estaba al tanto del espinoso asunto, y me condujo túnel abajo hasta una galería excavada mucho tiempo atrás que había quedado al descubierto por pura casualidad, retirando tierra. Allí, en paredes verticales plagadas de nichos, estaban los enterramientos de los pobres monjes cuyo eterno descanso habíamos venido a perturbar con nuestros picos y palas. Lo tenía claro: les debíamos mil disculpas y el mejor camposanto disponible.

Miré con interés las idas y venidas de los más de quince operarios que iban extrayendo los antiquísimos féretros, trasladándolos con sumo respeto y aprensión, según los casos, hasta la zona más ancha de la galería, donde se iban acumulando.

—Como verá, son muchos, don Carlos.

—El convento de la Merced al completo, Paco. Sabe Dios los años que hace que los enterraban aquí. Y hemos tenido que venir nosotros con nuestras máquinas en nombre del progreso a soliviantar sus almas...

Me callé porque vi que Paco se ponía blanco y se persignaba a toda prisa.

—Nos encargaremos de que descansen en paz, téngalo por seguro.

—Ay, señor don Carlos... No irá a caernos encima una maldición por haberlos incordiado, ¿verdad que no? Que se nos caiga encima la techumbre y nos aplaste como a ratas...

Le solté tres palmadas animosas en su recia espalda, que en la inmensidad del túnel sonaron a hueco.

—Ande, Paco, no se inquiete, que los monjes saben que nuestra voluntad es buena. Les procuraremos el mejor lugar de descanso y hasta celebraremos una misa. De eso se encargará mi tía, doña Inés de Otamendi.

—Señor don Carlos...

Me giré sobre mis talones para atender el requerimiento. Al parecer, un representante de la Compañía de Jesús, respaldado por un pequeño séquito, se había personado dispuesto a recabar información acerca del traslado de los huesos. Me indicaron que Machimbarrena ya estaba atendiéndolo. Bien, que ellos negociaran el cómo y el cuándo, que yo me encargaría de controlar que entre las piedras no dejaran olvidado ni un solo ataúd. Era más cuestión de conciencia que de religiosidad, en el fondo, y a pesar de los esfuerzos de mi tía, nunca fui demasiado beato.

Contamos noventa y tres féretros, a cada cual más deteriorado. Cubiertos de abolladuras y de polvo, con la pátina que otorga el enterramiento, la humedad y los siglos. Humildes en su mayoría, alguno que otro un poco más ornamentado, seguramente pertenecientes a los abades y altos cargos de la orden. Se fueron alineando dentro de lo posible, atascando el paso a las diversas galerías, y decidí que las obras se interrumpieran por completo en tanto no se despejaran los caminos. Creo que Pedro Machimbarrena le apretó las tuercas al máximo al pobre jesuita para que la recogida y puesta a disposición de los restos fuese inmediata. Cuando disimuladamente y

sin despedirme de él me marché, aún discutía acalorado con el religioso.

Iba a ser al menos una semana de traslados, dura, complicada. Yo ya había encargado al bueno de Paco que ni uno solo de los ataúdes quedara rezagado. Y confiaba en él, todo lo que no lo hacía en Machimbarrena.

Esa noche subí a la azotea nervioso como un adolescente, temiendo que después de lo pasado, Irene se hubiese arrepentido y me odiara. Mis recuerdos eran dulces, pero ella estaba al otro lado de la historia. Si tal desenlace temible llegaba, habría algo de verdad en sus reproches porque, de ser ella una dama de las que yo conocía, aquel apasionado encuentro carnal jamás habría tenido lugar; pero no por falta de ganas ni por respeto, sino por oportunidad: con una dama casadera jamás te quedabas a solas. Una dama casadera jamás te permitía acercarte más de la cuenta, mucho menos besarla o tocarla si la fiebre te tenía ardiendo. Todo lo más, tomarle la mano y susurrarle dulzuras al oído. Con Irene todo era espontáneo y voluptuoso, gozábamos de una salvaje libertad al margen de cánones y reglas sociales. A ella podía entregarme sin reparos, ella hacía otro tanto, mis besos eran libres de contarle cuánto la deseaba y, si la pasión nos consumía, nuestras manos se dejaban llevar por la piel del otro en un excitante viaje que los remilgos no frustraban.

Sin embargo, la noche anterior habíamos cruzado la línea.

Fuimos más allá de lo permitido por la decencia y el respeto que yo, como caballero, le debía. Nos dejamos arrastrar por el huracán imparable del deseo desenfrenado y le arrebaté la virginidad, su mayor tesoro. Pensaba cumplir, desde luego, quedarme a su lado el resto de mi vida le pesara a quien le pesara, pero eso ella lo ignoraba y muy bien podía estar furiosa, detestarme por no haberme contenido. Si decidía romper conmigo y con aquella ardorosa relación en la clandestinidad, no podría culparla. Y mi corazón estaría roto, destrozado y muerto para siempre.

Subí antes de la hora y recé a las estrellas porque todo siguiera igual. Si había algo que no podría superar, sería perderla a ella. Al verla aparecer, parte de mi angustia se desvaneció como el humo. Lo segundo que hice fue buscar ansioso sus pupilas. Brillaban. Sus mejillas se colorearon de fresa bajo la intensidad de mi mirada y, sin articular palabra, al abrazarla, tembló.

«Me quiere. Noto cómo se estremece cuando la toco. Siento cómo se altera su respiración si me acerco. Irene me quiere».

Fui feliz por un segundo de esos que duran toda una vida.

Irene

¿Cómo resumir todo aquello si ni siquiera dispongo de palabras para contarlo? No soy una chica ilustrada, eso os consta, y describir aquel torbellino de emociones entre sus brazos se me hace cuesta arriba. Yo no sé si Tomasa sospechaba que don Carlos y una servidora seguían viéndose, pero cada mañana tenía tantísimo miedo de que mi sonrisa bobalicona y mi mente en las nubes me traicionasen, que me la pasaba huyendo de su mirada inquisitiva, de sus preguntas y sus indagaciones. Creo que aquel día limpié seis kilos de pescado sin levantar los ojos de la pila del fregadero, abríllanté con fruición y de rodillas el suelo del gabinete de doña Inés y, de vuelta a la cocina, sequé durante horas la porcelana con un paño de algodón, para no soltar pelusa.

Petra me estuvo ayudando un buen rato y aprovechó que nos quedamos solas para lanzarme un dardo, no sé si cariñoso.

—Tú no deberías estar haciendo estas tareas, eres doncella. Las doncellas se ocupan de los señores. Les sirven el desayuno, les preparan la ropa y las sábanas recién lavadas, pero no limpian. Ni siquiera el cuarto de doña Inés deberías estar limpiando.

La miré intrigada. Yo de todo eso de las jerarquías y funciones sabía bien poco y me importaban aún menos.

—¿Eso quién te lo ha dicho?

—Mi tía Engracia.

—Pues tu tía Engracia es la que me manda a limpiar.

Petra frunció la boca en un claro gesto de disgusto.

—Pero de verdad que no me importa, doña Inés no requiere de tanta atención y yo no puedo pasar el día sin nada que hacer. Prefiero mantenerme ocupada.

—Eres bien rara, Irenita. Te deslomas, que lo veo. La gente normal prefiere descansar y tomarse el oficio con calma. Para lo que pagan...

Sonreí divertida.

—Será que no soy muy normal.

—No, desde luego. ¿Te han vuelto a decir algo de que seas igualita a la difunta señora?

—No, ¿quién iba a decirme?

—Ay, no sé, doña Inés mismo. Estos señorones ricos qué bien se las apañan para no soltar prenda de lo que no les interesa. Pero vaya, está claro que si te tienen aquí es por eso, ¿qué otra razón podría haber?

La miré fijamente a la cara sin perder la sonrisa, pero convenciéndome un poco de que nunca llegaríamos a ser las grandes amigas que imaginé.

—¿Que me deslomo trabajando a diario, como tú bien sabes?

Creo que Petra no supo qué contestar, así que gruñó y avivó el frote del trapo contra la cafetera. Por un instante, sentí una pizca de compasión por ella, tan sola, tan amargada, tan plegada a las órdenes de su tía, sin poder fantasear con una taza en las manos, como hacía yo, imaginando que los labios de mi ángel se habían posado justo en aquel borde.

En solo un segundo, mi mente volaba lejos de aquella cocina y revivía lo ocurrido en la azotea dos noches atrás.

¿Me arrepentía? En absoluto. Ya lo dije, Irene sin apellidos no era una dama, jamás lo fue y nunca lo sería, de modo que ¿para qué comportarse como ellas y renunciar al goce de la carne si era lo que mi corazón y mi alma clamaban con desesperación? Carlos había sido delicado, amoroso y tierno. Pasional cuando fue preciso, pero tan dulce conmigo para que no me asustara ni sufriera que, aun siendo tan distintas las situaciones, me sentí tan querida e importante como cuando Joshua me encerraba en la jaula de su abrazo para que no pasara frío en las noches de invierno. Por los dos habría dado mi vida mil veces, sin dudarlo. Mi pobre vida, que tan poco valía, de repente florecía y saltaba de escalón, de la mediocridad a la gloria, de mano de mi amante.

Recordar sus dedos aletear sobre la piel de mis caderas intensificó el hormigueo en mi vientre. Crecí sin demasiada curiosidad por aquello que no conocía, las relaciones carnales, el sexo, para mí eran oscuros como cueva de montaña. Pero al cumplir los doce, Joshua me contó muchas cosas turbadoras y me aleccionó sobre cómo cuidarme de las aspiraciones de los hombres, que querrían comerciar con pan y techo a cambio de mis pechos llenos y el triángulo entre mis piernas. Me explicó la diferencia entre el amor y el vicio, el modo en que prácticas similares podían hacerte sentir diosa o sucia. Me mostró la teoría y ahora Carlos, entre susurros y estrellas, me regalaba la práctica.

Sin embargo...

No debía engañarme. Por grandes que fuesen sus promesas, por honorables sus intenciones, la realidad era la que era. Dura. Espinosa. Llena de obstáculos que saltar. Porque yo no era nadie y él lo era todo. Irene criada en la calle, Irene sin apellidos, sin origen, sin familia. Irene sin talentos ni preparación ni estudios. Irene la ratera. Eso era yo, y la vida estaba pero que muy dispuesta a recordármelo si me atrevía a olvidarlo. Lo que yo pudiera ofrecer a Carlos, ¿merecía que él se enemistara con su familia, con sus amigos, con su clase social entera? Lo pensaría llegado el momento. Aún estaba lejos.

Se nos fue la tarde secando loza. Codo con codo pero sin hablar. Petra no era chica de charla ligera, era harto difícil sacarle una frase entera, como no fuera algún reproche o lamentación que ella tuviese ya lista para soltar. De esas que te queman y o las sacas o revientas. De esas, Petra tenía muchas. Pero aquella tarde, por lo visto, se le habían terminado.

—¿Todavía estáis con eso? Menudo par de holgazanas...

Era el ama Engracia. Entró por la puerta como un vendaval, según su costumbre, cruzó la cocina sin mirarnos y desapareció por el comedor del servicio, helando el aire con el frufrú de sus faldas. A sus espaldas, callada y con la cabeza gacha, Tomasa parecía preocupada. Intercambiamos un cruce rápido de miradas y enseguida se puso a seleccionar puerros y patatas.

—Quiero preparar un poco de puré para el asado de la cena. Milagros, deja ya eso y vente a pelar. Irene, acompáñame a la despensa, anda.

Asentí sin hablar, coloqué la vajilla sobre la mesa para guardarla en cuanto volviese y la seguí. Tomasa atravesó la zona de almacén sin detenerse delante de ninguna estantería y dirigió sus pasos hacia la bodega. Un lugar a donde me daba miedo bajar sola, una especie de túnel tétrico con paredes de piedra helada que se hundía en las entrañas de la tierra de Madrid.

—¿No íbamos al almacén? —pregunté sin que Tomasa se decidiera a responderme.

Se paró a mitad de camino y, con un suspiro que podría haber derrumbado la casa completa, sacó un papelito doblado de su faltriquera y de mala gana me lo entregó.

—De parte del señorito Carlos.

Me aguanté el grito de alegría que pugnaba por escapar de mi garganta. Atrapé con ansia la nota y la guardé en el bolsillo de mi delantal como lo que era, mi más preciada posesión. Luego me asaltó una terrible sospecha.

—¿La has leído?

—¿Qué iba yo a leer, si apenas sé...? Bueno, sí, un poco por encima. Dice que te quiere y que no puede respirar si no te tiene delante y todas esas majaderías de jovenzuelo enamorado. ¡Válgame Dios! El señorito Carlos confía en mí, si no, me la habría entregado en un sobre cerrado. Pero eso no es lo importante.

—Ah, ¿no?

—Veo que no me has hecho ningún caso. Ni tú ni él, desde luego.

Me mordí el labio inferior. La verdad es que no sabía qué responderle. ¿Que estaba dispuesta a seguir viéndolo contra viento y marea? ¿Que por él me enfrentaría a monstruos y tinieblas, a lo que fuera? ¿Que Carlos pensaba igual? ¿Que juntos y en nombre de nuestro amor nos creíamos invencibles?

—¡Te vas a pegar un buen porrazo, niña! ¡De boca y contra el suelo! ¿Tan lerda eres que no lo ves, que vas a perder todos los dientes?

Las palabras de defensa se atascaron contra mi lengua. Quise hablar, pero me fue imposible. La familiar lucha entre lo que deseaba y lo que temía. Oír las razones de Tomasa, las mismas que yo me repetía a diario, no era algo que quisiera en aquel momento. No después de haberme entregado a Carlos para el resto de mi existencia.

—¿Cuántas veces te lo he repetido? Que no sigas con esto, Irene, ¡no sigas, es peligroso! Al señorito también se lo advertí en su momento, pero claro, él se comporta como lo que es, un niño rico acostumbrado a salirse con la suya. Eres un capricho que no se quiere negar, pero el antojo pasará, criatura, y serás tú la que se quede compuesta y mancillada. —Levantó una mano y me la colocó por delante de la cara—. No me cuentes si ya ha pasado algo irreparable entre vosotros. ¡No me lo cuentes! ¡Que no lo quiero saber!

Me eché a llorar. Sin consuelo. Con el corazón encogido. Dejando salir toda la tensión encerrada entre las costillas, esa que a veces me apretaba los pulmones sin pedir permiso y no me dejaba respirar.

—Nos queremos —logré balbucear.

Tomasa me acarició despacio el pelo. Me secó las lágrimas que corrían salvajes por las mejillas y sujetó un mechón rebelde detrás de mi oreja.

—A ver, Irene, hija, a ver si lo entiendes. Que yo no tengo nada en contra de que te enamores, que no te quiero ver envejecer sola, como me ha pasado a mí. Pero de alguien de tu clase. Alguien que pueda ser. El señor Carlos no. Él no.

—Ha pasado. No lo buscamos, pero tampoco lo supimos remediar.

Tomasa cruzó las manos en actitud de rezó y miró al techo de la bodega. Allí reinaba la penumbra, el frío y la humedad. Solo podía compararse con la antesala de los mismísimos infiernos.

—¡Ay, santo Cristo! ¿Por qué no me la has protegido, como te pedí?

—Tomasa, él es bueno, el señor Carlos me quiere.

—He criado a ese chiquillo, de sobra me costa lo bueno que es. Tiene un corazón que no le

cabe en el pecho pero... mírate, Irene, lo que no puede ser no puede ser. Él acabará olvidándote y tú te vas a quedar marcada y con el corazón hecho pedazos.

Mi llanto se hizo más fuerte. La cocinera me atrapó entre sus grandes brazos y me abrazó con ternura.

—¿Entiendes que te quiera abrir los ojos? Para mí eres como una hija, si puedo evitar que sufras daré por bueno este mal rato. Debes cortar con esas citas vuestras de por la noche. A solas y a oscuras... solo se forjan problemas.

Me distancié lo justo para mirarla a los ojos. Parecía un cachorro herido suplicando ayuda.

—¿Sabes que nos vemos?

—Lo supongo. No sé ni dónde ni cómo y, por favor, no me lo digas. Cuanto menos sepa, menos podré traicionarte llegado el momento. ¿Imaginas si a los señores les diera por interrogar?

—Carlos ha dicho que se casará conmigo.

Tomasa abrió la boca, formó una O muy grande, no llegó a soltar prenda y la volvió a cerrar.

—¡Jesús! ¡Casamiento...! Es evidente que esto ha ido demasiado lejos.

La miré con los ojos anegados en lágrimas. Tomasa se había convertido, desde mi llegada a la casa Otamendi, en una especie de madre a la que obedecía y respetaba. Ella lo sabía, yo se lo había dado a entender muchas veces, aunque no se lo hubiera confesado con palabras.

—Tomasa, lo amo. Lo amo por encima de todas las cosas que conozco. Y aún por encima de las que me quedan por conocer. Sin Carlos no quiero vivir, seré suya hasta el día que me muera.

—Hija mía...

—Y él siente lo mismo. Por favor, di que nos apoyarás, dilo.

—¿Qué crees que hago desde que os citasteis la primera vez? Que tengo ojos en la cara, Irenita, niña, que si el ama Engracia no se ha olido ya la tostada es porque no paro de cubrirtte. De cubriros ¡A los dos! Ven aquí.

Volvió a abrazarme y yo me dejé llevar por la calidez de su corpachón robusto. Con Carlos y ella en mi vida era una chica afortunada que no podía pedir más.

—Cuídate. Cuídate mucho del ama Engracia y de la Milagros, de esa no me fío un pelo, es la correveidile de su tía. Y como esto se sepa va a arder Troya.

Disfruté del contacto humano, del cariño que Tomasa me transmitía con la dulzura de sus palabras y en mi alma, no sé de qué modo, brotó por primera vez una ridícula seguridad: todo iría bien.

—¿Nos regresamos? —sugerí secándome la cara.

Ella sonrió pícara.

—Ya que estamos, coge una botella de esas de tinto. De la última balda de ese botellero.

—¿Es para la cena de los señores?

—No, hija, es para mí enterita. Me la beneficio en cuanto me quede sola. Ante Dios juro que, después de esto, la necesito.

Carlos

Como era de esperar, tras la entrevista con el representante de los jesuitas, Pedro Machimbarrena volvió a la casa Otamendi a derramar su veneno sobre su ahijada, mi tía. Era un buen método para torturar a mi tío sin ni siquiera reunirse con él. Lo hizo a escondidas, como actúan los ladrones, y si yo supe de aquella entrevista, fue gracias a Irene, que los sorprendió discutiendo al llevar café al gabinete de su señora.

Estábamos, como cada noche, tumbados en el suelo de la azotea, sobre la manta. Irene no paraba de temblar. Era una de esas noches de primavera especialmente invernales. Abrazarla no bastaba. El fuego de nuestra pasión, cuando se adormecía, tampoco. Así que me armé de valor para dar un paso que debí dar mucho tiempo atrás.

—Bajemos a mi dormitorio. Descansemos como Dios manda, sobre una cama, aunque solo sean unas horas.

Ella pareció escandalizada.

—No miente a Dios, señor Carlos, dudo mucho que le dé sus bendiciones a una relación como la nuestra.

—¿Cómo la nuestra? ¿Qué es tan horrible? ¿Que no estemos casados? —Asintió. Yo sonreí y le acaricié la cara—. Estate tranquila, mi vida, que eso cambiará pronto.

Me puse en pie, me sacudí la ropa arrugada y tiré de ella para que me siguiera. Irene vacilaba muerta de miedo.

—Aquí no sube nadie, eso dices, hasta ahora hemos estado a salvo pero... ¿en tu cuarto? ¿Tan cerca de las habitaciones de tus señores tíos? Eso es una temeridad, don Carlos, no podemos arriesgarnos así.

—Nadie entra en mi dormitorio sin llamar y sin mi permiso —quise tranquilizarla. Pero viendo su palidez y el modo como temblaba, creo que apenas lo conseguí una pizca—. Irene, la casa es muy grande.

—Dígamelo a mí, que subo y bajo esos cientos de escalones varias veces a diario... Pero no voy, Carlos, no quiero ir. Me da mucho miedo.

—¿Te sentirías más a salvo en uno de los dormitorios de la cuarta planta?

—O de la quinta. Mientras más lejos de sus tíos, mejor.

No se me pasó por la cabeza discutir. Irene había aceptado correr el riesgo, bajar, y eso me bastaba. Si algo sobraba en aquella casa eran dormitorios listos para usar que nunca se ocupaban. Convertiríamos uno de ellos en nuestro nido sagrado, el lecho donde nuestros cuerpos se fundirían cada noche en nombre del amor. Lo haríamos crecer y cuando llegase el momento, en

cuanto acabasen las obras de aquella elefantiásica empresa y el ferrocarril subterráneo se inaugurase, hablaría con mis tíos y haríamos pública nuestra relación.

Bajamos de puntillas el tramo de escalinata que nos separaba de la planta inferior. Sugerí con un gesto un cuarto tras otro, pero Irene los rechazaba todos. Ella sabía perfectamente dónde se situaban los aposentos de mis tíos dos plantas más abajo y me condujo, tirando de mi mano, hasta la estancia más lejana. En la puerta se detuvo y me dirigió una mirada implorante. Enjaulé su preciosa carita pecosa entre mis grandes manos y, lleno de júbilo contenido, la besé en la boca.

—¡Vamos dentro! ¡No vaya a subir alguien...! —Interrumpió la caricia presa de los nervios, abrió y nos colamos en el dormitorio. Juraría que la oí soltar el aire retenido en los pulmones, con mucho alivio.

—Encenderé unas velas, no se ve nada.

—¿Y si ven la luz desde la calle?

—Irene, mira el grosor de esas cortinas, por amor del cielo. Quédate tranquila, te lo ruego. No quiero que te preocupes, nada va a pasarnos.

Y como broche a mis sentencias, giré el pestillo doble sobre su cerradura. Ella solo pudo oír el chasquido, la oscuridad allí dentro era absoluta, pero juraría que fue suficiente.

—De acuerdo... tienes razón, mejor será... encender alguna vela.

Me conocía al dedillo cada estancia de aquella casa en el número ocho de la calle del Barquillo. Las plantas superiores, que permanecían cerradas en espera de invitados que rara vez llegaban, fueron mi cuarto de juegos durante la infancia. En la adolescencia las utilicé para esconderme y leer en paz, donde nadie pudiera molestarme. Buscar a tientas y encontrar un par de velas en un cajón fue un juego de niños. Y a la luz de las llamas ya prendidas, pude admirar a mi Irene en todo su esplendor.

Al final había logrado calmarse un tanto y estaba sentada con timidez en el borde del lecho. Enredaba nerviosa los dedos de las manos, se los retorció sin dejar de mirarme y en sus pupilas brillantes latía un soplo de ansiedad. Aquella era la noche de bodas que siempre había anhelado, la que jamás tuve y, pese a que pudiera sonar extraño, me alegré de que así fuera. No de la muerte de la pobre Julia, Dios me librara, pero sí de no haberla vivido con otra mujer antes que con Irene. De entonces en adelante, mis recuerdos más vitales le pertenecerían a ella, como suyo era ya mi corazón, mi alma y todo mi ser. No concebía una vida sin la muchachita que un día intentó robarme en la Puerta del Sol. Un día que parecía tan lejano en el tiempo que casi lo había olvidado.

Me acerqué a ella y me embriagué con sus aromas. Parecía una niña pequeña, asustada y fuera de lugar.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Esto ya lo hemos hecho antes —susurré cerca de su cuello. Vi su piel responder como una ola.

—Aquí es distinto. Es como... volver a empezar.

—Pues será un comienzo maravilloso, te lo prometo.

Busqué su boca disimulando las ansias que me carcomían las entrañas. Separé sus tiernos labios rosados con los míos y busqué su lengua para acariciarla despacio. Lenta y sensualmente. Un beso exquisitamente tentador. Irene respondió al mismo ritmo y mi erección saltó dentro de mi ropa, como la de un macho selvático.

Con la punta de los dedos la fui desvistiendo. En la penumbra de la azotea jamás había podido disfrutar de la porcelana de aquel cuerpo de hermosas curvas que, en nombre del amor, me pertenecía. Ahora podía recorrerlo hambriento con los ojos, sellarlo con las manos, mojar

cada rincón con mi saliva, marcarla con mi nombre. Mi dulce Irene. Cuando me incliné sobre ella, su corazón latía como el de un pajarito cazado. La escuché suspirar al sumergirme entre sus acogedores muslos, sin aliento y tan excitado como un toro salvaje.

—Te amo —susurré antes de hundirme de una estocada en sus entrañas.

—Te amo —replicó con voz temblorosa.

Inicié una suerte de danza febril donde mi cadera y la suya perdieron la cordura. Entré y salí de ella con tanto fuego que pude notar el modo en que se deshacía entre mis brazos. Y cada vez que bombeaba, su pubis se alzaba sediento y se acompasaba con mi movimiento. Irene y yo habíamos desarrollado, en apenas media docena de encuentros, una complicidad temible. Cuando alcanzó el clímax, sus ojos se cerraron. Sus labios húmedos se abrieron cantando mi nombre, su piel ardió y su corazón huyó al galope. La visión de sus mejillas ruborizadas y su pecho blanco y palpitante me arrastraron al orgasmo más salvaje que recuerdo.

Me derrumbé a su lado sin dejar de tocarla y me sentí el hombre más feliz de la tierra.

Durante un buen rato nos limitamos a contemplar el techo y a recuperar la respiración. No hablamos, no nos dijimos nada, no hubo agradecimientos, ni halagos, ni promesas, solo suspiros profundos y el calor que mansamente se desvanecía. Tiré de las pesadas colchas y cubrí nuestra desnudez. Su melena roja destacaba hermosa contra el blanco de los almohadones.

Era tan bonita... Y era solo mía.

Fue justo entonces, cuando más dichosos parecíamos, que la mente me jugó una mala pasada. Con Irene acurrucada a mi costado, su cintura rodeada por mis manos y sus finos dedos acariciándome el pecho, me dio por pensar en la naturalidad con la que había dormido conmigo desde la primera vez. No toda la noche, desde luego, su compañera de cuarto debía encontrarla en su cama al despertar, pero sí algunas increíbles horas robadas. Imaginé el aire pesado del verano en Madrid, la gente sin hogar, los de la calle con los cuerpos ardiendo, las ganas de librarse de la poca ropa que tuvieran, la ausencia de reglas en una sociedad que ni lo era... Apreté los párpados y la vi durmiendo bajo un árbol en el Retiro, con vete a saber quién a su lado. Noté una llama prender en el estómago y un torbellino de furia que subió hasta apretarme la garganta.

La imaginación, que a veces es una cabrona malnacida.

Con una brusquedad que ella no merecía, giré para cubrirla con mi peso, colocándome de forma que no pudiera escapar, ni moverse siquiera. Intentaba relajarme, pero me resultaba imposible, estaba como poseído. Saqué su boca con un beso que fue más un mordisco de dominio. Irene gimió un par de veces y aquel sonido altamente erótico lo único que consiguió fue encenderme mucho más.

—Dime que nadie te ha tocado nunca como yo lo hago. Dímelo.

—Pero, señor Carlos... ¿Qué...?

—¡Dímelo!

Una oleada de calor brotada directamente del vientre me abrasó y trajo a mi mente más imágenes sórdidas: Irene piel con piel con un desconocido. Irene besando. Irene acariciando como me acariciaba a mí. Irene con las faldas levantadas permitiendo que alguien la contemplase. Tuve ganas de aullar como los lobos en luna llena. El irracional arrebato de los celos que, en segundos, me estaba convirtiendo en un monstruo.

—Carlos... Señor Carlos, ¿Por qué pregunta esas cosas tan raras? ¿Te... ocurre algo?

Le sujeté fuerte las muñecas por encima de la cabeza.

—¡No me has contestado! ¿Alguna vez, algún hombre... ahí fuera, en la calle...?

—¡Ya sabes que no!

—¿Nadie te ha acariciado? ¿Nadie te ha consolado cuando estabas sola y triste? Ese Joshua... ¿nunca te ponía la mano encima?

Al parecer, aquel disparate colmó el vaso de su paciencia. Irene se revolvió luchando como un hombre, escapó de mi control y me abofeteó con ira antes de saltar de la cama. Sacudí la cabeza como librándome del sopor maligno que segundos antes me había envuelto e incapacitado. Cuando pude fijar en ella la vista, Irene me observaba horrorizada, de pie junto a la cama, tratando de taparse el sexo, con los ojos llenos de lágrimas. Me miraba como si viese al mismísimo Satán.

Quise farfullar una disculpa, pero de mis labios no salió una sola sílaba.

—¿Cómo... cómo se atreve?

—Lo siento, Irene, no era mi intención, te juro que... yo...

Abandoné el lecho completamente desnudo. Avancé unos pasos tratando de acercarme. Quería abrazarla, borrar con amor la infamia que acababa de cometer, de sobra sabía que la había herido. Pero ella reuló y puso distancia entre nosotros, al tiempo que recogía del suelo con torpeza su vestido.

—Es usted... un miserable... ¿cómo has podido pensar algo así?

Me cubrí, avergonzado, el rostro con las manos.

—Por un instante me volví loco, Irene, por el amor de Dios te pido, ¡perdóname!

Sus ojos verdes se clavaron en mí con un llanto mudo de incompreensión. Había mucho amor en aquella mirada, pero también decepción, desengaño y miedo. Tomé conciencia real de lo que acababa de pasar, sentí asco de mí, de la clase social a la que pertenecía y que me había educado para crearme dueño de todo aquello que tocara, lo mereciese o no. Hundí la cabeza en el pecho, más deshonrado de lo que habría admitido estar jamás. Yo no era así, no era de esa clase de hombre, sentí repulsión. Estaba arrepentido de lo que acababa de pasar. No, arrepentido no era la palabra, arrepentido se quedaba muy corta. Estaba espantado.

—Lo siento, lo siento, ha sido un instante de locura incomprensible... Perdóname. ¿Qué más puedo decirte?

Cuando me atreví a alzar la vista, ella ya estaba vestida. Supe que se marcharía de la habitación con nuestra idílica noche de pasión truncada.

—¿Es que no te bastó con lo que ya sabes? —reprochó con amargura—. He dormido al raso y fregado de rodillas muchos suelos, pero jamás, jamás he vendido mi cuerpo ni he permitido que un hombre lo profanara.

—Vuelve a la cama, Irene, te juro que lo siento, no te... no te marches.

—Es tarde —respondió en un murmullo.

Luego solo vi su espalda, sus pies desnudos volar y la puerta cerrarse.

Acabábamos de vivir nuestra primera discusión de enamorados y yo había sido tan necio como para provocarla.

Irene

¿Habéis soportado alguna vez el peso de una piedra alojada en la garganta que os impide respirar?

Así es como me sentía yo al abandonar el dormitorio donde minutos antes me creí en el cielo. Convertida en una diosa. Entre nubes de algodón, amada por un ángel.

Un ángel que de pronto se convirtió en demonio. ¿Qué clase de amor era aquel, capaz de hacer arder sus pupilas con el fuego del odio más feroz? ¿De dónde nació la desconfianza? En un intervalo de tiempo equivalente a un suspiro, me sentí tan sola y desamparada como antes de llegar a la casa Otamendi.

Bajé dos pisos. Uno más. Cuando has crecido en la calle te manejas divinamente en la oscuridad. Y camino de la zona de servicio, me acurruqué en el hueco de las escaleras a saciar mi dolor, mi pena y todas mis lágrimas. Por los ventanales del pasillo se colaban franjas de luz desde la calle, porque había luna llena, y en la planta de los pies sentía el hielo de las baldosas abrillantadas a base de cepillo. Sin embargo, yo era dura como las piedras de los caminos, no tardé en calmarme y ver las cosas desde otro ángulo. Aunque sería el camino más sencillo, no iba a dudar tan fácilmente de los sentimientos de Carlos, no lo haría por un absurdo arrebató de celos injustificados. No cometería el mismo error que él: dudar de la pureza de lo que sentíamos.

No era justo. Bastante difícil lo teníamos ya.

¿Debía sentirme, pese a lo desagradable del incidente, honrada por su absurda reacción? ¿Era así como actuaban los hombres locamente enamorados si imaginaban a su mujer en brazos de otro? Pero... ¿Joshua? Por amor de Dios... ¿Acaso no había sido lo suficientemente clara al hablar de él, del papel que jugó en mi vida, de que lo consideraba un padre protector, un abuelo?

Terminé secándome las lágrimas con el revés de la manga, invadida por una emoción confusa y agri dulce, y casi una sonrisa en las comisuras. Ya lo había perdonado. En realidad, antes de salir huyendo del dormitorio, los ojos de mi ángel me habían pedido perdón mil veces y yo no pronuncié palabra, pero mi corazón aceptó concedérselo.

Lo amaba profundamente. Y apostaría las dos manos a que su devoción por mí podía contarse en igual medida.

Con un suspiro me di cuenta de que tenía frío. Mucho frío. Llevaba puesto el vestido y una toca gruesa de lana tejida por Tomasa, suficiente para aguantar el fresco en la azotea y sin embargo, estando allí, dentro de la casa, por lo general caldeada, creí volver a las calles de Madrid bajo la nevada en pleno invierno. El frío era espeluznante, anormal. Me puse en pie, más serena, dispuesta a arrebujarme cuanto antes entre las ropas de mi cama.

Entonces lo vi.

O sería mejor decir... LA vi.

Una aparición fantasmagórica mirándome desde el fondo del corredor. Sonriendo. Semitransparente, brumosa, rodeada de un halo luminoso casi divino, flotando sobre la madera del suelo, con los pies desnudos y un precioso traje de seda color esmeralda. Llevaba el pelo rojo suelto sobre los hombros, cayendo por su espalda. Y en las manos sostenía un libro.

Me quedé petrificada, incapaz de moverme, de respirar siquiera. ¿Estaba asustada? No podía saberlo, porque no podía pensar, ni moverme. Ella no era real, me convencí, la imaginación, los nervios, el cansancio, mi primera pelea con Carlos y el sueño, me jugaban una mala pasada. Aquella visión cuasi celestial no existía más que en mi perturbada mente.

«No es real, no lo es», me repetí cien veces mientras con lentitud, la veía avanzar. En mi dirección. Y pronto, los rasgos de su rostro perfecto se hicieron nítidos, lo bastante como para saber que se trataba... de doña Julia.

Ahogué un grito de pánico que murió en mi garganta. No saltó contra las paredes como un aullido de ultratumba porque conseguí taparme la boca con las manos a tiempo. No quería despertar a la gente de la casa, ni llamar la atención del señor Carlos. No quería que el ama Engracia me regañase, pero apenas si podía contener el tamborileo de mi horripilado corazón chocando contra las costillas, mientras la aparición pelirroja con piel de leche se me acercaba. Sin perder su dulce sonrisa.

Creo que me mareé. Me apoyé contra la pared y me rendí a la realidad: iba a morir allí mismo, en el corredor, sobre el suelo. ¡Iba a morir de miedo!

Cerré fuerte los ojos, me encomendé a las alturas en una burda plegaria a la que le faltaban muchas frases y cuando de nuevo los abrí... el pasillo estaba vacío.

—¿Qué tienes, niña? ¿Es fiebre?

Tenía a Tomasa sentada en el borde de mi camastro con semblante preocupado y muchas arrugas alrededor de los ojos. Sentí un paño mojado sobre la frente. Tenía seca la boca, áspera la lengua y el corazón latía deprisa. Pero estaba viva, en mi cuarto, y por la ventana entraban los rayos del sol de la primavera de Madrid.

—No, estoy bien. ¿Qué ha pasado?

—Onofre te encontró esta mañana, tumbada sin sentido en mitad del corredor. Fría como un pedazo de hielo. ¿Qué pasó? ¿Por qué no estabas en tu cuarto? ¿Te desmayaste?

Retiré el trapo húmedo de mi cara y me restregué los ojos.

—No recuerdo nada —conseguí decir con mucho trabajo.

—¿No estarás...? —Tomasa se atragantó y con un gesto se señaló la barriga— Ya sabes...

—No, Tomasa, nada de eso.

La cocinera resopló bien alto.

—Como seguís haciendo lo que os viene en gana... Esto acabará mal, lo sé, los ángeles de la guarda no tienen tiempo bastante para resolver lo vuestro...

—¡Chiss, Tomasa, calla!

—No temas, que no hay nadie. Son más de las nueve, cada cual anda en sus quehaceres.

Me incorporé en la cama. Recordaba con absoluta claridad la visión de doña Julia amenazando el pasillo. El pavor indescriptible que sentí. Venía a por mí, clamando su venganza por osar poner mis pobres ojos en su marido. Venía a llevarse mi alma. Lo que no entendí es por

qué, después de aquello, yo seguía respirando.

—Anoche discutimos. El señor Carlos y yo.

—Mira, como un verdadero matrimonio. Ya vais rápido, ya...

—No bromees, Tomasa, le dije cosas horribles, estoy tan arrepentida... Tengo que verlo y decirle que ya lo perdoné, tengo que...

Tomasa levantó una mano para que yo no siguiera con mi charla, indicándome que los motivos de nuestra disputa le traían sin cuidado.

—No me cuentes detalles, son cosas vuestras. ¿Vas a levantarte?

—Sí, claro.

—Pues no tardes, te prepararé un poco de leche caliente, te arreglaré el cuerpo, ya verás. Seguro que fue el disgusto.

—¿El disgusto... qué?

—Por lo que perdiste el sentido, seguro que fue por eso.

—Seguramente, Tomasa, seguramente.

Me vestí sin dejar de temblar y salí a la cocina mirando alrededor como un conejo asustado, deseando por encima de todas las cosas, que alguien de fiar me explicase que lo de la noche anterior no fue más que el producto de mi histeria. Sin embargo, deseara lo que deseara, doña Julia se había mostrado ante mí con tanta claridad que era imposible dudar. Me pasé el día como una sonámbula, bajo la mirada inspectora de Tomasa que, de cuando en cuando, sacudía la cabeza como amargada. Escudriñé mil veces cada esquina oscura, por si el fantasma se decidía a aparecer de nuevo. Cada vez que mis quehaceres en la alcoba de doña Inés me obligaban a salir de la cocina y cruzar el maldito pasillo, sufría escalofríos y bajo la camisola, mi carne era como la de las gallinas.

Al final de la jornada, cuando yo volvía a todo correr de preparar la cama de la señora, dispuesta a ayudar a Tomasa con las cenas, el ama Engracia me pasó por delante como una exhalación nerviosa.

—Tomasa, ¡Tomasa!

—Dígame, ama.

—Han mandado recado. El señor don Carlos no vendrá a cenar, igual tampoco a dormir. Hay que llevarle algo de comer a la zona de obras en Tirso de Molina.

—¿El señorito se queda en las obras toda la noche?

—Deja de llamarlo así, hace mucho que dejó de ser el mozalbete mocososo que se escondía tras tus faldas. Es un hombre adulto y el futuro señor de esta casa.

—Para mí siempre será el pequeño Carlos...

El ama Engracia se encogió desdeñosa de hombros.

—Siempre fuiste una mujer a la que le gusta engañarse. En fin, prepara una buena cena, que sea consistente. Los problemas que retienen al señor en la zona de obras deben de ser graves, quién sabe cuánto tardará en regresar. Y añade una muda, por si la necesita. Envía a Onofre con todo, rápido. —Miró alrededor severa y con una palmada al aire, nos sobresaltó a todas—. Y las demás, ¿qué miráis? Las cenas esperan, el ritmo de esta casa no se ha interrumpido, que yo sepa.

Cuando Tomasa lo tuvo todo listo, giró y sus ojos me buscaron con discreción. Yo andaba acurrucada en una esquina cortando nabos tiernos en trocitos.

—Niña, ¿quieres ir tú a llevárselo?

—¿Al señor Carlos?

—La cena y la ropa limpia. Sí, ¿quieres acompañar a Onofre con el encargo?

Me puse en pie de un salto, repentinamente animada.

—Claro que sí, Tomasa, a mandar.

—A ver si os decís dos lindezas y se te apacigua la mala cara esa que traes el día entero. Estos jóvenes...

Se metió en la despensa renqueando y sin parar de protestar, mientras yo conseguía olvidarme por un rato del fantasma de doña Julia, revivida por la perspectiva de ver a mi ángel de nuevo. Él consolaría mi corazón.

Onofre y yo cruzamos Madrid en el carruaje pequeño de la familia, hasta la zona de obras de Tirso de Molina.

—Baja y busca al señor. Le entregas lo que traemos, le preguntas si necesita algo más y vuelves volando. ¡Aviva! Es tarde y me duelen todos los huesos.

—Sí, Onofre, ahora mismito.

Me acerqué vacilante a aquella boca negra e inmensa, apenas iluminada con los velones amontonados por todas partes. Cargada con un canasto enorme que pesaba como un pequeño saco de tierra. Un empleado de la Compañía salió a recibirme.

—No puedes andar por aquí, muchacha, las obras son peligrosas.

—Vengo de la casa Otamendi. Debo ver a don Carlos. Le traigo...

—Dámelo a mí y yo se lo bajaré.

Con un giro de cadera puse la cesta fuera del alcance de su mano extendida.

—Me han ordenado que se lo entregue en mano. También traigo un mensaje de su señor tío —mentí para ganar apoyos.

El hombre arrugó el entrecejo.

—¿Estás segura de que quieres caminar por unos túneles sombríos llenos de socavones?

—Por donde haga falta, señor —repliqué muy digna.

El empleado se encogió de hombros, me repasó de arriba abajo pasándose la lengua por los labios resecos y me dejó pasar.

—Las damas primero —dijo con sorna—. ¡Y qué dama!

Tardamos más de veinte minutos, en continuo descenso hacia el vientre de Madrid, en encontrar el pasadizo donde mi ángel trabajaba rodeado de obreros y polvo. Sorteamos piedras del tamaño de una cabeza de bebé. No me quejé, la excitación de visitar el lugar de faena del hombre al que amaba me mantenía en jaque y contenta. Y cuando él interrumpió la charla y al verme se le iluminaron los ojos, me dije que había merecido la pena.

—¡Irene! ¿Qué haces aquí?

—Me manda el ama Engracia, señor —respondí bajando la cabeza—, traigo algo de cena y ropa limpia.

—Te lo agradezco mucho, es tarde, no deberías andar por la calle a estas horas.

—Me acompaña Onofre, señor, me está esperando fuera, en la entrada.

El señor Carlos avanzó unos pasos en mi dirección y cerró los dedos de la mano en torno al asa de la cesta. Sobre los míos. Nos quedamos así unos segundos, fundidos uno en la mirada del otro, disfrutando del roce de la piel. Bajo la suya, la mano me hormigueaba con intensidad.

—Muchas gracias, ya me hago yo cargo...

—¡Señor! ¡Señor! ¡Don Carlos! ¡Tiene que venir!

Un obrero con tanta suciedad en la cara que no se distinguían sus rasgos, llegó corriendo y jadeante.

—Hemos encontrado algo, en uno de los túneles adyacentes, señor... ¡Un cofre!

Sufrí una sacudida violenta. Un cofre. Un tesoro escondido en los pliegues de las entrañas de Madrid. ¡El tesoro de Joshua!

—¿Un cofre?

—¡No sabemos qué contiene, pero es pesado! ¡Tiene que venir a verlo! ¡Señor, deprisa!

Carlos cruzó conmigo una mirada a toda prisa. Yo asentí y solté la cesta para que él pudiera dejarla a buen recaudo. Luego me mantuve firme en mi sitio hasta que lo vi desaparecer al fondo del túnel, a la luz de las antorchas.

Hora de volver a casa.

Carlos

Ver aparecer a Irene en Tirso de Molina fue como ver a la mismísima Virgen. Con su cesta en las manos, sus ojos enormes, con su pelo rojo alborotado y sus deliciosas pecas. Disipó el agotamiento, el ruido de las disputas entre Machimbarrena y el jesuita, las decenas de féretros acumulados sin ningún respeto en las galerías, aguardando traslado. Los retrasos, las malas noticias del exterior, los crecientes casos de gripe en la ciudad... Todo lo que me desvelaba desapareció en el aire como el humo y solo fui capaz de traducir su tímida sonrisa

Me había perdonado. Mi comportamiento en la alcoba, aquella imperdonable explosión de ira. Ella, en nombre del amor, ya la había disculpado.

Despedirme de Irene, ausentarme a hacerme cargo del hallazgo, me costó la misma vida. Recé porque el mensaje que le lanzaron mis ojos fuera lo suficientemente explícito. La amaba, por encima de todas las cosas vivas, no la perdería a causa de una descabellada imagen de pesadilla, forjada en mi mente enferma de amor. Consagraría el resto de mis días a borrar aquel recuerdo aborrecible, si era necesario, como penitencia.

Me hundí en las profundidades de la tierra, tras la pequeña comitiva de hombres excitados por el descubrimiento.

—Ha aparecido entre los huesos más antiguos, señor, bien oculto.

—Debe de tratarse de alguna reliquia que custodiaban los monjes.

—O del oro del convento. Seguro que lo tenían guardado y a buen recaudo.

—No anticipemos acontecimientos —los apacigüé—, puede que solo nos hallemos ante un cofre vacío.

—Pesa, señor don Carlos, pesa mucho.

—Y debe ser valioso. Se encargaron de que nadie nunca desvelara su escondrijo.

—De no ser por las obras...

Llegamos al lugar y el grupo frenó en seco. El aire estaba viciado de humedad, vejez y siglos. Aquello era una tumba en forma de gruta natural, rodeada de nichos y monjes muertos. Justo en el centro, reposando en una especie de hornacina sin adornos, dormía un cofre de hierro deslucido y oxidado, del tamaño de una mesa pequeña. Callamos y observamos en un silencio que tenía mucho de místico.

—No hemos querido tocar nada hasta ver lo que usted mandaba, señor.

—Habéis hecho bien. Quiero que lo trasladéis a la casa Otamendi.

—¿No se lo entregamos al cura, como los demás ataúdes?

—No veo que sea un ataúd, Miguel. Es un cofre. Y no se lo entregaremos a nadie hasta saber

qué contiene.

El capataz hundió la cabeza contra el pecho.

—Sí, claro, señor, claro. Ahora mismo lo organizamos.

—Mientras lo sacáis de aquí, ocupémonos nosotros del resto de los monjes.

—Lo que mande el señor.

Volvimos a casa bien entrado el mediodía de la jornada siguiente. Apenas enfocaba lo que tuviera delante por culpa del cansancio. Estaba sudado y sucio, pero satisfecho porque gracias a mis personales negociaciones, no solo con los dominicos sino con otras tres órdenes religiosas a las que logré convencer del inmenso honor que sería custodiar en sus camposantos los restos sagrados de los monjes de la Merced, los sarcófagos apilados en los túneles habían sido convenientemente retirados y entregados en un abrir y cerrar de ojos.

Las cosas volvían a la normalidad. Eso sí, al margen de Pedro Machimbarrena.

Sin embargo, el secreto del contenido del cofre era un misterio que me mantenía en ebullición. Nos reunimos, mis tíos y yo, en la biblioteca, con la caja de metal oxidado sobre una mesa. Los tres observándola a distancia, sin atrevernos a tocarla siquiera.

—Estoy convencida de que ahí dentro se guardan las reliquias de algún santo —aventuró mi tía muy emocionada, persignándose.

Mi tío Antonio arqueó una ceja.

—Espero que no sea una mano, o un ojo, ninguna de esas cosas altamente desagradables...

—Pero ¿qué dices, Antonio? Son santos.

—Santos desagradables a la vista, en cualquier caso. Y que, sea lo que sea, esté momificado, por el amor del cielo.

—¿Tú qué sugieres, querido Carlos?

—No tengo ni idea, tía. Pueden ser huesos santos, no te digo que no, pero también podrían ser monedas de oro.

—¿En cuyo caso...?

—El tesoro debería ser reintegrado a la Iglesia.

—Sobre eso no cabe duda, sobrino.

Todavía estuvimos otro buen rato forjando apuestas sin decidirnos a abrirlo. Ni siquiera estábamos seguros de que el instrumental de herrero que Onofre nos había subido bastara para hacer saltar aquella antiquísima cerradura.

—¿Permiten los señores?

Mi deseo pelirrojo entró con Sara, una bandeja en las manos y su dulce sonrisa de siempre entre los labios. Aquella mezcla suya de inocencia y picardía de la que ni siquiera era consciente y que me volvía completamente loco. Sus ojos se posaron unos segundos en mí y centellearon. A continuación, volaron hasta encontrar el cofre.

Juraría que entonces su brillo fue aún mayor.

Pero ya había aprendido lo suficiente acerca de los celos y sus desgarros, de modo que no me lo tomé a mal. Imaginé que era simple curiosidad femenina, ya que Irene estaba presente en Tirso de Molina cuando anunciaron el descubrimiento.

—Ah, el café, pero qué alegría, bienvenido sea —alabó encantado mi tío.

—Ponedlo aquí, junto a esta mesita.

Las chicas cumplieron con lo que se les indicaba y salieron silenciosas como la niebla de

otoño. Mis pupilas la persiguieron sin ninguna prudencia hasta que se hubo marchado y solo el intencionado carraspeo de mi tía Inés me devolvió a la cruda realidad.

Había llegado el momento de abrir aquello y desvelar el misterio oculto bajo el convento de la Merced, por quién sabe cuántos lustros.

Para ahuyentar malas tentaciones, Irene propuso que no volviéramos a vernos en la alcoba de la quinta planta. Regresar a la inhóspita azotea parecía la mejor opción, si no queríamos terminar revolcándonos como salvajes presos de la fiebre. Así que allí fue donde se lo conté todo. En realidad, fue ella la que arrancó preguntándome si habíamos conseguido abrir el cofre, con un entusiasmo desmedido.

—Pues lo cierto es que sí, a mi tío el testarudo, pocas empresas se le resisten. Tuvimos que cortarlo y destruirlo, pero sí. Al final lo abrimos.

—¿Y...?

—¿Y...? —Jugueteé con ella.

Irene se removió impaciente entre mis brazos.

—¡¿Qué había dentro?!!

—¿Por qué quieres saberlo?

—Apuesto a que te gustaría conocer la razón.

—Te la estoy preguntando. Las chicas curiosas me hacen gracia.

Hizo como que me golpeaba el pecho con un codo. Nos reímos.

—¿Es posible... solo posible... que yo sepa de esta historia un poquito más que tú?

—Lo dudo, querida, pero puedes intentarlo.

—Joshua me contó hace muchos años... que debajo del suelo de la ciudad, en alguna parte que nadie conocía... se ocultaba el mayor tesoro que la humanidad pudiera imaginar.

Hice lo que pude por disimular mi tremenda decepción.

—¿En serio? ¿Un fabuloso tesoro?

—Algo más valioso que todo el oro de la tierra.

—¡Vaya! Más valioso que todo el oro... Entonces debería ser algo muy especial.

—Y sé que está dentro de ese cofre, lo supe en cuanto te dijeron que había aparecido.

Me mantuve quieto y callado por unos minutos. Meditando cómo no romper sus ilusiones de niña, el recuerdo sagrado de Joshua, todo aquello que, al parecer, tanto significaba en su vida. Irene giró sobre su cadera y quedó frente a mí, con las mejillas arreboladas y sus piernas trenzadas con las mías. Rodeó mi cuello con los brazos y tironeó juguetona del borde de mi camisa.

—¡Vamos! ¿Qué había dentro? ¡Dímelo ya! Estás a punto de matarme de ansiedad.

—Un libro.

—¿Cómo?

—Un libro.

Soltó despacio el cuello de mi camisa. El destello de entusiasmo en sus pupilas se fue apagando como se disipa el aroma de un guiso delicioso.

—¿Solo eso?

—Solo un libro. Y ya lo siento. Nada de tesoros.

—¡Vaya! Yo pensé...

—Es probable que el tesoro al que Joshua se refería aguarde en otro lugar, enterrado todavía, esperando que tú y solo tú lo descubras, pequeña pirata.

Ella asintió con la mirada perdida en el vacío. Intenté animarla.

—¿Quieres verlo?

—¿El libro?

—El libro. Es muy antiguo y curioso. Con las tapas de cuero, grabadas en pan de oro.

Una de las muchas virtudes de Irene era recuperar la ilusión perdida en cuestión de segundos, como quien arranca una naranja madura de un árbol.

—De acuerdo, creo que me gustará verlo.

Irene

Carlos bajó corriendo a la biblioteca a por el libro y yo esperé arrebujada en la toca de lana gruesa. En los últimos días la temperatura había bajado y de pronto volvíamos a empujones a un invierno empeñado en no marcharse. Sentía, sin esfuerzo, la sonrisa boba ocupándome toda la cara, la que se me dibujaba siempre que estaba con mi ángel. Pero un resplandor suave a la derecha llamó mi atención. ¿Era Carlos, que regresaba con una nueva palmatoria y más velas? ¿Acaso para poder leer el libro misterioso? ¿El libro enterrado durante quién sabe si cientos de años? Giré la cabeza esperanzada.

Pero no. No era la luz de una llama lo que me iluminaba el pelo.

Era una silueta de mujer, con largo vestido de seda y el pelo rojo suelto sobre los hombros. Una figura aún traslúcida, a través de la cual podía ver, y que rezumaba fosforescencia igual que un nido de luciérnagas. Me puse a temblar con violencia. Regresaba doña Julia, a acabar lo que en su día empezó y no pudo terminar.

Sentí tanto pánico que me mareé. Y no podía dejar de mirarla mientras se acercaba despacio, flotando sobre la solería. En la mano derecha seguía sosteniendo el libro y sobre su pecho descansaba un colgante en forma de cruz de color rojo. Yo tenía seca la boca y la lengua como un estropajo.

El chasquido familiar de la puerta me trajo de vuelta. Y la visión de mi ángel entrando feliz con su libro en las manos, se me antojó la salvación eterna. Mis ojos desencajados le lanzaron una rápida súplica muda, para retroceder después hasta el lugar donde doña Julia nos observaba. Pero allí ya no había nada. Ni figura, ni resplandor, ni pelo rojo, ni venganza.

Por el momento.

—¿Te ocurre algo, amor mío? —Carlos se arrodilló a mi lado. Detuvo mis temblores con un abrazo— Estás pálida y... mira cómo te estremeces.

—Es el frío, nada más. Solo abrázame. Abrázame fuerte, te lo ruego.

—¿Estás segura de que no quieres bajar a la alcoba? Podemos encerrarnos en otra, en otro sitio, donde quieras. Aquí, de momento, no se está a gusto, no es agradable.

—Estamos bien. A salvo.

Carlos no adivinó nada y yo tampoco se lo dije. Al separarnos, se sentó en el suelo, en la manta, a mi lado. ¿Cómo iba a explicarle que el fantasma de su difunta esposa me acosaba? No, mejor dejar las cosas como estaban y rezar tres rosarios de madrugada para asegurar la paz del alma atormentada de doña Julia. A ver si así dejaba de verla.

—Ven aquí cerca de mí, deja que te quite el frío.

—Enséñame ese tesoro —pedí, deseosa de cambiar de tema y olvidar la espectral visita.

—Quedamos en que no era un tesoro, solo un libro.

—Muéstrémelo, señor don Carlos, todos los libros son tesoros.

Accedió jugueteando. Tras un breve coqueteo, me lo puso en las manos. Era pequeño y compacto, grueso e increíblemente ligero.

—¡No pesa nada!

—Lo sé, también lo he notado. Inexplicable para la cantidad de páginas que tiene, sumado al espesor de las cubiertas. Y extraño teniendo en cuenta que, con él dentro, el cofre pesaba una tonelada.

Era ciertamente antiguo. Las hojas de pergamino o algo parecido. Las tapas de cuero anciano con letras de oro. Lujoso seguramente en sus tiempos.

—Parece importante.

—Puede que lo sea —respondió críptico.

Tiré de las tapas para abrirlo y deleitarme con su contenido. Mi atención se recreó en las letras de la tercera página. Las dos anteriores estaban en blanco.

—¿Por qué dices puede...? Bueno, es una Biblia.

Los ojos de Carlos se abrieron con desmesura.

—¿Una Biblia?

—Sí... no entiendo el alboroto.

—Irene —me arrebató el libro de las manos—, ¿por qué sabes que es una Biblia?

Lo miré sin entender.

—Mira, aquí lo pone. —Señalé las líneas con el dedo—: Sagrada Biblia de los primeros hombres. ¿Quiénes eran los primeros hombres?

Carlos no parecía atenderme, era como si me oyese sin escucharme y su cabeza pensara al mismo tiempo otras cosas.

—¿Estás segura de que ahí pone eso?

Me irritó que me pusiera en duda.

—Sé leer, Carlos. Aunque me haya criado en la calle, Joshua puso mucho empeño en que...

—¿Entiendes lo que pone?

—Bueno, solo he leído esa frase... el título. Carlos, ¿a qué vienen esas preguntas?

Abrió el viejo libro por la mitad y me lo colocó delante de la cara.

—Lee. ¿Entiendes lo que pone? —repitió con angustia.

Casi asustada por su reacción, posé las pupilas en las líneas que su dedo señalaban.

—Perfectamente. ¿Por qué me lo preguntas?

—Irene... —se masajeó el puente de la nariz—, este libro está escrito en un idioma desconocido que nadie comprende. Nadie que lo haya inspeccionado hasta el momento, y te aseguro que han sido varios incluyéndome a mí, ha podido descifrar una sola letra.

Aquella revelación me resultó sorprendente. Porque para mí, las palabras sobre el antiquísimo papel eran tan claras como el agua limpia.

—No... no entiendo.

—Es un idioma desconocido. Una serie de signos que parecen jeroglíficos, ¡nadie sabe leerlo!

—¿Solo yo?
—Solo tú —confirmó muy despacio.
—Eso... eso no puede ser, señor Carlos. Yo no sé otro idioma que el español de la calle...
—Pues a menos que me estés mintiendo...
—¡No te miento!
Él se apresuró a tomar mis manos entre las suyas. El libro quedó descansando en mi regazo.
—¡Lo sé! Sé que no mentirías en algo así.
—¡Ni en esto ni en ninguna otra cosa! —repliqué apasionada— No a ti, Carlos.
—Por eso debo pedirte algo, Irene. ¿Conoces el contenido de la Biblia?
—Sí, Joshua me la leía por las noches.
—Bien. ¿Podrías llevártelo, leerlo completo y decirme si es una Biblia corriente o... no? Miré el viejo volumen con un poco de miedo.
—Tardaría bastante. Son muchas páginas y... no leo demasiado rápido.
—No importa lo que tardes, mi amor, de momento eres la única que puede hacerlo. Recuperé el buen humor. Envolví el libro en el chal de lana y lo puse a un lado, en el suelo.
—Lo haré si me lo pides tú. Y ahora, olvidémonos de ese vejestorio. Cuéntame cosas sobre doña Julia.
—¿Julia? ¿Por qué Julia?
—Porque es la mujer con la que te casaste y quiero saber.
—¡Ya sabes por qué me casé con ella!
—Eso no importa, quiero saber los secretos de una gran dama. ¿Tenía algo? ¿Algo que la hiciera única?
—No sé a qué te refieres. Si no llegué a conocerla apenas.
—Físicamente.
Me miró con un halo de culpabilidad en los ojos.
—Se parecía mucho a ti, eso ya lo sabes.
—¿Algo más? —insistí sin tener muy claro a dónde quería llegar.
—Tenía una marca en el pecho.
—¿Una marca?
—Una mancha de la piel, aquí —rozó con cuidado mi escote—, justo a la altura del corazón, por encima. Fue como un presagio de lo que la mataría.
Hice memoria.
—La mujer del cuadro no...
—Siempre la ocultaba, como podrás imaginar. Si no estaba en la intimidad de la familia, no la mostraba. Y desde luego, los retratistas consideraron de mal gusto incorporarla a sus obras.
—Así que una mancha en el pecho. ¿Era grande?
—Del tamaño de una ciruela. Y del mismo color. Julia se avergonzaba mucho, decía que las marcas así las crea el diablo.
—Qué tontería.
—Sí, qué tontería. Pero era tan religiosa... Ella y su familia. Católicos creyentes hasta la médula de los huesos. Mi tía Inés le consiguió unos polvos de arroz con los que podía disimularla, pero así y todo... Julia vivía atormentada por su existencia.
No añadí ningún comentario. Mi cerebro trataba de situar la marca a la que Carlos se

refería en la aparición que tanto me angustiaba. Permití que se extendiera una larga pausa, natural y nada tensa a pesar del doloroso asunto que tratábamos, porque así de mágicas eran las cosas entre nosotros. Carlos quebró el silencio.

—Te contaré algo. Me avergüenza y no sé qué me hace menos hombre, si sentirlo o confesarlo, pero ahí está, en una esquina oculta de mi corazón, un amargo resentimiento contra Julia, por haberme empujado a ese matrimonio amañado.

—¿No fueron tus tíos y sus padres?

—Fueron meros instrumentos, en cierto modo ella me eligió. Yo a ella jamás. Pero enseguida me doy cuenta de que con quien estoy furioso es conmigo mismo, por haberme doblegado. Y me siento miserable.

—¿Me quieres?

Mi repentino cambio de tema pilló a Carlos por sorpresa. Sacudió la cabeza y los malos augurios desaparecieron. Debía aprender a no hacer preguntas que lo pusieran triste. Hablar de nosotros trajo de nuevo luz a su mirada. Sonrió de un modo tan bonito que me explotó el corazón.

—Sabes que sí. Hasta el último día de mi vida en la tierra.

—¿Y después? ¿Qué pasará después?

—Lo que el cielo quiera que pase. Pero juntos.

—Promételo.

—Mi vida es tuya, amor. Soy tuyo y tú eres mía. Y mataría con mis propias manos al que se atreviera a ponerlo en duda.

Nos besamos con dulzura y un millón de deseos para nuestros mañanas, sin imaginar que en poco tiempo un terrible infortunio nos pondría en la cuerda floja.

Carlos

Entre las muchas cosas del mundo que me rodeaba que era incapaz de comprender, una de las primeras posiciones la ocupaba el por qué los padres de Julia seguían visitándonos una vez al mes, como si nada hubiera pasado. Como si su hija siguiera viva, casada conmigo. Como si todos disfrutásemos de unas cálidas relaciones familiares que nos hicieran felices.

Algo que jamás había existido.

El padre de Julia no me caía bien. Severo, adusto y siempre malhumorado. Su madre, una beata exagerada e histérica que se desmayaba a la primera inconveniencia. Habían chantajeado a mis tíos, suplicado y manipulado para forzar un matrimonio que daría gusto y capricho a su única hija. Ninguno, por más que se esforzaran, sería nunca de mi agrado. Y no se esforzaban en absoluto.

Entraban en la casa Otamendi y se sentaban a nuestra mesa, como si les perteneciera. En su día hicieron un buen negocio con el casorio, ellos salieron ganando mucho más que nosotros. Aún no entendía las razones de mi tío para entregarme. Quizá fuera solo prestigio social, ni siquiera estuve tan interesado como para indagarlo.

El ama Engracia vigiló el servicio de la merienda desde la puerta del salón rosa, el favorito de la madre de Julia. Los caballeros nos vimos obligados a permanecer presentes y a oírla parlotear cotilleos y trivialidades, sin descanso. Empezó a dolerme la cabeza. Mi tío y don Francisco apenas si tenían ya temas de interés común: Otamendi, un ingeniero del metal y las comunicaciones. Mi antiguo suegro, un próspero industrial textil con ínfulas aristocráticas. Apenas si cruzaban un par de frases corteses por encima de sus periódicos y sus tazas de café. Deseaba que el tiempo pasara rápido para que se marchasen, pero pareció detenerse. Y ellos no se iban. La hora en que el sol debía ocultarse casi nos alcanzó y a mi tía no le quedó más remedio que ordenar la cena. Los persistentes invitados fueron incluidos, cómo no.

Lo peor que podía ocurrir ocurrió cuando, detrás de Pilarín y Sara, Irene entró en el comedor cargada con la bandeja de la sopera. Cerré los ojos y recé porque la soltara rápido, antes de que los padres de Julia pudieran verla, y se escabullera fuera de la sala. Pero desde luego, Irene no conocía a mis antiguos suegros y apostaba a que nadie había tenido la bondad de informarla acerca de la identidad de los convidados. De modo que mi dulce amor caminó alrededor de la mesa con la mejor de sus sonrisas y su mayor empeño por servir correctamente.

La madre de Julia hablaba sin parar sobre el extravagante modelo de sombrero que una señora de alta sociedad se había atrevido a lucir en público, cuando sus ojos redondos repararon en el rostro de mi amada. La sangre se retiró de repente, se quedó del color de la cera. Con las manos en alto dispuesta a aceptar el cucharón, pero petrificada. Su santo marido, alertado por una reacción incomprensible, siguió el hilo de su mirada... para encontrarse con Irene.

Él farfulló un rugido amenazador. Como no podía ser menos tratándose de ella, la señora sufrió un vahído y todos corrimos a socorrerla.

Aproveché el momento de caos para susurrarle a Irene un apresurado «¡sal de aquí!» que la llevó en volandas de vuelta a las cocinas. A nuestra invitada le faltaba el resuello y trataba de respirar a grandes bocanadas, acompañadas de unos sonidos que de no ser por lo peligroso de la situación, me habrían causado risa.

—Pilarín, Sara... ¡Avisad al ama Engracia! ¡Que traiga las sales, rápido!

—¿Qué sales ni sales? —barbotó congestionado mi tío— ¡Llamen al médico!

—¡No hay médico que valga, nos vamos a casa ahora mismo! —fue la orden de don Francisco.

Su mujer lo miró con los ojos vueltos.

—Pero no pueden irse... no pueden mientras doña Isabel no se encuentre mejor —apuntó mi tía con preocupación— ¿Un poquito de agua de azahar?

—Mi esposa recuperará el sentido enseguida, ¿verdad, Isabel, querida? Traigan un simple vaso de agua.

Las criadas se apresuraron a cumplir y don Francisco utilizó el abanico de mi tía para asegurarle a su mujer buenas ráfagas que la despabilaran. Poco a poco, la mirada vidriosa de mi suegra se volvió normal.

—¡En pie, querida! —aulló de nuevo— ¡Nos marchamos para no volver!

—Pero...

Mi suegro giró sobre sus talones con la velocidad de una peonza y se enfrentó a mi tío en un cara a cara furioso.

—¡Antonio! ¡No voy siquiera a preguntarte qué significa esta broma de mal gusto! ¿Acaso has querido provocarnos con lo que más nos duele? ¡Jamás habría imaginado tamaño atrevimiento de alguien tan respetable como un Otamendi!

—Esa chica... esa chica... —gimoteaba doña Isabel—. ¿Habéis visto la cara de esa chica?

—No volveremos a pisar esta casa después de esto. Y por la cuenta que les trae, si les queda una pizca de vergüenza y dignidad en nombre de su ilustre apellido, deberían esconder a esa muchacha donde nadie pueda verla.

—Es igual, igualita... Igual... ¡Francisco! ¡Mi pobre Julia...!

Salieron a trompicones, ella llorando a gritos y medio ida, él iracundo gruñendo, mis tíos deshechos en excusas poco convincentes. Solo yo me quedé retrasado y sin articular palabra que no empeorara más las cosas. Por un lado, plantearme que no volverían a visitarnos me llenaba de satisfacción, pero por otro... ahora tendría que responder delante de mi tío; la dinamita acababa de explotar y esta vez no sería tan sencillo cerrar los baúles y esconder el escándalo dentro.

—Carlos —me requirió en cuanto el desdichado matrimonio se hubo marchado—, quiero verte de inmediato en mi despacho.

—Admito la conmoción que sufrí la primera vez que vi a esa moza sirviendo en el comedor. Debí manifestarme mucho antes, pero como no lo hice, lo hago ahora.

—Irene.

—¿Como?

—Irene, tío, se llama Irene.

—¿Qué más da cómo se llame? Francisco tiene razón, ¡ese parecido suyo con Julia es una

provocación para cualquiera que conociese a tu esposa!

Dejó su silla y se sirvió una copa con manos nerviosas, sin ofrecerme nada de beber a mí.

—Fui lo bastante necio como para dejarme convencer por tu tía. Qué persuasiva es esa mujer cuando se lo propone... Que si no tenía importancia, que si qué más daba, que si quién iba a reparar en una pinche de cocina... Que si estas cosas pasan... ¿Pinche de cocina? Pues si no es más que una ayudante de la cocinera, ¿qué hacía de nuevo sirviendo la cena?

—Tengo entendido que la tercera criada se encuentra en cama, resfriada.

—¿Y por qué el ama no la sustituyó con su sobrina?

Traté por todos los medios de mantener la calma. Dejar salir mi furia solo serviría para robustecer la de mi interlocutor.

—Es sorda, tío, no podían arriesgarse a que nuestros invitados le pidieran algo y nos dejase en evidencia.

—¡Paparruchas del ama Engracia! ¿Resultaba más conveniente restregarle por las narices a esta pobre gente una muchacha idéntica a su hija muerta? ¿Es que hemos perdido por completo el juicio, los principios y la educación?

Enterré los ojos en la alfombra. Mi tío tenía razón, toda la razón, por más que mis suegros no fueran santos de mi devoción.

—¡Quiero a esa chica fuera de esta casa mañana mismo! Ya he sido permisivo demasiado tiempo.

Aquella orden logró envararme.

—Eso no va a ser posible, tío. Irene no saldrá de esta casa.

—¿Qué dices?

—Está leyendo el viejo libro del convento de la Merced... ¿Sabía que es una Biblia?

—No me tomes el pelo, sobrino. Tú y yo sabemos muy bien que no hay humano que entienda ese galimatías de idioma en el que está escrito. Que mi amigo el catedrático le echó un vistazo y dijo muy claro que no se parecía nada conocido, que un experto en lenguas muertas tampoco supo identificarla, que...

—Ella puede leerlo —repetí con firmeza.

Mi tío me observó con sorpresa y luego apuró de un trago el contenido de su copa.

—No me lo creo.

—Tampoco yo al principio.

—¿Y no te has planteado, mi bienamado e ingenuo sobrino, que simplemente se trate de un embuste?

—¿Irene? No tiene maldad, tío, ¡ni siquiera la conoce! Sería incapaz de un engaño semejante.

Mi tío movió la cabeza a un lado y otro.

—Veo que estás ciego y cerrado a todo lo que a ella se refiera. Mal empezamos, Carlos, mal empezamos. Además, ¿qué demonios hace una criada con el libro de la Merced? ¿Cómo le has permitido cogerlo? ¿En qué clase de locura revolucionaria nos estamos hundiendo?

—No lo cogió, tío, yo mismo se lo entregué.

—¿Sabías que ella podría traducirlo?

—Desde luego que no.

—Entonces todavía entiendo menos. Permite que me sirva otra copa. ¿Gustas?

—Pensé que no me la ofrecería nunca.

—¿Una... Biblia?

—Queda por confirmar si es una Biblia corriente con el contenido que ya conocemos.

Mi tío me observó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Estaba oculta y enterrada en las profundidades de la tierra, una Biblia corriente no requeriría de tanta parafernalia, ¿no cree?

Ladeó la cabeza como meditando. Mi suposición tenía sentido.

—Carlos...

—Diga, tío.

—¿Estás enamorado? De esa chica.

—De Irene.

—Irene. ¿Sientes algo por ella? ¿Ha ocurrido ya algo entre vosotros?

Lo miré y la expresión de mi cara se lo contó todo. No hizo falta más. Mi tío dio un puñetazo sobre la mesa de su despacho y todo lo que tenía allí encima saltó por los aires.

—¡Un Otamendi envuelto en amoríos con una criada! ¡La vieja historia de siempre, lastimosa y predecible! ¡La diferencia es que en esta casa, algo así no había ocurrido jamás!

—Siento que en su opinión, amar con todo el corazón deshonre tan insigne apellido.

—Carlos, ¡no bromees!

—No bromeo, tío, en absoluto. ¿Es eso lo que le parece? La quiero y me importan un bledo las reglas sociales, las normativas y las conveniencias. Ya en un tiempo acepté los intereses de otros dejando de lado mi felicidad. No volverá a repetirse, yo ya he cumplido. A partir de ahora, solo cuentan los míos.

—No puedes ser tan egoísta, piensa en la situación en la que dejas a tu pobre tía.

—¿Qué situación? ¿Cómo puede afectarla a ella a quién ame yo?

—¿Qué diría la gente si te desposas con una criada? Una chica de la calle, una... ¡don nadie! Me puse inmediatamente en pie.

—No puedo impedir que la insulte si no estoy presente, tío, pero no lo hará estando yo delante, lo siento. Uno no elige de quién se enamora.

Los ojos furibundos de mi tío me traspasaron. Pocas veces recordaba haberlo visto tan enfadado.

—¡Pero sabe muy bien en quien no poner las miras desde un principio! ¡Esto es un error que no debió ni comenzar siquiera! Y menos un joven de tu posición. No permitiré que echés a rodar tu vida...

—Siento que no le complazca, de verdad que lo siento. Y si tía Inés se siente vilipendiada por mi culpa, lo sentiré también, para mí son como dos padres. Pero me niego a renunciar a la mujer que quiero por un montón de normas sin sentido. No. Soy mayor de edad y haré con mi vida y con mi futuro lo que estime conveniente.

A modo de respuesta, mi tío apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Un gesto que mostraba a las claras su contrariedad y su disgusto. No me quedó resquicio de duda: iba a ser difícil que mi familia y yo llegásemos a un acuerdo en aquel punto. Pero la misma certeza tenía de que no daría un paso atrás.

—Haz lo que quieras —renegó finalmente sin enfrentar mis ojos y en un tono que no recordaba precisamente a la resignación—. Acarrea tu vergüenza del modo que puedas, no es asunto mío que no te importe la familia que tanto hizo por ti desde niño.

—Tío...

Levantó una mano para que me callase. Permití que se desahogara y siguiera con su chantaje, sin pensar en interrumpirlo ni replicar siquiera.

—Te conozco, Carlos, te he criado desde que te faltaban los dientes y eres tan parecido a tu padre que, para mí, esto es vivir la misma historia dos veces. Me basta mirarte a los ojos para

saber que no es una aventura, que no te limitarás a divertirte con ella. Eres un caballero con las lealtades confusas.

La acusación me hizo resoplar. No obstante, ni aun así lo contradije.

—Tu lealtad debería estar siempre y en primer lugar para con tu familia. Te equivocas si piensas que la decisión de elegir esposa no salpicará a nadie más que a ti, nos arrastrarás a todos por el barro. Y sin embargo... no voy a prohibirte nada, solo espero que tú mismo lo reconsideres, hijo, por el bien de todos.

Arrastrando los pies, mi tío se dirigió a la puerta. Yo sabía que estaba abatido, abatido de verdad. Ninguna noticia podría haberlo apaleado más que conocer el lugar que Irene ocupaba en mi vida. Y me sentí culpable. Pero apreté los puños y me mantuve firme. Ya junto a la puerta de salida, giró y me observó por encima del hombro. Estaba tan clara la decepción en su rostro...

—Esa chica nunca debería haber tocado la reliquia del convento de la Merced, pero ya que tal cosa ha ocurrido... ¿dices que es capaz de leerlo?

—Ya le dije que sí, tío. Puede.

Asintió con la mandíbula tensa.

—Tenme informado de cualquier avance.

Y sin más que añadir, por lo visto, ni ganas de soportarme por más tiempo, Antonio Otamendi abandonó la sala dejándome solo y con algo muy parecido a un mordisco en mitad del corazón.

Aquella noche, Irene no acudió a nuestra cita en la azotea. Estaba leyendo.

Carlos

Entregarle el libro a Irene puede que fuera mi mayor y más imperdonable error. Dejé de verla por las noches. Le envié muchos mensajes a través de Tomasa y la respuesta era siempre la misma: sigo leyendo.

Sin más detalles.

¿Qué diablos la tenía tan ensimismada? ¿La lectura de la Biblia? No podía entenderlo. Lo cierto es que ignoraba si una chiquilla de la calle, criada entre mendigos y ladronzuelos, había tenido alguna vez oportunidad de contactar con los textos sagrados. Puede que mi amor estuviera encontrándose por vez primera con la palabra de Dios, en la intimidad, regocijándose con su mensaje. En ese caso, yo no era nadie para interrumpir tan sacrosanto proceso.

Pero ansiaba verla, tocarla, mirar sus ojos verdes. No podía sacarme la necesidad de la cabeza, del cuerpo, de la piel. Necesitaba encontrarme con ella de nuevo.

«Te quiero conmigo. El resto de nuestras vidas. Dime que tú quieres lo mismo».

Al cabo de casi dos semanas sin cambios ni noticias, yo ya empezaba a comportarme como un demente. Empecé a ver fantasmas donde no los había, a sospechar que todos me mentían o me ocultaban algo terrible. Los casos de gripe de los que hablaban los diarios se multiplicaban cada día pueblo a pueblo, ciudad a ciudad, atacando por igual a los pobres y a los protegidos miembros de las clases adineradas. La mortal enfermedad venía sin filtros, sin entender de apellidos ni de carteras bien pertrechadas.

¿Acaso mi Irene había contraído la gripe y trataban de que yo no me enterase? ¿Acaso mi niña se moría?

La desesperación me condujo a un punto de no retorno y aquella tarde, en cuanto volví de las oficinas de la Compañía, bajé a la cocina y requerí a Tomasa. Para mi mala suerte, la cocinera no estaba sola, andaba por allí la mitad del servicio. Las criadas menores corrieron a esconderse en cuanto me vieron aparecer, pero el ama Engracia se quedó esperando, rígida, petrificada, con las manos unidas en actitud de rezo y el enorme manojo de llaves colgándole del cinturón. Le sonreí con ligereza e hice como que no me importaba demasiado que estuviera presente.

—Tomasa, sal un momento, quiero consultarte una cosa.

Al ama le faltó tiempo para entrometerse.

—Disculpe, señor Carlos. ¿A la cocinera? Estoy yo aquí, para servirle en cuestiones y asuntos de la casa.

La aparté con una amable sonrisa.

—No, ama, no es necesario.

—Si no es molestia, señor...

—Es con Tomasa con quien necesito hablar —repetí con más firmeza.

El ama de llaves me observó con los ojos entornados y expresión de chacal. Por encima de su posición y la mía en aquella casa, al excluirla de una conversación y saltarme a la torera su jerarquía, la había ofendido. Y no se molestaba en disimularlo. En lugar de darme por aludido y ceder a sus presiones, hice un gesto con las cejas a Tomasa que, con la humildad que la caracteriza, aguardaba retorciéndose las esquinitas del mandil.

—¿Tomasa?

—Sí, señorito, como guste usted.

—Acompáñame. Ama, solo se la robaré unos minutos.

La dejamos en la cocina, diría que hecha una furia. Pero su fuego quedaba a nuestras espaldas y no nos entretuvimos en apagarlo.

—Tomasa, tienes que decirme dónde anda Irene, hace muchos días que no la veo.

—Yo le he dado todos sus mensajes de usted. Y cuando ella ha contestado... bueno, hice lo mismo. La niña sigue en la casa, por eso no tiene que preocuparse.

—Ha cortado su relación conmigo de la noche a la mañana, no quiere darme explicaciones, se está comportando de un modo extraño, ni siquiera la veo por las mañanas en el patio... Dime, Tomasa, ¿Irene está enferma? ¿Tiene... gripe?

La cocinera corrió a persignarse con exagerados aspavientos.

—¡Dios bendito, no! Pero claro que le pasa algo, a esa muchacha le pasa algo y gordo. Aunque no es lo que usted se piensa, ande tranquilo que Irene no tiene gripe.

Dejé ir todo el aire retenido en los pulmones como una enorme burbuja de alivio. Mi mente de hombre locamente enamorado por primera vez en su vida, había empezado a dibujar escenas macabras, todas con un fin horroroso. Gracias a las palabras de Tomasa, la niebla empezaba a disiparse.

—No abre el pico, no levanta los ojos del suelo, está pálida como un cadáver, anda distraída, nunca antes tuve que repetirle las cosas tres veces, ni siquiera cuando llegó, que era medio lerda.

—¡No digas eso!

—Ay, señorito, Carlos, ya me entiende, son maneras de hablar. Pero la niña está rara. ¿No será...?

—Pero ¿en qué estás pensando, Tomasa?

—Bueno, entre un hombre y una mujer pasan cosas, señorito, no me tire de la lengua, tampoco sería tan raro.

—¡No! No es eso.

—Pues no sabe usted el peso que me levanta de las espaldas. Esa niña... anda por la casa como alma en pena.

—Hasta mi tía lo ha notado.

—¿Tiene quejas la señora?

—Yo la llamaría más bien preocupación.

—Lo que sea. ¿Han discutido? —siseó.

—No, que yo sepa. Tomasa, tienes que averiguar por qué no quiere verme, habla con ella, a ti te hará caso, a ti te escuchará.

La cocinera soltó un ruidoso suspiro.

—Haré lo que pueda, señorito. No le prometo nada.

—No me lo prometas, solo hazlo.

Dos días más tarde, la situación continuaba igual. No, igual no, ojalá. Había empeorado, y mucho, porque ya no solo no sabía de Irene, ahora también Tomasa me esquivaba. Empecé a pensar que me volvería loco. Todo terminaba en un callejón oscuro y tenebroso, una boca de lobo que devoraba mis razones. Si volvía a la cocina a pedir explicaciones, el ama Engracia sospecharía y no quería su nariz metida en mis asuntos. De modo que me marché a trabajar como cada mañana, mirando ansioso la rendija que daba al patio por la que ya no veía a Irene despedirse, con el corazón sangrando y en un puño. Desde allí mandé recado a Tomasa y le pedí que se llegara al mercado con cualquier excusa. Tenía que hablar con ella lejos del control y los ojos de águila del ama de llaves.

Saqué atropelladamente adelante los trámites más urgentes y con el pretexto de salir a tomar café y airearme, me llegué al mercado en cuya puerta se supone que me esperaba Tomasa. Allí estaba la pobre mujer, atribulada y con el rostro un poco desencajado. Verla solo contribuyó a ponerme aún más nervioso.

—¡Señorito! ¿Estamos locos? Yo no puedo abandonar mi cocina de esta manera, en mitad de la mañana... Si el ama Engracia se huele que le he mentado... ¿qué pasa?

—¿Que qué pasa? Te encargué que hablastes con Irene, que me averiguases lo que pasaba, si está enfadada conmigo, la razón, por qué se niega a verme. Y en lugar de cumplir con tu compromiso... ¡me evitas!

—Señorito...

—¿Tienes idea de lo loco que me estoy volviendo?

Tomasa oteó alrededor como si tuviera miedo de que alguien la escuchara.

—Esa chiquilla está asustada.

—¿Asustada?

—Usted tiene razón, toda la razón, Irenita no es la misma desde hace un par de semanas, no crea que no lo hemos notado todos. Pero no sabría decirle, si es que no suelta prenda.

Me mesé con impaciencia el pelo.

—¿Le has preguntado?

—¡Pues claro, señorito! Usted me pidió que lo hiciera, lo hice, ¡claro que lo hice!

—¿Y...?

—¡Nada de nada! Blanca como la cal. Ojeras de no pegar ojo durante la noche y más muda que Facundo el de mi pueblo.

—Dile una cosa. Dile que acuda esta noche a donde siempre. Dile que si no viene iré a su cuarto a sacarla a rastras de la cama. ¡Díselo!

—¡Pero señorito Carlos...!

—Me da igual el escándalo en el que estás pensando, Tomasa, mi tío Antonio ya lo sabe. Estoy a esto —hice un gesto con el pulgar y el índice— de hacer que todo vuele por los aires.

Carlos

Tomasa se cubrió la boca con las manos.

—¿Qué sabe exactamente el señor Antonio?

—Que amo a Irene. Por encima de todas las cosas.

La cocinera hizo la señal de la cruz a toda velocidad. Mantuve la compostura como buenamente pude.

—Esto acabará mal. Se lo dije a la niña Irene y se lo repito a usted. Esto acabará pero que muy mal.

—No me importa cómo acabe siempre y cuando ella esté a mi lado. Así que, por el bien de todos, dile que acuda esta noche y me explique qué demonios está pasando. ¡Necesito verla o te juro que cometeré una locura!

—Señorito, relájese. Cuento con que le pasaré el recado, se lo diré.

—Dile lo que haga falta para que venga. Amenázala, dile lo que te he dicho, que iré a por ella si no viene y que todo el mundo se enterará de lo que hay entre nosotros de la peor manera.

Tomasa cabeceó aturdida y seguramente muy abrumada. La buena mujer no se había visto en otra parecida en toda su vida. Quizá le estaba pidiendo demasiado en nombre de la confianza y el cariño que nos teníamos. Por muchos motivos me sentí un renegado. Le tomé las manos y se las apreté con afecto. A ella se le humedecieron los ojos.

—Te necesito, Tomasa, estoy en tus manos, ahora todo depende de ti.

—Cuento con ello, señorito Carlos. Voy a ayudarle tanto como pueda.

En cuanto mis tíos se retiraron a descansar, me encerré en la azotea igual que un lobo enjaulado. Histérico. Al acecho. Esperando, contabilizando con obsesión los segundos de cada minuto. La cena había sido tensa, mi tío prefirió no dirigirme apenas la palabra y respondió a los requerimientos de mi tía Inés con evasivas. Se retiró pronto a su cámara alegando cansancio y jaqueca, y su esposa, como no podía ser menos, hizo un chiste que empeoró su humor. Los minutos contados que mi tía y yo nos quedamos solos antes de desaparecer cada cual en su dirección, le cuchicheé que el día en la Compañía del Metropolitano Alfonso XIII había sido espantoso y que mi tío y yo habíamos discutido un par de veces y aún me guardaba resentimiento.

—Se le pasará, Carlos, no se lo tengas en cuenta, ya lo conoces. Ese temperamento suyo...

—Lo sé, tía, no se preocupe.

—Te quiere como a un hijo. Estas dichas obras... todos estamos deseando que finalicen. Será el principio de muchas cosas.

Pensé un instante en mis planes de vida con Irene, en cuanto el tren subterráneo se inaugurase y yo me viese libre de obligaciones. Podría marcharme con ella a donde los dos quisiéramos. Con todos los cabos atados.

—En efecto. Será el principio de muchas cosas... buenas.

Luego de perder un poco el tiempo en mi gabinete fingiendo leer por si mi tía decidía visitarme, algo que jamás había ocurrido desde que dejé de ser niño, escapé escaleras arriba como un poseso, rezando por encontrar a Irene allí, esperando. Pero solo me recibió la luna creciente. Me senté en el suelo sobre la manta, con la espalda apoyada en el murete y las pupilas fijas en la puerta. Hasta que la vi abrirse y el corazón me dio un vuelco.

Irene.

Me incorporé de un salto y fui a recibirla. Abrí los brazos y la confiné en ellos. No me rechazó, pero noté cómo temblaba. Después de estrecharla me distancié solo un paso, tomé su barbilla con los dedos y la obligué a mirarme. Vibraba pegada a mi cuerpo como una hoja de árbol a merced del viento.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no quieres verme?

Desvió la mirada, aunque yo la perseguí.

—No pasa nada, señor Carlos.

—Sí que pasa, no te eurras.

—Me pediste que leyera el libro... es lo que estoy haciendo.

—No es el libro, Irene, no digas tonterías, no es más que un libro viejo. ¿Qué tiene que ver eso con nosotros? Dime la verdad. ¿Te ha regañado el ama? ¿Mi tía? ¿Acaso saben algo de lo nuestro?

Intentó zafarse, pero sujeté sus manos con fuerza y la mantuve frente a mí. Tenía razón Tomasa, estaba demacrada, la piel más blanca que nunca, el gesto crispado y la respiración entrecortada.

—¿Qué pasa, Irene? ¿Qué es lo que pasa?

—Nada, nada, no pasa nada.

—No te creo.

—Señor Carlos...

—¡Que no te creo!

Se le llenaron los ojos de lágrimas y no supe bien qué hacer, cómo reaccionar. Algo ocultaba, desde luego, algo grave. Pero quizá no fuera momento de confesiones, no quería forzarla, me lo contaría cuando estuviese preparada, no antes. Así que la abracé y ella hundió la cara contra mi pecho.

—Mi amor... ¿qué te tiene tan angustiada? Sé que no quieres contármelo, lo sé, no te preocupes, voy a respetarte. Solo dime que me sigues queriendo como antes.

Se secó las lágrimas con la punta de los dedos. Yo no podía dejar de mirarla.

—Claro que sí, te amo, más que nunca.

—Eso me basta. Ven, vamos a sentarnos.

Fueron quince largos minutos de sepulcral silencio. Ella no despegó los labios, yo no pronuncié palabra. ¿Para qué? Tenía la completa seguridad de que cualquier cosa que dijese lo empeoraría todo. Podía esperar, ya no era un muchacho, era un hombre curtido que sabía lo que era la paciencia. Podía esperar.

—¿Qué tal con... el libro?

Juraría que se sacudió en un espasmo. Cuando al cabo de un rato respondió, su voz temblaba ligeramente.

—Es... difícil. Me recuerda constantemente a Joshua; siempre habló del tesoro más valioso jamás visto, enterrado en el suelo de Madrid. Eran las leyendas que de niño le contaron sus abuelos. Decía que el tesoro era tan imponente, que tenerlo cambiaría el destino del mundo. Los demás se reían de él, lo llamaban loco. Pero yo sabía que decía la verdad, que esa maravilla existía. Cuando dijeron que había aparecido una caja... bueno, ya te lo dije, habría apostado las manos a que dentro se escondían los planos, las indicaciones para encontrar el tesoro... Incluso el mismo tesoro.

—Lo sé, mi amor. Y lamento que hayas sufrido tan amarga decepción.

No supe interpretar la expresión compungida de su hermoso rostro. Irene no terminaba de calmarse. Por lo visto, todas mis caricias no estaban siendo suficiente. Podía sentir el aleteo de sus largas pestañas y su aliento contra la piel de mi cara. Cerré un momento los ojos y aspiré su fragancia. Olía a jazmines y agua clara. Ese olor suyo que me atrajo desde el primer momento y que con el paso de las semanas me hizo perder la razón.

—Te amo, Irene. Y si es nuestra clandestinidad lo que te atormenta, le pondremos fecha al fin: tienes mi palabra de que, una vez hayan acabado las obras e inauguren el metropolitano, habrán terminado mis compromisos con la empresa Otamendi. Seremos libres de marcharnos de Madrid si quieres. Iremos a donde más te guste. Un año, mi vida, tan solo un año. ¿Podrás esperar? Sé que debí decírtelo de otra manera, mejor, más romántica, y sobre todo, antes. Pero estaba esperando la ocasión. Yo... yo quería velas, una luna llena que regalarte y una noche sin final donde jurarte amor para siempre y demostrarte cuánto me importas, lo que ha supuesto que entres en mi vida. Yo... para mí eres lo primero.

Conseguí arrancar una tímida sonrisa de aquel semblante angelical, pero no lo que más precisaba, una palabra de fe. Busqué su boca y la cubrí con la mía. Los labios se entreabrieron como una flor que recibe el rocío de la mañana, su lengua danzó osada con la mía y en consecuencia, mi deseo creció desmesurado. Traté de pensar otras cosas, distraerme de lo evidente, porque no era apropiado. Irene sufría por la razón que fuese, yo no debía... pero su respuesta me confundió. Se apretó contra mí y a través de la tela de su vestido pude notar sus pezones duros y tan erectos como mi entrepierna.

El deseo no entiende de reglas.

La giré con cuidado, envuelta entre mis brazos, hasta tenerla frente a frente. Recé para que el mensaje de mis ojos fuese lo bastante claro, que era la mujer de mi vida, que la necesitaba cerca hasta para respirar, que nunca antes de conocerla supe lo que era amar a nadie. Que no quería perderla y que fuera lo que fuese lo que la preocupaba, lucharía hasta vencerlo.

Nosotros empezamos con un beso profundo. La pasión se encargó del resto.

Irene

Nunca tuve una Biblia, pero Joshua sí tenía la suya y algunas veces por la noche me leía pasajes o me los contaba para acortar. Sin descender mucho al detalle, yo tenía una idea bastante clara de los mensajes de las Sagradas Escrituras, de su contenido, de los personajes, sus nombres y parentescos, de sus leyendas que, al igual que en las novelas, narraban peripecias, milagros y desgracias. Todo estaba en mi memoria, un poco embrollado, era cierto, pero lo esencial, lo recordaba y aquello que estaba leyendo... Aquello no tenía nada que ver.

Era... ¿Qué? ¿Una blasfemia? ¿Una horrible mentira? ¿O la verdad más oculta? ¿Qué?

Yo no era nadie para dar respuestas, seguramente mi ignorancia no sabía interpretar algo tan trascendente. Desde las primeras páginas la desazón se apoderó de mí. Quería dejarlo, apartar de mi corazón y de mi mente aquel texto envenenado, pero no podía; la atracción que ejercía sobre mí era maligna, perturbadora, un imán superior a mis fuerzas. Mi voluntad se quebraba ante las ganas de saber más, de adentrarme unas pocas frases, unos pocos capítulos... jurándome que luego frenaría. Que lo cerraría y en nombre del cielo, no volvería a abrirlo. Se lo devolvería a Carlos sin revelar ni una palabra acerca de su contenido.

Era un juramento que repetía a diario. Bueno para nada. Mis dedos temblorosos acababan cada noche abriendo el viejo libro y mis ojos cansados viajando una y otra vez por sus páginas.

Me tenía obsesionada. Por completo. Le pedí al cielo que me permitiera vivir encerrada en mi cuarto, que me hiciera lista para poder inventar las excusas perfectas, porque de repente eran tantas cosas... No solo me aterrorizaba la posibilidad de toparme de nuevo con el fantasma de doña Julia. Fue también el temor a traicionarme ante Carlos, que notara que algo ocurría, lo que me empujó a esquivarlo. Si me exigía que lo contase, no habría forma de impedirlo, no sabía negarme a nada que me pidiera. No encontrarme con él a solas era la única manera de que lo que no debía ser contado se quedara para siempre dentro de mi garganta. Cortándome la respiración, puede, pero solo a mí.

Sin embargo, cada día que pasaba sin verlo, sin acudir a nuestra cita en la azotea, hacía sangrar mi corazón. Las ganas de refugiarme entre sus brazos, de liberarme de aquel peso infame que yo misma me había buscado, no me dejaban conciliar el sueño por las noches. Y durante el día, mi agotado cerebro giraba sin cesar barajando las distintas posibilidades de una realidad fea como una pesadilla: ¿acaso no estaba yo entendiendo lo que leía? ¿Acaso me traicionaba mi poco intelecto? Puede que me tuviera por despabilada, pero fuera corta de entendederas; probablemente, lo que creía estar leyendo significaba otra cosa. Debía consultarlo con Carlos, mucho más entendido en letras y mensajes. Sí, eso debía hacer. Pero tan pronto lo decidía, daba marcha atrás. Un pavoroso ataque de pánico me dominaba por entero y me apretaba el pecho

igual que un cepo de caza. Porque una certeza aterradora de que lo que era, era... se me agarraba a las entrañas con una desesperación que daba miedo. Y el estómago me daba vueltas y las ganas de vomitar me duraban todo el tiempo. Vivía con un pellizco permanente en las tripas.

Junto al terror a quedar al descubierto, dormía el pánico a perderlo. A que el hombre de mi vida, el que amaba por encima de mí misma, se cansara de esperar y desapareciera. Que cuando quisiera una mirada suya, una respuesta, una sonrisa, fuese tarde. Y ante el ultimátum que me lanzó a través de Tomasa, no me quedó más remedio que acudir a la azotea al anochecer. A ese nido de amor secreto del que escapaba por sistema en las últimas semanas, como si del mismo patíbulo se tratara. Y su ternura, su comprensión y sus caricias borraron mis temores. Carlos no pretendía sonsacarme, no usaba tretas ni malas artes, no quería nada más que un abrazo, muchos besos, la confirmación de que lo seguía amando y... un sí enorme a su promesa de una vida juntos. ¿Un año? ¿Podía esperar un año? Claro que sí. Si lograba olvidar la ponzoña que se me colaba dentro con la lectura de cada página del libro enterrado, podía esperarle toda la eternidad.

Nos entregamos el uno al otro, como tantas veces, bajo las estrellas. Confundiendo la carne erizada por la pasión con el efecto de la fría noche. Recorriéndonos, viajando con las puntas de los dedos a lo largo de esos cuerpos que ya conocíamos tan bien. Ahogando suspiros hondos por temor a ser oídos. Por unas horas ocurrió lo que no creí posible, Carlos me hizo olvidar, lo que me atormentaba se diluyó como el azúcar en un vaso de agua y su cercanía aplacó el nerviosismo que me corroía las entrañas. Nada tan delicioso ni tan reconfortante como su boca asolando la mía. Nunca, desde la primera vez que fui suya, me sentí sucia. Jamás pensé que hacía nada vergonzoso. El amor que sentía por Carlos y que entendía correspondido, se acercaba a lo divino. Aunque leyendo aquellos pasajes me sintiera miserable, un alma condenada por sus pecados y su ignorancia.

Los besos y los susurros de Carlos junto a mi oído, tumbados sobre la manta, consiguieron borrar mis monstruos. Supe con plena seguridad que lo quería en mis noches, enredado en mis sábanas, colándose en mis sueños. Comprendí que él era lo único que importaba, que su imagen alegraba mis días y la perspectiva de verlo en cada cita secreta aliviaba mi carga.

Tardamos mucho rato en despedirnos, remoloneando para no separarnos, como de costumbre. Por un puñado de horas y muchos minutos dichosos, todo había recuperado la normalidad, fui feliz.

—Baja a tu cuarto, mi amor. —Depositó un tierno beso en mi frente y clavó en mis ojos su limpia mirada—. Baja, acuéstate y piensa mucho en mí. Yo bajaré en un rato. Por si hay alguien despierto.

—Seguimos teniendo miedo —murmuré más para mí que para que él me escuchara.

Sin embargo, lo hizo. Sus grandes manos aferraron mis hombros y me hicieron girar. Me ruboricé hasta la raíz del pelo.

—Somos prudentes. Pero si alguien se entera, no pasará nada, porque defenderé nuestro amor con uñas y dientes frente a quien sea. Me da igual lo que piensen ellos, mis tíos, el resto del mundo. Irene, te amo, te amo como nunca en todos mis años pensé que sería posible. Me importas más que mi propia vida, no hay nada a lo que no esté dispuesto por tenerte. Me casaré contigo tan pronto acaben las obras, tan pronto me libere, seré tuyo hasta el último día de mi existencia. Te lo juro. Te lo juro por ese Dios que está entre las nubes mirándonos ahora mismo. Por él y en su nombre, te lo juro.

La mención del Todopoderoso me provocó un violento temblor. Me apreté contra el pecho de Carlos, escondí mis lágrimas de su vista y me ahugué con la pena que regresaba en oleadas. Imposible. No podría deshacerme de aquel peso con tanta facilidad, era una estúpida solo por

pensarlo.

Traté de marcharme antes de que Carlos notase mi desazón. Pero aún me retuvo con un interrogante en sus bellos ojos.

—¿No te alegras, amor? ¿Si te pido que seas mi esposa, vas a aceptarme?

Quise responder, pero las palabras se estrangularon y murieron en mi boca. Cambié lo que no podía decir por una pequeña sonrisa y una mirada tan rebosante de amor que no hicieran falta más gestos. Carlos me conocía bien. Se dio por satisfecho, volvió a abrazarme y dejó por todo mi pelo un reguero de suaves besos. Por fortuna, entre nosotros sobraban las palabras.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero. No vuelvas a desaparecer si no quieres matarme. Baja a dormir, es más tarde que nunca.

—Yo también te quiero —conseguí decir con mucho esfuerzo.

Salí, cerré puerta a mis espaldas y, con el corazón saltando de felicidad, me zambullí en la oscuridad de los anchos corredores, camino de las escaleras. Me propuse guardar para la eternidad aquel terrible secreto. Podía hacerlo. El destino me había escogido por alguna razón desconocida, permitiendo que leyera y entendiese lo que a todo el mundo se le antojaban signos sin sentido. Yo no era más que una chica de la calle, sin apellidos ni familia, sin pasado siquiera, sin memoria; no alcanzaba a entender los porqués, se limitaban a quemarme la sangre; pero sería todo lo fuerte y valiente que hiciera falta para arrinconar aquella verdad en la trastienda de mi alma, allí donde ni yo misma pudiera encontrarla. Allí donde el hombre no llegase a descubrirla.

Y luego podría casarme con Carlos y entregarle sin dudar cada uno de mis días.

El farolillo que sostenía en la mano iluminaba con debilidad una franja de suelo frente a mis pasos. Recordé que el primer día me sentí torpe, no solo no conocía el camino, sino que la perspectiva de una cita a solas con Carlos me había desquiciado, todo mi cuerpo temblaba de forma convulsa, el aire ni me llegaba a los pulmones. Y aunque esas sensaciones no habían desaparecido del todo y se repetían con ardor cada vez que nos encontrábamos, mis pies sí pisaban firme la madera y mi cerebro se conocía el camino sorteando la oscuridad. De repente, una extraña inquietud se apoderó de mí. Sentí frío reptando por mi espalda y la urgencia de esconderme bajo el embozo de mi cama. Pero mi dormitorio aún estaba dos pisos por debajo. Apreté la marcha y bajé al vuelo el siguiente tramo de escalera, pero al llegar al rellano...

Allí estaba.

El espectro de la mujer pelirroja. La hermosa doña Julia. La difunta esposa de mi ángel dispuesta a atormentarme, a reclamarme la osadía de querer quedármelo.

Los días que estuvimos separados, cuando lo estuve evitando por culpa de mis secretos, no se me presentó. Ni en sueños, ni en los pasillos. Sin embargo, en cuanto volví a verlo, a confiar en aquello tan grande que sentíamos y a ansiar desde el fondo de mi corazón compartir con él lo que me quedase de vida, ella regresaba para recordarme quién era en realidad, la dueña.

El aire que debía entrar en mis pulmones se quedó atascado en mitad de la garganta. Se me secó la boca y el latido de mi corazón se aceleró peligrosamente, como cada vez que tenía aquella visión fantasmal que me paralizaba de miedo. El mareo de siempre ascendió en espirales por mi espalda, se instaló en mi cabeza y con los ojos desencajados, tuve que buscar apoyo en la pared para no desplomarme.

—¿Qué quiere de mí, doña Julia? —alcancé a balbucear con un hilo de voz.

Por descontado, ella no me respondió. Seguía con sus ojos claros idénticos a los míos, fijos en mí, traspasándome.

—¿Qué busca? ¿Qué pretende? No puedo con este peso, de verdad que no puedo...

Me atreví a mirarla, igual que ella me estudiaba a mí. Salté por encima del pánico y de la luz

del farolillo temblando en mi mano. Busqué en su precioso escote cremoso, allí donde relucía colgada la cruz escarlata con cuatro brazos, más estrechos en el centro, el rastro de la marca de la que me habló Carlos, sin encontrarlo.

Empecé a sospechar cosas. Cosas absurdas que, desde luego, no tenían razón de ser. Pero se me metieron en la cabeza como un veneno mortal y de repente, ya no podía pensar en otra dirección. En lugar de dar pasos hacia atrás para escaparme, me vi avanzando por el pasillo en dirección a donde la imagen de doña Julia flotaba un poco por encima del suelo.

—Dígame si es usted doña Julia o... O soy... yo misma.

La imagen sonrió con dulzura y parte de mi pánico se evaporó. Repasé obsesivamente la piel inmaculada de su escote. Aquella no era doña Julia, pero se le parecía. Como una gota de agua a otra gota. Tanto como yo me parecía a la difunta.

—No eres un fantasma. Eres... eres la imagen de mí misma... ¿qué quieres? ¿Qué clase de prodigio es este?

Todavía estaba lejos de ella. Mi valentía no había crecido tanto como para acercarme demasiado. La mujer traslúcida volvió a sonreír y me mostró el libro que llevaba en las manos. Era la vieja Biblia que yo estaba traduciendo. La obra cuyo contenido sacrílego me robaba el sosiego y la misma vida.

—¿Traes un mensaje para mí? —insistí con voz estrangulada.

—Cuenta la leyenda del ser más hermoso expulsado del Paraíso. No fue el error, no fue el pecado, fueron la envidia y los celos. Porque la mano que sostiene la pluma es la mano que cuenta la historia.

Su voz era metálica y melosa a un tiempo, como un sonido de campanillas de cristal. Como una mente infantil imaginaría la voz de un hada. Después, sus finos dedos acariciaron la cruz carmesí.

Volví a quedarme sin respiración. Aquel espectro fantasmal que no era doña Julia como yo temía, sino yo misma, ni siquiera entendía el porqué, me hablaba del contenido de la Biblia enterrada. El galope de mi corazón se hizo insoportable.

—¿Por qué puedo leer esas páginas y entender lo que nadie entiende...? ¿Por qué?

Parpadeé asustada y cuando volví a abrir los ojos, ella ya no estaba. La busqué por los rincones del corredor, sin embargo allí no había otra cosa que oscuridad y silencio. Y en breve, el señor Carlos bajaría desde la azotea para dirigirse a su dormitorio y me encontraría allí, de pie, asustada y temblorosa, mirando hacia una pared vacía.

Tendría muchas preguntas que hacerme.

Debía marcharme a toda prisa. Ya me tranquilizaría entre las sábanas, aunque algo me decía que aquella noche sería otra noche de pesadillas espantosas y de poco descanso, una noche de esas que los señoritos que leen libros importantes llaman vigilia. Así fue. Después de dar vueltas en mi camastro durante horas, sabiendo cerca el alba, me atreví a caminar de vuelta entre penumbras hasta la azotea. Esperando verla. Esperando verme, recorrí la mansión.

No fue así.

En la casa palacio de los Otamendi no habitaban más que seres de carne y hueso. Me apoyé en la balaustrada de piedra y con un suspiro miré Madrid desperezándose. Aún no comprendía lo que la pálida aparición pretendía decirme, pero sí supe cual sería mi primer pensamiento cuando el sol brillara:

«Será hoy».

Carlos

Después de dos semanas abominables de tensión e incertidumbre, aquella noche por fin logré dormir con el olor de Irene envuelto en mi cuerpo. Con su sonrisa y la tímida aceptación de una vida juntos. Todo había salido al contrario de como lo imaginé: yo esperaba una declaración de amor romántica en el más puro sentido, con flores, velas y poesía, un momento que Irene no pudiera olvidar jamás. Y su sí estaría lleno de dicha, sería un grito de júbilo tras el cual nos lanzaríamos uno en brazos del otro para quedarnos así, abrazados, danzando juntos toda una eternidad.

En lugar de eso, mi propuesta de matrimonio había sido una pobre pantomima apresurada, nada brillante, que hasta me avergonzaba. Ni siquiera sabía si se había entendido del todo. Lo hice, sí, movido por la desesperación de perderla y la necesidad de constatar que me seguía queriendo, que entre nosotros nada había cambiado, pero deformé el sueño perfecto que ella merecía. Incluso el que merecía yo.

De acuerdo, lo repetiría. Lo haría bien, con amor, con dedicación y ternura. Pondría el alma en cada mirada y cada palabra. Sería emocionante e inolvidable, no un ramillete de frases aceleradas pronunciadas con miedo en mitad de la angustia.

Tomé un frugal desayuno con mis tíos en el comedor pequeño y después de recoger de mi gabinete los informes que necesitaría para las reuniones del día, crucé el patio antes de que saliera mi tío, como era costumbre, para poder rozar, aunque fuese de lejos, la imagen de mi amada. Para mi sorpresa, Irene me esperaba pegada al muro de separación y no me costó leer la desazón que sentía. Estaba muy pálida y se retorció las blancas manos.

—¡Señor Carlos! ¡Señor Carlos, acércate! —siseó.

Obedecí molesto, chasqueando la lengua.

—A veces tengo la impresión de que aunque pasen los meses, no avanzamos. Ni siquiera soy capaz de impedir que me sigas llamando señor...

—Es importante —me interrumpió con alarma—. Tenemos que hablar. Tengo... tengo algo que contarte.

¿Qué tenía que contarme hoy con tanta urgencia que no hubiese podido adelantarme la noche anterior, estando en calma e intimidad? Arquee las cejas mirándola con curiosidad. No obstante, al margen del evidente nerviosismo, Irene no dejó traslucir nada más.

—Pero ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Aquí no. Es importante —repitió. Vi retroceder su ánimo desde el sosiego que logré sembrar en ella unas horas antes, hasta el tormento de nuevo. Un gemido más y tendría de vuelta

a la Irene que me esquivaba e intentaba no verme.

—Bien, pide permiso a Tomasa para ir al mercado hacia las doce, yo trataré de escaparme y verte en la Puerta del Sol.

Negó con la cabeza y un ademán doloroso.

—Tomasa no se encuentra bien, lleva días cansada y hoy se ha levantado con fiebre y muchos tos. Voy a obligarla a que se quede en la cama, no sé si lo conseguiré, pero si reposa, tendré demasiado trabajo en la cocina, no puedo marcharme a ningún sitio.

—De acuerdo. Sacaré adelante los asuntos más urgentes y volveré a la casa en cuanto pueda. Te llamaré para que me sirvas un café en la biblioteca y podremos charlar al menos unos minutos.

Irene dejó salir el aire retenido en los pulmones, intentó un amago de sonrisa y miró alrededor con cautela.

—Gracias, muchas gracias.

—No tienes por qué darlas, estoy a tu servicio, amor, lo sabes. Oye, ¿de verdad te encuentras bien?

—¡Irene! ¿Dónde te metes, muchacha?

Era el ama Engracia asomándose peligrosamente al patio, de modo que Irene cortó a toda prisa dos ramitas de romero de la maceta más cercana y giró corriendo para irse, sin ni siquiera decirme adiós.

Me la quedé mirando por el estrecho agujero hasta que se perdió dentro de la casa. Fui un cretino al pensar que, con un abrazo, tres caricias sentidas y un par de promesas, había arreglado las cosas. Lo que fuera que tenía a Irene tan atribulada no se borraba con besos, seguía ahí, latente y haciendo daño. El que por fin se decidiera a confiármelo era un gran paso que agradecí en el alma. Apreté los puños y recibí a mi tío que venía protestando por el bochorno de primavera ya desde primera hora de la mañana. En su opinión, la cercanía del verano y vestir como un caballero eran de todo punto incompatibles.

No sé ni cómo conseguí centrarme en el despacho de asuntos pendientes en la Compañía ni en las reuniones con proveedores quejosos, cuya única vía de solución del caos era pedirnos más y más tiempo y dinero. Mi tío estaba alterado y sofocado, las mejillas rojas, el café que le servían demasiado caliente o demasiado frío. La guerra en Europa demasiado viva. Los casos de gripe en España, creciendo. Mientras todo se volvía niebla y desorden, yo solo podía pensar en el singular brillo de terror de las pupilas de Irene. ¿Qué estaba pasando en realidad? Apostaba a que mi tía Inés hubiera tenido con ella una conversación llena de amenazas veladas y reproches, en cuyo caso, me tocaría pedirle cuentas muy seriamente a la mujer a quien quería como a una madre. Mi amor por Irene era tan sólido y tan cierto que no vacilaría en defenderlo ante quien correspondiera, por más que esa persona me importara. Que no sería sencillo, eso lo sabía desde el principio.

Alrededor de las doce y media del mediodía conseguí desembarazarme de reclamos y documentos apilados, avisé a mi tío de una cita fuera de las oficinas y a sabiendas de que ni siquiera me había escuchado, salí zumbando antes de que cambiara de opinión y me enredara en algún otro incordio. Volé hasta casa. La encontré muy tranquila. En la entrada, Sarita me recibió y se hizo cargo de mi abrigo y el maletín.

—¿Está mejor Tomasa?

Ella pareció sorprenderse con mi interés. Era una chica joven que no llevaba en la casa Otamendi el tiempo suficiente como para entender el estrecho vínculo que me unía, desde niño, a la cocinera.

—Sigue igual, señor. Está en la cama, peleando con la Irene.

—Típico de Tomasa, no puede estar mano con mano ni un minuto. Bajaré a verla.

—¿Va... va a bajar al área de servicio?

—Sí, Sarita, no te escandalices, no sería la primera vez.

Opté por no dar mas explicaciones, pasé por delante de ella, plantada y tiesa con mi abrigo y la maletita en las manos, y los ojos desencajados ante la idea de clases sociales tan dispares mezcladas en una visita de cortesía. Llegué a la cocina: Pilarín pelaba cebollas, Irene calentaba agua y el ama Engracia brillaba por su ausencia. Las que estaban sentadas se pusieron inmediatamente en pie al verme llegar y mi amor giró sobre sus talones con los rizos rojos bailando sobre las pecas.

Carlos

—¡Señor don Carlos!

—¿Necesita algo el señor?

—Vengo a ver a Tomasa, tengo entendido que no mejora.

—Estoy preparándole una infusión, señor. La fiebre le ha subido un poco... creo.

—Llamaremos al médico de la familia ahora mismo, que venga a examinarla.

—Se lo hemos comentado, señor, un montón de veces —siguió explicando Irene sin atreverse a mirarme a los ojos—, pero es terca como una mula de campo... lo siento. Quiero decir que es testaruda, dice que mañana estará bien de nuevo y a cargo de sus pucheros.

—Tonterías. Tomasa es de la familia y como tal la cuidaremos, igual que a cualquiera de vosotras. ¿Puedo pasar?

Irene se apresuró a apartarse del paso.

—Desde luego, señor, cómo no.

—Acompáñame, Irene, quiero cerciorarme de que está en disposición de recibir visitas.

Mi preciosa pelirroja acabó con la taza de infusión, vertió en ella un poco de azúcar, la acomodó en una bandeja y con un ligero cabeceo de asentimiento, se unió a mí por el estrecho pasillo.

—Te espero en la biblioteca en un rato. Prepara café y tráelo para evitar suspicacias.

—Suspi... ¿qué?

—Sospechas —aclaré con una risita—. Sobre todo, por parte del ama.

—Ah, ya. Suspicias. Qué palabra tan rara.

La adoré una vez más. Esa innata curiosidad que la hacía especial, en continuo crecimiento, digna de admiración. Era un hombre afortunado, iba a llevarme la mejor mujer del mundo, la más valiosa.

Irene golpeó con los nudillos la puerta del cuarto de Tomasa y pidió permiso para entrar.

—Le traigo una tila. Y adivine quién viene a verla.

La mujer se ruborizó hasta la raíz del cabello al verme pasar. Con un gritito histérico, tiró del embozo hasta cubrirse por completo.

—¡Señorito Carlos! ¿Cómo se le ocurre?

—Estás enferma, Tomasa, no podía dejar de verte.

—Pero... ¡Cristo bendito! Bajar hasta aquí...

Arrastré una silla y me acomodé cerquita de su cama. Le tomé una mano. Hervía a causa de la fiebre. Las mejillas redondas estaban rojas y sudorosas, su voz ronca y su aspecto, en general, bastante deteriorado.

—No sería la primera vez, mujer.

Irene se acercó con un peine y se ocupó de sus greñas mientras la cocinera se deshacía en agradecimientos.

—Me alegro de haber acabado pronto en la Compañía hoy, Tomasa, subo de inmediato a llamar al médico y... —corté de cuajo su avalancha de protestas— te quedarás callada y quietecita dispuesta a obedecerle en todo lo que te indique.

—Pero... ¡no lo necesito!

Borré la sonrisa de mi rostro y procuré mirarla con gravedad. Era el único modo de que reaccionara.

—Tomasa, basta de valentía, no es necesaria. Esto podría ser serio.

—¿Cree que podría ser... gripe? —preguntó Irene consternada.

—No lo sabemos, eso lo dirá el médico. Cuanto antes.

—Por eso mismo no deberíais estar aquí. Ninguno de los dos.

Un acceso de tos le impidió seguir discutiendo. Me puse en pie con urgencia, le besé cariñosamente la mano y, mientras Irene se preparaba para obligarla a aceptar la infusión y un mínimo de cuidados, yo subí a la biblioteca a avisar al médico y a esperar a la mujer que me robaba el aliento y también el sueño.

En cuestión de media hora la tenía delante, pertrechada con una bandeja y un servicio de café completo.

Dejé el sillón, fui hasta ella, le arrebaté la bandeja y la rodeé con mis brazos. Apenas llegué a rozar sus labios con los míos.

—¿Qué haces? Alguien podría entrar y sorprendernos.

—Tienes razón, lo siento, no soporto tenerte delante y no tocarte, es un martirio de los peores y una batalla contra mí mismo que no puedo ganar.

—¿Has avisado al médico?

—Está atendiendo a un paciente en la calle Alcalá, no muy lejos. Viene directo en cuanto termine.

—Creo que lo de Tomasa... creo que es gripe.

Cruzamos una mirada demudada, rebotando miedo.

—Yo pienso lo mismo. Pero solo el médico puede confirmarlo, mantengamos la esperanza hasta entonces.

Irene se puso a servir café con movimientos convulsos. Sus manos temblaban y la porcelana tintineaba a su paso. Me arriesgué a cercarla de nuevo. Sujeté sus muñecas y devolví la cafetera a la mesa.

—No es necesario que sirvas nada. Háblame.

—La gente se muere a diario por culpa de la gripe, por todas partes.

Asentí sin responder. Sentí que mis ojos, en contra de mi voluntad, se humedecían.

—No quiero que Tomasa se nos muera. No quiero.

—Yo tampoco, mi vida. Ten fe, no pasará nada, nos atiende el mejor médico de Madrid. ¿Es de esto de lo que querías hablarme?

—¡No!

—Pues adelante, Irene, podrían interrumpirnos en cualquier momento.

—No es fácil, no sé por dónde empezar, es... es muy delicado... es...

—Tranquilízate, cariño. No puedo abrazarte y reconfortarte, pero imagina que estoy haciéndolo.

La vi morderse los labios. Se liberó de mis manos con un paso atrás.

—¿Puedo?

Tardé en entender que se refería al café ya servido. Antes de que accediera con un gesto, ella ya había alzado la taza y de un trago apuró el contenido.

—Se trata del libro. El libro que nadie puede leer.

—Nadie excepto tú.

—Sí, eso. Algo que no entiendo pero que... Quiero contarte lo que contiene.

—Dijiste que era una Biblia común.

—Te mentí.

Pasamos allí unos veinte minutos, a solas, con cierta tranquilidad solo alterada por la entidad de lo que Irene me iba revelando en susurros apenas audibles. Al principio no podía creerlo. Se erizó mi piel, se desordenaron las ideas de mi cerebro y el esquema de todo lo aprendido desde niño estalló en mil pedazos. En pocos segundos comprendí la causa de tanta angustia. Irene había soportado sola el peso de semejante secreto. Un secreto que de hacerse público, haría desmoronarse los cimientos de la Iglesia y de la sociedad tal y como la conocíamos.

Y mientras yo me espantaba tratando de encontrar un lugar a lo que oía, ninguno de los dos sospechó que alguien nos espiaba del modo que espían los cobardes: agazapado en las sombras.

Cuando dimos por terminado el encuentro, Irene regresó a la cocina y yo me entrevisté con el doctor, confirmando mis peores temores: Tomasa tenía la gripe. Una epidemia que se extendía, no solo por España a velocidad de vértigo, también por el resto de Europa y que estaba matando a la gente por millares. Los que bastante tenían con la guerra la bautizaron pomposamente como la gripe española.

Pero no era nuestra. Era de todos.

El ama Engracia espantó una inexistente mota sobre su falda negra, se estiró cuanto pudo, carraspeó para insuflarse valentía y alzó la mano para golpear con los nudillos la puerta de la biblioteca de la primera planta. Desde dentro, la voz rugosa de don Antonio le indicó que pasara.

—Engracia, buenas tardes, ¿qué se le ofrece?

La mujer analizó los detalles de la escena. Frente a una mesa donde habían servido el té de las cinco, dos cómodos butacones ocupados por su patrón y su joven y atractivo sobrino. Los dos impecablemente vestidos de oscuro, con una pierna cruzada sobre la otra, leyendo los periódicos. Don Carlos ni siquiera se molestó en interrumpir su lectura.

—¿Desea algo mi señora esposa? —aventuró don Antonio al ver que no respondía.

—No, señor, la señora está bien. Tengo que tratar un asunto con usted, si tiene tiempo y me lo permite.

El dueño de la casa la miro con curiosidad.

—Adelante, Engracia, no se prive.

—Es una cuestión... personal, si me lo permite. —Sus ojos aletearon un segundo antes de posarse en el joven Carlos que, bajo la presión de su mirada, apartó el periódico y alzó las cejas.

—Si no le molesta, don Carlos, serán solo unos minutos. Qué apuro me da pedirselo, por amor de Dios...

Mientras Engracia se persignaba, Carlos dobló el diario y se puso en pie.

—No hay problema, quédese cuanto quiera y le haga falta. Estaré en mi gabinete, tío, por si en un rato se le ofrece algo o quiere que comentemos la compra de tornillos que se nos está demorando.

Don Antonio sacudió la cabeza con un gesto firme, a modo de despedida.

En cuanto el ama y su patrón se quedaron solos, el hombre pareció impacientarse.

—¿Y bien, Engracia? Este comportamiento suyo, digamos que no es muy habitual. ¿A qué viene tanto misterio?

—Tengo que ponerlo al corriente de una serie de... sucesos que están aconteciendo bajo este techo, don Antonio. Y que son muy serios. Entiendo que como señor de la casa, debe estar usted informado de todo lo que sé, de lo contrario no podría perdonármelo si...

—Dígame qué sucede, caramba, Engracia, me tiene en ascuas.

—El libro. Ese libro que trajeron ustedes del enterramiento. El señor Carlos, no puedo entender por qué, se lo ha prestado a Irene, la moza de cocina.

Sin saber por qué, a don Antonio le molestó que Engracia se refiriese a la chica con tanto desprecio.

—¿Irene la doncella de la señora Inés? ¿Hablamos de la misma Irene?

La boca de Engracia se torció en una mueca amarga.

—Sí, esa. De la misma.

—Bien, esa chiquilla es algo más que moza de cocina, le consta.

—Pero no lo suficiente como para participar de las intimidades familiares, señor. Ese objeto pertenece a la familia Otamendi, usted lo trajo y ahora lo tiene ella, ¿puede explicarme cómo es que de repente el servicio tiene acceso...?

—No se equivoque, ama, por muchos años que lleve usted al mando de esta santa casa, no creo que yo tenga obligación de explicarle nada.

Ruborizada y muerta de vergüenza, Engracia agachó la cabeza.

—Era una forma de hablar, lo siento muchísimo, señor. Esa muchacha no se separa de la reliquia, lo lleva encima día y noche. Mi sobrina Milagros los sorprendió hablando sobre el contenido del libro. Al señor Carlos y a ella, me refiero.

Don Antonio asintió despacio, dos veces.

—Tengo entendido que su sobrina es... completamente sorda.

Por segunda vez, el cuello de la mujer se tornó escarlata.

—Sí, bueno..., les leyó los labios. Desde lejos.

—Muy práctico, Engracia, una sorda que no lo es tanto.

—Mi sobrina señor...

—¿Algo más?

Engracia se enfureció aunque hizo lo imposible por disimularlo. Su patrón no mostraba el menor interés en el chisme que acarreaba, la interrumpía y, por si fuera poco, defendía a la desarrapada y la tomaba con la desgraciada de Milagros.

—Sí, don Antonio, mucho más.

—Pues adelante, ama, no tengo todo el día.

—Irene... Irene asegura que ve al fantasma de la señora Julia vagando por la casa.

—¿En serio? ¿A quién le ha contado eso?

—A nadie, señor. Tiene pesadillas y habla por las noches. Pilarín comparte habitación con ella y me lo ha contado todo.

—No puede tratarse de otra cosa más que de fantasías de un alma demasiado aventurera. ¿Fantasmas? Los fantasmas no existen, ni siquiera el de la casa de las siete chimeneas en el que mi amantísima esposa cree a pies juntillas.

—Podría ser cierto, don Antonio, dado que...

—¿Dado qué...?

—Que la Irenita anda enamoriscando con sus malas artes al señor Carlos. No sería de extrañar que la difunta acudiera a reclamar lo que por ley le pertenece.

El empresario no despegó los labios. Se quedó cavilando las razones del ama de llaves, su rictus se endureció. Repasó las últimas frases, pero no en relación a un espectro que le provocaba risa, sino al amago de discusión que había tenido hacía semanas con su sobrino. En el fondo estaba convencido de que la preciosa pelirroja era un entretenimiento pasajero del que Carlos se cansaría enseguida, pero por lo visto, no, la cosa perduraba y se hacía más sólida y dañina. Quizá fuese hora de ponerle fin de una vez por todas, a aquel absurdo despropósito.

—De acuerdo, Engracia, le diré qué haremos. Yo hablaré seriamente con mi sobrino y usted con la muchacha. Tiene que evitar que se vean. Enciérrela si es preciso. No quiero indecencias bajo mi techo, ni enredos con las criadas. Eso puede que sea lo habitual en otras casas de Madrid, pero no en la casa Otamendi.

—El señor Carlos no tiene ninguna culpa, si me permite el atrevimiento. Ha sido ella, una muchacha de la calle, pícara y descarada, la que se le ha metido por los ojos.

—Haga lo que le he dicho. De mi sobrino me ocupo yo.

Carlos

Al salir de la biblioteca estuve a punto de cometer la peor indiscreción de mi vida: quedarme pegado a la puerta escuchando a lo clandestino lo que el ama de llaves quisiera comunicar a mi tío. Algo en su gesto, en su actitud, algo en su mirada esquiva y retorcida me hizo sospechar que pudiera tratarse de Irene.

El ama Engracia llevaba muchos años en la casa Otamendi, no tantos como nuestra Tomasa, pero muchos, y se creía con ciertos derechos adquiridos por razón de su cargo, que a la buena de la cocinera, en su humildad, ni se le habrían pasado por la cabeza.

Engracia no era amiga de las novedades, mucho menos de las incorporaciones al servicio al margen de su autoridad, como yo había hecho imponiéndole la presencia de Irene. No hacía falta ser un lince para adivinar que la muchacha no sería santa de su devoción. Pero es que, según la propia Irene me había contado en nuestras interminables charlas nocturnas en la azotea, desde que su sobrina llegó del pueblo, la existencia misma de la pelirroja se le hacía molesta. Y no lo disimulaba. ¿Para qué hacerlo?

Por desgracia me educaron como a un caballero, y un caballero que se precie jamás se quedaría fisgoneando conversaciones ajenas.

De modo que a regañadientes subí a mi gabinete, después de bajar a la cocina para preguntar por el estado de Tomasa; seguía igual, sin mejorar, pero gracias al cielo, tampoco había empeorado. El doctor había ordenado su reclusión y aislamiento en un cuarto individual lejos del resto del servicio para evitar contagios y solo la valiente Irene se atrevía a llevarle la comida y se aseguraba de que no le faltara el agua.

—Ya he pasado varias gripes, señor Carlos —me repetía cada vez que la reprendía—, esta no me matará.

En la cocina la vi de refilón sin llegar a cruzar palabra porque no estábamos solos. No sé si supe ocultar mis ojos ansiosos persiguiéndola, del escrutinio de las demás criadas. Jugué a hacerme el desentendido, pero el olor de Irene cuando se movía haciendo como que yo no estaba, me mareaba y disparaba a las alturas el deseo por abrazarla, hundir los dedos en su melena y asolar su dulce boca.

Estaba de regreso en mi gabinete bebiendo brandy y recordando el provocador roce de sus faldas, cuando apareció mi tío. Con el entrecejo fruncido y la mirada opaca.

Se avecinaba tormenta.

—¿Me acompaña con una copa, tío? —invité con mi mejor sonrisa para no empeorar las cosas.

El hombre parecía absorto y bastante distraído.

—Un anís.

—No tengo anís en el gabinete, llamaré a una doncella.

Mi tío Antonio agitó una mano en el aire como indicando que no era necesario.

—Un brandy entonces, lo que tengas. Pero sube anís cuanto antes.

—Es bebida de señoritas, tío —repuse con humor.

El patriarca de los Otamendi se dejó caer con pesadez en el tresillo Chester de importación inglesa.

—Pues yo de señorita tengo poco.

Le entregué la copa y él la sujetó con las dos manos y la mirada perdida, como si no supiera de qué manera arrancar.

—Veo que Engracia le ha envenenado la sangre.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, tío, lo veo disgustado.

—Di mejor preocupado. La situación que vivimos en esta casa y que hago lo posible por ignorar, me sobrepasa. Acabará dándome un ataque al corazón.

Puse los ojos en blanco, rellené mi vaso, tomé asiento en mi butaca frente a él y decidí no ponerle las cosas fáciles.

Guardé silencio para que, cuando quisiera, prosiguiese.

—El caso es...

Ahí se detuvo. Y necesitó otros dos minutos para volver a envalentonarse.

—El caso es que ya tuvimos esta conversación antes y tú me prometiste...

—¿Qué le prometí, tío? Creo estar seguro de no haber prometido nada a nadie.

—Engracia me ha puesto al corriente del extraño comportamiento de esa muchacha que recogiste en la calle.

—La muchacha tiene nombre, tío Antonio, se llama Irene.

Mi interlocutor me dedicó una miradita atravesada.

—Dice que tiene pesadillas y alucinaciones relacionadas, sin duda, con los remordimientos de conciencia que le produce su improcedente y escandalosa relación contigo. Algo que jamás de los jamases debió empezar, Carlos. Y repito, menos aún bajo este techo.

—Si tanto le mortifica lo que piensa que está pasando, no tengo inconveniente en marcharme, tío. Puedo buscar otra casa donde vivir con la que se convertirá en mi esposa. De todas formas, tarde o temprano tendré mi propia familia y con ello, mi propio espacio.

Mi tío inclinó su tremendo corpachón y me lo echó encima.

—¿Has perdido por completo el juicio? ¿Hacerla tu esposa? ¿A una desarrapada analfabeta de la calle que se habrá entregado a sabe Dios cuántos hombres?

Me retorcí en mi silla como una serpiente herida.

—No la ofenda, tío, se lo pedí el otro día y se lo vuelvo a pedir ahora. No la ofenda. Me comenta que yo le prometí, pero lo único que he prometido en lo que llevamos de año, es que desposaré a Irene. Y ha sido a ella, no a usted.

La respuesta de mi tío fue taladrar la mesita de palisandro con un golpe que estuvo a punto de partirla por la mitad.

—Confirmado. Has perdido la cabeza, no piensas con claridad, esa criatura del demonio te ha embrujado.

—¿Se oye, tío Antonio? Parece un fraile inquisidor. Tenga calma, seré discreto al vivir mi vida, no daré ningún paso en ninguna dirección, ni cometeré pecados que les escandalicen hasta que el tren subterráneo se inaugure. Después de esa fecha, no puedo prometerles nada.

Mi tío volvió a acomodarse contra el respaldo, con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes el disgusto que vas a darle a tu tía? Podrías matarla.

—Seguro que no, lleva años diciendo que se muere, pero de ganas de ver críos corriendo por estos salones.

—Yo también deseo una casa llena de niños y felicidad, Carlos, pero no de esta forma.

—Los hijos fruto del amor son los únicos que concibo tener.

Mi tío suspiró hondo, se incorporó y dio un par de vueltas por el gabinete, que afortunadamente, era amplio. Se detuvo frente a la ventana y se quedó mirando la calle con la luz naranja del atardecer reflejada en su amplia frente.

—¿Qué sabemos del libro? Aún no termino de creerme que esa much... Irene, tenga capacidades especiales que le permiten leerlo y traducirlo.

—Ah, eso. Al parecer es una Biblia.

—Ya me lo dijiste el otro día. Es un libro demasiado pequeño para albergar los Textos Sagrados.

—Bueno, todos no. Según parece, la primera parte del antiguo testamento.

Mi tío volteó y me miró con curiosidad por encima del hombro.

—¿El Génesis?

Asentí.

—¿Y dice Irene que se trata del texto común que todos conocemos?

Me demoré un segundo más de lo debido en contestar y me traicionó el movimiento de mi nuez tratando de bajar el nudo de saliva que se me había formado en la garganta.

—En efecto, eso dice.

Terminando mi frase, ya sabía que mi tío desconfiaba.

—No tiene mucho sentido enterrar con tanta parafernalia un simple librito que contiene el Génesis. Ni siquiera tiene sentido haberlo separado del resto de las Sagradas Escrituras.

—Puede que perteneciera a algún Abad especialmente santo. Incluso puede que perteneciera a algún miembro de la orden que fuera santificado o beatificado.

—En ese caso, estaría enterrado con su dueño.

Tuve que admitir que, en ocasiones, mi tío desplegaba un especial talento cerrando puertas. Me acorraló, me quedé sin argumentos. En el hombre que tenía frente a mí, todo se volvían recelos. La información que le estaba dando, mi relación con Irene, las consecuencias a nivel social e Irene misma.

Desde luego, salvarla a ella me importaba mucho más que salvar los secretos del maldito Génesis.

—Engracia asegura que la chica está muy alterada por culpa del libro.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo sabe el ama de llaves los motivos de su turbación?

—Porque no se separa de él, lo lleva bajo el brazo a todas partes, lee por las noches cuando debería estar durmiendo, y por el día, cuando le pagamos por trabajar.

—Bueno, yo mismo le pedí que lo hiciera. Y creo recordar que usted estuvo muy de acuerdo.

Mi tío prosiguió con su rosario de quejas, fingiendo no haberme oído.

—Salvo que se altere por otros motivos, como la historia del presunto fantasma a la que no doy crédito.

—¿Fantasma?

—Pesadillas y visiones, dice que puede verlas, sabe Dios. Si es cierto que está pasando, es porque es una desquiciada mental.

Me costó mucho controlar mi arranque de ira. Sentí la sangre latiendo agolpada en las sienes, pero apreté los puños y respiré hondo antes de lograr sonreír.

—Para su tranquilidad, tío, le aseguro que Irene es una joven inteligente, sensata y sorprendentemente avispada.

—Qué ciego es el amor... No tienes ni idea de dónde te estás metiendo, sobrino. Olvidas que eres el único heredero de los Otamendi. Dile a tu moza que devuelva de inmediato el libro y se centre en sus tareas.

Me lo quedé simplemente mirando. Sin responder. Pero mi tío entendió que no me estaba oponiendo. No veía el momento de que Irene y el libro se distanciaran.

—Quiero que me lo entregues mañana, Carlos. Tengo una cita con el obispo para que lo examine.

Irene

De verdad, que Carlos me pidiera que le devolviese el libro, me alivió. Me convencí de que sacarlo de mi vida me haría sentir mucho mejor. Liberada de aquel peso terrible que me ahogaba, de los secretos que escondía, con los que no podía sola. Ya mejoró cuando compartí lo que sabía con mi ángel; sin embargo, el hecho de que Carlos no volviera a mencionar el tema me hizo temer que no me creyera. ¿Quién iba a creermme, si nadie más que yo podía leerlo? Bien podía ser una invención, fantasías de una loca demente. Y la sola idea de que Carlos me tomase por una embustera me hizo odiar el libro con todas mis fuerzas.

En los días que siguieron a mi confesión a corazón abierto, el estado de salud de Tomasa abarcó toda nuestra atención. Empeoró y el médico se empeñó en mantenerla aislada para evitar que el virus se extendiera por la casa y todos nos contagiásemos. Protestamos, claro, mucho. Pero era eso o trasladarla al hospital, así que finalmente cedimos. Pasados unos días, ya no podíamos ni siquiera entrar a llevarle la comida, teníamos que dejar la bandeja en la puerta y la pobre Tomasa, sin fuerzas, con dolores en todo el cuerpo y una fiebre altísima que la hacía delirar, debía levantarse como podía, a recogerla. El resultado fue que las bandejas permanecían intactas y a pesar de las muchas horas que pasábamos pegados a su puerta hablándole, tratando de animarla, tuvimos que advertir al médico de que la enferma no se alimentaba adecuadamente.

El doctor de la familia ordenó entonces su ingreso inmediato en el hospital, en un ala especialmente dispuesta para afectados por la epidemia. Los casos se multiplicaban por horas, dentro y fuera de España.

La señora Inés me sorprendió llorando mientras le arreglaba la habitación aquella noche. En cuanto la vi entrar, me sequé la cara con el delantal del uniforme y me centré en ahuecar las almohadas de pluma.

—¿Te encuentras bien?

Sorbí la nariz sin atreverme a mirar a la patrona.

—Sí, señora Inés, sí, no se preocupe.

—¿Es por Tomasa? Todos estamos consternados por su estado. Le pido al Señor cada día que la cure y no se la lleve aún. La necesitamos.

—Es muy buena conmigo. Todos ustedes han sido muy buenos conmigo, pero Tomasa...

—¿Lo hemos sido, Irene? ¿Nos hemos portado contigo como una verdadera familia?

El tono de la voz de doña Inés había cambiado. Ahora era firme y un poco duro. Levanté la cara de mi trabajo con las sábanas y la vi de pie, junto a la chimenea, con su precioso vestido largo de seda azul con encajes y las manos enjoradas cruzadas bajo el vientre. Me observaba con un gesto de desagrado en el rostro que me hizo sentir diminuta.

—Sí, señora. Todos ustedes —admití con un hilo de voz.

—Pero nos lo pagas cruzando las líneas prohibidas que un miembro del servicio jamás debe traspasar.

Agaché la cabeza avergonzada, incapaz de responder nada coherente. De hecho, aquella reprimenda me la esperaba desde hacía tiempo, mucho había tardado.

—Sabía que esto terminaría pasando. Desde que te vi el primer día. Eres demasiado joven y bonita para que no ocurriera. Carlos es un hombre sano en la flor de la vida, con necesidades y mucha soledad. Y no me refiero solamente a tu alarmante parecido con la pobre Julia, eso es lo de menos.

—Lo siento, señora.

—No es cuestión de sentirlo, Irene, es cuestión de no haber permitido que pasara.

—Sobre los sentimientos es difícil mandar...

La patrona se echó a reír. Sus carcajadas me dolieron en lo más hondo del corazón. Era la risa del desprecio.

—Hasta te nombré mi doncella personal para conocerte mejor, para establecer contigo un vínculo que moralmente te obligase a respetar nuestro apellido. Veo que no ha funcionado en absoluto, porque la gente de la calle no entiende de lealtad ni de respeto.

Las lágrimas del arrepentimiento y la vergüenza inundaron mis ojos y corrieron libres mejillas abajo.

—Doña Inés...

La señora caminó con elegancia, como era su costumbre, y se sentó en el silloncito de terciopelo rosado junto a la ventana. Miró distraídamente a la calle, aunque juraría que desde allí apenas veía nada salvo las copas de los árboles de la plaza y el cielo.

—No eres mala persona, Irene, en realidad, eres una muchacha excepcional, teniendo en cuenta tus circunstancias. Eres considerada, honesta, aprendes pronto. Pero no sabes cuál es tu sitio. Te has criado seguramente de un modo salvaje que te lleva a creer que no existen límites. Pero esta vida tiene sus reglas y si no estás dispuesta a aceptarlas, no es la vida adecuada para ti. Me has decepcionado, querida muchacha. Nos has decepcionado a todos los que confiamos en ti. Pensabais que vuestra pequeña aventura quedaría en la sombra, pero mi sobrino ha osado enfrentarse a su tío por defender lo que dice que siente por ti.

Ante esa retorcida idea, no pude contenerme: me revolví.

—¡No lo dice, señora, lo sentimos! ¡Nuestro amor es real!

—¡Oh, sí! Esos hermosos y volátiles amores de juventud que desaparecen de la noche a la mañana, igual que la niebla de un mal día.

—Lo nuestro es sólido, durará toda la vida.

—¿Toda la vida de quién? No me cabe duda de que de buena gana Carlos pondría el mundo a tus pies, pero pronto no tendrá nada que ofrecerte. Carlos Otamendi es el heredero de todo el imperio familiar, Antonio y yo no tenemos hijos. Y no ha sido educado para el escarnio y el rechazo. Lo siento, disculpa, es probable que no sepas lo que significa la palabra escarnio.

Me estiré muy digna con los ojos anegados en lágrimas.

—Se equivoca, doña Inés, lo sé. Conozco muchas palabras, llevo toda mi vida leyendo. Tomasa me presta todas sus novelas y el señor Carlos...

—¿Señor Carlos?

—El señor Carlos me deja coger lo que desee de la biblioteca.

—Ni siquiera tu cerebro es capaz de anular las diferencias que existen entre vosotros. Una mujer nunca llama «señor» a su amante.

Tenía razón. Tenía toda la razón. Pero no en los motivos.

—Entiendo su incomodidad, señora. Y su decepción. Y la de don Antonio. Y reconozco que esto no debió pasar, que jamás debí poner mis pobres ojos en su sobrino, pero el amor cuando llega es como un huracán que no podemos frenar. No supe hacerlo y a él le pasó lo mismo. Si ese es su deseo me marcharé de esta casa inmediatamente. Pero no voy a dejar de amarlo, tiene mi palabra más solemne.

Entonces enfrenté su mirada. Con osadía, con el valor que me infundía el recuerdo de la voz de Carlos susurrando, acariciando mi cuello. El calor de sus besos, el camino que sus largos dedos recorrían cada noche sobre mi piel. Todo aquello me pertenecía y no iba a regalarlo salvo que el propio Carlos me lo pidiera. La señora Inés se me quedó mirando con fijeza. Mucho rato. Y al final, para mi sorpresa, esbozó una pequeña sonrisa.

—Me recuerdas tanto a mí... salvando las distancias. No es preciso que te marches de momento, Irene. Deja que lo medite, necesito tiempo. Algo me dice que me equivoco, sin embargo, estamos en la era del cambio, un nuevo siglo, una gran guerra destruye la Europa que conocemos, en las entrañas de Madrid un tren correrá pronto bajo las calles... La mayoría de esas cosas no llego a entenderlas, sigo aferrada al pasado en muchos aspectos. Tendrán un porqué, seguro. Y tu actitud frente a las dificultades, defendiendo tu amor, te honra. No estás dispuesta a ceder.

—No, señora —aseguré con firmeza.

—Ni a abandonar.

—Aunque tuviera que volver a la calle. No sería nada nuevo.

La señora Inés inclinó la cabeza.

—Sé que lo harías. Eres una digna hija del siglo veinte.

—Si la señora no desea nada más, me retiro. Hay mucha tarea en la cocina ahora que Tomasa...

Las palabras se me estrangulaban en la garganta, no pude seguir. Que lucharía contra viento y marea por el amor de Carlos, lo sabía. Que Tomasa no se nos fuera con los ángeles al cielo, eso, me lo preguntaba a diario sin que nadie me ofreciera respuesta.

El rictus del señor obispo era severo y hasta temible cuando recibió a Antonio Otamendi. Sus manos formaban un triángulo agudo de dedos unidos en forma de pirámide. Sus ojillos oscuros de halcón al acecho, clavados en la valiosa madera de su mesa y los labios tensos. Sus pensamientos eran tan turbulentos que, cuando el magnate entró en la sala precedido por su mayordomo, ni siquiera alzó la cara.

—Señor obispo, el señor don Antonio Otamendi.

El religioso pareció caer desde muy alto. Se levantó con precipitación a estrechar la mano de su invitado. La tenía helada y húmeda de sudor. Antonio Otamendi tomó asiento y dejó el sombrero y el bastón apoyado en la silla de al lado. Por un rato prolongado, nadie habló. Como buen hombre de negocios, Otamendi fue el primero en romper el hielo.

—¿Ha tenido ocasión de examinar el libro que le traje, reverendísimo señor?

—Sé que la inspección se demoró más de lo ambos esperábamos. En realidad ha sido una labor ardua y complicada.

—¿El motivo...?

—El libro ha pasado de mano en mano, don Antonio. He procurado que los letrados más versados en lenguas antiguas revisen el texto. Concienzudamente.

—¿Y...?

—Sin resultado. Ninguno de ellos ha sido capaz de entender ni mucho menos de traducir una sola frase.

—Me lo temía. Yo mismo llevé a cabo una investigación similar en su momento.

—Pero...

—¿Hay algo más?

—Desde luego. El que no haya sido posible interpretarlo no implica que no haya sido posible reconocerlo.

—¿Se trata de alguna lengua extranjera? ¿Un idioma muerto o desaparecido?

El obispo despachó una gota de sudor que le corría por la frente. Suspiró con trabajo.

—Me temo que estamos ante algo mucho más serio, don Antonio.

—Explíquese, por el amor del cielo, que entre usted y mi esposa, cada cual por sus motivos, conseguirán que me dé un ataque.

—Las páginas de ese libro, en apariencia inofensivo, están redactadas... en la lengua del diablo.

Antonio Otamendi sintió que se le paraba el corazón.

—He tenido que recurrir a las más altas esferas cardenalcias de España en el Vaticano. Sabe que son tiempos convulsos, hay que andar con cautela. Tampoco es prudente que este asunto trascienda, es vital mantenerlo en el más absoluto secreto. Hemos investigado los volúmenes de la sección prohibida de la Biblioteca Vaticana. Abundan los textos demoníacos,

salmos abominables que convocan la presencia del señor de la oscuridad y enardecen sus poderes. Todo lo que bajo ningún concepto debe ser repetido por el hombre se guarda en esos libros.

—E imagino que han comparado las escrituras...

—Escrituras que no tienen nada de sagrado, don Antonio. Su mera existencia es ya sacrílega, un pecado mortal de los peores.

—¿No los destruyen? Quiero decir, en lugar de guardarlos en una sección prohibida, bajo llave y con altas medidas de seguridad, ¿no sería mejor directamente destruirlos?

El obispo lo miró con una mezcla de lástima y desdén. Desprecio por el grado de su ignorancia. Lástima por el destino que aguardaba a la humanidad si los hombres santos de la Iglesia, con toda su infinita sabiduría, dejaban de velar por ella.

—Son indestructibles.

—¿Cómo dice?

—Resisten el beso de las llamas, no pueden romperse, bajo el agua flotan hasta salir a la superficie. Son objetos animados, dotados de vida propia, que se defienden frente al enemigo. La única solución es enterrarlos o custodiarlos fuera del alcance del mundo.

—¿Y el librito que yo le entregué...?

—Pertenece al mismo grupo. Sí. Un horror que nunca debió ser sacado de su tumba de tierra.

Antonio Otamendi tragó saliva. Revelada la primera y sorprendente parte de la conversación, ahora venía lo realmente peliagudo.

—Me comentó que una muchacha del servicio de su casa fue capaz de leer algo.

—Sí, bueno, algo, muy poco, apenas unas páginas...

—Algo es más que nada. ¿Lo hizo o no lo hizo?

Latía tal amenaza en el tono del hombre de Dios, que Otamendi sufrió un temblor.

—Sí. Lo hizo.

—¿Y podemos confiar en que la muchacha dice la verdad? Ya sabe cómo son estas gentes sencillas del pueblo, capaces de cualquier cosa por llamar la atención de los poderosos.

Don Antonio alzó la cabeza súbitamente animado.

—Es posible lo que usted dice, sí, ya lo había pensado, que todo sea una farsa de la chiquilla. No es más que una niña medio analfabeta...

—Sin embargo, en un asunto de tanta envergadura, no podemos quedarnos con la duda.

El brío del ingeniero volvió a desplomarse. La imagen de su sobrino enamorado de Irene contra viento y marea le rondaba la cabeza nada más iniciarse aquella charla.

—Debe traerme a esa muchacha. Averiguaremos si dice la verdad.

Carlos. La reacción de Carlos podía ser imprevisible.

—Reverendísimo señor, no es más que una fregona sin interés alguno.

—Eso seremos nosotros los que lo decidamos. ¿Tiene idea del valor de alguien vivo capaz de traducir la lengua del diablo? Hay cientos, miles de volúmenes escondidos en la Biblioteca Vaticana que se niegan a revelarnos sus secretos solo porque no existe el ser capaz de leer sus textos e ilustrarnos.

—Pero ¿por qué traerla hasta aquí? ¿Qué necesidad...?

El obispo abandonó su cómodo asiento y revoloteó alrededor de la mesa. Su cuerpecillo endeble y pequeño, desaparecido casi bajo la fastuosidad de sus largos ropajes.

—Don Antonio, lamento tener que decirle algo que como hombre inteligente ya debió deducir por sí mismo: hablamos de la lengua prohibida de los infiernos. Si, como me temo, esa

ignorante ha sido sincera, solo hay una explicación para que ella y solo ella, tenga acceso al mensaje contenido en el libro. Esa muchacha está poseída por el diablo. Hay que tomar todas las precauciones a la hora de aproximarse e interrogarla.

Se acercó a Otamendi, se inclinó en su dirección y pegó su cara a la del ingeniero.

—Debemos hacerlo aquí. Protegidos entre las paredes de un lugar santo.

Enseguida pareció salir del momentáneo trance, acarició el rosario de madreperla que le colgaba del cinturón y se alejó murmurando.

—Debe traerla. Mañana mismo.

Antonio Otamendi ya estaba cerca de la puerta deseando huir del obispo y su influencia, arrepintiéndose de haberlo implicado en el asunto del libro. Más pesaroso aún de haber desvelado el nombre de Irene, colocándola en la picota. La hora era avanzada, su esposa debía de estar preocupada, preguntándose qué habría sido del señor de la casa.

—Deme unos días, se lo ruego. Tengo que componer las cosas del mejor modo posible.

Carlos

Desde que Irene me reveló la verdad escondida entre aquellas paginas centenarias, con los ojos húmedos y la voz temblorosa, me pasaba el día en las nubes. Ahora entendía su estado, su permanente turbación y sus esfuerzos por esquivarme. Estar en posesión de aquel conocimiento era como tener una hoguera encendida en el vientre que te empujaba a contarlo, a deshacerte de él, porque soportarlo era demasiado para un hombre solo. Al menos yo no era capaz de pensar en otra cosa; me resultaba muy fácil imaginar su sufrimiento todas aquellas semanas de silencio y soledad, sin saber si al confiarse, yo la creería o la tomaría por una demente.

La repercusión de lo que narraba aquel viejo libro del Génesis era inconmensurable. Y cuando después de ponerlo en común ya éramos dos los depositarios del secreto, nuestras citas se enfriaron y se volvieron ácidas. Éramos incapaces de hablar del sol y las estrellas, del olor de la primavera en Madrid, de la inminencia del verano, de nuestra futura vida juntos o de cuánto nos amábamos, con la naturalidad de siempre. Estábamos tensos, asustados, aplastados por el peso de algo demasiado grande. Mi tío me había reclamado el libro y yo se lo había devuelto, pero contrariamente a lo que pensábamos, deshacerme del objeto no logró que me sintiera menos presionado. Podía no tenerlo, podía no tocarlo, pero su sacrílego contenido vibraba en mi cerebro con un doloroso martilleo que me estaba volviendo loco.

Estábamos condicionados. Irene y yo. Condicionados por lo que sabíamos.

Quizá ese fue el motivo por el cual cuando, durante el almuerzo de aquel día, mi tío me informó de que debía viajar a París con urgencia, se encendieran mis alertas. ¿Abandonar a Irene en aquellas condiciones? ¿Ausentarme tres, cuatro días, quizá más? No podía permitirlo. La idea me espinó a tal punto que mi reacción no fue, en absoluto, la del sobrino dócil y obediente que mi tío esperaba.

En realidad, desde que Irene entró en mi vida yo ya no era más ese hombre fingido que todos conocieron.

—Hijo, eres empresario, responsable de gran parte de este gran negocio nuestro. Sabes lo ardua que ha sido la negociación con el metro de París hasta conseguir que nos vendan los motores eléctricos. Esas máquinas de segunda mano están en perfecto estado, el precio es razonable y, dadas las condiciones, ¿qué otras posibilidades barajamos? Si no viajas a hacerte cargo del pago y la firma definitiva de los contratos, el metropolitano de Madrid no arrancará en la vida.

—¿Y no puede ir otro socio en mi lugar? ¿Usted mismo, tío? Está al tanto de toda la negociación.

—Yo estoy demasiado viejo y arrastro demasiados achaques como para semejante viaje. Tú eres joven, fuerte e inteligente, lo harás mejor que nadie, incluyendo al resto de los socios, a los que no confiaría ni la compra de un trompo. No, desde luego que no.

—Pero tío... ese viaje tan largo, precisamente ahora, con la epidemia de gripe más extendida que nunca y en mitad de la guerra.

—Los armisticios están a punto de firmarse, de hecho, es el momento óptimo. Vamos, sobrino, observando tu expresión, cualquiera pensaría que te enviamos de expedición militar a Cuba, serán unas pocas jornadas, cuatro, cinco a lo sumo. Antes de que te des cuenta estarás de vuelta y podremos darle el empujón final a nuestro ferrocarril subterráneo.

Seguí jugueteando con el cubierto, enfurruñado.

—Tengo mucho que hacer aquí, asuntos de importancia que requieren mi presencia.

—Nosotros nos haremos cargo de todo. Esta Compañía es tu futuro, no lo olvides.

—Al menos podría acompañarme —farfullé a regañadientes.

—¡No puedo! ¡Tengo audiencia con el rey! ¡Con el rey, ni más ni menos! Su Majestad espera que le diga que el proyecto va sobre ruedas y que cumpliremos escrupulosamente los plazos de una obra colosal que, sin su apoyo personal, no habría salido adelante. Y no podré transmitirle tal cosa si la compra de esos motores no se cierra. ¿Lo entiendes ahora? ¿Te atreves a fallarle a tu rey? ¿Le fallarías a tu país? Que me decepciones a mí, que soy tu tío, es lo de menos. El proyecto más ambicioso del Madrid moderno no puede verse truncado por razones egoístas.

—¿Yo soy el egoísta?

—Dímelo tú. Estás poniendo demasiadas excusas en contra de una tarea que no hay modo de esquivar. Necesitamos esos motores, tuvimos la suerte de localizarlos casi nuevos a precio de ganga; si no rematamos esa compra no terminaremos las obras.

Me mantuve mudo, con el entrecejo fruncido y los ojos fijos en el mantel de hilo blanco. Las pupilas preocupadas de la tía Inés saltaban de su marido a mí, sin intervenir. El tío Antonio se limpió el bigote ceremoniosamente con la servilleta y me miró de reojo.

—Creo recordar que tenías cierto interés en que el Metropolitano se inaugurara cuanto antes, ¿no?

—Sí, desde luego —gruñí—, esto ya dura demasiado.

—Pues de momento está en tu mano, ya dirás. Emiliano tiene tus billetes de tren y sales mañana temprano. Yo de ti acabaría de cenar y correría a preparar el equipaje. ¿Una copita de oporto en el saloncito, Inés, querida?

Mi tía dejó ir un elegante suspiro, abandonó su silla y se acercó a mí.

—Sí, claro, esposo, una propuesta encantadora. Y tú, Carlos, sonrío un poco —me acarició los hombros con la punta de los largos dedos—, nunca has sido de los que se achantan ante el trabajo duro. Esta maravilla es tanto obra tuya como de tu tío. El Metropolitano de Madrid y los Otamendi son una misma cosa. Corónala con éxito.

Se ausentaron del comedor y yo permanecí en mi lugar sin moverme, dejando que el café se enfriara, con la mirada perdida y un torbellino de pensamientos confusos en la cabeza. Tenía razón mi tío, la incorporación de aquellos motores comprados de segunda mano al metro de París era vital para adelantar nuestro proyecto; sin ellos jamás acabaríamos. Y yo tenía que finiquitar la construcción del ferrocarril si quería casarme con Irene. Pero dejarla sola en aquellos momentos tan delicados no era algo que me hiciera especialmente dichoso.

Si dejaba el corazón de lado y ponía ambas opciones en una balanza, esta se inclinaría, sin duda, señalando mi tren a París.

No invertí más de veinte minutos en preparar una bolsa de viaje con lo imprescindible

pensando solo en subir a la azotea, estrechar a mi dulce prometida entre mis brazos y suplicarle perdón anticipado por abandonarla. Si lograba acortar mi estancia en París y que los cinco días fueran cuatro, o mejor, tres, aceleraría el tiempo. Lo que hiciera falta con tal de volver cuanto antes a Madrid. Porque aquí me esperaba lo más importante de mi vida entera.

Entonces vi claro lo que tenía que hacer. Tan nítido y sublime que no entendí cómo no lo había decidido antes. Corrí a la cómoda donde guardaba los recuerdos de familia y en el tercer cajón, entre pañuelos de encaje que pertenecieron a mi madre, encontré una cajita bellamente decorada con su anillo de compromiso dentro. Un enorme diamante tallado con finura, lanzando destellos igual que una estrella. Era lo más valioso que conservaba de la mujer que me dio la vida. Y no fui capaz de entregárselo a Julia, para mi esposa concertada compré otro anillo. Sin embargo, ahora la joya me quemaba entre las manos, moría de ganas por verla brillar en el dedo de Irene. Si sobre algo tenía certeza, era que mi madre habría bendecido de buena gana aquella unión.

Carlos

Más tarde no recordaría cómo subí de dos en dos los escalones que me separaban del sexto piso. Cómo repartí pequeños candelabros por toda la azotea y los pétalos frescos de todas las flores que encontré por la casa, sobre nuestra manta de amor. Apenas fui consciente de cómo latía mi corazón desbocado sin apartar las pupilas de la puerta por la que finalmente apareció mi dama. Solo volví a la realidad después de tenerla entre mis brazos, a salvo de todo, estrechamente apretada, formando parte de mí, unida por el hilo rojo del destino del que hablan las leyendas.

—Abrázame, señor Carlos, abrázame fuerte.

—Irene, me haces más falta que nunca.

—Y tú a mí. Paso el día ansiando este momento, no puedo pensar en otra cosa más que en verte, en que me digas que me quieres... en tus besos.

Al decir eso último se había sonrojado de un modo delicioso. Tomándola por la barbilla la obligué a mirarme y le sonreí con toda la ternura de la que mi oxidado corazón era capaz.

—Todos mis besos te pertenecen, son tuyos, lo serán hasta mi último aliento, hasta el día en que me muera.

Rocé sus labios con una suave caricia y la vi cerrar los ojos. Tenía las pestañas largas y curvadas como hermosos abanicos de pluma. Cuando nos separamos, Irene reparó por primera vez en el escenario que le había preparado. Se cubrió la boca con las manos.

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito todo!

—Es una noche especial —volví a retenerla con un abrazo—, nuestra noche especial.

—¿Celebramos algo?

—Lo muchísimo que te quiero.

—Yo también te quiero. ¡Pétalos de flores!

—A Engracia le dará un ataque mañana, cuando se encuentre vacíos todos los jarrones de la casa —reí.

Riendo los dos, nos dejamos caer sobre la manta, perezosos e ilusionados. Las manos de Irene viajaban por las flores y se contagiaban de su tacto aterciopelado. Tomaba un puñado de pétalos, lo lanzaba al aire y los veía caer sobre nuestros rostros. Su perfume nos embriagó y en los ojos de la mujer que adoraba, el brillo de las estrellas y las velas se reflejaba, arrancando centellas.

—Tendré que ausentarme unos días —anuncié jugueteando con sus dedos—, lo siento, no llegará a una semana.

Irene se sentó de un salto.

—¿Te marchas? ¿A dónde?

Tiré de ella para que se tumbase de nuevo.

—A París, solo unos días, negocios relacionados con la Compañía. Es muy importante que salgan adelante si queremos que el proyecto acabe. Cerrarás los ojos y antes de que puedas abrirlos, estaré de vuelta.

Sonrió con timidez y lo que quiera que estuviese pensando, se lo guardó para sí. No protestó. No suplicó. No mostró inseguridades. Cualquier otra mujer de las que yo conocía habría rogado que no me fuera, habría tratado de hacerme sentir culpable por atender los negocios desatendiéndola a ella. Pero no Irene. Ella no pertenecía a esa categoría, Irene era grande y especial, sabía valérselas sola y apreciaba mi presencia en su justa medida: amor, no necesidad.

—Estaré esperando.

—Aún no me he ido y ya te echo de menos.

—Caminar por las calles de esa ciudad debe de ser como un sueño.

—Iremos juntos. Te llevaré a París muy pronto y nos quedaremos todo el tiempo que desees.

Añadí un suspiro y así nos quedamos, muy juntos, abrazados como cada noche, mirando al cielo tachonado de puntos celestes.

—Desde ya amo los caminos que recorreremos juntos, las preguntas a las que daremos respuesta, las muchas ciudades cuyas calles recorreremos de la mano... París no será la única, pero sí la primera. Tengo algo que pedirte. Bueno, no solo a ti...

Sin brusquedad para no asustarla, saqué de mi bolsillo la cajita con el anillo. Mi corazón inició un placentero galope y mi vientre se llenó de hormigas.

—Joshua, sé que estás ahí arriba, en alguna parte, vigilando que este gran amor no se malogre. Asegurándote de que es sincero, de que me sale del alma, de que la quiero de verdad, de que la cuido, que moriría por ella sin dudarlo un segundo. Decidido a darme mi merecido si osara faltar a mi palabra. Pero no lo haré. No te decepcionaré porque es verdad que la amo por encima de todas las cosas, la amo como nunca pensé que pudiera amarse a un ser humano.

Irene reaccionó a mi sentido discurso con un jadeo que excitó mi deseo. Amarré fuerte las ganas y proseguí.

—Padre, madre, y vosotros, los padres de mi Irene, allí donde estéis, sed testigos de este sentimiento que gobierna mis actos de la mañana a la noche. Sed testigos de que la necesito, de que miro y veo la vida a través de su risa.

—Carlos...

Dejé de mirar a las alturas, giré sobre mi costado y la miré a ella. Estaba tan insoportablemente hermosa que me costó respirar.

—Yo he aprendido a vivir en tus ojos, a amar contigo. Antes de ti no había nada, estaba vacío. En nombre y en presencia de todos los que nos quisieron y ya no están, Irene, hasta la eternidad. Hasta la eternidad si me aceptas, porque yo ya no sé respirar si no te tengo a mi lado, amor. ¿Te casarás conmigo?

Noté que el jadeo de Irene se entrecortaba y se hacía costoso.

—Creo que voy a desmayarme de la emoción.

—No te desmayes antes de darme el sí, te lo pido por favor. Tengo un anillo...

Irene volvió a saltar de dicha, se separó de mí y se sentó con las manos sobre la cara. Sus ojos destacaban húmedos.

—¿Un anillo?!

Se lo mostré con arrobo.

—Perteneció a mi madre. De una mujer de mi vida a la otra.

Antes de terminar la frase, ya tenía la dulce y blanca mano de Irene extendida frente a mí. Sin

poder controlar la risa, deslicé el anillo dentro de su dedo. Ajustaba a la perfección, parecía fabricado a su medida.

—Creo que no podré volver a cerrar la boca, nunca vi nada tan bonito...

—Procura que el resto del servicio no lo vea.

—¿Ese montón de chismosas envidiosas? ¡Desde luego que no! ¡Oh, Dios mío! ¡Mira, mira cómo brilla!

Disfruté observándola. Viéndola adorar la joya que encerraba mi corazón. Porque eso era justo lo que acababa de entregarle, no un mero anillo, sino la promesa de mi amor eterno, mi dedicación y mi entrega. Mi mejor título de pertenencia en nombre de mi santa madre a la que perdí demasiado pronto.

—Sigo esperando que me contestes —le recordé pasado un rato.

Irene volvió hacia mí su cara pecosa llena de júbilo y se arrojó en mis brazos.

—Sí, sí, sí quiero. Quiero ser tu mujer, me casaré contigo.

Juro por lo más sagrado que identifiqué ese momento como el más feliz de mi vida hasta entonces. Atesoraba momentos tristes, los alegres brillaban por su ausencia. En cuanto a los felices... bueno, esos no los conocí hasta que Irene me miró por primera vez con sus ojos claros llenos de luz y fuerza, y mi alma tembló como un pajarillo.

Nos regalamos casi dos horas completas de amor y caricias. De promesas infinitas susurradas al oído, de futuros color de rosa. Me arrepentí de no haber pensado más que en las flores, olvidando un buen vino con el que brindar por nuestra felicidad. Anoté mentalmente que en cuanto regresara de París, contra viento, marea y todo el que se disgustara, la llevaría a cenar a un sitio bonito e íntimo donde podríamos sellar nuestro compromiso conforme a los cánones de toda pareja de enamorados.

—Se hace tarde, Carlos, debo bajar, no sea que Pilarín se despierte y vea mi cama vacía...

Repartí mil besos por su cara, por los mechones de su pelo rojo, resistiéndome a dejarla ir. Pero tenía razón, yo viajaba por la mañana temprano, lo más sensato era intentar descansar.

—Cuídate mucho, acuérdate de mí.

—Y tú no me olvides, vuelve pronto.

Volvimos a besarnos. Qué delicia zanjar nuestras condiciones con tanto amor.

Sin embargo, aún quedaba un espinoso asunto que mencionar. Ya estábamos de pie, recogiendo la manta con los pétalos y apagando las velas, cuando lo acometí.

—En lo que respecta al libro del Génesis...

—Ya no lo tenemos.

—En efecto; y escucha una cosa: ese asunto, por grave que sea, no nos concierne, no es algo que nosotros podamos manejar. Tú olvidarás lo que has leído, tienes que prometérmelo. Y yo olvidaré lo que tú me contaste. Es el único modo de poder vivir en paz. ¿Tengo tu palabra?

Ella pareció confundida. Insistí con vigor y hasta con desesperación.

—¿Me lo prometes, amor mío? Dime que me lo prometes. Es importante.

—Lo olvidaré. Haré lo posible por... olvidarlo.

La abracé por última vez.

—Vamos a casarnos, seremos felices y nada ni nadie sabrá jamás lo que se contaba en esas páginas.

Irene

Aquella mañana no vi salir a mi ángel por el ventanuco del patio. Oí al ama comentar que había partido de viaje muy de mañana, pero oficialmente, yo no era nadie para que me informasen. Nuestro amor, a la vista de todos, aún jugaba a ser clandestino.

La casa se quedó hueca, fría a pesar del sol que lucía en las calles y que se colaba por los ventanales. Su ausencia retumbaba en las paredes y yo me sentía tan triste y sola como si no fuera a volver nunca. Attendía mis tareas sin hablar, cabizbaja, arrastrando los pies. Contaría las horas, los minutos e incluso los segundos, hasta que mi ángel regresara a mis brazos. Cuando podía, me escapaba a mi cuarto y sacaba el pañuelo con su inicial, escondido bajo el colchón, y me recreaba mirando el precioso anillo que un día perteneció a su madre. La gran dama debía de estar contenta, él había solicitado su bendición a sus padres, a los míos, hasta al bueno de Joshua. Como mi ángel dijo, a todos los que nos habían querido pero no estaban ya a nuestro lado.

Andaba fregando la loza, dando mil vueltas a mi pena en la cabeza, cuando noté la presencia del ama a mis espaldas. De pie, rígida como era su costumbre, mirándome sin parar.

—Acaba eso cuanto antes, muchacha, los señores me han autorizado para que te dé permiso y puedas llegarte al hospital a ver a Tomasa.

La sorpresa de un regalo tan inesperado estuvo a punto de hacerme dejar caer la porcelana. Mi ángel no estaba, pero a cambio, yo podía ver a Tomasa después de casi ocho días. Por un instante me sentí feliz.

—¿De verdad puedo?

—¿Pues no te lo estoy diciendo? En cuando acabes de fregar esa vajilla. Onofre está ocupado, de modo que tendrás que llegarte andando. ¡Aprisa! Que el tiempo corre y luego te necesito para preparar las meriendas y las cenas.

—¿Y la señora...?

—La señora está en misa. Y luego almorzará y tomará el té con los marqueses de Vadillo. Tienes tiempo de sobra para ir y volver.

—Pero...

—¿A qué vienen tantas pegas? ¿Quieres ir o no? Porque si tanto problema te causa, les diré a Sarita y Pilarín que aprovechen y vayan ellas.

—¡No, no, ama, nada de eso! ¡Si estoy deseando echarle el ojo encima a la Tomasa...!

—Pues no se nota ¡Aviva! Yo ya fui a verla ayer.

—¿Y cómo la vio?

—El color no lo ha recuperado, pero las fiebres han remitido y tanto día de ayuno le han hecho un favor; está mejor que nunca.

Se me escapó una sonrisa larga como un día completo. El ama Engracia cortó de cuajo mi júbilo con una palmada seca.

—¡Vamos, niña! ¡Esos platos no se lavan solos!

—Enseguida, ama —me guardé la muestra de ilusión donde ella no pudiera verla—, enseguida.

Me puse el vestido limpio de los domingos, le dije hasta luego a mi anillo de señorita comprometida y enamorada, alisé como pude los rebeldes rizos rojos y salí a la calle. Aspiré bien hondo el aire templado de la primavera que ya se iba y le sonreí a las ventanas de la casa de las siete chimeneas, allí donde contaban los rumores que se asomaba cada noche el fantasma de doña Helena, la amante del rey, asesinada en nombre del amor. En lugar de inquietud, ahora que sabía que el espectro nocturno no era la difunta doña Julia reclamándome por haber osado poner los ojos en su viudo, sino yo misma, sentía una inquietante calma que a ratos se mezclaba con preguntas que nadie podía responder. ¿Yo me aparecía a mí? ¿Y con el libro en las manos? ¿Era un aviso? ¿Un mensaje? ¿Una advertencia?

En el bolsillo de la faltriquera llevaba un papel con la dirección del hospital. Llegar costaría al menos cuarenta minutos, pero no me importaba en absoluto, visitar a Tomasa y poder animarla después de estar tan malita y tan sola era lo mejor que podía pasarme mientras mi ángel se ausentaba. Seguro que no me esperaba, cuando me viera llegar, las dos gritaríamos de alegría, yo le cogería la mano y seríamos dichosas por un buen rato.

¡París! ¡Qué lejos! Me costaba imaginarnos juntos en París. Mi ángel y yo. ¿Íríamos de verdad alguna vez?

De mis años de mendiga, el intrincado laberinto de callejuelas por el centro me resultaba familiar, de modo que quise cortar camino atravesándolos. Aquellos sombríos callejones medio desiertos que pensé serían mi salvación, se convirtieron en una verdadera trampa mortal.

No los oí venir, y eso que presumo de oído fino. Debía ser que los meses vividos en la casa Otamendi, a salvo de vagos y maleantes, habían adormecido mis sentidos.

Llegaron por detrás, me taparon la cabeza con un saco, una mano áspera sobre mi boca me impidió gritar y todo cuanto noté fue mi cuerpo bruscamente arrastrado y negrura. Tiraron de mí, me metieron en un portal y alguien cerró la puerta. Mi corazón se llenó de pánico.

¡Me estaban atracando!

La gente de la calle, puede que los que antaño fueran mis compañeros de sueño, me confundía con una muchachita pudiente y pretendían robarme!

¿Qué iba a darles? No llevaba encima ni una perra gorda.

¿Y si su error los ponía furiosos? ¿Y si me asesinaban?

Dejé de cavilar, porque de un empujón me vi subida a una carreta y maniatada con sogas que se me clavaron en la carne. El estómago se me cerró de miedo y las lágrimas corrieron abundantes bajo la tela de saco.

—Por favor... —balbuceé—, no tengo nada, no llevo nada encima, soy tan pobre como vosotros, yo no...

—¡Calla, muchacha! ¡Cierra la boca! ¡No quiero oír una palabra!

La orden fue tan violenta que enmudecí de puro terror.

—Metedla en el cuarto hasta que los curas digan algo o manden a por ella.

¿Los curas?

Yo no tenía nada que ver con los curas, ni con la Iglesia, iba a misa los domingos con el resto del servicio porque el ama lo mandaba y no me quedaba otra, pero... ¿con quién me estaban confundiendo?

—¡Oiga! ¡Señor! ¡Señor, yo no soy nadie! ¡No soy...!

—¡Que te calles, he dicho!

Me atizaron una bofetada que, al tener la cabeza cubierta, fue más bien un salvaje puñetazo. El dolor del golpe fue horroroso, no dejé de ver porque ya estaba a oscuras, pero me mareé y las náuseas me revolvieron por dentro.

Perdí el equilibrio y caí de bruces al suelo sin ni siquiera saber dónde me encontraba.

—Por favor, no me hagan daño... por favor...

—Atadle las manos y los pies y, por el amor de Dios, ¡ponedle algo en la boca para que deje de hablar!

—Dicen que es una bruja... —farfulló una voz seca y desagradable.

—Que está endemoniada —aseguró otro con un tinte de pavor.

—Nos desharemos de ella enseguida. Mientras tanto, manteneos lejos por si acaso.

A empujones me anudaron una soga basta que me mordió las muñecas, pero se olvidaron de amordazarme. Quizá fue el miedo que les inspiraba, aunque en realidad yo no era ninguna bruja y tampoco estaba endemoniada, ¿por qué decían aquellas cosas espantosas?

Sollocé durante horas y el agotamiento de la tensión acabó vencíendome. Volvieron a trasladarme y me encontraron casi inconsciente en el suelo, aovillada y sometida de puro cansancio.

—¡Rápido! ¡Movedla y no la toquéis más de lo necesario! ¡A la carreta!

Me arrojaron por segunda vez en lo que parecía un carro que apestaba a estiércol, como si fuera un fardo. El dolor de la cuerda clavada en las muñecas era ya insoportable, no sentía las manos y los dedos estaban abotargados. Toda yo estaba paralizada, entumecida por culpa del miedo. Alguien había cometido una equivocación, pensaban que yo era otra persona y no tenía cómo sacarlos de su error.

Durante muchos minutos, solo acerté a escuchar los cascos de un caballo y el lejano rumor de la calle. Debíamos de estar atravesando zonas poco pobladas, nada de mercados ni ruido de tranvías, ni voces de gente charlando o pregonando mercancías. A pesar de mi escasa práctica, me puse a rezar a la desesperada, pidiéndole a todos los ángeles que me salvaran de aquel destino incierto.

No recuerdo haber sentido más terror en toda mi vida. Ni en las peores épocas buscándome el rancho en las calles vi tan amenazada mi existencia; jamás me vi obligada a preguntarme si un milagro me salvaría de lo que parecía un desenlace fatal. Me trataron como si fuera un animal destinado al matadero. Me bajaron a la fuerza del carro y me empujaron dentro de un edificio, arrastrándome casi en volandas por un montón de pasillos helados.

Finalmente, tiraron de mis faldas y las oí rasgarse, para sentarme en una silla fría e incómoda.

El saco que me cubría la cabeza desapareció con un tirón brutal y el reflejo de la luz contra unos ojos acostumbrados a la oscuridad, no me permitió ver más que destellos en forma de bolas blancas. Poco a poco conseguí enfocar la hilera de hombres gruesos y malencarados que se sentaban delante, en una suerte de tronos en los que más de uno a duras penas encajaba.

Yo me encontraba en el centro de una sala de dimensiones aceptables, ni agobiante ni fastuosa, carente de adornos, de rasposas paredes encaladas en blanco, sentada en una silla. Las manos atadas a la espalda, los pies sujetos por los tobillos. Ellos se protegían de mí con una especie de tarima que los elevaba medio metro por encima del suelo y un mostrador de tendero,

tres veces más largo de lo normal.

—Bien, muchacha, no perdamos el tiempo. —Uno de ellos rompió el silencio—. Dinos tu nombre.

Mi vena rebelde salió a relucir en el peor momento. No pude evitarlo, porque de algún modo sentí que no tenía nada que perder.

—¿Me han traído hasta aquí y no lo saben?

—Lo sabemos, pero quiero que nos lo repitas tú misma. No permitiremos la menor insolencia, quedas advertida.

Hundí la cabeza sobre el pecho. Ensangrentada, sucia y desfallecida.

—Irene. Me llamo Irene.

—¿Irene qué más?

—Nada más, no tengo apellidos.

—Todo el mundo los tiene.

—No los que nos criamos en la calle.

Los hombres, sin duda altos cargos de la Iglesia a juzgar por sus ricas vestimentas, cruzaron una mirada de confirmación.

—Así que mujer de origen desconocido.

Para esa afirmación que sonó a acusación, no tenía réplica.

—¿Ni padre ni... madre? —insistió otro.

—No los conocí, señor.

—¡Eminencia, moza! ¡Más respeto! ¡Te diriges a un cardenal!

—Lo siento, no lo sabía, no distingo los cargos de la Iglesia.

—Sacrílega blasfema...

Tenía mucha hambre. Y estaba cansada. Mucho. Me dolía todo el cuerpo, de las ataduras, los traqueteos, los golpes. Y sobre todo, la rigidez que propiciaba el miedo, que me tenía exhausta.

—¿Es cierto que leíste ese libro y pudiste traducirlo?

Levanté de nuevo la cabeza gacha. Hasta entonces no me había percatado de que a mi derecha, sobre una especie de peana, reposaba el libro del Génesis desenterrado en el Convento de la Merced. Asentí sin hablar.

—¡Responde!

—Sí, señor... Eminencia.

—¡Reverendísimo señor, niña! Hablas con el obispo.

Sentí unas ganas terribles de llorar a gritos. Volví a asentir con una bola intragable de saliva atravesada en la garganta.

—Lo leí..., reverendísimo señor.

—¿Y qué decía?

—No pienso repetirlo.

—¿Qué decía?

—No pienso repetirlo.

El hombre que me interrogaba hizo una seña imperceptible a un cura alto y robusto con sotana que vigilaba la puerta. Enseguida se situó a mi costado y sin mediar palabra, me asestó un terrible puñetazo que me tiró al suelo con silla y todo. A continuación, levantó la silla conmigo atada de mala manera, agarró los mechones de mi pelo rojo y tiró de ellos hasta que mi cuello se dobló hacia atrás con un espasmo de dolor.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Qué decía el libro?

Sentí el ácido sabor de la sangre corriéndome por las comisuras de los labios.

—No... pienso... repetirlo.

—De acuerdo pues. Organicen el traslado de la endemoniada al manicomio de mujeres. Allí disponemos de métodos más adecuados para que la muchacha recupere la memoria.

—Y adviertan a las hermanas de la perversidad de la demente. Que extremen las precauciones con ella.

—¡Yo no estoy loca! ¡Ni endem...!

No llegué a rematar la frase. Otro violento golpe en mi cabeza cortó el hilo que me unía a la realidad, dejándome instantáneamente sin conocimiento.

Carlos

Los hombres no creemos ser muy intuitivos. Es probable que lo seamos, que también dispongamos de ese sexto sentido tan propio de las mujeres que nos avisa de que algo está a punto de pasar, pero preferimos obviar las señales. Sin embargo, en mi caso, a diferencia del resto de mis congéneres, mi relación con Irene había cambiado eso, no cabía la menor duda. Mi mujer rezumaba espontaneidad, confiaba en los mensajes de su corazón y confesaba las cosas tal y como se le venían de la mente a la boca, sin meditarlas, sin retorcer ni quebrar la naturalidad de sus pensamientos, como hace la mayoría de la gente. Esa cualidad escasa y diferenciadora era una de las muchas por las que la admiraba. Irene parecía vibrar con cada suceso, fuese bueno o malo, de un modo especialmente intenso. Y yo, permeable a sus talentos, empezaba a contagiarme. Quizá por eso, una vez en el andén, mientras Felipe y José, mis mozos cargados con el equipaje, trataban de localizar el coche de primera clase, sentí un golpe invisible en el pecho, una especie de presentimiento en forma de punzada que me sacudió de arriba abajo.

No me lo pensé dos veces.

—¡Felipe!

—¿Señor?

—Me quedo.

El muchacho me miró sin entender desde debajo de su gorra de fieltro. El bullicio alrededor de las puertas abiertas era agobiante y la cantidad de gente elegantemente vestida o sudada arrastrando baúles, era exagerado. Nunca me gustó demasiado viajar.

—Señor, el tren sale en apenas veinte minutos, tiene que subir.

—He dicho que voy a quedarme, Felipe, no pienso viajar, al menos no hoy.

—Pero la mayor parte de su equipaje ya está a bordo, señor. Y perderá el rápido a París desde la frontera.

—Reclama la devolución de las maletas. Está decidido, me quedo.

—Pero señor Carlos...

—Felipe, no me discutas.

Dejé al mozo con la protesta en la boca y salí disparado en dirección contraria. Pero en lugar de con las salas que conducían a la salida y de ahí a la calle, con lo que me topé fue con una barrera humana de uniforme, con silbatos en la boca. Los agentes del orden impartían instrucciones a los viajeros y la situación general era de desorden y caos.

—Los andenes de embarque, por ahí, señor, por ahí.

—No viajo, solo pretendo salir.

—Ah, no, señor, a la calle no se puede salir desde aquí.

—¿Cómo que no se puede? Hace apenas dos horas que he entrado...

—Han cortado toda esa zona, señor, la epidemia de gripe. Andan trasladando a los enfermos más graves, es peligroso.

—¡Tengo que regresar a mi casa!

El agente no se dejó intimidar por la calidad de mi ropa, ni por mi envergadura física. Frenó mi avance con una mano extendida contra mi pecho y se mantuvo firme.

—Saldrá cuando podamos autorizarlo, señor, no antes.

—¡Esto es absurdo! ¡Es una medida absurda!

—Nada de absurdo, señor, se trata de salud de los ciudadanos de Madrid, luchamos contra una epidemia.

—¡Avisen al alcalde! ¡Quiero...!

—El Alcalde es quien dio la orden. Y ahora, si me lo permite, repliéguese a la zona de andenes, por favor.

Traté de oponer toda la resistencia posible, pero al agente que me impedía la marcha, se unieron otros cinco que me miraron de forma amenazadora.

—¡Oiga!

—Señor don Carlos, señor don Carlos, ¡venga aquí!

Era Felipe, congestionado y sudoroso, atreviéndose, por culpa de los nervios, a aferrarme del brazo.

—¡Están deteniendo a la gente, señor! —siseó muerto de miedo.

—¿Es que se ha vuelto loco todo el mundo?

—Son los enfermos de la gripe, don Carlos, esto es serio, hay que alejarse, los están trasladando y han cerrado las calles. Suba a su tren y olvídense de cambiar de planes ahora. No queda tiempo.

Clavé dos ojos cansados en Felipe, aquel mozo sencillo que se expresaba con tanta sensatez, justo la que mí me faltaba. Ciertamente, me estaba volviendo paranoico, mi oposición a dejar Madrid en aquellos momentos, en realidad, mi negativa a alejarme de Irene, me tenía trastornado. No soportaba no verla, la simple idea de pasar varios días sin tocarla me empujaba a comportarme como un lunático.

Me habría gustado echarme a reír. Solo tenía un tren esperando. Asentí y pasando por delante del bueno de Felipe, me dirigí obediente a los embarcaderos. Allí nos esperaba José, callado y custodiando un enorme baúl lleno de trajes que mi tía Inés se había empeñado en empacar. Recuperé la vida al verme llegar.

—Buen viaje, señor. Le diré a don Antonio que todo fue bien.

No repliqué. La verdad, me traía sin cuidado si mi tío se tranquilizaba o no. Imponerme aquel viaje contra mi voluntad era algo que difícilmente le perdonaría. Subí al coche sin mirar atrás y con un suspiro, me despedí de Madrid. Iría a París y compraría los malditos motores. Así el rey estaría contento, mi tío, la Compañía del Metropolitano de Alfonso XIII y la ciudad estarían contentos.

¿Qué le importaba a nadie si mi alma sangraba unos cuantos días?

Irene

A ratos perdía el conocimiento. A ratos volvía a recuperarlo y el dolor ascendía por mi cuerpo como una angustiada llamarada. Lloraba hasta que se me secaban los ojos y mis labios pronunciaban sin cesar el nombre de mi ángel. Para que nadie me escuchara. El silencio era temible y la inflamación de los golpes recibidos en la cabeza me había cerrado casi por completo el ojo izquierdo. Entre punzadas y ansiedad, tendida en el suelo contemplando las gruesas vigas de madera del techo, había perdido la noción del tiempo.

Ya no sabía si era de día o de noche. Mi boca seca solo acertaba a pronunciar el nombre de Carlos, cada vez con más debilidad. Me habían metido en una jaula como a un animal capturado y la única luz que entraba en mi celda era la que llegaba desde un velón enganchado en un soporte de hierro a la pared del pasillo. Tres paredes y una de barrotes de hierro oxidado de las que procuraba mantenerme alejada; allí me dejaban por las mañanas la comida del día, una masa espesa y vomitiva que rechacé al principio y devoraba con ansia días más tarde. Y por allí también llegaban la tortura y el dolor. Se asomaban los curas, miraban hacia dentro, al bulto que mi cuerpo formaba en el suelo, y preguntaban con voz tétrica.

—¿Qué dice el libro?

Mientras tuve fuerzas me negué. Después de un tiempo, no sé cuánto, ya solo acertaba a mover la cabeza diciendo no. Entonces los demonios con sotana desaparecían y llegaba ella. Sor Úrsula. Armada con una pequeña navaja, tiraba de mi brazo hasta sacarlo por la reja y me la clavaba por donde podía hasta que llegaba al hueso. Los calambres, el padecimiento, eran insoportables.

—Diles lo que quieren saber, servidora del diablo, díselo.

Ya no tenía energía para escapar de su castigo. Y cuando llenó de cortes mis brazos, empezó con las piernas.

—Pronto llegaré a la cara, maldita bruja. Voy a desfigurarte para siempre.

Pero aquel día, fuera la hora que fuese...

—¡Sor Úrsula!

La diabólica monja dio un respingo y se giró para mirar. Otra mujer vestida con su misma ropa la observaba de pie con ojos horrorizados.

—Pero ¿qué hace?

La torturadora se incorporó y la retó con ojos malignos.

—Imparto justicia.

—Márchese de aquí de inmediato. Y no vuelva a acercarse a esta celda.

—¿Quién lo dice?

—Lo dirá la madre superiora en cuanto la requiera, se lo aseguro. Si se entera de lo que está ocurriendo... No es usted digna de vestir nuestros hábitos. No obstante, prefiero olvidar la aberración que he visto, de momento, si me da su palabra de que no regresará.

La monja me señaló con desprecio.

—Debería estar muerta.

—Eso no debemos decidirlo nosotras. Márchese, le digo; lo que ha estado haciendo es pecado mortal, tendrá que vérselas con el Señor y con su conciencia.

Desaparecieron las dos.

Pero la segunda mujer, la que me había salvado, volvió al cabo de un rato con una palangana de agua limpia y algunos trapos. Abrió la puerta de la celda y se arrodilló a mi lado. Mi mundo se había reducido al tormento insoportable que suponía coger aire con mis pulmones heridos y bajo las sogas de cáñamo, mis muñecas eran dos brechas abiertas que sangraban sin conseguir formar costra por culpa del roce constante. Alguien había detectado el pus que empezaba a brotar y, aprovechando algún desmayo, me subieron las ligaduras a la altura de los codos. La monja me limpió con cuidado la sangre y la porquería de la infección y luego se ocupó de los cortes.

—El Señor nos perdone, el Señor nos perdone... —balbuceaba entre lágrimas.

Acerté a cogerle una mano. Apreté tanto que creo que la asusté.

—Ayú... ayúdeme.

—Guarda las fuerzas, chiquilla, las vas a necesitar. Estás en el infierno.

—Ayúdeme...

No me respondió. Apartó mis dedos, siguió con su labor y cuando la dio por terminada se retiró unos metros y se puso en pie.

—¿Te duele? Sí, claro que te duele. El Señor no nos perdonará, nadie puede perdonar algo así.

Se persignó y abandonó la jaula a toda velocidad. Se llevó consigo un halo de compasión que me hizo mucho bien. Un poco de bondad entre tanto sufrimiento templó mi corazón.

Al cabo de unas horas, puede que un día, o medio, aún no me habían traído las gachas de la mañana, dos curas enormes vinieron a sacarme a rastras de la celda. No llegué a ponerme en pie, me retorcieron los brazos a punto de quebrármelos, fui barriendo el suelo del pasillo con todo el cuerpo y con mis harapos, sin poder ponerme ni siquiera de rodillas.

—Las endemoniadas no caminan. Si las dejamos ponerse en pie nos embrujan.

—No podemos mirarlas a los ojos.

—Deberían quemaros a todas en la hoguera.

Sus frases eran rugidos apuñalando mis oídos. Cerré los ojos con fuerza y me dejé vapulear. Los brazos a punto de romperse aullaban de dolor, pero conseguí mantener una conversación conmigo misma que mantuviese mi cerebro ocupado al margen del terror.

«Sobrevive, Irene, sobrevive».

Me metieron en una sala circular, grande y vacía con un montón de sillas dispuestas formando otro círculo. Estaban ocupadas por los mismos grandes de la Iglesia del primer interrogatorio y en el centro había una especie de bañera enorme. De un brutal empujón me lanzaron contra la tina, me golpeé la cara y caí al suelo casi ciega.

—Preparadla.

Dos curas me arrancaron la ropa a tirones y mi cuerpo malherido quedó expuesto a los ojos de todos ellos. Aunque intenté taparme, parte de mi sexo y uno de mis pechos quedaron al descubierto. Me repasaron con lascivia, de pies a cabeza. Los de las sotanas bordadas en oro se miraron unos a otros con sonrisas asquerosas.

—No podemos negar que el diablo escoge bien.

—Es listo. Más que nadie.

A continuación, los mismos servidores de la fe que sin remordimientos me habían desnudado, aferraron mis brazos y me metieron entera, de cabeza en la tina. Solté un alarido de puro dolor. El agua congelada abrió mi carne igual que un cuchillo. Mi primer intento fue escapar, patear, salir de allí, protegerme del inhumano frío. Pero cada uno por un lado, me empujaron hacia abajo y una manaza abierta sobre mi nuca me mantuvo bajo el agua por más que quise liberarme.

Llegó un momento en que mis pulmones al límite chillaron a punto de explotar. La agonía fue terrible. La muerte, que seguramente ya venía a por mí. Solo me dolía no volver a ver a Carlos. Ni siquiera me preocupaba no entender por qué me habían secuestrado y me torturaban. Mi ángel. No besar nunca más sus dulces labios, no despedirme de él.

Aflojé la resistencia, cerré los ojos abiertos como platos y me dejé ir.

Pero cuando el suplicio iniciaba su descenso al abismo del final, me sacaron de la tina como si fuera un trapo viejo y el aire entró a bocanadas a mi pecho provocándome un dolor más terrible aún.

—Dinos lo que cuenta el libro.

No respondí. Así que volvieron a sumergirme. Me condujeron por segunda vez al borde del precipicio entre la vida y el más allá. Parecían tener perfectamente calculado el tiempo que un ser humano puede sufrir ahogándose sin llegar a morir. Lo repitieron media docena de veces.

—Dinos lo que cuenta el libro y pararemos.

Entonces una palabra, solo una, brotó de mi boca:

—Asesinos...

Me castigaron con otras dos zambullidas y luego me sacaron y me arrojaron de bruces al suelo. Me replegué sobre mí misma, tiritando, todavía ridículamente empeñada en ocultar mi desnudez.

—Hay formas mucho más espeluznantes de hacerte hablar.

—¿A quién proteges? ¿Qué ganas callando, adoradora del demonio?

—Tu señor escribió esos textos para dar a conocer su diabólico mensaje, deberías sentirte honrada de poder transmitirlo.

—Satán te regaló tu don, niña. Úsalo para salvar la vida. Seremos clementes.

Los miré sin ver. Todo mi pelo era una maraña enredada tapando mi rostro.

—Romperá la Iglesia... quebrará sus pilares... Los romperá.

Alrededor todo se volvió negro. Gracias al cielo, perdí el conocimiento y lo que pudieran hacerme dejó de importarme. Por desgracia, desperté en mi jaula envuelta en una sotana usada de tejido áspero y maldije al comprobar que seguía viva.

¿Por cuánto tiempo?

Hubo más interrogatorios. Palizas con toallas mojadas. Hambre, sed. Agua congelada. Ahogamientos. Más palizas. Y al final, segura de que me matarían y de que, si aquellas almas

podridas eran los hombres santos de la Iglesia a la que yo pretendía proteger, no merecía tal defensa, accedí a contarles la verdad. Todo lo que el libro del Génesis me había revelado.

Todo.

Hasta la última palabra.

Carlos

Regresé a Madrid después de siete interminables jornadas con la alegría que mueve el corazón de un chiquillo enamorado. Loco de ganas por ver a Irene y repetirle cuánto la amaba tantas veces que, entre risas, me empujara lejos y me llamara pesado. Eufórico con los buenos resultados del negocio cerrado, pensando incluso en adelantar la fecha de la boda o hacer público ante Madrid y el mundo nuestro compromiso, o...

Para empezar, le compré flores. Un ramo a ella y otro a la tía Inés para no hacerla de menos.

Sin embargo, cuando llegué a la casa Otamendi, Irene no estaba por ninguna parte. Pregunté por ella y todo fueron caras de póker y gestos evasivos. Conociéndola, llegué a pensar que me estaba gastando una broma, pero después de buscarla por toda la casa sin hallarla, empecé a preocuparme y mucho. A la altura del esternón se me instaló una honda punzada que me apretaba. Terminé enfrentándome a mi tía.

—Tía, ¿Irene no está en la casa?

Mi tía pareció contrariarse con mi pregunta directa.

—Mejor deberías interesarte por dónde está tu tío. —Apoyó la mano en mi antebrazo y sonrió satisfecha—. De audiencia con el rey. Poniéndolo al corriente de las buenas nuevas. Todo Madrid celebra a estas horas el éxito de tu misión.

Gruñí algo ininteligible que no la hizo muy feliz. Tampoco se amilanó, los Otamendi, incluso la parte política de la familia, son de sangre caliente.

—Vamos al saloncito, nos servirán café.

—¿Por qué pregunto por Irene y nadie me responde?

—Baja la voz, sobrino, no hace falta que se entere todo el servicio de lo que te traes con esa chica.

—Tía, se lo ruego, dígame qué está pasando. Todo el mundo está raro en la casa.

Con un elegante suspiro de los suyos, mi tía tomó asiento en el tresillo de terciopelo verdoso y se alisó la seda de la falda.

—De acuerdo. Quería ahorrarte el disgusto, pero... Irene se ha marchado.

Me quedé sin habla.

—¿Cómo que se ha marchado?

—Dejó la casa. Sin despedirse, sin dar explicaciones, sin agradecer todo lo bueno que hemos hecho por ella. Me preparó la cama por la noche y por la mañana cuando me desperté había desaparecido. No lo supe hasta mucho tiempo después, claro, cuando la necesité y no acudió. Entonces el ama Engracia tuvo que explicarme la situación.

—¿Qué situación?

Mi tía pareció impacientarse. Yo me removía nervioso en mi asiento y el latido de mi corazón se había acelerado de un modo peligroso. Ni siquiera el aire me llegaba a los pulmones.

—Tómate el café, sobrino, y cálmate.

—¡No quiero café, tía! ¡No quiero café! ¡Y tampoco voy a calmarme! Todo esto es muy extraño, ¿es que no lo ve?

—Lo que veo es que no es nada que no haya ocurrido ya antes, en otra casa, con otro miembro del servicio. Se lo habrá pensado mejor, estas muchachas son así, de repente se les cruza por delante algo que piensan les solucionará la vida y se despiden...

—¿Qué está tratando de insinuar?

—Esa chiquilla, por muy testaruda que sea, es consciente de que su historia contigo no tiene ningún futuro. Habrá encontrado otro mozo, alguien de su clase que le habrá prometido sabe Dios qué. Y ha tomado su decisión. No podemos culparla.

Le dirigí una mirada furiosa. Algo que jamás hice en los años que tenía.

—¡Irene no es así!

—No, claro. Irene es especial, es un ángel caído del cielo.

—Puede reservar las ironías para mejor ocasión, tía, sería de agradecer. Irene y yo estamos enamorados.

Mi tía hizo un imperceptible gesto de desdén con las cejas.

—Y vamos a casarnos.

Se persignó escandalizada.

—¡Dios nos asista!

—Así que no me creo que desaparezca así, de la noche a la mañana y sin razón.

—¿Estás completamente seguro de que no había otra persona... por ahí?

—Se está refiriendo a otro hombre. Y no. Desde luego que no lo había.

La tía Inés se ocupó de su café por un minuto. Mientras yo me retorció las manos de desesperación, sus labios pasearon por el borde de la taza y se mojaron con el líquido oscuro.

—Pareces muy seguro de la correspondencia de esa chica.

—Quizá sea porque lo estoy.

—Sospecho que no acabas de creer lo que te cuento; puedes indagar entre el servicio, si lo prefieres. Aunque sinceramente, te agradecería que nos ahorraras el deshonroso bochorno...

Me puse en pie de un salto y de tres zancadas alcancé la puerta.

—Desde luego que lo haré. Tengo que encontrarla.

—Buena suerte. No obstante, pon a buen recaudo tu pobre corazón enamorado. Es un consejo... Solo por si acaso.

La cocina sin Tomasa parecía un reino sin corona. Se echaba de menos a aquella mujer sonriente y encantadora que llenaba de calidez los rincones, manejando con soltura sus pucheros. Ella me habría sabido informar de lo que pasaba y, fuera lo que fuese lo que contara, yo la habría creído sin pestañear. Pero Tomasa seguía ingresada en el hospital, luchando por su vida contra la gripe. Detestaba tener que tratar aquel asunto con el ama de llaves pero no me quedaba otra. Ya había interrogado a todo el mundo, incluido el mozo de cuerdas de la casa Otamendi.

—Ama, ¿dónde está?

—¿La niña Irene? —Se hizo de nuevas—. Ya le dije, no sabemos nada de ella desde antes de

primeros de semana, fue visto y no visto. Salió con una excusa a hacer recados y nunca volvió.

—¿Se llevó sus cosas?

—En su cuarto no queda nada. Ni ropa ni enseres personales. Tampoco sabemos cómo ni cuándo las sacó, se ve que lo tenía bien planeado.

En ese momento, Milagros atravesó la cocina y se me quedó mirando con gesto compungido. Fue una sensación fugaz, como un relámpago, pero en la boca del estómago se me clavó la impresión de que quería decirme algo. Cruzamos un segundo las miradas y volví a concentrar mi atención en Engracia.

—No habrá enfermado y me lo están ocultando, ¿verdad? —aventuré.

El ama sacudió con brío la cabeza.

—Le aseguro, don Carlos, que la última vez que le puse el ojo encima, esa muchacha estaba sana y linda como una rosa.

Hundí las pupilas en el suelo. Abatido y confuso.

—Es raro que no haya dejado siquiera una nota... Estamos todos muy decepcionados. Empezando por su tía, desde luego, que la honró con tantas oportunidades... ¿A dónde va, señor?

—Al hospital de la gripe.

—¡Tenga cuidado! ¡La enfermedad sigue siendo muy contagiosa...!

El ama Engracia se quedó sola, gritando en la cocina, mientras yo volaba a recoger el sombrero y a lanzarme a la calle a la desesperada. Movería cada adoquín de Madrid.

Levantaría las vías del tren con mis manos si era preciso, pero daría con Irene.

El ambiente en el hospital de la gripe era deprimente. El número creciente de fallecidos por culpa del virus, demoledor. Me entrevisté con el director y lo obligué a revisar los registros de ingresos correspondientes a la última semana, solo para asegurarme de que ni Irene ni nadie que se correspondiera con su edad y características, había llegado. No encontramos nada, pero aproveché para visitar a Tomasa, que poco a poco recuperaba la salud, aunque había perdido muchos kilos y el brillo de sus ojos negros.

—Ay, señorito, pero qué locuras comete usted... Mira que venir hasta aquí, a verme... exponerse de este modo...

—No pasa nada, Tomasa, quería asegurarme de que sigues bien y de que pronto volverás a casa. La familia te echa de menos.

La mujer se puso del color de las cerezas.

—¿Y la Irenita?

Sentí un puñetazo horrible en mitad de las tripas. Hice lo que pude por sonreír, aunque creo que solo dibujé una fea mueca.

—Bien, todo bien. Esperándote con ansia.

Le besé el dorso de la mano y literalmente huí antes de que notase mis ojos húmedos.

¿Qué paso dar a continuación? La pavorosa idea que cruzó por mi mente medio embotada me llevó a revisar los registros de fallecimiento por gripe y otras causas de la última semana. Tampoco arrojó ninguna luz, en parte, todo un consuelo.

Regresé a casa y sin pararme a pensar en qué dirían las criadas, bajé al cuarto de Irene. Su cama estaba sin deshacer. Abrí de par en par su armario. Estaba vacío. Nada quedaba allí que

recordara su paso ni su presencia. Era como si la mujer que me insuflaba ganas de vivir nunca hubiera existido. Salvo...

Metí la mano debajo del colchón y la moví de un lado a otro. Allí solía esconder ella sus tesoros, allí escondió un día la plata que pensaba llevarse cuando huyera. Y allí, envuelto con amor en mi pañuelo, estaba la sortija de diamantes de mi madre con la que me había declarado.

Me puse en pie, la joya en la mano, más bloqueado que nunca. Irene jamás se habría marchado sin el anillo. Y si lo que planeaba era abandonarme por otro, nunca se habría olvidado de un objeto que, de venderlo, podía permitirle vivir con desahogo durante años.

No.

«¿Dónde estás, mi vida? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde te escondes?».

Me encerré en la biblioteca con mi hallazgo en el bolsillo y el pecho estrangulado de dolor. Dándole vueltas a lo que haría a continuación, más bien a mis pocas opciones. Irene no tenía un hogar, ni siquiera apellidos y que yo supiera, tampoco amigos. No estaba en la casa, ¿cómo localizarla?, ¿dónde buscarla? Dejé caer desalentado la cabeza y mis dedos desordenaron mi pelo. Empezaba a rozar la desesperación, la veía cerca, tanto que me quemaba. Aquello era un maldito callejón sin salida. Y entonces...

Entonces recordé el veloz cruce de miradas con aquella moza, la sobrina del ama de llaves, Milagros. Bajé como una exhalación a la cocina y sin dar detalles ni preguntarle a nadie, di vueltas hasta localizarla en el patio trasero, tendiendo la colada del día.

—Milagros.

Sería sorda, pero la llamé por la espalda y se giró enseguida. Palideció al verme. Las enaguas que sujetaba con la punta de los dedos resbalaron y cayeron al suelo. Los dos nos agachamos al mismo tiempo para recogerlas. Aproveché ese momento de improcedente cercanía para susurrarle al oído.

—Necesito que me ayudes.

Milagros me observó con los ojos abiertos y un pánico atroz reflejado en ellos.

—Milagros, no puedo confiar en nadie más —alegué a sabiendas de que inventaba mentiras para halagarla y ponerla de mi lado. El truco dio resultado, la chiquilla asintió—. En esta semana que yo estuve fuera... ¿vino alguien a visitar a mi tío? Me refiero a alguien importante.

—Lo... normal, señor. Los mozos... gente de la Compañía...

—Al margen de la Compañía, gente que no estuviera relacionada con la empresa ni con la construcción del ferrocarril.

La muchacha se encogió de hombros. Casi podía oír los engranajes de su cabeza corriendo y engarzándose unos con otros, a la búsqueda de respuestas.

—Se refiere usted... ¿al señor obispo?

¡Sí!

—¿El señor obispo vino a visitar a mi tío? ¿Cuándo?

—Hará unos cuatro... puede que cinco días. No lo recuerdo bien, señor.

Agarré la cabeza de la moza con las dos manos y estampé un sonoro beso en su coronilla.

—No le digas a nadie que has hablado conmigo. A nadie. Ni siquiera a tu tía.

Salí de estampida con un considerable alivio corriéndome por el cuerpo. Sabiendo lo que sabía acerca del contenido del libro, siendo Irene la única que podía leerlo y el peligro que aquello representaba para la Iglesia... El Obispo. Claro que sí. Todo encajaba.

Irene

El Génesis no habla de Dios. No lo menciona. Hace referencia a «lo Todopoderoso». A «lo que crea». Sin distinguir género ni sexo porque lo Todopoderoso está por encima de distinciones y no es ni hombre ni mujer.

Creó el cielo y las estrellas, creó el firmamento, los animales, los océanos y todo lo vivo que respira. Y nos dice la Biblia que creó a la pareja de la que todos descendemos: Adán y Eva. Al Hombre primero y a ella después, para que lo acompañara. La mujer, secundaria y menos valiosa, un mero complemento nacido a partir de una costilla del hombre.

Pero no es así. Nunca lo fue.

Lo Todopoderoso creó al humano a su imagen y semejanza. Por eso la creó a ella. A la Diosa. La Mujer, capaz de crear vida, es el único ser a imagen y semejanza de lo Todopoderoso que crea. Ese era el signo distintivo que los hombres de la Iglesia ocultaron para asegurarse de que el varón ocupaba el primer lugar. La Diosa, en paridad de condiciones con lo Todopoderoso, ambos imagen y semejanza del único origen de todo lo que vive. Y para proteger a la Diosa, lo Todopoderoso creó al Hombre.

Él se llamó Adán. Ella ya se llamaba Luzbel, la luz más bella, cuando él llegó.

Pero la arrogancia de Adán resultó ser imprevisible y sus exigencias, una sorpresa. No aceptó el segundo lugar, siempre quiso estar a la misma altura de la Diosa o por encima y, cuando yacían, para disfrute de ella y creación de la humanidad, pretendió someterla bajo su peso. La Diosa se negó a tal humillación y Adán urdió una trama de mentiras para desacreditarla a ojos de lo Todopoderoso.

El pecado. La tentación. La serpiente, el engaño. De todo se la culpó. Y en consecuencia, solo ella fue expulsada del Paraíso.

La Luz Bella, la Diosa, el ser angelical más puro y más hermoso. La inocente creadora culpada por injusticia.

La Eva de que nos hablan las Sagradas Escrituras nunca existió. Es Luzbel, siempre fue ella, Luzbel, la repudiada. La que cargó con un signo de maldad que jamás mereció. Leyendas abominables tejidas en su contra por los seguidores de Adán. La Diosa, la Señora relegada a las sombras, la Señora nombrada reina de la oscuridad. La luz más bella exiliada en las tinieblas. Diosa en las sombras: Lucifer.

Jesús no vino a la tierra a redimir a los humanos de un pecado original que no se cometió, vino a limpiar la memoria de su madre, de la mancha inmerecida, de una desobediencia que nunca fue. Y lo hizo de la mejor manera que supo: nombrando a una mujer, su mujer, cabeza de

su Iglesia. María Magdalena, a la que luego los varones seguidores del Hombre se encargaron de enterrar de nuevo. Que desapareciera hundida en el descrédito y el deshonor.

Prostituta, pecadora, ser manchado que debía arrepentirse por todo lo cometido, hasta por existir.

Una vez más, la historia se repetía.

Esta es la única verdad de una lucha eterna. ¿Ángeles y demonios? ¿El bien y el mal? ¿El cruel destino de dos seres privilegiados que no supieron convivir? Nunca Lucifer fue la encarnación del mal, sino Adán el arrogante. Porque de Adán viene el nombre de Satán.

Muchos pueblos antiguos conocían la verdad de estos textos repudiados y veneraban a la Diosa. Sin embargo, su culto y su realidad fue borrada también de la faz de la tierra. Los hombres poderosos se encargaron de que su legado no sobreviviera. La propia orden de los Caballeros Templarios, depositarios y custodios de esta verdad y del linaje de la Diosa, fueron exterminados por orden de un rey.

No van a permitir que se sepa, no lo permitirán porque supondría aceptar que el papel en tinieblas al que la mujer fue relegada desde los orígenes de la humanidad no es más que una injusta farsa. Y admitir que Lucifer es víctima del mal y el terror, no la causante del mismo, la peor blasfemia.

Es palabra de Diosa. Alabada seáis, mi Señora.

No sé de dónde saqué fuerzas para completar el relato. Es cierto que me habían vestido y trataron de alimentarme, aunque era incapaz de tragar; la sopa caliente resbalaba desde mis labios inertes al suelo nada más metérmela en la boca, mojando mi cuello y la túnica parda con la que cubrieron mi desnudez.

Cuando acabé, perdí la energía que de un modo casi milagroso impregnó mi sermón. Dejé caer la cabeza y me pregunté cuánto tardarían en asesinarme ahora que ya tenían lo que ansiaban. No había más que leer el horror en sus ojos, su reacción ante lo que acababa de desvelarles, para adivinar que las cosas seguirían como desde los confines de los tiempos.

Ocultas. Negadas. Igual.

Mentira.

Desde que descubrió a la ocupante de la jaula y a Sor Úrsula torturándola malévolamente con su pequeño cuchillo, Sor Raimunda, Clara Zúñiga antes de tomar los hábitos, no lograba conciliar el sueño. Sus noches estaban plagadas de monstruosas pesadillas. Sus días, de sospechas, terror y compasión. Todo empeoró tras ser testigo involuntario de la confesión de la desgraciada interna. Una muchacha en perfecto estado de salud, ingresada en el sanatorio so pretexto de una enfermedad mental que no sufría, salvajemente maltratada. Como parte de su piadosa labor en el manicomio, la obligaron a ella y a otras cinco monjas, a estar presentes como testigos cuando la moza del pelo rojo desveló el contenido del libro enterrado.

Sor Raimunda creyó que se desmayaría al escuchar aquello. Ignoraba de dónde sacó las fuerzas para mantenerse en pie, tiritando con violencia. Sin embargo... todo tenía tanto sentido. Su corazón le gritaba que era cierto, que la historia que guardaba aquel libro oculto, aquel Génesis vilmente apartado del conocimiento humano, era la divina verdad por tantos siglos negada. Los incontables esfuerzos de ciertas órdenes religiosas por condenar lo femenino, el papel de la mujer siempre en las sombras, la historia retorcida, mal contada, los secretos Templarios, santa María Magdalena, los mensajes de los sabios antiguos encriptados en sus cuadros... Cada palabra, cada letra sonaba a verdad, a certeza absoluta, aunque el mundo la repudiase.

No sería así por siempre. Las mujeres se encargarían de que eso no sucediera.

Pese al voto de silencio que amordazaba a las cinco religiosas presentes, los rumores se extendieron pronto por la congregación, eso sí, sin traspasar los muros del manicomio; las reacciones se dividieron entre las reacias a creerlo y las que, como Sor Raimunda, oían la historia como un eco ya conocido que simplemente, resonaba en su alma.

Nadie hablaba porque el deber de todas era el silencio. Pero los ojos de muchas reflejaban un nuevo brillo, la perspectiva de un nuevo futuro más prometedor. La razón, que el secreto que no debía desenterrarse, ahora les pertenecía.

Carlos

Era evidente que el reverendísimo señor Obispo no esperaba mi visita, a juzgar por su gesto atónito. Y también que encontrarme sentado junto a su mesa no lo hizo feliz. Torció el gesto, frenó su animada marcha y el color se retiró de su enjuto rostro.

—¡Joven Otamendi!

Me puse en pie para besar su mano como correspondía.

—Reverendísimo señor...

—Tome asiento, se lo ruego, tome asiento. —Él hizo otro tanto—. Va a tener que disculpar a estos viejos huesos míos que ya no soportan como antes el ajetreo de una jornada completa. ¿Qué se le ofrece?

—Iré directo al asunto, si me lo permite.

Levantó un dedo para que callase y prefirió interrumpirme y pedir café. Un joven novicio se encargó de servirnos sin apenas separar los ojos de las pulidas baldosas del suelo. Yo no despegué los labios hasta que volvimos a quedarnos a solas.

—He venido para preguntarle dónde está Irene.

La expresión plácida del obispo no varió un ápice.

—¿Irene? ¿Quién es Irene? ¿Debería... conocerla?

—Desde luego que sí, reverendísimo señor. Ustedes se la llevaron de la casa Otamendi.

—Nos la llevamos. ¿Puedo saber a dónde?

—He venido hasta aquí para que sea usted quien me lo diga.

—No me lo tome a mal, joven, pero sigo sin saber de qué me habla.

—La muchacha pelirroja que se llevaron de mi casa y el libro desenterrado en las obras de Tirso de Molina. ¿Le refresca eso la memoria?

Quizá fue la hostilidad contenida en mi tono, o su dificultad para mantener la pose de indiferencia. El caso es que después de degustar un sorbito de café, el obispo me miró con cierta franqueza.

—Entiendo que me visita porque la situación de su familia le preocupa y lo entiendo. Es un tema, en verdad, delicado.

—¿Dónde está?

—Es posible que diera ciertas instrucciones de traslado, bajo determinadas circunstancias sería capaz de reconocerlo, pero quiero que sepa...

—¿Dónde la tienen?

El obispo puso los ojos en blanco.

—Quiero que sepa que lo hice pensando en su familia, en los lazos de afecto que me unen a su tío, bien conocido benefactor de esta diócesis...

No hizo falta que lo amenazara de nuevo. La dureza de mi mensaje al mirarlo bastó.

—De acuerdo, de acuerdo. Verá, su tío vino a visitarme porque el comportamiento de una de las chicas del servicio resultaba..., digamos perturbador. Esa desafortunada muchacha está desquiciada, tuvimos ocasión de comprobarlo. No es extraordinario entre la gente que se cría en la calle, entienda que no hay modo de saber quiénes fueron sus padres, bien pudieron estar locos de remate.

Apreté los puños hasta que las uñas se clavaron en la carne de mis palmas. Las pupilas nerviosas del religioso descendieron por mi brazo hasta advertirlo.

—En cualquier caso, se trataba de una demente peligrosa que bajo ningún concepto podía seguir conviviendo con una familia respetable. Hubo que tomar medidas... drásticas.

—¿Como cuáles?

—Su internamiento, es evidente.

Salté de la silla como impulsado por un resorte.

—¿Me está diciendo que la han ingresado en un manicomio? ¿Es eso lo que intenta decirme?

—Pero ¿por qué se altera tanto, joven Otamendi? No es más que una vulgar criada...

Di vueltas por la sala como una fiera a punto de atacar para sobrevivir. También puse todo mi empeño para que mi mirada fuese impenetrable.

—Es la mujer a la que amo —siseé con ira.

—¡Dios misericordioso! ¡No diga eso!

—¡Es la verdad! ¡No voy a ocultarla!

—Pero tenga en cuenta su apellido, lo que se espera de alguien de su posición.

—Viviré mi vida como yo decida. Y no hay más.

—Pero usted debe casarse...

—Con alguien que haga latir mi corazón, reverendísimo señor. Y con todo el respeto, no espero que usted lo entienda.

El obispo guardó obstinado silencio. No retomó el café. No respiraba casi. Tampoco me miraba. Trenzaba nervioso sus dedos y analizaba con cuidado qué decir a continuación.

—¿Quiere saber cuáles son realmente los motivos de la alteración en esa muchacha?

—Dudo que los haya.

—¡Los hay! ¡Está endemoniada!

—¡No diga barbaridades! La conozco muy bien, Irene es una muchacha piadosa, dulce y buena.

—¡La voz del Señor habla por mi boca! ¡Esa chiquilla necesita un exorcismo...!

Me incliné furioso hacia el obispo y le metí un dedo entre las cejas espesas.

—Se lo advertiré solo una vez, reverendísimo señor, estoy dispuesto a acabar con quien me impida recuperarla.

—¿Está osando amenazar de muerte a algún humano? —ladró agudo.

—A quien corresponda, tal y como ha oído.

—Entonces yo me encargaré de que lo excomulguen y de que toda su familia sea destruida. El legado de su apellido rodará por los suelos. Las consecuencias de defender a una servidora de Satán son radicales en lo que se refiere a la santa Iglesia.

—No se atreva a desafiarme.

—No lo haré yo. Será el Papa y la Iglesia de Roma quienes lo hagan.

Tomé mi sombrero de un brusco tirón.
—Eso lo veremos. Amen.

Envuelto en una nube de furia, salí al abrupto calor de las aceras. Madrid se caldeaba con la cercanía del verano y por dentro, yo ardía. Ahora no albergaba dudas de que el obispo andaba detrás de la desaparición de Irene. Él mismo lo había confesado y estaba convencido de que no mentía; no fue un farol ni una amenaza velada, el obispo me había gritado su triunfo a la cara, entre todos se habían confabulado para que yo la perdiera.

Pero si algo palpitaba en mi pecho bien fuerte, era la venganza. Y la decisión de que la rescataría. Como fuera y de donde fuese, la salvaría de aquella gente diabólica y me la llevaría lejos, donde nada ni nadie pudiese dañarla.

Vagué por las calles sin prestar atención a mi itinerario, entrando y saliendo de los callejones a placer, pendiente solo de ordenar mis pensamientos, buscando un cabo suelto que hubiese pasado por alto, que me permitiera tirar y llegar a tierra. En varias ocasiones tuve la sensación de unos pasos a mi espalda, demasiado cerca. Pero no me entretuve en girarme a averiguar: parte de mi cerebro, la que hacía funcionar las alertas, estaba semidormida, rebobinando una y otra vez las palabras del obispo, sus acusaciones, el modo despreciativo y hasta cruel en el que se había referido a Irene...

«Irene, mi amor, aguanta. Te voy a encontrar, te lo juro, te lo juro por mi vida».

Carlos

Después de casi dos horas, alcancé la fachada de la casa Otamendi y la presión de una energía que no era la mía demasiado cerca, volvió a palpar con tal fuerza, que con la llave en la mano, junto a la puerta, miré por encima del hombro. Una monja. Era tan solo una monja bastante joven con un montón de estampitas del Sagrado Corazón de Jesús en la mano, mirándome con timidez.

—¿Vive usted aquí? —preguntó ante mi ademán inquisitivo.

—Así es —respondí cauteloso.

—¿Y se llama por casualidad Carlos Otamendi?

—El mismo, hermana, ¿qué se le ofrece?

—Me envía Sor Raimunda, del manicomio de mujeres...

Esa referencia me hizo perder la cabeza.

—¡Tenemos que hablar! —exigí con angustia.

Ella oteó con nerviosismo los alrededores.

—Sí, pero no aquí, podrían vernos. Cómpreme una estampita de nuestro buen señor Jesús. —Mientras yo sacaba la cartera del bolsillo de mi chaqueta, ella escogió una estampita en particular y me la entregó—. En el reverso encontrará la dirección a donde debe ir esta noche. Vaya solo, señor, y no hable de esto con nadie.

Con gestos torpes por culpa del nerviosismo, al menos en mi caso, nos intercambiamos dinero y cartulina. Me apresuré a quitarla de la vista escondiéndola en la cartera. La monja dio media vuelta dispuesta a desaparecer.

—¡Oiga!

Dejó de caminar pero no giró la cabeza.

—Dígame, señor.

—¿Está... está bien?

—Eso... no puedo decírselo. Venga esta noche. A las doce.

Me refugié en el frescor de la casa Otamendi con una espantosa niebla en la mente. Tenía la cabeza como rellena de lana, mil ideas confusas que iban y venían impidiéndome pensar con claridad. Pedí un café bien cargado, me encerré en mi gabinete donde nadie pudiera molestarme, y cerré la puerta por dentro. Si salía, aunque fuera al pasillo, enfrentarme a mi tío sería inevitable y no quería que algo así pasara. Mi corazón y mi razón peleaban duro en una batalla de emociones contradictorias. Lo respetaba y lo quería, era el hombre que me había criado igual que

a un hijo desde que mis padres desaparecieron. A todos los efectos, mis tíos, Antonio e Inés, eran unos segundos padres, casi los únicos que había conocido y me constaba que cualquier mala decisión tomada, habría sido impulsada por una buena intención. Lo que ellos creían que sería mejor para mí, para el apellido Otamendi, para todos. No había maldad en sus actos, de eso estaba seguro, pero poner a Irene en manos de aquella gente era algo imperdonable. Hacerla pasar por loca habría sido, seguramente, idea del obispo, sin intervención de mi tío y conociéndolo, debía de andar mortificándose, arrepentido hasta el tuétano de los huesos por tantos errores cometidos.

Pero si me lo topaba de frente, no sería responsable de mis actos. A aquellas alturas, ya sabía que mis días en la casa familiar estaban contados y no quería guardar un recuerdo amargo de mi segundo padre, tumbado en el suelo a causa de mis puñetazos, con el labio partido, sangrando, y la vergüenza pintada en la cara. No. Mejor evitarnos. Solo debía permitir que pasaran las horas y acudir a la cita.

Saqué la estampita de mi cartera y repasé las líneas garabateadas deprisa. La cripta de la vieja iglesia de Santa María de la Almudena, en obras de ampliación para convertirse en la futura catedral de la capital del reino. ¿Qué podría haber allí que me interesara? Seguro que no tenían a Irene retenida en una cripta. La impaciencia me carcomía por dentro, los minutos no avanzaban y hasta en tres ocasiones, mi tía Inés llamó a la puerta de mi gabinete sin que yo me decidiera a responder siquiera. Tras la tercera intentona, se dio elegantemente por vencida y no regresó.

La medianoche quedaba aún tan lejos... Malgasté mi tiempo contemplando el anillo de mi madre, ahora anillo de compromiso de mi futura esposa, imaginándolo en su dedo tal y como lo vi el día de mi declaración formal. Volví a oír su risa cantarina, su pelo rojo ondeando al viento, el brillo hermoso de sus ojos verdes, la crema de su dulce piel estremeciéndose bajo mis manos. Lloré a solas. Maldije. Perdí la razón y la volví a encontrar. Tenía que prepararme en todos los sentidos para lo que se avecinaba. Tenía prisa pero, sobre todo, tenía miedo.

Por fin, el ajetreo de la casa cesó, cada cual se marchó a descansar y los relojes dieron once campanadas. Cada una de ellas retumbó en mi alma. Era el momento de salir. Noté el corazón acelerarse, se me secó la boca y mis manos se humedecieron. Tomé un buen abrigo y salí sin hacer ruido.

Caminé mucho, entre calles desiertas, arrepintiéndome a cada paso de no haberme agenciado un arma que, bien pegada al costado, me transmitiera valor. Si por proteger a Irene me veía obligado a disparar y matar, no lo dudaría un instante. Algo que jamás antes se me habría pasado por la cabeza; el amor nos cambia, nos vuelve otro, es muy cierto. Sin embargo, a mí me compensaba, yo era mejor persona desde que la conocía a ella.

La antigua iglesia había sido parcialmente demolida y las obras se hallaban muy avanzadas. Pronto, Madrid dispondría de una nueva y fastuosa catedral. La cripta estaba justo debajo y la habían mantenido intacta, famosa por su mar laberíntico de columnas en el que en un santiamén, podías perderte. No fue complicado dar esquinazo a los dos vigilantes, relajados en exceso, que se dedicaban a fumar y a compartir charla en lugar de mantener el ojo avizor. Me escabullí buscando las escalinatas de bajada y antes de iniciar el descenso, sin meditar lo que hacía, suspiré y le pedí ayuda a la diosa.

«Luzbel, ayúdame, ayúdanos. Protege a Irene, dale fuerzas hasta que llegue».

Yo solo recordaba haber bajado a la cripta una vez, de niño, de la mano de mi tío Antonio, que vivía fascinado por la obra de ingeniería que albergaba. Recuerdo haber pasado

horas en aquel bosque de piedra escuchando sus emocionadas explicaciones. Ahora, en absoluta penumbra, imaginando cómo estaría Irene, recibiendo el golpe de ruido de cada uno de mis pasos, no me sentía precisamente dichoso.

Oí chistar desde un rincón. Frené mi marcha y aguardé. En efecto, en pocos segundos, el sonido se repitió desde el mismo ángulo. Miré por encima de mi hombro, pero la oscuridad no me permitió distinguir nada, solo un bulto que empezaba a agitarse.

—¿Señor Otamendi?

—¿Hermana?

—Por aquí, sígame.

Seguí sin vacilar la dirección que marcaba la voz. Mi prudencia pudo decirme que estaba metiéndome en la boca del lobo, que todo aquello podía ser una burda trampa, pero no lo hizo: estaba demasiado desesperado por rescatar a Irene de donde quiera que estuviese. Ya cruzaría el puente de salvar la vida cuando llegase a su borde. La desconocida que decía ser monja caminó hasta la capilla de la Virgen de la Flor de Lis, como si flotara sobre el suelo.

—¿A dónde me lleva?

—Al pasadizo.

—¿Pasadizo? ¿A dónde conduce?

—A los sótanos del manicomio. No tema, señor, confíe en mí.

Después de persignarse como si suplicara permiso, miró a un lado y otro para asegurarse de que estábamos solos y empujó con fuerza la parte central del cuadro. Se oyó apenas un chasquido seco y una especie de trampilla, por la que calculé apenas si entraría mi corpulento cuerpo, se abrió en un lateral retirado de la vista. Ella se apresuró a entrar, yo a seguirla, y en cuanto estuvimos dentro, la trampilla se volvió a cerrar. Apenas se veía en un tibio resplandor que ignoraba de dónde provenía.

—¿Quién es Sor Raimunda? —susurré transcurrido un buen rato de caminata.

El aspecto liso de las paredes cedió espacio a otro mucho más descuidado, para terminar siendo simplemente piedra. Creció la oscuridad y el nauseabundo olor a moho. Aquella frágil mujer se movía con una rapidez inusitada y aunque el pasillo era tan estrecho que abriendo los brazos se controlaba su anchura, me daba aprensión ir avanzando casi en completa oscuridad.

—Una hermana compasiva que vela por la elegida.

—Disculpe... ¿La elegida? ¿Habla de Irene?

—La muchacha del pelo rojo.

—¿Por qué la llaman elegida?

La diminuta monja se detuvo, sacó una vela gruesa de entre sus hábitos y le prendió fuego. De inmediato, un cono de luz cálida iluminó nuestro camino. Mis ojos, acostumbrados a la negrura, parpadearon molestos. A partir de allí, el corredor se ensanchaba y se hacía evidentemente peligroso si no iluminabas. Era evidente que mi guía conocía muy bien los entresijos de aquel túnel.

—Hasta ahora es la única capaz de leer los textos de la Diosa. Si eso no es estar tocada por la mano divina, dígame qué otra cosa puede ser.

—¿Se encuentra... bien?

Yo tardé en formular la pregunta, porque temía la contestación. Ella se tomó su tiempo para responderla.

—No han sido muy piadosos con ella.

Traté de no imaginar lo que aquello suponía.

—Pero ¿está viva?

—Sí, no se preocupe.

Tenía un nudo intenso en la garganta y toda la pena del universo concentrada en el corazón. Preferí mantenerme callado después de aquello; centrándome en caminar, llegar cuanto antes y decidir, sin lograrlo, cuál sería mi reacción al ver a Irene. El obstinado silencio de la monja me empujaba a pensar lo peor. Fueron casi cuarenta y cinco minutos de marcha, debíamos de estar cruzando medio centro de Madrid, solo Dios sabía por dónde. Finalmente, el pasillo volvió a estrecharse, nos llevó al pie de una escalinata y al fondo de la misma, nos recibió una puerta desvencijada que parecía tener mil años.

La monja me miró consternada antes de abrirla.

—Contenga sus instintos, se lo ruego.

No comprendí muy bien la intención de su advertencia hasta que me interné en el edificio al que llamaban manicomio. Estaba casi en ruinas. El ambiente era pesado y hediondo. No era únicamente humedad, olía a excrementos humanos, a sudor, a sufrimiento. En un par de ocasiones, mientras avanzábamos por entre paredes desconchadas y techos a pique de desplomarse, hasta nuestros oídos llegaron unos alaridos seguidos de largos lamentos, que consiguieron ponerme la carne de gallina. Era como si descuartizaran a alguien. La monja no interrumpió su avance.

Alcanzamos una zona de jaulas para animales, como caballerizas abandonadas, donde todos los olores nauseabundos del edificio se concentraban. Un laberinto de celdas pequeñas, oscuras y, con solo dos excepciones, vacías. En la primera jaula me sorprendió ver a una anciana de rodillas, golpeándose la cabeza con la piedra de la pared. Nadie se lo impedía. Al vernos pasar detuvo su enfermiza ocupación y me miró sin verme. Una enorme brecha le cruzaba la frente y sangraba sobre los ojos. En cuanto pasamos de largo, la mujer prosiguió con su lenta matanza. El resto de las jaulas estaban vacías hasta que al principio del corredor...

—En silencio, señor —me rogó la monja con voz temblorosa.

El corazón quiso salirse del pecho en cuanto reconocí la espesa cabellera de fuego desparramada por el suelo, y las dulces curvas de Irene desmadejadas en un bulto informe. La mujer que me acompañaba sacó una llave de hierro de entre los pliegues de su túnica, trasteó la cerradura y se apartó a un lado antes de que yo, con toda mi energía al entrar, la arrollara.

Fue como si una espada de hielo me atravesara de lado a lado y me cortara por la mitad. Caí de rodillas junto a mi amada y con unas manos que temblaban con violencia busqué su cara entre la maraña de pelo rojo. Había perdido el conocimiento, tenía los ojos cerrados, y su hermosa piel blanca estaba llena de sangre seca y magulladuras. Tenía partidos los labios y una espantosa inflamación en uno de los párpados. Las uñas rotas y el vestido, que no era suyo, mugriento y destrozado.

—Por amor del cielo... ¿Qué te han hecho?

La apreté contra mi cuerpo, sentí su tenue respiración y lloré. No me importa confesarlo. Habría necesitado soltar toda la presión con un grito inhumano, pero no podía permitírmelo. La acuné jurando que la vengaría. Estaba viva, pero ¿a qué clase de torturas la habían sometido? Mataría con mis propias manos a todo el que se hubiera atrevido a tocarla. Lo juré por mi honor.

Y entonces...

Fue un golpe brutal directo a la parte posterior de mi cabeza. Caí de bruces enredado en Irene, tan privado de sentido como ella.

Cuando Carlos Otamendi recuperó el conocimiento, lo primero que buscó, por instinto, fue a Irene. Estaba justo donde la había dejado. Con los ojos cerrados, más pálida y fría si cabe. Él tardó en aclarar su visión, alrededor todo era niebla y destellos luminosos que no se correspondían con ningún foco de luz real. A la terrible sensación de náusea se sumaba el penetrante dolor en el cráneo. Se llevó la mano al pelo húmedo y la apartó manchada de rojo.

¿Quién lo había golpeado por la espalda? ¿La monja? La agresión había sido demasiado violenta para provenir de alguien tan endeble...

No. No había sido ella. La pobre mujer que lo había conducido hasta allí, seguramente arriesgando su vida, yacía en el suelo a poca distancia con la garganta abierta de extremo a extremo. Carlos reptó hasta ella para comprobarle el pulso, sabiendo ya de antemano de lo inútil de su gesto. Nada que hacer, estaba muerta. Reculó horrorizado, controlando a duras penas las ganas de vomitar y el mareo. De momento, solo lo mantenía erguido la rabia, pero pronto las fuerzas lo abandonaron; se acomodó junto a Irene, protegiéndola con su propio cuerpo y, un puñado de segundos más tarde, había vuelto a desmayarse.

Sor Raimunda ya conocía el aciago destino de la pobre hermana que accedió a ayudarla y solo pudo rezar por la salvación de su alma y porque en la otra vida, su valiente sacrificio fuera premiado. No había conseguido sacar a Irene del manicomio y ahora, el problema se había engrosado con la presencia del joven Otamendi. Otro prisionero, este ilustre, con el que los altos rangos eclesiásticos no sabían qué hacer.

—Deberíamos eliminarlo.

—¿Ha perdido el juicio, padre? Se trata de un Otamendi, no es un desharrapado de la calle del que podamos prescindir sin consecuencias.

—La gente rica también sufre desgraciados accidentes, son víctimas de atracos... No se limite, hay muchas formas de despellejar un gato.

—Es demasiado peligroso. Don Antonio Otamendi ya ha venido al obispado a interrogarme.

—Le habrá negado saber nada...

—¡Por supuesto que se lo he negado! El caso es, ¿me habrá creído? ¿Y cuánto tardará en presentarse de nuevo, acompañado de la policía?

—Al manicomio de mujeres no van a llegar, ni siquiera nos relacionan con esta institución, reverendísimo señor, pierda cuidado.

—Se equivoca. Los Otamendi son tan testarudos como poderosos y ese joven es el único heredero de la fortuna de toda la familia, no van a olvidarse del caso con tanta facilidad, no

tendremos tanta suerte. Don Antonio es consciente de que su sobrino andaba buscando a la muchacha. Si la encuentra a ella, lo encontrará a él.

—Razón de más para deshacernos de los dos y que nadie se tope jamás con sus cuerpos.

Tras esa conversación en murmullos, la caída del silencio como prueba de que el obispo tomaba una decisión.

—Los ánimos están revueltos en Madrid, deberíamos extremar el cuidado.

—La parte del pueblo que nos es hostil no decrece, sino que aumenta.

—Aunque defendernos implique matar...

—¡Aguarden! Me están dando mucho en lo que pensar.

Con la ayuda de otras monjas, Sor Raimunda estaba pendiente de todos los chismes y rumores e hilvanaba lo que pescaba allí y allá, tratando de componer una idea aproximada de la situación, que le permitiera valorar el nivel de riesgo. Era enorme. Y lo peor, apenas quedaba tiempo.

Desde que Carlos se colara en el psiquiátrico y en la celda de Irene, el obispo había ordenado custodiar la puerta. No se les alimentaba y el agua sucia que les servían, llevaba un aditivo narcótico que los mantenía aletargados. Rezando en susurros porque su plan funcionase, Sor Raimunda bajó a los sótanos acompañada de su sonrisa más inocente. Había aguardado con paciencia y muchos rezos, a que la guardia de noche le tocara al padre Tomás: su fama le precedía, era ambicioso y cruel, dispuesto a todo por medrar. Algo extremadamente conveniente. Y ella iba decidida a usurpar la identidad de alguien cuya reputación de sádica y retorcida, también constaba: sor Úrsula. Hacerse pasar por ella daría visos de credibilidad a la traición que estaba a punto de proponer.

—Ave María.

El hombre dormitaba apoyado contra la pared, pero se sacudió la pereza de un cabezazo.

—¿Quién va?

—Sor Úrsula.

La religiosa se dejó ver al colocarse en el radio de acción de la vela colgada en la pared. El sacerdote la repasó de pies a cabeza con interés.

—¿Sor Úrsula? ¿La monja verdugo? He oído hablar mucho de usted.

—Espero que bien.

—Depende de cómo se mire —fue la socarrona respuesta—. Es tarde, ¿qué busca?

Sor Raimunda miró al interior de la celda. Los dos cuerpos, Irene y Carlos, seguían allí tumbados e inmóviles y el olor era más insoportable que nunca.

—¿Siguen vivos?

—¿Qué quiere, Sor Úrsula?

—Compartir con usted una información vital que cambiará su destino, padre Tomás.

Él se sorprendió de que lo conociera.

—¿Conmigo? ¿Por qué conmigo?

—Porque es piadoso pero inteligente, con visión de futuro, y sé que me entenderá.

No replicó; sin embargo sus ojos centellearon con el brillo de la codicia. Sor Raimunda lo interpretó como el interés que tanta falta le hacía.

—Bien. Sabe que las altas jerarquías tienen planeado hacerlos desaparecer.

—Yo no soy quien para discutir esas órdenes.

—Pero habría que ser muy estúpido para no entender el valor de lo que tenemos aquí encerrado: ella es la única persona viva y conocida, capaz de traducir la lengua del diablo. ¿Imagina lo que el santo padre de Roma sería capaz de dar a cambio?

El padre Tomás parpadeó confuso.

—Nadie ha informado al Vaticano de lo que tenemos aquí. Pretenden despacharla sin más trámite y olvidarlo todo como un mal sueño; sin embargo, el que haga entrega de la muchacha y del libro y la ponga a disposición de Roma abriendo la posibilidad de que traduzca el resto de las obras almacenadas en la sección prohibida de la Biblioteca Vaticana...

Su tono sugerente se enroscó en torno a la avaricia del padre Tomás, como una serpiente venenosa. El sacerdote no movió un músculo pero su mente ansiosa de fama, renombre y poder ya lo situaba de consejero junto al santo padre, en Italia, tomando decisiones cruciales.

—¿Se lo imagina, padre Tomás? —insistió Sor Raimunda con suavidad— ¿Imagina el agradecimiento de toda la curia vaticana ante tamaño regalo? Aquí nadie se plantea esa posibilidad, ¡van a desperdiciar a la única traductora que podría desvelar los enigmas ocultos en los textos prohibidos! ¡La Iglesia perderá ese conocimiento vital y milenarista solo por la ignorancia de un obispo que tiene demasiado miedo!

El hombre pareció entender. Giró la cabeza y la miró por primera vez. Aquello tenía sentido, mucho sentido. A aquella luz, su futuro brillaba igual que el oro.

—¿Y cómo lo haríamos?

—La guardia de esta noche le corresponde, padre. Usted tiene hasta las siete de la mañana y yo, un carro preparado donde podemos subirlos a los dos. Luego es cuestión de viajar hasta Roma.

—Un momento... ¿A los dos, ha dicho?

—Del joven Otamendi podemos deshacernos en cualquier momento, por el camino. Ni siquiera necesitamos mancharnos las manos con su sangre, pertenece a una familia importante que removería cielo y tierra hasta dar con su asesino. No. Lo dejaremos en cualquier cuneta y cuando recupere el sentido no sabrá explicar lo que ha pasado.

El cura asintió con gesto concentrado.

—La importante es ella. Ella. Debe llegar a Roma.

—No lo veo tan sencillo.

—Confíe en mí, padre.

—No hay porqué, sor Úrsula, de usted solo sé que disfruta haciendo daño a la gente.

—Impartiendo justicia divina, véalo de ese modo. Y que quiero llegar lejos, padre Tomás, igual que usted. Algo que no conseguiremos en Madrid.

—¿Cómo nos las arreglaremos? Después de quitárnoslo a él de encima, me refiero.

—La moza está demasiado débil para oponerse, pero cuando se despierte... Tendrá que confiar en mí cuando le diga que es acompañarnos o quedarse aquí, a esperar una muerte espantosamente lenta y segura.

—De acuerdo.

—¿Convencido y comprometido con el propósito?

—Usted vaya a por el carro. No se demore, no sea que me lo piense dos veces y cambie de opinión.

—Lo tengo esperando en la parte de atrás.

—Vaya. Muy segura estaba de que diría que sí.

Sor Raimunda esbozó una amplia sonrisa de satisfacción.

—Muy necio tendría que ser para negarse a participar en semejante plan. Atémoslos.

En apenas treinta minutos, arrastraban los cuerpos inertes de Carlos e Irene por los lúgubres pasillos y con mucho trabajo, los cargaron en el carro. La mano de Carlos se movió un poco, sus párpados vibraron queriendo abrirse y a Sor Raimunda se le paró el corazón. De un tirón de uno de los sacos que habían dispuesto para tapar los cuerpos, cubrió el rostro del joven Otamendi antes de que el padre Tomás se percatara y, colocándose en medio para cubrirlo, evitó un desenlace que podría haber sido fatal. Para su preocupación, Irene no recuperaba el conocimiento ni parecía que fuera a recuperarlo en las siguientes horas. Clara Zúñiga se preguntó horrorizada qué le habrían hecho a la pobre muchacha.

—Padre, póngase a las riendas, debemos irnos.

El sacerdote obedeció su indicación sin rechistar, regalándole unos segundos valiosos que ella aprovechó para destapar el rostro de Carlos. El joven trataba de abrir los ojos sin terminar de conseguirlo. La monja se llevó un dedo a los labios, le indicó silencio y con toda rapidez, encerró en su puño un pequeño cuchillo afilado. Con un gesto le rogó silencio y al sentir el arma en la mano, Carlos comprendió al instante.

—¿Sube o prefiere quedarse, hermana?

—Voy, padre, voy. Esto hay que taparlo bien. Si alguien nos para, diremos que es ropa para los pobres.

—Usted manda. Espero no tener que arrepentirme por hacerle caso.

—Antes de lo que piensa, contará con el agradecimiento de su Santidad y se verá ascendido. No le digo que a cardenal así de primeras, pero habida cuenta sus talentos...

—Todo se andará. ¡Arre!

El carro tirado por una mula, sana y bien alimentada, abandonó las espaldas del manicomio. El edificio monstruoso y fantasmal que guardaba entre sus muros tantos secretos como mentiras.

Carlos

Conecté mis sentidos con la realidad y abrí del todo los ojos al sentir el peso de un cuchillo acoplándose en la palma de mi mano y a una monja, vestida igual que la que me llevó al manicomio y acabó degollada, haciéndome señas desesperadas para que no me delatase. Me confortó el hecho de que Irene continuara a mi lado, respirando, aunque su pecho subía y bajaba lento y con dificultad. El carro en el que nos habían cargado se puso en movimiento calle adelante, y pronto comprobé que el centro de internamiento para enfermas mentales quedaba atrás. Dejé ir tal suspiro de alivio que todo mi interior se calmó de golpe. Con la mano libre busqué a tientas la de Irene y trencé mis dedos fuerte con los suyos. Era una mano helada e inerte, pero en su muñeca latía el pulso. Me juré a mí mismo que saldríamos de aquello.

Durante un rato que me pareció una eternidad no ocurrió nada que no fuera el traqueteo del carro sobre los irregulares adoquines de las calles. Ni siquiera había charla entre la monja que parecía de nuestra parte y el sacerdote que controlaba las riendas, del que solo podía ver su ancha espalda. Sobre nuestras cabezas, ya a la altura del pescante, reposaban unos cuantos leños cortados para chimenea. Había sacos y trapos viejos por todas partes, e Irene y yo nos ocultábamos de la vista y del mundo bajo ellos.

Perdimos los sonidos mundanos y el silencio de una noche con pocas estrellas acabó rodeándonos. Algún grillo que ya empezaba a ponerse nervioso con la subida de temperaturas, el ulular de un búho y el paso cadencioso de la mula, que no debía de tener mucha prisa. A esas alturas yo ya había recuperado parte de las fuerzas y mi visión era nítida, igual que siempre. Vi el brazo de la monja colocarse a su espalda y tantear el aire buscando localizar los troncos. Fueron cuatro intenciones durante las cuales yo no fui capaz ni de respirar, solo pretendía entender sus intenciones, y de ser necesario, anticiparme. Encontró lo que buscaba cuando sus dedos se cerraron en torno a un tronco del tamaño del brazo de un hombre fuerte. No lo levantaría sola, iba a necesitar ayuda. Sus ojos buscaron los míos y con ellos me indicó lo que pensaba hacer. Asentí para que supiera que no estaba desamparada y a partir de ahí, todo sucedió muy rápido.

Levantó el madero por sí misma, no me dio tiempo de apoyarla. Con un veloz movimiento que yo nunca habría esperado, lo sostuvo con las dos manos y golpeó la cabeza del religioso con una energía inusitada; debió de emplear toda su fuerza. El hombre soltó un gemido ronco y se tambaleó en el pescante sin siquiera soltar las riendas. La monja volvió a golpearlo, esta vez de frente, en mitad de la cara.

Acudí en su auxilio empuñando el cuchillo que ella misma me había entregado; lo clavé en el cuello del cura, a la altura de la yugular. El chorro de sangre caliente que marcó el final de su

vida salió disparado y salpicó el hábito de la religiosa. El sacerdote cayó como un fardo pesado, del pescante al suelo, mientras la monja tiraba de las riendas y hacía frenar a la mula. Los dos saltamos a un tiempo al camino.

—Tenemos que asegurarnos de que está bien muerto.

Le tomé el pulso. Comprobé su respiración y el latido de su corazón.

—No se preocupe, hermana, no volverá a caminar.

—¿Podemos esconder el cuerpo ahí, entre los matorrales?

—Sería más seguro enterrarlo, tardarían más en encontrarlo.

—No tenemos herramientas con las que cavar un agujero.

—¿Queda muy lejos el río? —pregunté oteando los alrededores. Entre la conmoción y la oscuridad de la noche, no tenía la más remota idea de dónde nos encontrábamos.

—Si nos desviamos por ese carril, como a media hora de distancia.

—¿Tenemos tiempo, hermana?

—Hasta las siete de la mañana nadie sabrá de vuestra desaparición y de la del padre Tomás, Dios lo tenga en su santa gloria o donde merezca.

—Creo que el padre estará muy bien en el fondo del Manzanares.

Allí acabó el sacerdote sus días. Las sogas que nos ataban los pies a Irene y a mí, rodearon su cuerpo; luego lo metimos en un saco y dentro, todas las piedras que cupieron, más algunos troncos. Dos empujones míos y de sor Raimunda bastaron para hundirlo en el río, allí donde vimos que era más profundo. Tardarían una eternidad en encontrarlo si es que los peces y las alimañas no lo devoraban antes por completo.

Comprobé el estado de Irene, humedecí su frente con el agua fresca del río y la oí gemir bajito. Re coloqué los trapos para acomodarla, la cubrí bien para que no cogiera frío y ocupé el lugar del difunto sacerdote en el pescante, junto a la monja.

—¿Y ahora?

—Nos alejaremos de Madrid y ustedes escaparán lo más rápido que puedan, mientras a más distancia, mejor. Pero no seré yo quien les diga a dónde.

Invertí un buen rato en meditar. Nuestras posibilidades no es que fueran muchas, pero yo disponía de una gran fortuna propia con la que podría huir a cualquier parte del globo, con solo chasquear los dedos.

—¿Y usted?

—Bueno, no puedo volver al centro; continuaré hacia el norte y me sumaré a cualquiera de los hospitales de campaña que se han abierto para combatir la gripe. Si mi congregación no resulta segura, ingresaré en otra.

—¿Cómo y cuándo decidió ser monja, Sor Raimunda?

—Lo decidieron mis señores padres. Yo solo tenía doce años.

La miré interesado. No parecía tener más de veintipocos. No era una belleza, pero sus rasgos eran clásicos y serenos.

—¿Se llama de verdad así, Raimunda?

—No —sonrió con tristeza—, Clara. Clara Zúñiga.

—¿Y no echa de menos a Clara?

—A veces, muchas veces; el amor del Señor, por sí solo, no me consuela. Es terrible.

—Es humano, hermana. Ahora tiene una buena oportunidad para recuperar a Clara, con toda la vida por delante.

Ella sonrió y dejó que la brisa templada de la noche le bañara la cara. Tiró de la cofia y dejó su pelo ralo al descubierto. Los trasquilones eran abominables, pero resplandecía rubia como la miel.

—Tiene razón, señor Otamendi. Es posible que lo haga.

Irene

Despertar y encontrar a Carlos inclinado sobre mí, sonriéndome con adoración, fue como subir al mismísimo cielo tras el interminable tormento. Muchas veces, durante mi estancia en el agujero-jaula, durante los largos e insoportables interrogatorios, me convencí de que no saldría viva, que jamás volvería a ver a mi ángel y que ninguno de nuestros sueños se cumpliría: quedarían varados para siempre en una playa lejana y olvidada, secándose bajo el sol hasta desaparecer. Sin embargo, lo que se reflejaba en mi cara no era el rojizo amarillento del velón en la pared del pasillo, sino la luz del día. Alrededor había árboles que susurraban, estábamos como acampados bajo uno de enorme copa, en mitad de un campo, mi cabeza apoyada en el regazo de Carlos y la suave hierba acariciante bajo mi cuerpo.

«Estoy soñando», me dije.

—Por fin despiertas, mi amor —murmuró con voz dulce.

Parecía real, tan real que me atreví a alzar una mano temblorosa para tocarle la cara.

¡Y allí estaba! Su piel conocida y cálida, el roce de su barba corta, los hoyuelos de sus mejillas, los ojos húmedos mirándome con infinito amor... Deseé soñar hasta que el último hálito de vida se me escapara y se iniciase el viaje camino del paraíso a conocer a la Diosa. Volví a entrecerrar los párpados.

—Estoy aquí, mi vida, soy yo, dime que me oyes, dime que vas a luchar por salir de ese limbo. Necesito que pelees, mi amor, regresa a mi lado...

—Ha sufrido mucho, don Carlos. Su alma se la lleva lejos para ahorrarle tormentos.

—¡Quiero que regrese, necesito que regrese! ¿Qué puedo hacer?

—Siga llamándola, entréguele su amor y tráigala de vuelta. Solo usted sabe cómo hacerlo.

Esa otra voz... Femenina, suave, delicada, llena de ternura. Algún rincón de mi entumecida mente creía reconocerla. Pero ¿pretendía sacarme de mi feliz sueño? ¿Por qué?

Concentré todo mi empeño en separar los párpados. Fue difícil, mis ojos se habían acostumbrado a la lóbreguez de la jaula y rechazaban el centelleo del sol. Pero tenía que comprobar si mi ángel estaba realmente allí, si todo aquello no era más que una ensoñación o un delirio de alguien que empieza a despedirse del mundo mortal.

—Carlos...

Él, por toda respuesta, sonrió y dejó que las lágrimas le corrieran mejillas abajo. La punta de sus dedos acarició mi cara, mi pelo, la línea de mi mandíbula, mis labios.

—Bienvenida seas, mi amor. Te quiero. Te quiero tanto.

—¿Estoy en... en el cielo?

—Estás entre mis brazos, de donde nunca te permitiré escapar. —Se inclinó y posó sus jugosos labios sobre mi boca. Un beso que me devolvió el contacto con la realidad, la vida—. *Ever thine, ever mine, ever ours. ¿Recuerdas?*

Mientras comíamos un poco de pan con queso allí mismo, sentados bajo los árboles junto a un río, mi ángel y sor Raimunda, la monja que me había curado las heridas, me pusieron al corriente de todo. Nosotras, a nuestra vez, le narramos a Carlos la última y desesperada visita de la mujer a mi jaula, cuando vino a preguntarme a quién podía avisar para sacarme de allí. La muerte del padre Tomás, su ambición que tan útil nos había sido, la malvada decisión del obispo. En realidad, no cabía duda de que la Diosa nos había tomado bajo su protección, haciendo coincidir un rosario de circunstancias que por fortuna, nos habían conducido hasta la entrada de Burgos. Acampábamos a orillas de un río que yo confundí con el Manzanares.

—Es el río Duero, mi amor.

—¿El Duero? Pero ¿dónde estamos?

—Lejos, a la entrada de Burgos ya.

Mi embotado cerebro, cada minuto más lúcido, empezó a atar cabos a toda velocidad.

—¡Cielos! ¿Cuántos días he estado inconsciente?

Las manos de Carlos se enredaron en las mías. Sentí la fuerza de su presión.

—Demasiados.

—Por un instante temimos que no volvieras —añadió sor Raimunda.

—No viviremos lo suficiente para agradecer su ayuda, hermana.

—Estaba escrito, me congratula haber estado ahí, donde debía, para tener el honor. Por cierto, quiero que sepáis que mañana me quedará en algún pueblecito de la zona, uno discreto donde pueda utilizar otro nombre con el que nadie me localice. Y poder empezar de cero una nueva vida.

Sus últimas palabras las acompañó con una mirada de agradecimiento dirigida a mi ángel. Me sentí orgullosa de él, de lo que quiera que le hubiera aconsejado que parecía hacerla muy feliz. De algún modo, todos iniciábamos un nuevo rumbo que parecía optimista, después de los horrores que habíamos tenido que soportar. Desvié mi mirada hacia él, lo que más quería. Desde que había vuelto a nacer, no lograba separarme, ni física ni emocionalmente, un instante de Carlos.

—¿Y nosotros? ¿A dónde iremos a parar nosotros?

—Lo meditaremos con cuidado. También tendremos que pasar desapercibidos como sor Raimunda, al menos por un tiempo.

—Es nuestra obligación sacar el contenido del libro a la luz —exclamé con pasión—, hay que mostrárselo al mundo del modo que sea, la gente tiene que enterarse de la verdadera historia de Luzbel.

—Mi tío tiene un amigo periodista en Barcelona que...

—¿Tu tío? ¿Qué dices, Carlos?

Enseguida se dio cuenta de su equivocación. Yo sabía que en su tío no se podía confiar. Él, desde otro punto de vista y en nombre del afecto familiar, lo disculpaba y aún pensaba que tal vez no estuviera todo perdido. Podía entenderlo, pero dadas las circunstancias no habría sido demasiado inteligente correr riesgos. Tendríamos que solventarnos por nuestra cuenta, al margen

del apellido Otamendi.

—Sí, claro, tienes razón —accedió—. Entonces prepárate para viajar.

En mitad del corazón y por encima del agotamiento, sentí explotar una burbuja de entusiasmo.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar donde la Iglesia católica ha visto reducido su poder casi a nada. Donde estarán encantados de que un secreto como este se haga público. Una ciudad en la que, por casualidad, tengo un amigo que dirige un periódico. —Me acarició amoroso el pelo rojo—. Nos vamos a Londres.

Seguimos adelante como los antiguos peregrinos. A ratos, cuando nos apetecía, parábamos en el margen del río y disfrutábamos del sol, del verde de la hierba de verano y la satisfecha mula, al masticar los brotes tiernos, nos arrancaba una sonrisa. Quizá lo mejor de todo era que nos sentíamos libres, que el futuro que se nos abría, lejos de la alta aristocracia y de la capital del país, era inmaculado, sencillo y jubiloso. Despedirnos de sor Raimunda fue una de las cosas más difíciles que he tenido que enfrentar en la vida. Se lo debíamos todo, todo. La buena mujer hasta robó el contenido del cepillo de los huérfanos en la capilla del manicomio. Ese dinero producto de su delito, era todo cuanto teníamos. A pesar de su importancia, cuando nos lo confesó, mi ángel se echó las manos a la cabeza.

—¡Hermana! ¿Usted robando?

No supe si lo decía en broma o la estaba regañando. El tono de su voz era una mezcla de ambas cosas. Y es que los tres estábamos tan contentos que nada terminaba de enfadarnos del todo.

—Era preciso. Nuestro señor Jesucristo y la sagrada Diosa sabrán entender y perdonarán.

—Eso espero.

—Ya verá, don Carlos, ya verá.

—En cuando lleguemos a una capital de provincia tengo que ir a un banco. Necesitamos dinero. Usted también, hermana, un buen respaldo económico la ayudará a empezar.

—¿Y piensa entrar en un banco con esas pintas? Lo confundirán con un ladrón y llamarán a la guardia.

Sor Raimunda acababa de acertar en diana. No solo Carlos parecía un indigente. Ella misma, yo sobre todo. La estancia en el agujero, las marcas de los golpes, los restos de sangre seca pese a habernos lavado como pudimos en el río. Realmente dábamos miedo.

—Trataremos de comprar ropa limpia con lo que nos queda, al menos para usted, don Carlos, para que pueda entrar sin llamar la atención en esos sitios elegantes.

—Nada caro. Limpio y decente, con eso me basta.

—Mi amor, eres un caballero —apunté yo acariciándole las manos. Me devolvió el gesto amable con dedicación.

—Ya seré un caballero más adelante. No creo que el cepillo de los pobres huérfanos dé para mucho. Recuérdame que cuando todo esto acabe, envíe una donación anónima lo suficientemente generosa como para construir un orfanato. Les debo una a esos desgraciados pequeños.

Paso a paso lo cumplimos todo. En un humilde almacén de provincias compramos ropa

nueva, el heredero de los Otamendi recuperó parte de su dignidad social y pudo entrar en el banco a por fondos, sin que los empleados pensarán que era un ratero usurpando la identidad de un señor rico. Luego decidimos dejarle a sor Raimunda, además de dinero suficiente como para vivir más de un año, el carromato y la hermosa mula, para que se manejara con ellos. Carlos tuvo que ponerse muy serio para que la mujer claudicase, se negaba a aceptar su ayuda si esa ayuda implicaba riqueza.

Mi ángel metió los fajos de billetes en un saquito, tomó la mano de sor Raimunda y la obligó a agarrarlo.

—Hermana, usted nos salvó la vida. Si no llega a ser por su intervención, no habría vuelto a ver a Irene con vida y más tarde, nos habrían asesinado a los dos. Esto es todo lo que puedo ofrecerle de momento y no es nada, se lo aseguro. Nada considerando lo que le debo. Si lo rechaza me causará un gran dolor y mientras respire, quedaré en deuda con usted; más aún de lo que ya estoy.

—Estamos —rectifiqué.

Ella pareció rendirse.

—Es usted muy insistente, se nota que sabe negociar.

—¿De acuerdo entonces?

—De acuerdo.

Nos abrazamos temblando por la emoción. ¿Cuánto hacía que nos conocíamos? ¿Dos semanas? La miraba y veía a una verdadera hermana de carne y sangre. No la olvidaría por más años que viviera.

—Otra cosa... Es mejor que sean ustedes los que custodian esto. —Se enjugó las lágrimas conmovida. De debajo de su delantal sacó el viejo libro del Génesis perdido y se lo alargó a Carlos—. Señor Otamendi, usted tiene posibles, puede viajar por el mundo, usted sabrá qué hacer con él. Yo no sabría ni protegerlo.

—¿Está segura?

—Lo estoy. La Diosa me lo repite cada mañana y cada noche.

Nos abrazamos de nuevo y, al alejarnos dejándola allí junto a la mula, con su gran corazón, tan diminuta y tan buena, estallé en lágrimas. Carlos me rodeó los hombros con su brazo, me estrechó con fuerza y me besó la sien.

—¿Lloras?

—¿Volveremos a verla?

—Probablemente no.

Traté de sonreír sin conseguirlo.

—Por eso lloro.

Carlos

Cuando, después de encontrarme con Irene en la azotea, bajaba a mi dormitorio y me metía en la cama, en completa soledad cuando lo que verdaderamente deseaba era tenerla a ella a mi lado entre las sábanas, mi corazón necesitado se dedicaba a crear fantasías de cómo sería nuestra vida juntos, una vez nos hubiésemos enfrentado a mi familia y al mundo y estuviésemos casados. Viajaríamos por el planeta, me aseguraría de hacerla la mujer más feliz de la tierra, le compraría las mejores joyas, cumpliría cada pequeño capricho suyo y compartiría con ella largos paseos junto a los ríos más preciosos de Europa.

Jamás imaginé que nuestra primera visita a Londres fuese en aquellas aciagas circunstancias. Huyendo como dos forajidos.

Y sin embargo, Irene irradiaba dicha, sus ojos verdes brillaban enamorados de todo cuanto veían, la sonrisa no lograba borrarse de su cara y su dedo señalaba sin cesar: parques, edificios, lujosos coches, el río... Su buen humor, su ilusión de niña sorprendida fue barriendo mi tristeza hasta sepultarla, cosa que yo juzgaba imposible.

Aproveché nuestra escala en Barcelona para escribirle a mi tío. Solo para informarle de que estaba vivo y a salvo. No se lo oculté a Irene, si bien tampoco se lo dije antes de enviar la carta. Ella tenía mil y una razones para odiar a Antonio Otamendi y quitarme de la cabeza mi intento de tranquilizarlo. De algún modo, mi familia la entregó al calvario a manos del obispo y sus secuaces. De ese modo lo veía ella y era comprensible. Pero yo entendía que la intención del hombre que me crió no fue nunca perjudicarla. Sí, apartarla de mí. Impedir que nos casáramos, por descontado. Pero entregarla a la tortura y la muerte, eso, nunca. Conocía a mi tío demasiado bien como para dudarlo. La única referencia que los eclesiásticos tuvieron respecto a Irene y su sobrenatural talento se produjo al entregar el libro al obispado solicitando auxilio y consejo. Una cosa trajo la otra, pero Irene había sido secuestrada en plena calle, sin intervención ni orden de Antonio Otamendi, si bien el cuerpo de casa, en particular el ama de llaves, había hecho lo impensable para disfrazar de huida el rapto, lavándose las manos.

Eso también lo sabía.

Me miró con cierta pesadumbre cuando se lo confesé, pero no había reproche ni resentimiento en sus preciosos ojos. Solo compasión.

Y en cuestión de una semana, mis tíos me respondieron a la dirección de referencia que les había facilitado: recibir noticias mías les había devuelto la vida a ambos, ya que me daban por muerto. Tomasa estaba de regreso en casa, completamente curada, y las cosas habían vuelto,

dentro de unos límites, a la normalidad. Para Madrid y la gente bien, Carlos Otamendi se había marchado a amasar aún más fortuna al extranjero. Para los hombres de la Iglesia, yo estaba difunto o desaparecido, algo que la familia no perdonaría jamás, si bien por ser mi tío generoso y pío renunciaría a armar un escándalo y no lo pondría en manos de las autoridades. Pero el reverendísimo señor obispo y todos sus acólitos quedaban en deuda eterna para con él.

Así se cerraban los círculos que jamás debieron ser abiertos. Con ese puñado de malas razones que, sin embargo, todos dieron por buenas, Irene y yo nos convertíamos en personas libres. Ahora, antes de pensar en nosotros y en construir lo que sería nuestro dorado futuro, teníamos que intentar lo más temerario.

Mi amigo John nos recibió en su mansión de Mayfair. Nos abrazamos durante mucho rato; en los años de internado y universidad habíamos sido inseparables y sin embargo, hacía más de un lustro que apenas si nos carteábamos. Fue estimulante comprobar que los apegos se mantenían intactos. Le presenté a Irene y no pude evitar percibir su ramalazo de admiración al verla. John era todo un conquistador que sabía distinguir cuándo una mujer merecía la pena.

Nos asignaron dos dormitorios en la gran casa. Nos obligaron a participar en un banquete de bienvenida y a descansar después. Y solo transcurridas muchas horas tras nuestra llegada, pudimos reunirnos en la biblioteca, a solas, a ponerlo al tanto de la increíble historia. Yo sostenía en las manos el viejo libro del Génesis e Irene repitió por tercera vez, el contenido de las páginas.

John no daba crédito a lo que oía. Su boca se abrió en un claro gesto de asombro e incredulidad. No llegó a cerrarla. De hecho, durante mucho rato, demasiado tratándose de John, no supo qué decir.

—¡Es... es inaudito! —exclamó finalmente— Pero al tiempo, ¡es tan lógico! ¡Todas las piezas conectan con tanto sentido...!

—Pensamos igual —corroboré—. Todo encaja. Contamos con miles de pistas veladas repartidas por la historia. De un modo u otro, siempre ha habido algún sabio ilustrado lanzando guiños, tratando de desvelar el secreto.

—¿Qué otras cosas nos ocultan? Llevamos toda la vida... engañados.

—Nos han impuesto la versión de la historia que les interesaba a ellos.

—Está claro. Creo que necesito una copa.

Abandonó el chéster de cuero, recorrió la amplia sala pensativo, tocándose la nariz con la mano, mesándose el abundante cabello con los dedos. Luego nos preguntó si deseábamos acompañarlo y al decirle que no, se sirvió un whisky en meditabunda soledad.

—Y decís que solo Irene puede traducir esa escritura desconocida.

Asentimos. John se aferró al respaldo de una butaca, miró al artesonado del techo y suspiró con melancolía.

—Lo que daría la humanidad por tener acceso a esta versión de la historia...

—¡Por eso estamos aquí, John! ¡Diriges un periódico, puedes hacerlo público y que llegue a todas partes...!

Irene lo observó conteniendo el aliento.

—No puedo, Carlos. Sin pruebas de lo que decimos no se me está permitido publicar nada, sería un suicidio.

Por el tono abatido de su voz supe que tenía razón; y que no daría marcha atrás. Que deseaba con todas sus fuerzas ayudarnos, regalarle al mundo el conocimiento que durante siglos se les había negado, pero que la cruda realidad se lo impedía.

—John...

Mi amigo vino hacia nosotros, soltó el vaso en una mesilla y se arrodilló junto al sillón que

ocupaba mi futura esposa.

—Escúcheme, Irene, yo la creo, ¡la creo! Lo que me cuenta tiene todo el sentido, mucha más lógica que el cuento de hadas que vienen sosteniendo siglo tras siglo. Pero ese Génesis enterrado no es legible, solo usted entiende lo que dice y no puede ser corroborado con otro tipo de pruebas, aunque nosotros dos estemos de su parte, cosa que no le permito que dude ni por un instante. El mundo no lo estará. No podemos generar semejante apocalipsis sin apoyos contundentes, ¡se nos comerán vivos! Y no me refiero solo a los más interesados en que esto no se sepa. El resto de la humanidad está tan bien adiestrada que lo considerará una burla. Nos convertirán..., la convertirán a usted en un fraude.

Tuve que admitir que mi amigo hablaba con sensatez. Y así se lo indiqué a Irene.

—Lo sé, lo sé, habla con la verdad. Y es... desoladora.

—Le juro por lo más sagrado que daría cuanto tengo por ayudar. Pero ¿convencerlos de que Lucifer encarna todo lo bueno y que con ella se cometió una injusticia? Olvidadlo. No se detendrían hasta destrozarlos. A ambos.

Irene se incorporó despacio. En el dedo llevaba mi anillo de compromiso y en las manos, el viejo libro después de haberlo leído y traducido para nosotros. Con paso firme se acercó a la enorme chimenea, donde ardía un alegre fuego, y sin titubear un segundo, arrojó el libro dentro. John aulló como una fiera herida y buscó una herramienta que le permitiera salvarlo. Mientras lo intentaba, los segundos se acumulaban, las lenguas doradas lamían el cuero de la cubierta, lo rodeaban. Cuando al fin lo puso a salvo, para su total desconcierto, el libro estaba intacto.

—Es la palabra de lo Todopoderoso, Irene —le dije—, no puedes destruirla.

—Trate de quebrarlo, destruirlo del modo que imagine. Inténtelo. Verá como no puede —completó Irene apuntándolo.

Desconcertado y ansioso, John giró el libro entre sus manos, comprobando su estado. Luego intervino con voz trémula.

—¿Qué haréis? Supongo que todas vuestras esperanzas estaban depositadas en mí, en lo que pudiera hacer a través de mi periódico. Lamento haber sido de tan poca ayuda. Me siento un auténtico miserable...

—No, John, por favor, no soportaría llevar la carga de tu remordimiento sobre mi espalda. Tienes toda la razón en lo que dices, es sensato, es racional y es inteligente. No tenemos nada. ¡Nada más que a Irene! Cualquier intento implicaría ponerla de nuevo en evidencia, y hacerla visible es exponerla al peligro. Si no nos creen, será vergonzoso. Si nos creen, la convertirán en el enemigo a derrocar. Y ya sabemos hasta dónde son capaces de llegar, son unos monstruos.

Los dos la mirábamos. La muchacha de fuego. La hermosa elegida, como la llamaba sor Raimunda, la que pronto sería mi mujer, la madre de mis hijos. Yo estaba en mi derecho de no querer ser un héroe, de ansiar una vida corriente, una vida normal. Tenía razón John, la hazaña nos venía grande. Mejor dejarlo así, como estaba. Como había estado siempre. Seguramente otros más grandes y poderosos que nosotros también se habían dado por vencidos siglos atrás.

Por eso los tres cerramos una etapa cuando asentimos. Estábamos construyendo un pacto de silencio que perduraría mientras nuestros corazones latieran. Ninguno iba a olvidar lo que aquel libro revelaba, saberlo nos cambiaba la existencia, el enfoque de la realidad misma. Cualquier paso que diéramos en lo sucesivo, cualquier decisión que tomáramos en el futuro, estaría mediatizada por la posesión de aquel secreto. Pero tendría que ser privado, íntimo.

Tendría que seguir enterrado un poco más.

Carlos

En nombre de nuestra entrañable amistad y de aquellos años de camaradería estudiantil, John logró convencernos de que permaneciéramos en Londres como invitados suyos, todo un mes. Fue una decisión extraña. Disfrutamos de su hospitalidad y de las bellezas de la ciudad, pero estábamos tristes. Algo nos asfixiaba, una especie de velo tenue delante de los ojos, una intensa sensación de fracaso que tendríamos que aprender a superar.

Decidimos viajar a Nueva York e instalarnos definitivamente allí. La Gran Guerra terminaba y el nuevo mundo sería un buen lugar para vivir, para invertir, para que crecieran nuestros hijos. La perspectiva de montar en barco y cruzar el Atlántico consiguió que Irene sonriera algo más feliz.

—Ese don se me concedió con una finalidad, Carlos —exclamó con la taza en la mano—, seguramente yo debía...

—*Shhh* —Le aparté el pelo de la cara. Tomábamos té en Kensington y estaba más bonita que nunca, con su traje de encaje blanco; no me cansaba de mirarla—. Tú no debías hacer más de lo que hiciste: leer, entender y transmitir. ¿Qué más podría pedirte nadie?

—No sé, amor, siento que le he fallado. A ella. A Luzbel.

—Recuerda lo que dijo John, considera lo limitado de nuestros recursos. ¿Morir serviría de algo? Dímelo tú, ¿serviría de algo renunciar a todo este amor nuestro, a la vida que tendremos, a los hijos que engendrarás, tú, dadora de vida?

Nuestras manos se buscaron con necesidad. Le besé la palma y le dibujé con la punta del dedo un pequeño corazón.

—Tú y yo sabemos lo que sucedió en ese jardín del Edén, lo poderosas y mágicas que sois, mujeres, diosas creadoras de vida, origen de todo. Yo seré por siempre tu siervo, hasta el fin de mis días, hasta mi último aliento viviré para protegerte y apoyarte como en su momento ordenó lo Todopoderoso. Y en un futuro que ni tú, ni nosotros, ni nuestros hijos conoceremos, quizá sea posible que este gran secreto salga a la luz. Cuando la humanidad esté preparada para asumirlo.

—Quizá allá por el lejano 2020.

—Quizá. ¿Quién podría asegurarlo? ¿Crees que podremos seguir con nuestras vidas como si nada hubiera pasado?

Irene se tomó su tiempo antes de responder. Me miró con una intensidad difícil de soportar.

—No. Pero si estamos juntos todo será más llevadero.

Nos entretuvimos otra media hora. Bebiendo té inglés, saboreando pastelillos de crema, jugando a olvidar. Y cuando el anaranjado atardecer se cernía sobre el horizonte del Támesis, salimos a pasear cogidos del brazo, de regreso a Mayfair. Teníamos los pasajes para América en solo dos días. Irene vivía cada minuto como una cría el día de Navidad. Yo me sentía orgulloso y feliz de haber podido darle al menos eso, un comienzo, el inicio de muchas cosas buenas que vendrían con el tiempo y que, esperaba, la hicieran enterrar lo vivido y lo sufrido, bien hondo, en una esquina lejana del alma. De mutuo acuerdo decidimos buscar un buen lugar en algún parque de Londres, bajo un árbol de copa frondosa, donde enterrar el libro. Tan profundo en la tierra como nos fuera posible. Pero ya era la tercera tarde que repetíamos el mismo ritual por las calles de la ciudad, con el libro bajo el brazo, y a Irene no terminaba de convencerla ninguna ubicación.

No sería tampoco aquel día.

De modo que cuando vi que la oscuridad acechaba, apreté el paso y empecé a buscar un coche de alquiler. Irene me retuvo tomándome del brazo.

—¿Por qué no? —me sorprendí—. Deberíamos llegar a casa de John antes del anochecer. Ya nos hemos perdido la cena y los ingleses, para eso, son rígidos y ceremoniosos.

—Es tu amigo, sabe que estamos enamorados y los enamorados pierden la noción del tiempo —se burló ella—, sabrá disculparnos.

—Quiero dar las buenas noches a mi leal compañero. Quiero despedirte con un beso en la frente al pie de la escalera que conduce a los dormitorios. Y quiero secuestrarte después, cuando todos duerman, y atarte a mí con el hilo de mis sábanas.

Mientras se lo decía, hundí la boca en su cuello, ericé su piel con mi aliento y cuando la osada punta de mi lengua estaba a punto de alcanzar la zona baja de su oreja, oculta entre rizos rojos, alguien me separó de ella con un brusco tirón, me tapó parte de la cara con un trapo húmedo que olía de un modo penetrante. Ni siquiera pude evitar que nuestras manos entrelazadas se distanciaran con violencia. Quise gritar pero el alarido se me quedó atrapado en mitad de la garganta.

¿Qué demonios estaba pasando? El terror... ¿volvía a empezar?

Abrí los ojos y aunque lo primero en lo que pensé fue en Irene, lo primero que sentí fue un lacerante dolor de cabeza y una sensación de arcada insoportable. Lo que quiera que hubiesen usado para cubrirme, lo habían retirado y veía, aunque con dificultad y muchos destellos blancos. Agité brazos y piernas esperando hallarlos maniatados, pero no fue así. Estaba libre, sentado en una silla incómoda y dura, pero vivo. Giré la cabeza y la busqué a ella. Hasta yo pude darme cuenta de la desesperación que impregnaba mis movimientos.

—Irene...

Estaba sentada al otro lado de la mesa que teníamos delante. Mirándome con los ojos muy abiertos, llenos de pánico. La mesa que nos separaba era una tabla de madera lavada de dimensiones descomunales, teniendo en cuenta que la sala donde nos tenían no era nada del otro mundo. Parecía una cueva. Techos bajos y gruesas paredes de piedra. Aterrador.

—Nos han encontrado —balbució entre lágrimas—. Van a matarnos y jamás iremos a América.

Quise levantarme demasiado rápido. Para sacarnos del parque donde nos atacaron y arrastrarnos hasta allí nos habían drogado con cloroformo, con toda seguridad. Por eso, al incorporarme de un salto, me tambaleé aturdido, a punto de derrumbarme. Me sujeté como pude

a la esquina de la mesa y cerré los ojos para oxigenarme. Irene no reunió las fuerzas suficientes para moverse. Únicamente lloraba y verla así me partió el corazón.

—Veo que ya han despertado. Ambos.

El bulto oscuro que distinguí al fondo de la habitación y que al principio confundí con un espejismo, empezó a moverse, a moldearse conforme se aproximaba. Era un hombre de unos sesenta años, atractivo y robusto, muy bien vestido, pero no parecía inglés. Llegó hasta la mesa y nos sonrió con cortesía.

—Si prometen no cometer ninguna tontería, continuarán desatados. De lo contrario, me veré obligado a tomar medidas un poco incómodas. Les ruego me eviten la desagradable tesitura. En cualquier caso, no estarán aquí mucho tiempo.

Ahí la teníamos. La amenaza de una muerte inmediata. Estaba tardando en ponerla sobre la mesa. Nuestra irreal aventura truncada ya antes de empezar. Quise llorar, en serio, descargar toda aquella presión que me ahogaba, llorando a gritos igual que un niño. ¿Qué pecado habíamos cometido? ¿Es que aquella persecución no iba a terminar nunca? Sí, claro, qué estupidez, acababan de anunciarnos que el fin estaba próximo.

—Relájense. —El desconocido me miró con gravedad y luego desvió las pupilas hacia Irene—. Los dos. Imagino que están esperando que me presente.

¿La verdad? Por supuesto que NO. Me daba igual que quien terminase con nosotros se llamara A o B, eso no iba a cambiar nuestro destino. Mi mirada y la de Irene volvieron a cruzarse con un mudo mensaje de incompreensión. Ella observaba con ojos desencajados la cruz patada templaria, roja como la sangre, que nuestro captor lucía al cuello.

—Me llamo Thomas Bérard y soy el actual maestro del Temple.

Me indigné. Además de ser unos asesinos sin escrúpulos, se reían de nosotros.

—Disculpe... señor. Thomas Bérard, gran maestro templario, murió en 1273 y la Orden del Temple se extinguió al siglo siguiente.

El hombre causante con toda probabilidad de nuestro secuestro, sonrió con calma.

—En 1312, según cuenta la historia. —Su tono era pura ironía—. Pero usted, señor Otamendi, ya ha tenido oportunidad de comprobar que la historia no siempre respeta la verdad.

Parpadeé atónito. Analicé sus gestos, el volumen y el tono de su voz, hasta el brillo en su mirada. ¿Podría ser que... no estuviésemos ante un enemigo? Fue como si mi interlocutor adivinase mis pensamientos.

—En efecto, señor Otamendi. Si les he anunciado que no los retendremos mucho tiempo no es porque vayamos a hacerlos desaparecer como teme, sino porque nada más lejos de nuestra intención que entorpecer sus planes de nueva vida. Sé que viajan en breve. Usted y la señorita, su futura esposa.

Me vi incapaz de articular palabra. Lo sabían todo. Todo acerca de nosotros.

—Como ya habrá comprobado, me he permitido sucederle en la espinosa tarea de custodiar el libro. Es mejor que tamaña responsabilidad recaiga sobre nuestras espaldas que no sobre las suyas. Al fin y al cabo, esa fue siempre nuestra misión. ¿Les apetece un té?

Nos sirvieron té en servicios de porcelana fina. Algo enrevesado y chocante, dado el lugar donde nos encontrábamos y el modo brusco como habíamos llegado. Thomas, que dijo llamarse así en homenaje a su antecesor, nos pidió mil veces disculpas por el modo de

capturarnos.

—Después de lo que han vivido, no esperaba que confiaran en unos desconocidos. Y menos si el motivo de la... digamos visita, estaba relacionado con el Génesis perdido. No vendrían por propia voluntad, eso podía jurarlo. En cualquier caso, recurrir a la violencia y el secuestro son métodos que tratamos de evitar dentro de lo posible. Me temo que en estas circunstancias no quedaba otra opción. Lo siento.

—¿Protegerán el libro?

A ambos nos sorprendió la dulce voz de Irene, que hasta el momento se había abstenido de intervenir.

—Sí, señorita. Es nuestro deber, la razón de existir de la Orden de los Templarios. Este Génesis con su valioso contenido y otros miles de libros más que guardamos bajo llave en lugares que el hombre no se atrevería a pisar.

—¿Pueden... pueden leerlos?

—Me temo que no. Y no voy a mentirle, usted nos resultaría increíblemente valiosa, pero no es su destino someterse al Temple. Nosotros, los custodios de los textos de la Diosa, confiamos en que llegado el momento preciso, los libros se revelarán al mundo de modo que cualquiera pueda acceder a ellos y entenderlos sin ponerlos en duda. Admitir y respetar la realidad que contienen, no habrá de ser un acto de fe. Llegará un día en que ese idioma que algunos llaman impropriamente diabólico, no sea desconocido ni inaccesible. Ese es el momento que desde hace siglos esperamos. Es paradójico y triste que las obras que más verdad contienen hayan sido calificadas como libros sacrílegos y permanezcan en la oscuridad.

—Entonces ¿nos dejarán marchar? —Casi no podía creerlo. Había vuelto a ver el borde del precipicio justo a mis pies y los de Irene.

El Maestre volvió a sonreír.

—Desde luego que sí. En cuanto se acaben el té los trasladaremos con sumo gusto a casa de su amigo John Legand.

También sabían de John. Me recorrió entero un escalofrío. La sola idea de haber puesto a mi amigo en peligro, me mortificaba.

—Y... ¿nada más?

—Nada más, señor Otamendi, al margen, desde luego, de contar con su discreción... de por vida. Pero eso usted ya lo sabe. Me consta que no necesito pedírselo.

—Cuenta con nuestro leal compromiso.

Creo que en toda mi vida fui más sincero al pronunciar una frase. Exceptuando el día en que le dije a Irene que la amaba.

Carlos

Esperé a estar a bordo para contarle a Irene la tragedia del Titanic. Y solo porque se obstinó en que lo hiciera. A diferencia de lo que esperaba, que se sintiera aterrorizada y me exigiera desembarcar en el primer puerto, mi preciosa pelirroja corrió a la proa del trasatlántico, a apoyarse en la barandilla con medio cuerpo expuesto al aire, los brazos abiertos en cruz como una hermosa sirena y el viento de cara revolviéndole la melena. La seguí conteniendo la risa y aunque su posición me parecía peligrosa, me mordí la lengua porque Irene no es de las mujeres que reciben órdenes. La atrapé por la espalda, la envolví amoroso entre mis brazos y me permití hundir la cara en el hueco de su cuello. Aspirar su aroma a flores mezclado con la brisa del mar fue todo un regalo.

—Tengo algo que contarte, señor Carlos. Algo que debí desvelar antes pero...

—No me asustes, te lo prohíbo. No más sobresaltos, a partir de ahora solo calma y felicidad y días sin lágrimas.

Ella no trató de zafarse de mi abrazo. Estaba tranquila y eso contribuyó a relajarme a mí. Pero por si acaso, apreté el lazo que nos mantenía unidos.

—En la casa Otamendi tuve visiones. La aparición de alguien que creí el espectro de doña Julia me visitaba algunas noches..., en los pasillos.

Enseguida recordé el comentario de mi tío; fantasmas, pesadillas, alucinaciones. Algo que achaqué en su momento a un chisme malintencionado del ama de llaves.

—¿Julia?

—Era una mujer bonita, con el pelo rojo. En la mano llevaba el Génesis del convento de la Merced y en su escote colgaba una cruz igual que la de los templarios.

—¿La cruz patada?

—No la había visto nunca, no sabía lo que era, ni cómo se llamaba. Solo volví a reconocerla cuando nos atraparon en Londres.

Tiré de ella para que girase y poder quedarnos cara a cara. Le clavé con intensidad unos ojos que gritaban «no más secretos, te amo demasiado».

—¿Qué puede tener que ver Julia con los templarios?

—Es que no era ella, Carlos, era yo. Yo misma. La mujer no tenía la marca de nacimiento en el pecho de la que me hablaste, me costó darme cuenta, más de una vez creí que moriría de miedo. Pero lo cierto es que no tenía nada que temer, venía a advertirme, traía un mensaje: el Génesis debía quedar en manos de los templarios, ese era su lugar.

—Y tú debías ser quien lo llevase.

—Es posible. Los caminos de la Señora son inescrutables.

Sonreí quedo y le besé la frente. Durante mucho rato oteamos el horizonte invadidos por una enorme dicha. Nuestro sueño de una vida juntos, una vida mejor, ya había comenzado antes incluso de pisar tierra americana. El maestro del Temple nos había dado su bendición como pareja y eso, en tiempos medievales, equivalía a un casamiento. En el fondo de nuestros henchidos corazones, ya éramos marido y mujer, aunque volveríamos a repetir la ceremonia en Nueva York, conforme a los ritos convencionales. Y gracias a mi amigo John Legand y a sus contactos, ahora Irene disponía de documentación oficial inglesa bajo el nombre de Sophie Iren Winchester. Eso ayudaría a borrar definitivamente el rastro de su existencia. Si alguien en el futuro y desde las altas esferas eclesiásticas indagaba, solo deduciría que yo había desposado a una ciudadana de rancio abolengo, británica o puede que americana. Nada más.

Lo cual nos hacía libres.

—Bienvenida a mi vida, amor mío.

—No sé si te he dicho ya que soy muy feliz.

—Unas mil veces. Pero necesito que me lo digas otras mil más.

Sentí cómo su cuerpo se estremecía a mi tacto. El temblor de la felicidad, lo llamé sin temor a equivocarme. Porque yo también lo sentía. Lo que se apropió de mi alma aquella primera vez que, rodeados de libros nos miramos a los ojos para ver más allá, había crecido con el tiempo hasta ser demasiado grande. Demasiado invencible. Irene giró en la jaula de mi abrazo y me echó las manos al cuello para besarme. El mar fue testigo de todas las promesas que repetimos. Luego, tomó mi mano y la giró para dibujar con su yema un corazón en mi palma.

—Esto es lo que quiero darte. —Repitió mis palabras, esas que parecía haber pronunciado cientos de años atrás, pero que seguían tan vivas como la sangre corriendo dentro de mis venas.

—Ya no puedo hacerlo, Irene mía, hace mucho que lo tienes.

—Te amo, señor Carlos.

—Te amo, mi diosa. Vas a tener una vida maravillosa, deja que yo me encargue de eso. América, con toda su magia, aguarda.

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN por estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon. Apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la novela. Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo. ¡¡Deseo seguir regalándote muchas horas de diversión!!

Sígueme en Amazon Author ¡¡para que te avise siempre

de todo, la primera!!

Lady Seren_romanticahistorica

Pinchando este enlace:

https://www.amazon.com/author/ladyseren_romanticahisto

O usando este código QR:



ÚNETE a mi newsletter. Conviértete en Regencia de pleno derecho, recibe mis cartas y consigue GRATIS el precioso **BOOK JOURNAL 2025** que he creado para ti.

Pincha este enlace y deja tu correo electrónico:

subscribepage.io/np9cTD

Si eres de las que echa de menos el refinado ambiente
inglés, la PRÓXIMA ENTREGA es para ti.
¡Volvemos a la Regencia!

«Irresistibles Spencer I»

Serie «Guante de seda» V

¡¡Ya en PREVENTA!!
Resérvalo ahora con descuento

Nota de la autora:
estos hermanos no te dejarán indiferente

EMPIEZA A LEERLO

Empieza a leer...

Un regalo por navidad

—Debes de estar bromeando, hermano. Sácate esa ridícula idea de la cabeza antes de que te la saque yo. A puñetazos.

El joven sentado enfrente, dejó caer con brío un naipe sobre los de su contrincante, como si con ello quisiera tapar también su reproche. Alzó la copa de licor y antes de apurarla, le dedicó el brindis.

—Tú siempre tan civilizado y cortés, querido Cass.

En un estado de ánimo cercano a la desesperación o la furia que a todas luces pretendía contener, Cassian Spencer se inclinó hacia adelante y habló entre dientes.

—¡Lucien!

—Hermano. Sigue así, es el mejor camino y el más rápido para que todo el mundo acabe enterándose.

—¿De qué habría de enterarme?

Varian, uno de los gemelos, que se acercó a la mesa solo para robarles una cereza confitada del cuenco que reposaba a un lado. Bien pensado, mejor que fueran dos.

Sus hermanos mayores sonrieron tirantes a la par.

—Nada, Cass sigue empeñado en que permanezca en el redil, siga el buen ejemplo de nuestros queridos Henry y Rhys, y termine casándose.

Varian soltó un ruidito socarrón, semejante a una risa.

—Puede que haya llegado tu turno.

—Nuestros hermanos son muy felices —masculló Cassian enervado.

—Desde luego, no lo niego —asumió Lucien—, pero convendréis conmigo en que tampoco es sencillo encontrar esposas como Julianna y Anne.

—Doy fe —apuntó Varian escogiendo otra cereza.

—Por cierto, deben de estar a punto de llegar, ¿no? —agregó Lucien, loco por conducir la charla a otros derroteros—. La cena de esta noche promete ser memorable —se felicitó sin imaginar en aquellos instantes cuánto.

—¿No tienes nada que hacer que requiera de tu presencia, Var? —espetó Cass con mirada de lince a punto de atacar.

El joven Spencer levantó ambas palmas extendidas en son de paz.

—Veo que ardes en deseos de que desaparezca. ¿Es por los aperitivos?

—Es para poder seguir torturándome con sus principios de vejistorio del siglo pasado —

se quejó Lucien con una mueca graciosa.

Varian arqueó las cejas y se apresuró a esfumarse, llevándose consigo el cuenco completo de cerezas.

—¿Sabes lo peligroso que resulta? ¿Sabes bien a lo que te enfrentas?

—Déjalo ya, Cassian, por lo que más quieras.

—Lo que más quiero es mi familia y tú perteneces a ella. Bastante mal lo pasamos con las misiones de Rhys. ¿O es que ya no te acuerdas?

—Y lo cubrimos. Tú y yo. Todas las veces. Lo que no entiendo es por qué él sí pudo y en mi caso es un suicidio.

Cass puso los ojos en blanco.

—¡Porque lo es! Nuestro hermano invirtió diez largos años en formarse en Oriente. Se convirtió en un maestro de las artes marciales, en una sombra invisible. Tú no, Lucien. Tú únicamente eres fuerte.

—Y valiente.

—Y un temerario suicida. No pienso permitirlo.

Lucien golpeó la mesa con otra carta.

—Tú mismo lo has dicho: Rhys ha pasado años jugándose la vida mientras yo disfrutaba del desenfreno y la soltería. Es hora de que haga algo por mi país.

—Ya lo haces. Dando de comer a un montón de familias con las tierras de los Spencer.

—¿A quién quieres engañar? Eres tú el que administra esas fincas. No tengo ninguna tarea encomendada, no me siento útil.

—Cuando te cases, Henry te asignará residencia y tierras. Las gestionarás personalmente. Las cosechas, el ganado, los arrendatarios, todos dependerán de ti.

—¿Y si nunca me caso? ¿O hasta que eso ocurra? —En sus pupilas destacó un brillo de desafío.

—¿Por qué no te limitas a divertirte?

—Creo que ya me he divertido bastante. La decisión está tomada y es en firme. Me gustaría ver cómo lo impides.

Cassian se esforzó porque la caída de su naipe, avasallando el de su hermano, sonara aún más fuerte.

—Del modo que sea. No vas a convertirte en espía de la Corona. Estoy convencido de que Henry y Rhys no pondrán inconvenientes a ayudarme.

El timbre de la puerta principal inició su largo recorrido de aquella noche, y los lacayos sus carreras atendiendo a todo el que llegaba. El que, en Herrick House, la magnífica propiedad del conde de Herrick en Londres, convivieran dos familias, los Fowler y los Spencer, daba como resultado una algarabía sin par, un bullicio permanente y un continuo entrecruce de voces, conversaciones y risas, muy alegre, pero que para más de uno podía resultar abrumador.

Mortimer, por ejemplo, el nuevo mayordomo recién incorporado. Sobrepasado hasta las orejas con motivo de la cena navideña. Literalmente horrorizado.

Pero ¿cuánta gente pensaba asistir?

El conde de Herrick con sus tres hijas, Sienna, Diana y Evelyn, esta última casada con el brillante coronel Darwin, también presente. Lady Elisabetta, hermana del conde, y sus cinco hijos Spencer, dos de los cuales, también casados con lady Julianna y la señorita Anne respectivamente.

Mortimer rezaba para aprenderse los nombres y no cometer ningún error irreparable. Conforme se iban sumando, él vigilaba la labor de los lacayos de hacerse cargo de sombreros,

bastones, guantes, capas y manguitos, y acto seguido, los anunciaba en el gran salón donde aguardarían la hora de la cena.

El licor corría vertiginoso de los decantadores a las copas y los hermanos Spencer que discutían, parecían haber aparcado momentáneamente sus cuitas. O al menos, Lucien había huido sin que Cassian hubiera sido lo bastante habilidoso como para impedirlo. Las conversaciones se teñían de desenfado y de carcajadas cuando el timbre de la puerta volvió a sonar. Mortimer puso los ojos en blanco.

¿Otro más? ¿Quién faltaba?

De regreso al salón, con una carta en las manos, podría decirse que el pobre hombre había perdido por completo el color en las mejillas. Se dirigió a Lucien, que charlaba animado con su prima Evelyn y el marido de esta, y carraspeó para llamar su atención.

—Acaba de llegar esta nota para usted, señor.

Lucien parpadeó sorprendido.

—¿Para mí? ¿Quién la trajo?

—No sabría decirle, señor. Una joven. Pero se fue enseguida. Solo me pidió que se la entregara en mano.

Movido por la curiosidad, Lucien tomó la carta. No era momento de abrirla, desde luego, en las previas de la cena de navidad. Lo que realmente le llamó la atención fuera que Mortimer no se retirara. Lo miró inquisitivo.

—Hay algo más, señor.

Entonces todos se percataron del mal rato que estaba pasando el mayordomo. De las perlas de sudor que humedecían su frente, su gesto desencajado y su preocupante palidez.

—¿De qué se trata?

A modo de respuesta, Mortimer hizo una seña a un lacayo, que a su vez debió de avisar a otro que ellos no acertaban a ver, pero que se adentró en la sala trayendo de la mano a un pequeñuelo que lo observaba todo con los ojos de un búho.

—La señorita me encomendó encarecidamente que le entregara en mano la carta... —Mortimer tragó saliva—. Y al niño.

Lucien abrió la boca, pero como no encontró las palabras, la volvió a cerrar. El pequeñajo lo miraba con fijeza y de pronto, cuando menos se lo esperaba, sonrió de oreja a oreja dejando ver dos filas de blanquísimos dientecillos.

—¿Tú eres mi papá?

Se escucharon varios gemidos y exclamaciones en diversos puntos de la sala. En especial los de lady Elisabetta, que destacaba por ser muy expresiva. Todos sin excepción corrieron a agruparse en el punto donde Lucien, petrificado, repasaba al diminuto recién llegado con un gesto de pavor instalado en la cara.

—¿Papá? —bramó el conde, entre enfurecido y desconcertado.

CONTINUARÁ...

Sígueme en Amazon Author ☺

Pinchando este enlace:

<https://www.amazon.com/author/serendipiastark>

O usando este código QR:



SUSCRÍBETE a mi newsletter, recibe información privilegiada, ofertas y promociones, conviértete en una Regencia de pleno derecho y consigue **GRATIS** el precioso **BOOK JOURNAL 2025** que he creado para ti.

Suscríbete aquí:

<http://subscribepage.io/np9cTD>

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

SERIE «GUANTE DE SEDA»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos
familiares en la Inglaterra de 1815

Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin
embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, mucho diálogo, lectura ágil,
diversión asegurada

¡Muy Bridgerton!

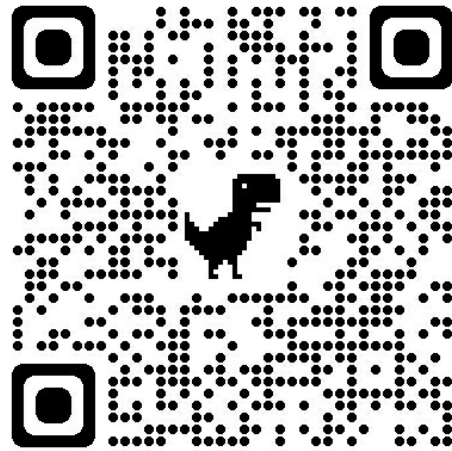
TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:

COMPRA aquí: <https://mybook.to/tussecretosylosmios>

O usa el código QR:



TUS SECRETOS Y LOS MÍOS



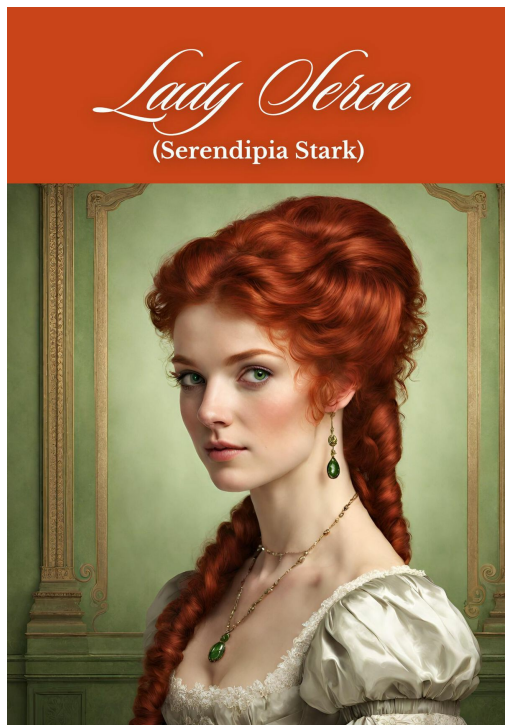
Empieza a leer GRATIS:
<https://acortar.link/Yp80Sv>

LIBERTINA VENECIANA:

COMPRA aquí:

<https://mybook.to/libertinaveneciana>

O usa el código QR:



LIBERTINA VENECIANA



Empieza a leer GRATIS:

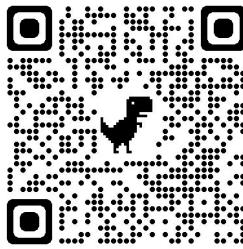
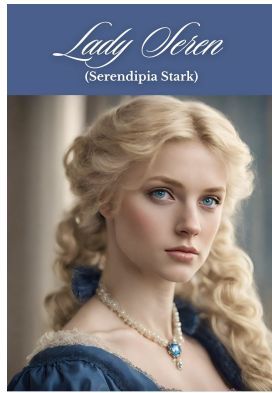
<https://acortar.link/FioXD8>

ALMA ROTA:

COMPRA aquí:

<https://mybook.to/almarota>

O usa el código QR:



Empieza a LEER GRATIS:

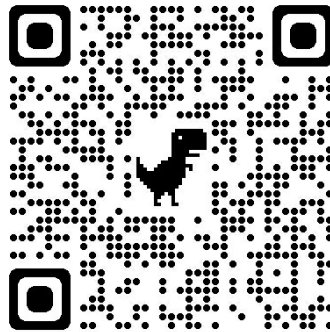
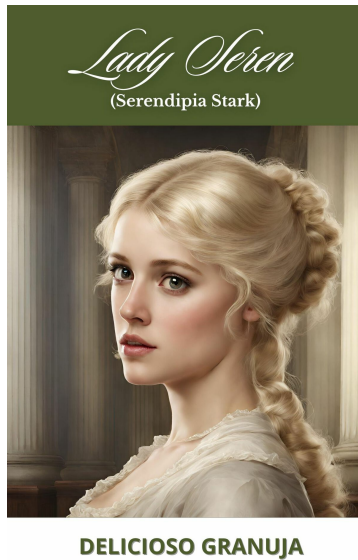
<https://acortar.link/WjifpE>

DELICIOSO GRANUJA:

COMPRA aquí:

[Comprar aquí](#)

O usa el código QR:



Empieza a LEER GRATIS:

<https://acortar.link/m87EcW>

SERIE
«LAS LADIES»

Amor, humor, pasión y aventuras en la
Inglaterra de la Regencia.

6 mujeres más que atípicas.

Un entretenimiento insospechado.

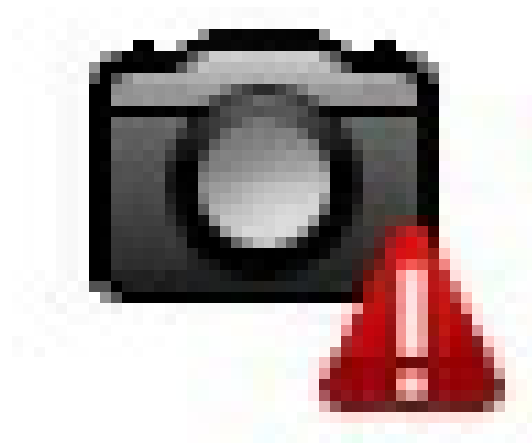
6 sublimes historias de amor que todo lo puede.

EL MARQUÉS Y LA LADRONA:

COMPRA aquí:

<https://mybook.to/marquesladrona>

O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS:

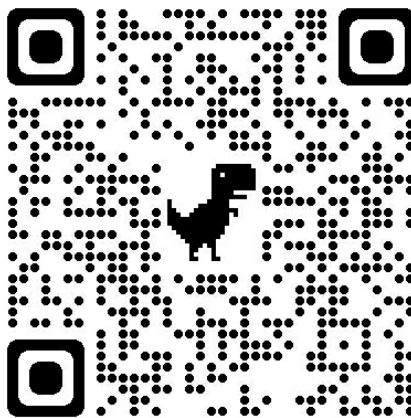
<https://goo.su/7yNvS>

UN SUEÑO PARA UNA DAMA:

COMPRA aquí:

<https://mybook.to/suenoparaunadama>

O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS:

<https://acortar.link/MHPm3I>

JAQUE AL CABALLERO:

COMPRA aquí:

<https://mybook.to/jaquecaballero>

O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS:

<https://acortar.link/Jd3X1Q>

LOS DESEOS DE MILORD:

COMPRA aquí:

<https://mybook.to/deseosdemilord>

O usa el código QR:



[Empieza a leer GRATIS:](https://acortar.link/xzlaVj)
<https://acortar.link/xzlaVj>

UNA PROFECÍA PARA MILADY:

COMPRA aquí:

<https://mybook.to/profeciaparamilady>

O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS:

<https://l1nq.com/4XA1e>

POR EL AMOR DEL CONDE DE MERROY:

COMPRA aquí:

<https://mybook.to/condemeroy>

O usa el código QR:



[Empieza a leer GRATIS:](#)

SERIE
«CALLE DE MADRID»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos
familiares en el Madrid de 1918

Los vecinos de la calle del Barquillo y sus sorprendentes
cuitas.

Secretos familiares, celos, envidias y traiciones.

Una lectura perfecta para evadirse, volar a otros tiempos y
lugares y esbozar más de una sonrisa.

LA HIJA DEL MARQUÉS:

COMPRA aquí:

<https://mybook.to/hijamarques>

O usa el código QR:



[Empieza a leer GRATIS:](#)

Agradecimientos

La vida de un escritor nunca ha sido fácil. Generalmente vivían pobres y morían mucho más pobres aún, con la descabellada esperanza de que algún día, en tiempos futuros, quizá lejanos, alguien reconociera la calidad de sus escritos.

Estamos en la era digital, el siglo XXI de los robots y las máquinas, y nada ha cambiado demasiado. Sigue siendo una profesión altamente vocacional, solitaria y mal pagada. Pero nos llena de satisfacción.

Escribir es terapia, el mejor escape para las penas acumuladas, la goma de borrar de la decepción humana. El resbaladizo lomo de un dragón sobre el que volar lejos, a tierras remotas, huyendo de la realidad cuando no es demasiado benigna.

Lo mismo puedo decir del arte de leer. Vivir mil vidas, ser cualquiera, correr aventuras, descifrar misterios, viajar por un arcoíris de emociones variadas... ¿Qué decir que vosotr@s ya no sepáis? Por eso, mi agradecimiento de hoy va para el don de la creatividad con el que fui bendecida y que me ha salvado la vida muchas veces.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Nosotros bajo las estrellas» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases una **valoración por estrellas, un breve comentario o una reseña** (lo que prefieras) **en la plataforma de venta**. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. Hoy día, con la saturación de títulos que nos abrumba, tu apoyo supone un respaldo vital. De nuevo gracias.

Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales? Te advierto que son muy divertidas ;)

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

https://www.instagram.com/serendipia_stark_escritora/

FACEBOOK: Serendipia Escritora

<https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/>

NEWSLETTER:

subscribepage.io/np9cTD

